



# VÉRTIGO

EL PISO MIL 2

KATHARINE MCGEE



Nueva York, año 2118. En Manhattan se alza una supertorre de mil pisos, un prodigio arquitectónico.

En ella, cinco adolescentes ocultan peligrosos secretos. LEDA, acosada por el recuerdo de la noche más atroz de su vida, está dispuesta a todo con tal de evitar que la verdad salga a la luz. WATT solo quiere hacer borrón y cuenta nueva, pero Leda le obliga a retomar su carrera de pirata informático. RYLIN accede a una exclusiva institución de uno de los pisos superiores. Pero estudiar allí conlleva seguir viendo al chico que sufre de desamor por su culpa. AVERY se siente atormentada por el amor que profesa hacia la única persona que jamás podrá ser suya. Por último, CALLIOPE acaba de llegar a Nueva York decidida a causar el mayor revuelo posible. Y sabe exactamente por dónde empezar. Sin embargo, sin que nadie sospeche nada, alguien está vigilando todos y cada uno de sus movimientos. Alguien cuya obsesión es la venganza.

Katharine McGee

---

# **Vértigo**

El Piso Mil 2 - 2



Título original: *The Dazzling Heights*  
Katharine McGee, 2017  
Traducción: Manuel de los Reyes

---

Revisión: 1.0  
23/10/2017

Para mis padres



# PRÓLOGO

Habrían de transcurrir aún varias horas antes de que alguien encontrase el cadáver de la muchacha.

Era tarde, tanto que incluso se podría calificar de temprano; esa hora surrealista, embrujada y crepuscular que media entre el final de una fiesta y el nacimiento de un nuevo día. El momento en el que los contornos de la realidad se tornan difusos y evanescentes, cuando prácticamente todo parece posible.

La joven flotaba bocabajo en el agua. Sobre ella se cernía una ciudad inmensa, salpicada de reflejos deslumbrantes como luciérnagas; cada uno de aquellos alfilerazos de claridad representaba un ente individual, una frágil mota de vida. La luna la contemplaba impassible, como el ojo de una antigua deidad.

La escena exudaba una serenidad engañosa. El fluir del agua envolvía a la muchacha con la placidez de una sábana oscura, confiriéndole el aspecto de alguien que se

limitara a estar en reposo. Los mechones de su cabello le enmarcaban el rostro como una nube vaporosa. Los pliegues del vestido se ceñían con determinación a sus piernas, como si quisieran resguardarla del frío que antecede al amanecer. Pero ella jamás volvería a sentirse aterida.

Tenía un brazo extendido, como si buscara tal vez a alguien que amaba o quisiera defenderse de una amenaza invisible; o en señal de arrepentimiento, quizá, lamentando algo que pudiera haber hecho. Lo cierto era que la joven había cometido numerosos errores en sus escasos años de existencia. No se habría imaginado nunca, sin embargo, que el peso de todos ellos fuese a desmoronarse de golpe a su alrededor esa noche, aplastándola.

Al fin y al cabo, nadie asiste a una fiesta si sabe que no va a salir con vida de ella.



# MARIEL

*Dos meses antes*

En el piso 103 de la Torre, entre los estrechos confines de su dormitorio, Mariel Valconsuelo cruzó las piernas encima del cubrecama acolchado. Había innumerables personas a su alrededor, separadas de ella por tan solo unos metros de distancia y un par de paredes de acero: su madre en la cocina, el grupo de niños que correteaba por el pasillo, los vecinos de la puerta deal lado, que estaban discutiendo acaloradamente otra vez, aunque fuese en voz baja. Pero Mariel bien pudiera haber estado sola en Manhattan en esos momentos, por la atención que les dedicaba.

Se inclinó hacia delante, estrechando su viejo conejito de peluche con fuerza contra su pecho. Bañaba su rostro la claridad delicuescente de un holo transmitido casi sin señal, iluminando su nariz aguileña y su prominente

mentón, además de sus ojos oscuros, anegados de lágrimas.

Ante ellos parpadeaba la imagen de una chica de cabellos cobrizos con la mirada penetrante jaspeada de destellos dorados. En sus labios aleteaba una sonrisa, como si conociera un millón de secretos que nadie sería capaz de adivinar nunca, lo cual quizá no se alejara demasiado de la verdad. En la esquina de la proyección, un diminuto logotipo blanco rezaba: INTERNATIONAL TIMES: esquelas.

—«Hoy lamentamos la pérdida de Eris Dodd-Radson» —comenzaba la narración de la esquela, interpretada por la actriz joven favorita de Eris. Mariel se preguntó qué absurda suma de dinero habría pagado el señor Radson por eso. El timbre de la actriz era inapropiadamente animado, teniendo en cuenta las circunstancias; podría haberlo utilizado para explicar cuál era su rutina de ejercicios preferida y no habría desentonado—. «Eris nos ha sido arrebatada por culpa de un trágico accidente. Tan solo tenía diecisiete años».

«Trágico accidente. ¿Eso es lo único que se os ocurre decir cuando vuestra hija se despeña desde lo alto de la azotea en circunstancias extrañas?». Los padres de Eris probablemente se conformaban con que la gente supiera que no había saltado. Como si a cualquiera de los que la

habían conocido en vida se le pudiese pasar semejante disparate por la cabeza.

Mariel había perdido la cuenta de las veces que había visto el mismo videobituario desde que lo sacaron, hacía ya un mes. Se sabía el discurso de memoria. Aunque lo cierto era que lo detestaba (el vídeo era demasiado chic, la producción era exagerada y le constaba que casi todo lo que se decía en él era mentira), le quedaban pocas cosas más con las que recordar a Eris. De modo que abrazó al viejo peluche raído contra su pecho y siguió torturándose, contemplando el vídeo de su novia, que había fallecido tan joven.

El holo dio paso a una serie de secuencias que mostraban a Eris en distintas edades: poco más que un bebé, bailando con un tutú magnaléctrico que se iluminaba con el resplandor de un neón; de niña, con unos brillantes esquís amarillos, bajando a toda velocidad por la ladera de una montaña; de adolescente, disfrutando de las vacaciones con sus padres en una playa espectacular bañada por el sol.

Nadie le había regalado nunca un tutú a Mariel. Solo había estado en la nieve cuando se aventuraba a salir a los distritos, o en las terrazas públicas de aquí abajo, en los niveles inferiores. Su vida era radicalmente distinta de la de Eris, y, sin embargo, cuando estaban juntas, eso

carecía por completo de importancia.

—«Eris deja a sus queridos padres, Caroline Dodd y Everett Radson; además de a su tía, Layne Arnold; su tío, Ted Arnold; sus primos, Matt y Sasha Arnold, y su abuela paterna, Peggy Radson». —Ninguna mención a su novia, Mariel Valconsuelo, pese a ser la única de aquel hatajo de miserables (a excepción hecha de su madre) que la había querido de veras.

—«El servicio en su memoria tendrá lugar este jueves, 1 de noviembre, en la iglesia episcopal de St. Martin, en el piso 947» —continuó recitando la actriz del holo, consiguiendo imprimirle un tono más sombrío por fin a su voz.

Mariel había asistido al servicio. Se había quedado al fondo de la iglesia, sujetando un rosario, esforzándose para que no se le escapara ningún grito ante la presencia del féretro junto al altar. Era tan implacable y definitivo.

El vídeo mostraba ahora una instantánea de Eris sentada a su pupitre, con las piernas pulcramente dobladas bajo la falda de cuadros escoceses del uniforme, riéndose con la cabeza echada hacia atrás.

—«Quienes deseen realizar un donativo en memoria de Eris pueden contribuir a subvencionar el nuevo fondo de estudios de la Academia Preparatoria de Berkeley, el Eris Dodd-Radson Memorial Award, para los estudiantes

desfavorecidos que cumplan con unos requisitos de cualificación especiales».

«Requisitos de cualificación especiales». Mariel se preguntó si estar enamorada de la difunta que prestaba su nombre a la beca contaría a la hora de cumplir con los requisitos. Dios, incluso se le había pasado por la cabeza presentar una solicitud, tan solo para demostrar lo podrida que estaba esa gente bajo la pátina dorada que le conferían su dinero y sus privilegios. Cómo se habría reído Eris, quien nunca había mostrado el menor interés por los estudios. Una fiesta de graduación habría encajado mucho más con su estilo. A Eris nada le gustaba más que un vestido atrevido a la par que elegante, salvo quizá los zapatos a juego.

Mariel se inclinó hacia delante y extendió una mano, como si quisiera tocar el holo. Los últimos segundos del panegírico consistían en más imágenes de Eris divirtiéndose con sus amigas, la rubia llamada Avery y unas cuantas chicas más de cuyo nombre Mariel no se acordaba. Le encantaba esta parte de la grabación porque Eris parecía feliz, al tiempo que lamentaba no formar parte de ella.

El logotipo de la productora se deslizó rápidamente sobre el último fotograma, y el holo se apagó.

Allí estaba la historia oficial de la vida de Eris,

marcada con el sello de aprobación del puñetero *International Times*, y Mariel no aparecía por ninguna parte. La habían borrado de la trama discretamente, como si Eris y ella ni siquiera se hubiesen conocido jamás. Una lágrima muda se deslizó por su mejilla ante aquel pensamiento.

A Mariel la aterraba olvidar a la única chica de la que había estado enamorada. No sería la primera vez que se despertaba en plena noche, angustiada por ser incapaz ya de visualizar el modo exacto en el que se curvaban los labios de Eris cuando sonreía, o el chasqueo vivaz de sus dedos cuando se le acababa de ocurrir una idea. Por eso no dejaba de ver este vídeo. No podía separarse de su último nexo de unión con Eris, para siempre.

Se recostó, hundiéndose entre los cojines, y empezó a recitar una plegaria.

Rezar tranquilizaba a Mariel, por lo general, apaciguaba el nerviosismo que la atenazaba. Pero hoy se sentía dispersa. Sus pensamientos no paraban de saltar en todas direcciones, tan escurridizos y veloces como los deslizadores que circulaban por las vías exprés, y Mariel se sentía incapaz de concentrarse en uno solo de ellos.

Tal vez debería leer la Biblia, mejor. Cogió la tableta y abrió el documento, pinchando en la rueda azul que buscaría un versículo al azar; sorprendida, parpadeó

varias veces seguidas ante el texto seleccionado. El Deuteronomio.

«No tendrás piedad: vida por vida, ojo por ojo y diente por diente... *Mía es la venganza y la retribución*».

Mariel se inclinó hacia delante, con las manos crispadas sobre los bordes de la tableta.

La muerte de Eris no se había debido a ningún accidente en el que hubiera intervenido el alcohol. Eso ella lo sabía con una certidumbre atávica, visceral. Eris ni siquiera estaba bebiendo aquella noche; le había dicho a Mariel que tenía que hacer «una cosita por un amigo», según sus propias palabras. A continuación, por algún inexplicable motivo, había subido a la azotea que se extendía sobre el apartamento de Avery Fuller.

Y Mariel no volvió a verla.

¿Qué había ocurrido realmente en aquel vacío helado, en aquellas alturas inconcebibles? Mariel conocía la existencia de supuestos testigos presenciales que corroboraban la teoría oficial de que Eris estaba borracha y había resbalado en el filo del edificio, precipitándose así al encuentro con la muerte. Pero ¿quiénes eran esos testigos? Avery estaría entre ellos, sin duda, pero ¿cuántos más había?

«Ojo por ojo y diente por diente». La frase no dejaba de repetirse en su mente, resonando tan atronadora como

el entrechocar de unos címbalos.

«Y caída por caída», añadió una voz dentro de su cabeza.



# LEDA

¿Qué configuración te gustaría que tuviese hoy la consulta, Leda?

Leda Cole reprimió el impulso de poner los ojos en blanco y se limitó a quedarse sentada con la espalda rígida en el diván de color marrón topo, en el cual se negaba a tumbarse por mucho que el doctor Vanderstein se empeñara en invitarla a hacerlo siempre que la veía. Deliraba si creía que reclinándose se iba a animar a sincerarse con él.

—Está bien así. —Leda giró la muñeca para cerrar la ventana holográfica que se había abierto ante ella, en la cual se desplegaban decenas de opciones con decoraciones distintas para las paredes de colores cambiantes (un jardín de rosas británico, un abrasador desierto sahariano, una biblioteca acogedora), dejando la habitación con su insulsa configuración básica, consistente en cuatro muros en tonos de *beige* y una

moqueta de color vómito. Sospechaba que esta debía de ser una prueba que no terminaba de superar, pero le producía un placer malsano obligar al psicólogo a pasarse una hora encerrado en aquel espacio tan deprimente. Si ella tenía que aguantarse y soportar estas sesiones, él también.

El doctor Vanderstein, como de costumbre, se abstuvo de comentar su decisión. En vez de eso, le preguntó:

—¿Cómo te sientes?

«¿Que cómo me siento?», pensó Leda, furiosa. Para empezar, la habían traicionado su mejor amiga y el único chico por el que alguna vez había sentido algo realmente, con el que había perdido la virginidad; y los dos estaban juntos ahora, pese a ser hermanos adoptivos. Para colmo de males, había descubierto que su padre le ponía los cuernos a su madre con una de sus compañeras de clase. (Leda se negaba a calificar a Eris de amiga.) Ah, y encima Eris ahora estaba muerta, después de que ella la empujara sin querer desde la azotea de la Torre.

—Estoy bien —respondió enfurruñada.

Sabía que tendría que responder con algo más descriptivo que un simple «bien» si quería escapar de esta sesión cuanto antes. Leda había estado en rehabilitación; se sabía el guion de memoria. Respiró hondo y lo intentó de nuevo.

—Lo que quería decir es que me estoy recuperando, dadas las circunstancias. No es fácil, pero doy gracias por contar con la ayuda de mis amigos. —Como si a Leda le importaran un pimiento sus amigos en estos momentos. Había aprendido por las malas que no podía fiarse de ninguno de ellos.

—¿Habéis hablado de lo ocurrido Avery y tú? Sé que estaba contigo allí arriba cuando Eris se cayó...

—Sí, Avery y yo hemos hablado al respecto —se apresuró a interrumpirlo Leda.

«Y un cuerno». Avery Fuller, su supuesta amiga del alma, había resultado ser la peor de todos. Además, a Leda no le gustaba escuchar lo que había sucedido con Eris.

—¿Y te sirve de ayuda?

—Sí.

Leda esperó a que el doctor Vanderstein le preguntase algo más, pero el hombre había arrugado el entrecejo y tenía los párpados entornados, concentrada su mirada a media distancia mientras observaba alguna proyección que solo él podía ver. De repente, le sobrevino una arcada. ¿Y si aquel psicólogo estaba sometiéndola a algún tipo de detector de mentiras? Que no pudiera verlos no significaba que la consulta no estuviera repleta de innumerables escáneres de constantes vitales. Quizá en

ese preciso momento estuviese midiéndole la presión arterial o contando sus pulsaciones, las cuales debían de haberse disparado hasta el techo.

El doctor exhaló un suspiro cansado.

—Leda, llevo viéndote desde que falleció tu amiga, y todavía no hemos llegado a ninguna parte. ¿Qué crees tú que haría falta para conseguir que te sintieras mejor?

—Pero ¡si ya me siento mucho mejor! —protestó Leda—. Y todo gracias a usted. —Le dedicó una sonrisa dubitativa a Vanderstein, pero este seguía sin parecer convencido.

—Veo que no estás tomándote la medicación —dijo el psicólogo cambiando de estrategia.

Leda se mordió el labio. Llevaba un mes sin tomar nada, ni un solo xemperheidreno ni un antidepresivo, ni siquiera una pastilla para dormir. No se atrevía a consumir nada artificial después de lo que había pasado en la azotea. Puede que Eris fuese una zorra destrozahogares a la que solo le importaba el dinero, pero Leda nunca había querido...

«No», se recordó, apretando los puños a los costados. «Yo no la maté. Fue un accidente. No es culpa mía. Yo no tengo la culpa de nada». No dejaba de repetirse esa frase, como los mantras de yoga que solía entonar en Silver Cove.

Quizá se hiciera realidad si se lo repetía lo suficiente.

—Intento recuperarme por mis propios medios. Dado mi historial y todo eso.

Detestaba sacar a relucir el tema de la rehabilitación, pero empezaba a sentirse acorralada y no sabía qué más decir.

Vanderstein asintió con la cabeza. Su expresión denotaba algo parecido al respeto.

—Lo comprendo. Pero este año es muy importante para ti, con la universidad en el horizonte, y no me gustaría que esta... situación influyera en tu rendimiento académico.

«Caray con la “situación”», pensó Leda con amargura.

—Según el ordenador de tu cuarto —añadió Vanderstein—, no estás durmiendo bien. Me preocupa.

—¿Desde cuándo controla el ordenador de mi habitación? —exclamó la muchacha olvidando por un momento su tono impasible y calmado.

El psicólogo, que por lo menos tuvo el decoro de mostrarse azorado, se apresuró a responder:

—Los registros de tus horas de sueño, nada más. Tus padres firmaron todos los permisos... Supuse que te habrían informado al respecto.

Leda asintió en silencio, sucinta. Ya hablaría ella con sus padres más tarde. Que siguiera siendo menor de edad

no les daba permiso para invadir su intimidad.

—Estoy bien, se lo aseguro.

Vanderstein volvió a quedarse callado. Leda se quedó esperando. ¿Qué más podría hacer aquel médico? ¿Autorizar al retrete para que empezase a analizar su orina, como hacían los de rehabilitación? Pues bien, que lo hiciera; no encontraría ni rastro de nada.

El psicólogo dio unos golpecitos con el dedo en uno de los dispensadores de la pared, que escupió dos pastillas diminutas. Eran de un rosa chillón; el color de los juguetes infantiles, o del helado de cereza preferido de Leda.

—Somníferos sin receta, la dosis mínima imprescindible. ¿Por qué no te tomas una esta noche, si te cuesta conciliar el sueño?

Vanderstein frunció el ceño, contemplando las ojeras de Leda y las aristas de sus facciones, más acusadas que de costumbre.

No le faltaba razón, por supuesto. Lo cierto era que Leda no estaba durmiendo bien por las noches. Le daba miedo cerrar los ojos y procuraba mantenerse despierta el mayor tiempo posible, atemorizada por las espantosas pesadillas que sabía que la aguardaban. Cada vez que daba una cabezada se despertaba casi de inmediato empapada de un sudor frío, atormentada por los recuerdos

de aquella noche, de lo que les había ocultado a todos...

—Vale. —Agarró las pastillas y las metió en su bolso.

—Me encantaría que tuvieras en consideración alguna de nuestras otras opciones, como el tratamiento de reconocimiento de luz, o quizá la terapia de reinmersión traumática.

—Me extrañaría mucho que revivir el trauma sirva de algo, dado cuál fue —le espetó Leda.

Nunca se había tragado la teoría de que volver a sufrir una experiencia dolorosa en la realidad virtual ayudara realmente a superarla; y tampoco le apetecía que ninguna máquina le hurgara en el cerebro en ese momento, por si acaso encontraba algo en su memoria que no le apeteciera desenterrar.

—¿Qué me dices de tu atrapasueños? —persistió el médico—. Podríamos preprogramarlo con unos cuantos recuerdos clave de aquella noche, a ver cómo reacciona tu subconsciente. Ya sabes que los sueños no son más que el mecanismo del que se vale el nivel más profundo de la consciencia para poner orden en las experiencias vividas, agradables y dolorosas por igual...

Continuó hablando, refiriéndose a los sueños como el «espacio seguro» del cerebro, pero Leda ya había dejado de prestarle atención. Se había retrotraído a una imagen de Eris cuando estaba en noveno; su amiga se jactaba de

haber burlado el control parental de su atrapasueños para acceder a toda una gama de sueños de «contenido adulto». «Sale incluso una opción para que aparezcan celebridades», había anunciado Eris ante su embelesado público, con una sonrisita traviesa. Leda recordó lo desplazada que se había sentido al enterarse de que Eris ya estaba inmersa en calenturientas fantasías oníricas con estrellas de los holos mientras que a ella todavía le costaba imaginarse incluso cómo era el sexo.

Se levantó de repente.

—Tenemos que acabar la sesión un poco antes. Acabo de acordarme de que tenía que hacer una cosa. Lo veré la semana que viene.

Mientras se apresuraba a salir por la puerta de flexiglás esmerilado de la Clínica Lyons, emperchada en el ala oriental de la planta 833, en sus audiorreceptores empezó a resonar un estridente tono metálico. Su madre. Sacudió la cabeza para rechazar el toque entrante. Ilara querría preguntarle qué tal había ido la sesión y cerciorarse de que estuviera dirigiéndose ya a casa, para llegar a tiempo para la cena. Pero en esos momentos Leda no estaba de humor para someterse a esa clase de normalidad, tan animada como forzada. Necesitaba pasar un momento a solas, aquietar los pensamientos y los pesares que se perseguían por el interior de su cabeza,



provocando un tumulto ensordecedor.

Montó en el ascensor C local y se bajó unas pocas paradas antes de llegar a la Cima de la Torre. No tardó en encontrarse frente a un enorme arco de piedra, trasladado hasta allí pieza a pieza desde alguna antigua universidad británica; en las grandes letras de molde que había grabadas en él se podía leer: ESCUELA BERKELEY.

Leda suspiró aliviada cuando pasó por debajo del arco y sus lentes de contacto se apagaron de forma automática. Antes de la muerte de Eris, nunca se habría imaginado que alguna vez pudiese agradecer la existencia de la tecnorred de su instituto.

Sus pasos despertaban ecos en los pasillos desiertos. El ambiente era espeluznante de noche, con todo cubierto de tenues sombras azuladas y grises. Apretó el paso para dejar atrás el estanque de nenúfares y el complejo deportivo, sin detenerse hasta llegar a la puerta azul que había en la linde del campus. Por lo general esa habitación estaba cerrada con llave fuera de las horas de clase, pero Leda gozaba de acceso a todas las instalaciones gracias a su puesto en el consejo de estudiantes. Avanzó, dejando que el sistema de seguridad le escaneara las retinas, y la puerta se abatió obedientemente hacia dentro.

No había vuelto al observatorio desde que eligió astronomía, la primavera pasada, pero seguía estando

exactamente tal y como lo recordaba: una gigantesca sala circular repleta de telescopios, pantallas de alta resolución y montañas de procesadores de datos cuyo funcionamiento Leda nunca se había tomado la molestia de averiguar. Sobre su cabeza se extendía una cúpula geodésica, y en el centro de la habitación se encontraba la joya de la corona: un rutilante jirón del firmamento nocturno.

El observatorio era uno de los pocos enclaves de la Torre que sobresalía por encima del piso que lo sostenía. A Leda siempre se le había escapado cómo era posible que la escuela hubiese obtenido los permisos necesarios para construir algo así, pero ahora se alegró de que lo hubiera hecho, porque eso significaba que podían disfrutar del Ojo Ovalado: una concavidad practicada en el suelo, de unos tres metros de largo por dos de ancho, hecha de triple flexiglás reforzado. Un atisbo de la altura a la que se encontraban realmente en ese lugar, tan cerca de la cúspide de la Torre.

Leda se acercó al Ojo Ovalado. Reinaba la oscuridad allí abajo, solo había sombras, interrumpidas por unas pocas luces errantes que pululaban por los jardines públicos del piso 50. «Pero ¿qué narices...?», pensó desconcertada, y se situó encima del flexiglás.

Esta clase de conducta estaba terminantemente

prohibida, pero Leda sabía que la estructura aguantaría su peso. Se asomó abajo. Entre sus zapatillas de bailarina no había nada más que vacío, la nada inabarcable que mediaba entre ella y las tinieblas de abajo, muy a lo lejos. «Esto es lo que vio Eris cuando la empujé», reflexionó Leda, y se aborreció por ello.

Se sentó de golpe, sin importarle que lo único que la protegía de una caída de más de tres mil metros fuesen unas pocas capas de carbono fundido. Recogió las rodillas contra el pecho, apoyó la frente en ellas y cerró los ojos.

Un rayo de luz penetró en la sala. Leda levantó la cabeza de golpe, aterrada. Nadie más tenía acceso al observatorio, salvo el resto del consejo de estudiantes y los profesores de astronomía. ¿Qué podría decir para justificar su presencia?

—¿Leda?

Se le encogió el corazón al comprender de quién se trataba.

—¿Qué haces aquí, Avery?

—Lo mismo que tú, supongo.

La sorpresa había pillado a Leda desprevenida. No había vuelto a estar a solas con Avery desde aquella noche, cuando le echó en cara que estuviese con Atlas, y Avery la convenció para subir a la azotea y todo se salió violentamente de madre. Quería reaccionar de alguna

manera, con todas sus fuerzas, pero su mente se había quedado paralizada. ¿Qué podría decirle a Avery, además, después de todos los secretos que tenían, que habían enterrado juntas?

Transcurridos unos instantes, Leda se sobresaltó al oír unos pasos que se aproximaban. Avery se acercó hasta sentarse en el filo opuesto del Ojo Ovalado.

—¿Cómo has entrado? —preguntó, sin poder evitarlo.

Puede que Avery todavía mantuviera el contacto con Watt, el *hacker* de los niveles inferiores que la había ayudado a ella a descubrir el secreto de su amiga. Leda tampoco había vuelto a hablar con él desde aquella noche. Con el ordenador cuántico que ocultaba, Watt podía piratearlo prácticamente todo.

Avery se encogió de hombros.

—Le pedí al director que me dejase acceder a esta sala. Me hace sentir bien estar aquí.

«Por supuesto», pensó Leda con amargura, debería haberse imaginado que la explicación sería así de sencilla. Para Avery Fuller, tan perfecta ella, nada quedaba prohibido.

—Yo también la echo de menos, ¿sabes? —añadió Avery en voz baja.

Leda bajó la mirada a la silenciosa vastedad de la noche para protegerse de lo que había visto en los ojos de

Avery.

—¿Qué pasó aquella noche, Leda? ¿Qué te habías metido?

Leda pensó en todas las pastillas que se había tomado aquel día, consumida como se sentía por una furiosa y abrasadora voráGINE de pesar.

—Fue un día duro para mí. Descubrí la verdad acerca de un montón de personas... personas en las que confiaba. Personas que estaban utilizándome —concluyó, al cabo, y experimentó una perversa punzada de satisfacción al ver que Avery hacía una mueca.

—Lo siento —replicó Avery—. Pero, Leda, por favor. Habla conmigo.

Nada en el mundo le gustaría más a Leda que contárselo todo: cómo se había enterado de que la escoria infiel de su padre tenía una aventura con Eris; lo espantosamente mal que se había sentido al comprender que Atlas solo se acostaba con ella en un retorcido intento por olvidarse de Avery. Cómo había drogado a Watt para obtener esa información en particular.

Lo malo de la verdad era que, una vez descubierta, resultaba imposible olvidarla. Daba igual cuántas pastillas se tomara Leda, aún seguía allí, agazapada en los recovecos de su mente como un huésped impertinente. No había suficientes pastillas en el mundo para conseguir que

se fuera. De modo que Leda se había encarado con Avery, se había desgañitado en lo alto de la azotea sin saber del todo qué estaba diciendo, sintiéndose mareada y desorientada a causa de la falta de oxígeno. Después Eris había subido por la escalera para pedirle «perdón», como si una puta disculpa bastase para reparar todo el daño que le había ocasionado a la familia de Leda. ¿Por qué había seguido Eris acercándose a ella cuando Leda le ordenó que se detuviera? Si había intentado apartarla de un empujón, ella no tenía la culpa.

El empujón había sido demasiado fuerte, eso era todo.

Lo único que le apetecía hacer a Leda en esos momentos era confesárselo todo a su mejor amiga, desahogarse y llorar como una niña.

Pero el orgullo apagó las palabras antes de que brotaran de su garganta, mantuvo los párpados entornados y la cabeza obstinadamente alta.

—No lo entenderías —dijo con voz fatigada. Además, ¿qué más daba? Eris ya no existía.

—Pues ayúdame a entenderlo. No hace falta que estemos así, Leda..., que mantengamos esta actitud amenazadora la una con la otra. ¿Por qué no le dices a todo el mundo que fue un accidente? Sé que nunca quisiste hacerle daño.

Aquellas eran las mismas palabras que ella misma se

había dicho a sí misma en infinidad de ocasiones, pero oírlas pronunciadas por Avery despertó en su interior un pánico helado que la atenazó como un puño.

Avery no lo entendía porque para ella todo era siempre muy fácil, pero Leda sabía lo que ocurriría si intentaba contar la verdad. Probablemente se abriría una investigación y se celebraría un juicio, todo ello con el agravante de que Leda había intentado encubrirlo; además, sería inevitable que el hecho de que Eris hubiera estado acostándose con su padre saliera a la luz. Sería un infierno para su familia, para su madre, y Leda no era tonta. Sabía que aquello parecería un móvil más que suficiente para inculparla por haber empujado a la muerte a Eris.

Por otra parte, ¿qué derecho se creía Avery que tenía a presentarse ante ella de sopetón y concederle su absolución, como si de una especie de deidad se tratara?

—Ni se te ocurra decírselo a nadie. Como lo hagas, te juro que lo lamentarás.

La amenaza cayó como una losa en medio del silencio que las envolvía. A Leda le dio la impresión de que incluso la temperatura había descendido unos grados.

Se puso en pie atropelladamente, desesperada por irse de allí. Al salir a la moqueta que rodeaba el Ojo Ovalado, Leda notó que algo se le caía del bolso. Las dos pastillas

para dormir de color rosa, relucientes.

—Me alegra ver que algunas cosas no han cambiado.

La voz de Avery carecía por completo de entonación.

Leda no se tomó la molestia de explicarle hasta qué punto se equivocaba. Avery siempre vería el mundo como a ella le daba la gana.

Se detuvo en la puerta para mirar atrás de soslayo. Avery se había puesto de rodillas en el centro del Ojo Ovalado, con las manos apoyadas en la superficie de flexiglás, concentrada en algún punto a sus pies, a lo lejos. Su gesto tenía algo de siniestro y fútil, como si estuviera rezando en un intento por resucitar a Eris.

Leda tardó un momento en darse cuenta de que Avery estaba llorando. Debía de ser la única chica del mundo que, de alguna manera, se ponía aún más guapa cuando lloraba; sus ojos se volvían de un azul todavía más brillante, y las lágrimas que rodaban por sus mejillas aumentaban la deslumbrante perfección de su rostro. Y así, de golpe y porrazo, Leda recordó todos los motivos por los que la detestaba tanto.

Giró sobre los talones y dejó a su antigua mejor amiga allí sola, llorando sobre un diminuto fragmento de cielo.



# CALLIOPE

Mientras estudiaba su reflejo en los espejos inteligentes que cubrían las paredes a lo largo de todo el pasillo, los labios de la muchacha, de un rojo intenso, se curvaron en una fina sonrisa de aprobación. Llevaba puesto un mono de color azul marino que debía de llevar por lo menos tres años sin volver a estar de moda, pero lo había elegido a sabiendas; disfrutaba con las miraditas cargadas de envidia que lanzaban las otras mujeres del hotel a sus largas piernas bronceadas.

Se atusó el pelo, consciente de que el cálido oro de los pendientes realzaba los destellos acaramelados de sus cabellos, y batió las pestañas postizas; no implantadas, sino genuinamente orgánicas, cultivadas a partir de las suyas propias tras un interminable y doloroso procedimiento de reparación genética en Suiza.

Toda ella exudaba un aire de sensualidad natural, una suerte de glamur descuidado. «Más Calliope Brown,

imposible», pensó con un placentero estremecimiento.

—Esta vez seré Elise. ¿Y tú? —le preguntó su madre, como si estuviera leyéndole el pensamiento.

Tenía el pelo rubio oscuro y la piel artificialmente tersa y lustrosa, lo que dificultaba precisar su edad. Cuando las veían juntas, nadie sabía muy bien si era la madre o sencillamente una hermana mayor con más experiencia.

—Estaba pensando en Calliope.

La muchacha pronunció el nombre como quien se echa una sudadera vieja por la cabeza, arrullándose en su comodidad. Calliope Brown siempre había sido uno de sus alias preferidos y, aunque no supiera por qué, le parecía que encajaba con Nueva York.

Su madre asintió con la cabeza.

—Ese me encanta, aunque sea siempre tan difícil de recordar. Me suena a... no sé, a filete de pescado o algo por el estilo.

—Podrías llamarme Callie —le sugirió Calliope, a lo que su madre asintió con expresión distraída, aunque ambas sabían que solo iba a usar apelativos cariñosos con ella.

Ya se había equivocado de alias en una ocasión, estropeándolo todo. Desde entonces, su temor a cometer el mismo error otra vez rayaba en la paranoia.

Calliope paseó la mirada por el lujoso vestíbulo del hotel, fijándose en los elegantes divanes iluminados con hilos de oro y azul que imitaban el tono del cielo; corrillos de personas de negocios que murmuraban órdenes verbales a sus lentes de contacto; el delator destello en una esquina que señalaba la presencia de una cámara de seguridad. Reprimió el impulso de guiñarle un ojo.

Sin previo aviso, la punta del pie se le enganchó con algo y Calliope se estrelló violentamente contra el suelo. Aterrizó sobre una cadera, sosteniéndose apenas con las muñecas y sintiendo cómo se le irritaba la piel de las palmas de las manos, rasguñadas con el impacto.

—¡Ay, Dios santo!

Elise replegó las piernas debajo del cuerpo para arrodillarse junto a su hija.

Calliope dejó escapar un gemido, lo cual no fue difícil, dado que no todo el dolor que sentía era fingido. Le latían furiosamente las sienes. Se preguntó si se habría cargado sin remisión los tacones de aguja de sus zapatos.

Su madre sacudió la cabeza y Calliope gimió de nuevo, más alto, con los ojos anegados de lágrimas.

—¿Está bien?

Un hombre, por su voz, y joven. Calliope se arriesgó a ladear la cabeza lo justo para echarle una ojeada con los párpados entrecerrados. Con aquellas mejillas tan bien

rasuradas y la brillante holoetiqueta identificativa azul que llevaba prendida en el pecho, solo podía tratarse de uno de los encargados del mostrador principal. Calliope había estado en suficientes hoteles de cinco estrellas como para saber que la gente importante no iba por ahí anunciando su nombre a los cuatro vientos.

El dolor ya había empezado a remitir, pero así y todo Calliope no pudo resistirse a gemir un poquito más fuerte y levantar una rodilla contra su pecho, tan solo para exhibir las piernas. Se vio recompensada por la fugaz mezcla de confusión y atracción, casi de pánico, que se reflejó en la expresión del muchacho.

—¡Pues claro que no está bien! ¿Dónde está el gerente? —se encrespó Elise.

Calliope guardó silencio. Le gustaba dejar que su madre tomara la iniciativa cuando todavía estaban reconociendo el terreno; además, se suponía que estaba lastimada.

—D-disculpe, enseguida lo aviso —tartamudeó el joven.

Calliope volvió a lamentarse en voz baja, por si las moscas, aunque en realidad no hacía falta. Podía sentir cómo eran ya el blanco de todas las miradas en el vestíbulo, donde la gente comenzaba a agolparse. Un halo de nerviosismo envolvía al recepcionista como una nube

de colonia barata.

—Soy Oscar, el director. ¿Qué ha ocurrido?

Un individuo con sobrepeso, vestido con un sencillo traje oscuro, se acercó trotando hasta ellas. Calliope se fijó, complacida, en que al menos sus zapatos parecían muy caros.

—Lo que ha ocurrido es que mi hija acaba de darse un golpe en su vestíbulo. ¡Por culpa de la bebida que ha derramado alguien! —Elise señaló un charco que había en el suelo, con su rodaja de lima desamparada en el centro y todo—. ¿Es que no tienen servicio de limpieza en este lugar?

—Mis más sinceras disculpas. Le garantizo que nunca había pasado nada por el estilo, señora...

—Señorita —lo corrigió Elise con un resoplido—. Brown. Mi hija y yo pensábamos quedarnos aquí una semana, pero ya no estoy tan segura de eso. —Se agachó un poco—. ¿Puedes moverte, cariño?

Esa era la señal convenida.

—Me duele un montón —jadeó Calliope negando con la cabeza.

Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla, estropeando sus facciones (perfectamente maquilladas, por lo demás). Un murmullo de solidaridad se propagó entre la multitud de curiosos.

—Permitan que yo me encargue de todo —les imploró Oscar, con los carrillos colorados de preocupación—. Insisto. Ni que decir tiene, su habitación corre a cuenta de la casa.

Quince minutos después, Calliope y su madre se encontraban firmemente instaladas en una *suite* panorámica. La joven estaba tendida en la cama (con el tobillo apoyado en una diminuta pirámide de cojines), inmóvil, mientras el botones descargaba sus maletas. Se quedó con los ojos cerrados incluso después de oír cómo se cerraba la puerta tras él, esperando hasta que los pasos de su madre hubieron vuelto al dormitorio.

—Ya no hay moros en la costa, tesoro —anunció Elise.

La chica se incorporó con un movimiento fluido, dejando que la torre de cojines se desparramara por el suelo.

—¿En serio, mamá? ¿Por qué me pusiste la zancadilla sin avisar?

—Perdona, pero sabes de sobra que siempre se te ha dado fatal fingir las caídas. Tu instinto de conservación es demasiado fuerte, eso es todo —respondió Elise desde el armario, donde ya estaba colocando su vasta colección de vestidos, cada uno de ellos guardado en su correspondiente bolsa de viaje etiquetada por colores—.

¿Qué podría hacer para resarcirte?

—Pedir tarta de queso sería un buen comienzo.

Calliope estiró el brazo junto a su madre para descolgar el esponjoso albornoz blanco que había en la puerta, bordado con una N azul y una nube en miniatura en el bolsillo delantero. Se envolvió en él, dejando que los hilos del lazo se entretejeran por sí solos para dejarlo cerrado.

—¿Qué me dices de tarta de queso y vino? —Elise ejecutó una serie de movimientos secos con las manos para conjurar las imágenes holográficas del menú del servicio de habitaciones. Utilizó un dedo para seleccionar varias pantallas y encargó salmón, tarta de queso y una botella de Sancerre. El vino se materializó en la habitación en cuestión de segundos, transportado por el sistema de conductos de aire de temperatura controlada del hotel—. Te quiero, cariño. Lamento que hayas estado a punto de partirte los morros por mi culpa.

—Ya lo sé. Gajes del oficio —se encogió de hombros Calliope, restándole importancia al asunto.

Su madre sirvió dos copas y levantó la suya para brindar con la chica.

—Por esta vez —dijo.

—Por esta vez —repitió Calliope con una sonrisa mientras las palabras le provocaban un estremecimiento

de emoción que se propagó por toda su espalda.

Su madre y ella siempre pronunciaban la misma frase cuando llegaban a un sitio nuevo, y no había nada que le gustase más a Calliope que empezar de cero.

Entró en la sala de estar y se acercó a las ventanas de flexiglás curvo que dominaban la esquina del edificio, con unas vistas espectaculares de Brooklyn y la cinta oscura del East River.

Unas pocas sombras que debían de ser embarcaciones danzaban todavía en su superficie. El anochecer se había instalado ya sobre la ciudad, suavizando todos sus contornos. Unas motas de luz dispersas parpadeaban como estrellas olvidadas.

—Así que esto es Nueva York —musitó en voz alta Calliope.

Tras años de dar tumbos por todo el mundo con su madre, asomándose a ventanas parecidas en innumerables hoteles de lujo para contemplar otras tantas ciudades distintas (la cuadrícula de neón que era Tokio, el exuberante y bullicioso desorden de Río, los rascacielos abovedados de Mumbai, que relucían como huesos a la luz de la luna), por fin había recalado en Nueva York.

Nueva York, la primera de las grandes supertorres, la ciudad del cielo original. Calliope empezaba ya a encariñarse con ella.



—Una vista maravillosa —dijo Elise situándose junto a ella—. Casi me recuerda a la del puente de Londres.

Calliope dejó de restregarse los ojos, que aún le escocían un poco después del último implante de retina, y giró bruscamente la cabeza hacia su madre. Muy rara vez hablaban de su vida anterior. Elise, sin embargo, no añadió nada más. Se limitó a probar un sorbo de vino con la mirada perdida en el horizonte.

Qué hermosa era, pensó Calliope. Aunque ahora su belleza tenía algo de acartonado y artificial: el inevitable resultado de las distintas operaciones a las que había tenido que someterse para cambiar de apariencia y pasar inadvertida cuando se trasladaban a un sitio nuevo. «Hago esto por nosotras —le decía siempre a Calliope—, y por ti, para que no tengas que hacerlo tú. Todavía no, al menos». Nunca le pedía a su hija que representara nada más que un papel secundario en cualquiera de sus actuaciones.

Calliope y su madre llevaban saltando constantemente de un lugar a otro desde hacía ya siete años, cuando salieron de Londres. Nunca se quedaban en el mismo sitio el tiempo suficiente para que las pillaran. La pauta era la misma en todas las ciudades: empleaban cualquier stratagema para colarse en el hotel más lujoso del barrio más caro y dedicaban unos días a explorar los

alrededores. Después Elise seleccionaba un objetivo: alguien con demasiado dinero para su propio bien y lo suficientemente crédulo como para creerse la historia que ella decidiera contarle. Para cuando su víctima se daba cuenta de lo que había pasado, Elise y Calliope siempre hacía tiempo que ya se habían ido.

Calliope sabía que algunas personas se referirían a ellas como farsantes, timadoras o estafadoras. Ella, por su parte, prefería calificarse de mujeres tan inteligentes como encantadoras que habían descubierto la manera de equilibrar la balanza. Después de todo, como le gustaba decir a su madre, la gente rica obtenía cosas gratis constantemente. ¿Por qué no iban a poder hacerlo ellas también?

—Antes de que se me olvide, esto es para ti. Acabo de cargarlo a nombre de Calliope Ellerson Brown. Es lo que querías, ¿verdad?

Su madre le dio un reluciente ordenador de pulsera sin estrenar.

«Aquí yace Gemma Newberry, adorable ladrona — pensó Calliope, entusiasmada, enterrando su alias más reciente con una floritura silenciosa—. Tan sinvergüenza como bonita».

Tenía la espantosamente morbosa costumbre de componer epitafios cada vez que se desembarazaba de

una identidad, aunque nunca los compartía con su madre. Abrigaba la sospecha de que a Elise no le harían tanta gracia como a ella.

Calliope dio un golpecito en el nuevo ordenador de pulsera para abrir su lista de contactos (vacía, como cabía esperar) y vio, para su sorpresa, que el acta de matriculación que esperaba encontrar no aparecía por ninguna parte.

—¿No vas a obligarme a ir al instituto esta vez?

Elise se encogió de hombros.

—Ya tienes dieciocho años. ¿Quieres seguir estudiando?

Calliope titubeó. Había ido a tantas escuelas distintas, representando siempre el papel específico que le hubiera sido asignado por la actuación del momento: una heredera desaparecida hacía tiempo, o la víctima de alguna conspiración, u ocasionalmente la hija de Elise, sin más, cuando esta necesitaba valerse de ella para volverse más atractiva a los ojos de su víctima. Había estado en un internado británico de lo más pijo, en un convento francés y en un primitivo colegio público de Singapur, y en todos y cada uno de ellos había bostezado hasta desencajarse la mandíbula de aburrimiento.

Motivo por el cual Calliope había terminado protagonizando sus propias estafas. Nunca tan grandes

como las de Elise, que constituían su verdadera fuente de ingresos, pero le gustaba hacer algo por su cuenta cuando se le presentaba la oportunidad. A su madre no le parecía mal, siempre y cuando los proyectos de Calliope no le impidieran echarle una mano siempre que lo necesitara. «Te vendrá bien adquirir algo de práctica», decía Elise, y dejaba que Calliope se quedara con todo lo que ganaba por sus propios medios; lo cual contribuía a ampliar considerablemente su guardarropa.

Por lo general Calliope intentaba llamar la atención de algún adolescente adinerado y se lo camelaba para que le regalase un collar, o un bolso nuevo o las últimas botas de ante de Robbie Lim. En ocasiones especiales conseguía embolsarse algo más gordo y recaudaba dinero fingiendo estar en graves problemas o averiguando los secretos de alguien para chantajearlo. A lo largo de los años Calliope había aprendido que las personas ricas hacían un montón de cosas por las que estaban dispuestas a pagar con tal de que nadie las sacara a la luz.

Contempló fugazmente la posibilidad de matricularse en algún instituto y hacer lo mismo de siempre, pero enseguida descartó la idea. Esta vez le apetecía apuntar un poco más alto.

Ah, había tantas maneras de enganchar a un incauto (el tropezón «por casualidad», la miradita de soslayo, la

sonrisa de complicidad, el coqueteo, la confrontación, el accidente), y en todas ellas Calliope era una experta. Todas las actuaciones que había iniciado se habían saldado con éxito.

Menos con Travis. El único objetivo que alguna vez había dejado a Calliope, en vez de al revés. Nunca había averiguado por qué y le seguía escociendo, siquiera un poquito.

Pero él era una sola persona, y ahí fuera había millones de ellas. Calliope pensó en la muchedumbre que había visto antes, entrando y saliendo en tromba de los ascensores, corriendo en dirección a sus hogares, al trabajo o a la escuela. Todas ellas ensimismadas en sus insignificantes preocupaciones particulares, aferradas a sus sueños inalcanzables.

Ninguna de ellas sospechaba siquiera de su existencia, y, aunque así fuera, a nadie le importaría. Pero eso era lo que hacía que este juego fuese tan divertido: porque Calliope estaba a punto de conseguir que al menos a una sí le importara, y mucho. Experimentó una oleada de deslumbrante trepidación, gloriosamente temeraria y embriagadora.

No veía el momento de encontrar a su próxima víctima.

# AVERY

Avery Fuller se abrazó con fuerza a sí misma. El viento tironeaba de sus cabellos, alborotándolos en una ingobernable madeja dorada. Los pliegues de su vestido restallaban como estandartes a su alrededor. Comenzaron a caer unas pocas gotas de lluvia, tan finas como alfileres, que parecían clavársele en la piel allí donde esta estaba desnuda.

Pero Avery no estaba dispuesta a marcharse de la azotea. Este era su refugio secreto, adonde se retiraba cuando el feroz asalto de las luces y el estruendo de ahí abajo, en el resto de la ciudad, se volvía insoportable.

Dejó vagar la mirada por la neblina morada del horizonte, que se extendía hasta perderse de vista en la oscuridad insondable de las alturas. Le encantaba el modo en que se sentía aquí arriba, distante, sola y a salvo con sus secretos. «Solo que no estás a salvo», le recordó un presentimiento insidioso al mismo tiempo que llegaba

hasta sus oídos el ruido de unos pasos tras ella. Avery se giró en redondo, inquieta... y sonrió al ver que se trataba de Atlas.

Pero la trampilla volvió a abrirse de golpe y apareció Leda, congestionada de rabia. Se veía enflaquecida, amenazadora y en tensión. Su misma piel parecía una armadura.

—¿Qué quieres, Leda? —preguntó tentativamente Avery, aunque en realidad no hacía falta; conocía ya la respuesta.

Lo que quería Leda era separarlos a Atlas y a ella, solo que Atlas era lo único a lo que Avery no estaría dispuesta a renunciar jamás. Dio un paso para colocarse frente a él, en actitud protectora.

A Leda no le pasó inadvertido su gesto.

—Cómo te atreves —escupió, y se abalanzó sobre ella para empujarla...

A Avery le dio un vuelco el estómago mientras sus brazos giraban como aspas inútiles, esforzándose a la desesperada por agarrarse a algo, pero todo estaba demasiado lejos, incluso Atlas, y el mundo había degenerado en una madeja de color, sonidos y gritos, el suelo volaba cada vez más deprisa a su encuentro...

Se sentó de repente, con la frente perlada por una fina pátina de sudor. Tardó un momento en reconocer el

mobiliario del dormitorio de Atlas en la penumbra informe que la rodeaba.

—¿Aves? —murmuró Atlas—. ¿Estás bien?

La muchacha replegó las rodillas contra el pecho en un intento por apaciguar los erráticos latidos de su corazón.

—Solo era una pesadilla —respondió.

Le gustaría hablar de ello, pero no podía. De modo que se dio la vuelta para acallarlo con un beso.

Llevaba colándose en la habitación de Atlas todas las noches desde que murió Eris. Aunque sabía que estaba jugando con fuego, ver al chico al que amaba (conversar con él, besarlo, incluso el mero hecho de aspirar su fragancia) era lo único que le impedía volverse loca de un tiempo a esta parte.

Y ni siquiera aquí, con Atlas, estaba completamente a salvo de sí misma. Detestaba la red de secretos que no dejaba de estrecharse a su alrededor, creando una brecha invisible entre ambos, aunque Atlas no lo sospechase siquiera.

Él ignoraba por completo el delicado equilibrio al que había quedado reducida la relación entre Avery y Leda. Un secreto a cambio de otro. Leda sabía que estaban juntos, y si aún no lo había proclamado a los cuatro vientos era porque Avery la había visto empujar a Eris



desde lo alto de la azotea aquella noche. Ahora, la amenaza de que Leda pudiese sacar su romance a la luz evitaba que Avery desvelase la verdad sobre la muerte de Eris.

No lograba obligarse a confesárselo todo a Atlas. Aquella información solo le haría sufrir, y lo cierto era que Avery tampoco quería que descubriera lo que había sucedido realmente aquella noche. Si supiera lo que había hecho, corría el riesgo de dejar de profesarle el amor ciego y la devoción que le dispensaba ahora.

Enroscó los dedos con más fuerza en los rizos que cubrían la nuca de Atlas, deseando ser capaz de detener el tiempo, de desvanecerse en este momento y vivir en él para siempre.

Cuando Atlas se apartó por fin, Avery percibió su sonrisa sin necesidad de verla.

—Se acabaron los malos sueños. Mientras esté yo aquí, al menos. Los mantendré a raya, prometido.

—He soñado que te perdía —replicó ella de repente, con un dejo de trepidación imbricado en la voz.

Quedarse sin Atlas era el mayor de sus temores ahora que, contra todo pronóstico, al fin estaban juntos.

—Avery. —El muchacho apoyó un dedo bajo su barbilla para levantársela con delicadeza, a fin de mirarla directamente a los ojos—. Te quiero. No pienso irme a

ninguna parte.

—Lo sé.

Sabía que lo decía de corazón, pero su camino estaba sembrado de tantos obstáculos, eran tantas las fuerzas confabuladas en su contra, que a veces el desafío se le antojaba insuperable.

Se recostó junto a su cuerpo, cálido y suave, pero sus pensamientos se obstinaban en mantenerse dispersos. Se sentía tan en tensión como un muelle comprimido, incapaz de saltar.

—¿Nunca has deseado que te hubiera adoptado otra familia? —susurró expresando de viva voz algo que ya había pensado en innumerables ocasiones. Si Atlas hubiera acabado con otra familia cualquiera, si fuese otro chico el que se hubiera criado en el papel de su hermano adoptivo, amarlo no le estaría prohibido. Se preguntó cómo habría sido conocerlo en la escuela, o en alguna fiesta; traerlo a casa para presentárselo a los Fuller.

Todo sería mucho más fácil.

—Por supuesto que no —contestó Atlas sobresaltándola con la vehemencia que denotaba su tono—. Aves, si me hubiera adoptado otra familia, lo más probable es que no te hubiese conocido jamás.

—Es posible... —dijo Avery dejando la frase inacabada flotando en el aire, aunque lo cierto era que, en

su opinión, estaban predestinados.

El universo habría conspirado para reunirlos de un modo u otro, atrayéndolos con una fuerza gravitacional exclusiva de ambos.

—Es posible —convino Atlas—, pero no estaría dispuesto a correr ese riesgo. Para mí eres lo más importante del mundo. El día en que tus padres me trajeron a casa..., el primer día que te vi..., fue el segundo día más feliz de mi vida.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál fue el primero? —preguntó Avery con una sonrisa.

Esperaba que Atlas respondiera que el día más feliz de su vida había sido cuando se confesaron el amor que sentían el uno por el otro, pero el muchacho la sorprendió.

—Hoy. Pero solo durará hasta mañana, y entonces mañana será el día más feliz de mi vida. Porque cada día que paso contigo es mejor que el anterior.

Se inclinó sobre ella para besarla con ternura, pero de improviso sonó un golpe en la puerta.

—¿Atlas?

Por un instante espantoso, hasta la última célula del cuerpo de Avery se quedó paralizada. Al mirar a Atlas, vio el mismo terror que ella sentía reflejado en sus apuestas facciones.

La puerta estaba cerrada con llave, pero ahí (al igual

que en el resto del apartamento), los Fuller gozaban de la autorización necesaria para sortear todas las medidas de seguridad.

—Un segundo, papá —exclamó Atlas quizá con demasiado ímpetu.

Avery salió de la cama de un salto, vestida con su conjunto de ropa interior de satén de color marfil, y corrió sin aliento hacia el armario de Atlas. En su precipitación, sus pies descalzos estuvieron a punto de tropezar con un zapato abandonado en el suelo.

Acababa de cerrar la puerta corredera tras ella cuando Pierson Fuller entró con decisión en el cuarto de su hijo adoptivo. Activadas por sus pasos, las luces del techo se encendieron con un parpadeo.

—¿Va todo bien por aquí?

¿Había una nota de suspicacia en su voz o serían imaginaciones suyas?

—¿Qué ocurre, papá?

Típico de Atlas, responder a una pregunta con otra. Como táctica evasiva era estupenda.

—Acabo de hablar con Jean-Pierre LaClos, de la oficina de París —dijo el padre de Avery despacio—. Parece que los franceses por fin podrían dejarnos construir algo al lado de esa antigualla suya tan fea.

Avery solo conseguía entreverlo a través de los

listones de la puerta del armario. Se quedó completamente inmóvil, con la espalda pegada a un abrigo de lana gris y los brazos cruzados sobre el pecho. Los latidos de su corazón eran tan erráticos que estaba segura de que su padre los terminaría oyendo.

El armario de Atlas era mucho más pequeño que el suyo. No tendría donde esconderse si Pierson abría la puerta. Como tampoco tendría ninguna explicación que ofrecerle para justificar su presencia allí, sin nada más que el sujetador y un pantaloncito de pijama, salvo, claro está, la verdadera razón.

Su blusa rosa yacía abandonada en el suelo del dormitorio, tan llamativa como la luz deslumbrante de un faro.

—Vale —replicó Atlas, y Avery oyó la pregunta implícita en su respuesta.

¿Qué hacía su padre presentándose allí en plena noche, por algo que no daba la impresión de ser especialmente urgente?

Tras un silencio que se dilató sin duda en exceso, Pierson carraspeó y añadió:

—Mañana tendrás que presentarte temprano en la reunión de desarrollo. Habrá que elaborar un estudio completo de sus calles y vías de agua para iniciar los preparativos.

—Allí estaré —dijo Atlas sucinto.

Se había puesto de pie directamente encima de la blusa, esforzándose por cubrirla discretamente con un pie. Avery rezó para que su padre no se percatara del movimiento.

—Me parece bien.

Instantes después, Avery oyó que la puerta de la habitación de su hermano se cerraba con un chasquido.

Se inclinó hacia atrás y se dejó resbalar contra la pared hasta quedarse sentada como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Notaba la piel recubierta de diminutos alfilerazos, como aquella vez que el médico la había sometido a un análisis para comprobar cómo andaba de vitaminas, solo que esta vez el efecto se complementaba con una descarga de adrenalina. Se sentía alterada, preocupada y extrañamente exultante, todo a la vez, como si se hubiera caído en un pozo de arenas movedizas y de alguna manera hubiese conseguido escapar ilesa de él.

Atlas abrió la puerta de golpe.

—¿Estás bien, Aves?

Las luces del armario se encendieron de forma automática, pero, durante un instante extraordinariamente fugaz, Avery se quedó sumida en la oscuridad mientras Atlas parecía iluminado desde atrás; el resplandor que lo

envolvía, coloreando en tonos dorados los contornos de su silueta, le confería una apariencia casi sobrenatural. Se le antojó imposible, de repente, que fuera real y estuviera aquí, que fuese suyo.

Y lo era, en realidad. Toda su relación demostraba ser imposible a las primeras de cambio, y, sin embargo, de alguna manera, habían conseguido materializarla a fuerza de voluntad.

—Estoy bien.

Se incorporó para deslizar las manos por sus brazos hasta apoyarlas por fin en sus hombros, pero Atlas dio un paso atrás en un acto reflejo y recogió su blusa, que seguía estando tirada allí, en el suelo.

—Ha estado cerca, Aves.

Le tendió la prenda con una expresión preocupada.

—No me ha visto —protestó Avery, aunque sabía que esa no era la cuestión.

Ninguno de los dos mencionó lo que su padre podría haber visto ya: el dormitorio de la muchacha, en la otra punta del apartamento, su prístina ropa de cama blanca revuelta pero inconfundiblemente vacía.

—Debemos tener más cuidado. —Atlas parecía resignado.

Avery se puso la blusa por la cabeza y lo miró, constreñido el pecho ante lo que el muchacho se resistía a

decir.

—Se acabó el dormir aquí, ¿verdad? —preguntó, aunque conocía ya la respuesta.

No podían seguir arriesgándose, ya no.

—Sí. Aves, tienes que irte.

—Lo haré. Mañana —le prometió, y acercó la boca a la suya.

Ahora más que nunca Avery sabía lo peligroso que era, pero eso solo conseguía que cada momento con Atlas fuese infinitamente más valioso. Conocía los riesgos. Sabía que caminaban por la cuerda floja; que caerse sería lo más fácil del mundo.

Si esta iba a ser la última noche que pasaban juntos, haría que mereciese la pena.

Desearía poder decirle a él todas esas cosas y más, pero se conformó con transmitírselo con sus besos: todas las disculpas mudas, las confesiones, las promesas de amor eterno. Si no podía expresarlo de viva voz, esta era la única forma que tenía de demostrárselo.

Tiró de Atlas hacia delante, aferrada a sus hombros, y el muchacho la siguió al interior del armario mientras las luces del techo volvían a apagarse con un suave chasquido.



# WATT

Watzahn Bakradi se repantigó en la rígida silla del auditorio mientras observaba el tablero de ajedrez que ocupaba su campo de visión en esos momentos. «Mueve la torre tres casillas hacia la diagonal izquierda». El tablero, proyectado en espectral blanco y negro sobre las lentes de contacto de alta resolución que siempre llevaba puestas, se modificó en consonancia.

—Un movimiento desafortunado —susurró Nadia, el ordenador cuántico incrustado en el cerebro de Watt.

Su caballero voló de inmediato hacia delante para capturar el rey del muchacho.

A Watt se le escapó un gemido sin poder evitarlo, lo cual le granjeó unas cuantas miraditas extrañadas de los amigos y compañeros de clase sentados a su alrededor. Se apresuró a guardar silencio y concentrar la mirada hacia el frente, donde había un hombre con una americana carmesí en lo alto de un podio, enumerando la oferta de artes

liberales que se impartían en la universidad de Stringer West. Watt desconectó, como había hecho con todos los demás oradores de esa reunión obligatoria de alumnos de primer curso. Como si después de haber terminado el instituto tuviera la menor intención de matricularse en historia o en inglés otra vez.

—Llevas perdiendo conmigo una media de once minutos más de prisa de lo habitual —señaló Nadia—. Sospecho que estás distraído.

«¿Tú crees?», replicó Watt, irascible. De un tiempo a esta parte tenía motivos de sobra para estar distraído. Había aceptado lo que parecía un trabajo de pirateo sencillo para una encumbrada llamada Leda, tan solo para enamorarse de la mejor amiga de esta, Avery. Hasta que descubrió que Avery en realidad estaba colada por Atlas, la misma persona que debía espiar para Leda. Después, por accidente, le había confesado ese secreto directamente a Leda, quien se había marchado hecha una furia, colocada y sedienta de venganza. Todo lo cual le había costado la vida a una chica inocente. Y Watt se había quedado de brazos cruzados, sin hacer nada por evitarlo ni por impedir que Leda saliera de rositas..., porque la asesina conocía la existencia de Nadia.

Ignoraba cómo se las habría apañado, pero lo cierto era que había desenterrado el secreto más peligroso de

Watt. Leda podría delatarlo cuando quisiera, acusándolo de posesión de un ordenador cuántico ilegal. Nadia, por supuesto, acabaría siendo destruida para siempre. En cuanto a él, se pudriría en la cárcel de por vida. Con suerte.

—¡Watt! —siseó Nadia enviando una pequeña descarga eléctrica por su sistema.

El representante de Stringer estaba abandonando el estrado, sustituido por una mujer con el pelo castaño por los hombros y cara de pocos amigos. Vivian Marsh, directora del departamento de admisiones del MIT.

—Pocos de vosotros solicitaréis ingresar en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. Menos todavía tendréis las notas necesarias para conseguirlo —empezó sin preámbulos—. Pero quienes logréis matricularos descubriréis que nuestro programa se sostiene sobre tres pilares fundamentales: la exploración, la experiencia y la evolución.

Watt oyó el suave tamborileo de numerosos dedos sobre las tabletas. Miró de reojo a su alrededor; varios alumnos de su clase de matemáticas avanzadas estaban tecleando frenéticamente, pendientes de cada una de las palabras de Vivian. Su amiga Cynthia (una chica medio japonesa, medio americana, muy guapa, que llevaba compartiendo aula con Watt prácticamente desde la

guardería) se había sentado en el filo de la silla, con un brillo soñador en la mirada. Ni siquiera sabía que a Cynthia le interesase el MIT. ¿Tendría que competir con ella para obtener una de sus plazas, tan limitadas?

Nunca había pensado realmente qué haría si no entraba en el MIT. Llevaba años soñando con formar parte del programa de ingeniería de microsistemas, que era tremendamente competitivo. El equipo de investigación de ese mismo departamento había inventado el milichip, el *software* de entrelazamiento y los superimanes de temperatura ambiente que evitaban la decoherencia cuántica.

Watt siempre había dado por sentado que entraría. Caray, pero si a los catorce años ya había inventado un ordenador cuántico sin ayuda de nadie. ¿Cómo iban a rechazarlo?

Solo que no podía hablar de Nadia en su solicitud. Mientras observaba a los demás estudiantes, Watt se vio obligado a afrontar la más que factible posibilidad de que no lo aceptaran, al fin y al cabo.

«¿Debería hacer alguna pregunta?», pensó para Nadia, nervioso. Lo que fuese con tal de que Vivian se fijara en él.

—Aquí no hay ronda de preguntas y respuestas, Watt  
—respondió Nadia.

De improviso, demasiado pronto, el representante de Stanford salió a la palestra y se aclaró la garganta.

Watt se puso de pie como impulsado por un resorte, sin pensar, maldiciendo mientras avanzaba a trompicones entre los asientos. «¿En serio?», silabeó Cynthia cuando pasó por encima de ella, pero a Watt le traía sin cuidado; necesitaba hablar con Vivian. Además, Stanford era su segunda opción, a lo sumo.

Cruzó la doble puerta del fondo del auditorio como una exhalación, haciendo como que no veía todas las miradas de reproche que se habían vuelto hacia él, y dobló corriendo la esquina tras la cual se encontraba la salida del centro.

—¡Señorita Marsh! ¡Espere!

La mujer se detuvo con una mano en la puerta y una ceja enarcada. En fin, por lo menos conseguiría que se acordara de él.

—He de decir que no todos los días me persiguen al salir del auditorio de una escuela. No soy ninguna celebridad, ¿sabe usted, jovencito?

A Watt le pareció oír una nota de humor seco en su voz, aunque tampoco podría jurarlo.

—Sueño con asistir al MIT desde que tengo uso de razón y quería... solo quería hablar con usted, nada más. —«¡Tu nombre!», le recordó Nadia—. Watzahn Bakradi

—se apresuró a presentarse el muchacho, extendiendo una mano.

Vivian se la estrechó tras unos instantes de vacilación.

—Watzahn Bakradi —repitió ella poniendo los ojos en blanco; Watt sabía que estaba introduciendo su nombre en el buscador de sus lentes de contacto. La mujer parpadeó y volvió a concentrarse en él—. Veo que has participado en nuestro programa de verano para jóvenes ingenieros, con una beca. Y que no volvimos a invitarte.

Watt hizo una mueca. Sabía perfectamente por qué no le habían pedido que regresara: porque una de sus profesoras lo había descubierto construyendo un ordenador cuántico ilegal. Había prometido no avisar a la policía, pero aquel error le había costado caro, a pesar de todo.

Nadia había proyectado el currículo de Vivian sobre sus lentes de contacto, pero no le servía de mucho; lo único que le decía a Watt era que se había criado en Ohio y que había estudiado psicología en la universidad.

Recordó que debería decir algo más.

—Hace cuatro años de aquel programa. He aprendido mucho desde entonces, y me encantaría poder demostrárselo.

Vivian ladeó la cabeza para aceptar un toque.

—Estoy hablando con un estudiante —le dijo a

quienquiera que fuese, seguramente algún asistente—. Lo sé, lo sé. Dame un momento. —Mientras se recogía un mechón de cabello detrás de la oreja, Watt atisbó el destello de un caro ordenador de muñeca de platino. Se preguntó de repente qué opinión le merecería a alguien así tener que bajar hasta la planta 240 para dar una charla, aunque fuese en una escuela de enfoque especializado. Era comprensible que tuviese tanta prisa por largarse de allí—. Señor Bakradi, ¿por qué es su primera opción el MIT?

Nadia había abierto el plan de estudios y la guía de objetivos del MIT, pero Watt no quería ofrecerle una respuesta insulsa y prefabricada. En vez de eso, se armó de valor y dijo con toda franqueza:

—Ingeniería de microsistemas. Me gustaría trabajar con cuants.

—Vaya, vaya. —La mujer lo miró de arriba abajo; Watt se dio cuenta de que había despertado su curiosidad—. Como ya sabe, ese programa recibe miles de solicitudes todos los años, pero solo se seleccionan dos aspirantes.

—Lo sé. Sigue siendo mi primera opción. —«Mi única opción», pensó Watt, dedicándole su sonrisa más deslumbrante, la que dedicaba a las chicas cuando Derrick y él salían de fiesta. Presintió que estaba empezando a

predisponerla a su favor.

—¿Alguna vez ha visto usted un cuant, jovencito? ¿Sabe lo increíblemente poderosos que son?

«Adornar la verdad sería la estrategia óptima en este caso», le sugirió Nadia, pero Watt sabía que podría eludir la pregunta.

—Sé que solo quedan muy pocos —dijo. Había cuants en la NASA, por supuesto, y en el Pentágono; aunque Watt sospechaba que debía de haber muchos más ordenadores cuánticos ilegales sin registrar (como Nadia) de los que al gobierno le gustaría reconocer—. Sin embargo, creo que debería haber más. Necesitamos ordenadores cuánticos en tantos lugares...

«¿Como tu cerebro, por ejemplo? Un poco de sensatez, Watt», lo reconvino Nadia, pero el muchacho no la estaba escuchando.

—Los necesitamos ahora más que nunca. Podríamos revolucionar los sistemas agrícolas a escala internacional para erradicar la pobreza, podríamos terminar con los accidentes mortales, podríamos terraformar Marte...

La voz de Watt resonaba estridente en sus propios oídos. Se dio cuenta de que la mujer estaba observándolo fijamente, con las cejas arqueadas, y se calló.

—Habla usted asombrosamente como los escritores de ciencia ficción del siglo pasado, señor Bakradi —dijo



Vivian al cabo—. Me temo que su opinión goza de escasa popularidad en los tiempos que corren.

Watt tragó saliva con dificultad.

—Creo que el Incidente con la IA de 2093 se podría haber evitado. El pobre cuant en cuestión no tuvo la culpa de nada. Aún no se habían instalado las medidas de seguridad indicadas, hubo problemas con su programación base...

Cuando los cuants aún eran legales, el programa de todos ellos contenía la misma orden fundamental: no perjudicar a ningún ser humano con sus acciones, con independencia de cuáles fuesen las instrucciones posteriores que se les impartieran.

—¿El «pobre» cuant? —repitió Vivian, y Watt cayó demasiado tarde en la cuenta de que estaba hablando del ordenador como si este fuese una persona. No dijo nada. La mujer suspiró—. En fin, debo reconocer que no me importaría revisar su solicitud en persona.

Cruzó la puerta y montó en el deslizador que la estaba aguardando.

«Nadia, ¿qué narices hacemos ahora?», pensó el muchacho, con la esperanza de que al cuant se le ocurriera alguna solución deslumbrante. Solía percibir sutilezas y matices concretos que a él siempre se le escapaban.

«Ahora solo puedes hacer una cosa», respondió

Nadia. «Escribir el mejor trabajo que Vivian Marsh haya visto en su vida».

—Ahí estás —exhaló aliviada Cynthia cuando Watt hubo llegado por fin a la taquilla que compartían.

Técnicamente, era de ella: a Watt le habían asignado una, pero estaba al final del pasillo de artes, y, entre que nunca pasaba por allí y que no solía acarrear muchas cosas, se había acostumbrado a utilizar la de Cynthia. También su mejor amigo se encontraba allí, Derrick, con la frente surcada de arrugas de preocupación.

—Eso, ¿qué ha pasado? Dice Cynthia que te escaqueaste antes de que acabaran las charlas.

—Quería hablar con la directora del departamento de admisiones del MIT antes de que se fuese.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Cynthia mientras Derrick sacudía la cabeza, mascullando un «debería habérmelo imaginado» o algo por el estilo.

—No estoy seguro de que haya ido bien —suspiró Watt.

Cynthia se compadeció de él con una mirada de reojo.

—Lo siento.

—Bueno, si la pifio, por lo menos así aumentarán vuestras probabilidades de que os acepten —bromeó Watt, quizá con excesiva condescendencia; el sarcasmo siempre había sido su mecanismo de defensa.

—Yo nunca pensaría algo así —dijo Cynthia dolida—. La verdad, esperaba que los dos pudiéramos asistir juntos al MIT. Estaría bien tener un amigo, estando tan lejos de casa...

—¡Y yo iría a visitaros y os daría la lata a todas horas! —exclamó Derrick rodeándoles los hombros con los brazos a ambos en un gesto jovial.

—Nos lo pasaríamos genial —musitó Watt receloso, observando a Cynthia por el rabillo del ojo.

Ignoraba que compartiesen el mismo sueño. La muchacha tenía razón: sí que estaría bien. Pasear juntos por el campus cubierto de hojas secas, camino de clase; trabajar hasta las tantas en el laboratorio de ingeniería, codo con codo; almorzar en el inmenso comedor abovedado que Watt había visto en la i-Net...

Por otra parte, ¿qué harían Cynthia y él si al final solo consiguiera entrar uno de los dos?

«No va a pasar nada», se dijo, aunque tenía el presentimiento de que esta era otra de las muchas cosas en su vida que podrían acabar en desastre.

Comenzaba a acumular una preocupante colección de ellas.

# RYLIN

Aquella misma tarde, Rylin Myers estaba acodada sobre el escáner del mostrador de ArrowKid, contando los minutos para que terminara su turno. Sabía que debería sentirse afortunada por tener este trabajo (cobraba más que en su antiguo empleo en el monorraíl, y el horario era más llevadero), pero cada momento que pasaba aquí le parecía una auténtica tortura.

ArrowKid era una franquicia de ropa infantil ubicada en el centro comercial de Manhattan centro, en el piso 500. Hasta hacía poco, Rylin no había pisado nunca una tienda de estas. Arrow era la clase de sitio al que los padres del centro de la Torre acudían en manada: vestidos con pantalones de deporte de colores chillones y arrastrando a sus bebés agarrados del brazo, con las sillitas oscilando como boyas en el aire a su lado, remolcadas por invisibles cables magnéticos.

Rylin paseó la mirada por el establecimiento, un

mareante caleidoscopio de sonido y color. En los altavoces atronaba una estridente música pop con el volumen al máximo. El espacio entero apestaba a la nauseabunda fragancia dulzona de los pañales de tela autolavables de ArrowKid, y en cada resquicio y rincón se agolpaban las prendas de vestir infantiles expuestas al público (desde pijamas de una pieza en tonos pastel para bebés a vestidos de niña de la talla catorce), todas ellas cubiertas con las flechas que eran el símbolo de la cadena. Pantaloncitos con flechas bordadas, camisetas con flechas impresas... Incluso mantitas estampadas con diminutas flechas luminosas. A Rylin le dolían los ojos solo de verlas.

—Oye, Ry, ¿te importaría echarle una mano a la clienta del probador número doce? Ya me encargo yo de la caja un momento.

La encargada de Rylin, una veinteañera que respondía al nombre de Aliah, se acercó a ella contoneándose y se atusó el cabello moreno, que llevaba muy corto. La deslumbrante flecha morada de su camisa daba vueltas despacio, como las manillas de un reloj. Rylin tuvo que apartar la mirada para evitar marearse.

—Cómo no —respondió procurando disimular la irritación que le producía el hecho de que Aliah hubiera empezado a llamarla por el apelativo que reservaba a los

amigos cercanos.

Sabía que la encargada solo quería esconderse detrás del mostrador y darle un toque a su nueva novia cuando le pareciera que los empleados no la veían.

Llamó con los nudillos a la puerta del probador número doce.

—Solo quería preguntarle qué tal va todo por ahí adentro —anunció levantando la voz—. ¿Necesita que le busque alguna talla en concreto?

La puerta se abatió sobre sus goznes, abriéndose para revelar a una mamá sentada en el taburete, ojerosa y con la mirada ausente; debía de estar consultando algo en sus lentes de contacto. Frente al espejo, una niña de mejillas sonrosadas salpicadas de pecas no dejaba de girarse a un lado y a otro mientras observaba su reflejo con intenso ojo crítico. Llevaba puesto un vestido blanco cubierto de diminutas flechas de cristal, con la leyenda: sé deslumbrante, y los pies enfundados en un par de botas con más flechitas impresas. Ya las traía de casa; si las hubiera cogido hoy, Rylin habría visto un sutil círculo holográfico que las delataría como por pagar todavía, recordándole que las pasara por el escáner. Rememoró todas las ocasiones en que Lux, su mejor amiga, y ella se habían dedicado a robar en las tiendas de los niveles inferiores; nada espectacular, tan solo un par de frascos de

perfume y pintalabios, y una vez una caja de pasteles de chocolate. Aquí arriba eso sería imposible.

—¿Qué te parece? —preguntó la pequeña dándose la vuelta para dejar que Rylin la estudiara.

Rylin le dedicó una sonrisita desvaída. Miró a la madre (a fin de cuentas, era ella la que lo iba a pagar), pero la mujer parecía conformarse con mantenerse al margen de los gustos consumistas de su hija.

—Te queda genial —respondió sin mucho entusiasmo.

—¿Tú te lo pondrías? —preguntó la pequeña arrugando la nariz en un mohín adorable.

Por alguna razón, Rylin solo podía pensar en la ropa que solían ponerse Chrissa y ella, cedida en parte por los Anderton, la familia de los niveles superiores para la que había trabajado como doncella. A los seis años, el conjunto favorito de Rylin había sido un disfraz de pirata, con su pluma en el sombrero y su empuñadura de oro en la espada. Sobresaltada, se le ocurrió que lo más probable era que en su momento hubiese sido de Cord. O de Brice. Aunque la idea debería abochornarla, lo único que sintió fue un arrebató de nostalgia. Hacía un mes que no hablaba con Cord; seguramente jamás volvería a verlo de nuevo.

«Mejor así», se dijo, como hacía siempre que se acordaba de él. Aunque nunca pareciera dar el menor

resultado.

—Está claro que no —resopló la niña mientras se sacaba el vestido por la cabeza—. Puedes retirarte —añadió con desdén dirigiéndose a Rylin.

Esta comprendió que acababa de cometer un error. Desesperada, se propuso enmendarlo.

—Disculpa, me he quedado absorta en mis pensamientos por un instante...

—Olvídalo —la atajó la pequeña, sin inmutarse, al tiempo que le cerraba la puerta en las narices.

Momentos después, su madre y ella salían de la tienda dejando una montaña de ropa desordenada en el probador como recuerdo de su visita.

—Ry. —Aliah chasqueó la lengua con expresión decepcionada mientras se acercaba—. La niña esa era una venta segura. ¿Qué ha pasado?

«Que no me llames más Ry», pensó Rylin, enfadada, pero se abstuvo de expresar su irritación en voz alta; si tenía este empleo era gracias a Aliah. Se proponía pedir trabajo como camarera en la cafetería de la puerta de al lado cuando vio el cartel con forma de flecha volante que anunciaba: se necesita dependienta en el escaparate holográfico y, llevada por un impulso, decidió entrar. A Aliah ni siquiera le importó que no tuviera experiencia como vendedora. Tras echarle un vistazo a Rylin, dejó



escapar un gritito de emoción y exclamó: «Pero ¡si te valdrían nuestras tallas *junior*! Tienes las caderas superestrechas. ¡Y con esos pies tan pequeños seguro que podrías ponerte algunas de nuestras sandalias!».

De modo que aquí estaba Rylin, uniformada con el *merchandising* menos ofensivo que se podía encontrar en la tienda (una camiseta de tirantes y sus vaqueros negros, sin una sola flecha a la vista), esforzándose sin mucho empeño por venderles ropa a los críos del Cinturón de la Torre. No era de extrañar que se le diese de pena.

—Lo siento. Lo haré mejor la próxima vez — prometió.

—Eso espero. Ya llevas aquí casi un mes y apenas si has cumplido con la cuota de ventas mínima para una sola semana. No dejo de inventarme pretextos por ti, diciendo que es una curva de aprendizaje y todo eso, pero como las cosas no cambien pronto...

Rylin se mordió la lengua para reprimir un suspiro. No podía permitirse el lujo de que la despidieran, otra vez no.

—Entendido.

Un destello iluminó los ojos de Aliah mientras consultaba la hora en la periferia de su visión. A Rylin le había sorprendido descubrir que la mayoría de las chicas que trabajaban aquí pudieran costearse un par de lentes de

contacto, aunque fuese la versión más barata. Por otra parte, para casi todas ellas este era un empleo al que se dedicaban después de la escuela; no tenían hermanas menores que mantener, ni una inagotable pila de facturas que pagar.

—¿Por qué no te marchas a casa y descansas un poco? —le sugirió con amabilidad Aliah—. Ya cierro yo. Así mañana podrás volver a la carga con más energía, ¿te parece?

Rylin estaba tan agotada que no se sintió con fuerzas para llevarle la contraria.

—Estupendo —se limitó a responder.

—Espera, Ry, ¿por qué no te llevas una de esas — Aliah hizo un gesto en dirección a uno de los expositores que había junto a la entrada, repleto de chillonas camisetas amarillo limón cubiertas de flechas moradas— y te la pones mañana para venir al trabajo? Quizá te ayude a sentirte un poquito más... motivada.

—Esas son para niñas de diez años —no pudo por menos de señalar Rylin, que observaba las camisetas con el corazón martilleando en el pecho.

—Menos mal que tú estás superdelgada —replicó Aliah.

Rylin contuvo la respiración mientras agarraba la primera camiseta del expositor.

—Gracias —dijo dedicándole la sonrisa más radiante que fue capaz de forzar, pero Aliah estaba ya respondiendo a otro toque, susurrando algo y riéndose mientras se llevaba una mano al oído.

Cuando Rylin hubo pasado el anillo de identificación sobre el panel táctil de la puerta y entró en la vivienda, la recibió un reconfortante aroma a masa de repostería y chocolate caliente. Le sobrevino de inmediato una punzada de pesar ante el hecho de que Chrissa hubiera vuelto a llegar a casa antes que ella. Desde que Rylin empezase a trabajar por las tardes, en vez de en el turno de madrugada que tenía en el monorraíl, su hermana era la que se encargaba de cocinar y hacer las compras la mayoría de las veces. Se sentía culpable; esas habían sido siempre sus responsabilidades. Debería ser ella la que se ocupara de su hermana de catorce años, y no al revés.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó Chrissa animada.

Al fijarse en la camiseta nueva de Rylin, frunció los labios para reprimir una sonrisa.

—No te atrevas a decir nada, a no ser que quieras que tu regalo de cumpleaños consista en una bolsa gigante de ropa interior con flechitas.

Chrissa ladeó la cabeza, como si se lo estuviera pensando.

—¿Exactamente de cuántas flechas por par estamos

hablando?

A Rylin se le escapó una carcajada.

—La verdad, al ritmo que voy —dijo tras quedarse callada un momento—, conseguiré que me despidan mucho antes de que llegue tu cumpleaños. He descubierto que no soy la mejor vendedora del mundo. —Se acercó a la encimera de la cocina, donde Chrissa estaba preparando las tortitas de plátano que tanto les gustaban a ambas—. ¿Desayuno para cenar? ¿Qué celebramos? —preguntó antes de meter la mano en la bolsa de copos de chocolate para coger un puñado.

Chrissa la regañó propinándole una palmadita cariñosa, añadió el resto de los copos de chocolate a la mezcla y dejó que la cuchara alimentada por infrarrojos removiera la masa. Miró a su hermana, incapaz de disimular la emoción, y usó la barbilla para señalar un sobre que había encima de la mesa.

—Te ha llegado una carta.

—¿Qué es eso?

Ya nadie enviaba sobres de papel de verdad. El último que había recibido Rylin contenía un requerimiento de pago del hospital; e incluso este no era más que una copia de lo que ya sabía merced a los *pop-ups* con sonido que tenía programados para que le sirvieran de recordatorio semanal. La ocasión especial era que ya había

transcurrido un año desde la fecha de vencimiento original de la factura.

—¿Por qué no lo abres y lo averiguas? —replicó Chrissa dándoselas de misteriosa.

Lo primero que pensó Rylin fue que el sobre pesaba bastante, lo cual auguraba algo importante, aunque no sabía si sentirse intrigada o atemorizada por ello. El dorso contenía un escudo de armas azul que le sonaba. ESCUELA DE BERKELEY, desde 2031, rezaban las letras doradas que lo coronaban. Ese era el centro de Cord, recordó Rylin, en el piso 900 y pico. ¿Para qué querrían ponerse en contacto con ella?

Deslizó una uña bajo la rígida solapa del sobre y sacó su contenido, vagamente consciente de que Chrissa se había arrimado hasta pegarse a ella, pero demasiado concentrada en la lectura de aquella carta tan sorprendente y extraña como para decir nada.

Estimada señorita Myers:

Nos complace informarle de que ha sido usted seleccionada como receptora inaugural del Premio Conmemorativo Eris Miranda Dodd-Radson que concede la Academia Berkeley, una beca fundada en memoria de Eris para recompensar el potencial individual todavía por explotar de los escolares menos privilegiados. El valor al que asciende la beca se detalla en la página adjunta. Además de cubrir por completo el importe de la matrícula, incluye también un estipendio para materiales académicos y gastos de manutención... Rylin miró a su hermana y parpadeó varias veces seguidas.

—¿Qué narices es esto? —preguntó muy despacio.

Chrissa soltó un gritito, se abalanzó sobre ella y le dio un abrazo que amenazaba con cortarle la respiración.

—¡Esperaba que fuese algún «sí», pero no estaba segura! ¡Y tampoco quería abrirlo sin ti! ¡¡¡Rylin!!! —La muchacha dio un paso atrás y miró a su hermana, exultante de alegría—. ¡Que te han dado una beca para ir a Berkeley! El mejor instituto privado de toda Nueva York..., quizá incluso del país.

—Pero yo no he enviado ninguna solicitud —señaló Rylin, a lo que Chrissa reaccionó echándose a reír.

—La envié yo en tu nombre, por supuesto. No te irás a enfadar ahora, ¿verdad? —añadió, como si se le acabara de ocurrir esa posibilidad.

—Pero... —En la cabeza de Rylin se agolpaban un millón de preguntas. Eligió una al azar—. ¿Cómo te enteraste de que existía esta beca?

Rylin estaba al corriente de su existencia, claro; se mencionaba en el videobituario de Eris, el cual había reproducido ya decenas de veces desde aquella noche fatídica. La noche en que toda su vida dio un vuelco cuando asistió a una fiesta en la Cima de la Torre, en el piso mil, tan solo para descubrir con otra al chico del que estaba enamorada. Después la otra había muerto ante los ojos de Rylin, empujada desde lo alto de la azotea por una

de sus amigas, que iba colocada de algo, y esta había procedido a chantajearla, obligándola a guardar silencio sobre lo que en realidad había ocurrido.

—Vi la esuela abierta en tu tableta. La pones a todas horas —dijo Chrissa bajando la voz y mirando a los ojos a Rylin—. Conociste a Eris cuando estabas con Cord. ¿Era amiga tuya?

—Algo así —respondió Rylin, porque no sabía cómo contarle la verdad: que Eris era alguien a quien no conocía apenas, pero la había visto morir.

—Lamento lo que le pasó.

El temporizador emitió un pitido; Chrissa distribuyó las tortitas en dos generosos montones y le pasó los platos a Rylin.

—Pero... —Esta seguía sin entender nada—. ¿Por qué no solicitaste la beca para ti?

De las dos, Chrissa era la alumna más prometedora: sacaba todo sobresalientes en sus clases para alumnos destacados, y casi con toda seguridad jugaría al voleibol en la liga universitaria. Era ella la que se merecía disfrutar de una beca para estudiar en una institución prestigiosa, no Rylin, que ni siquiera había pisado la escuela en los últimos años.

—Porque a mí no me hace tanta falta como a ti —respondió Chrissa muy seria. Rylin la siguió hasta la

mesa, cargando con los platos abarrotados de tortitas. El mueble, al que se le había roto limpiamente una pata, cojeó cuando los puso encima de él—. Entre mis notas y el voleibol, lo más probable es que me concedan una beca universitaria de todas maneras. Tú, en cambio, necesitas esto —insistió la muchacha—. ¿No te das cuenta? Ya no tienes por qué seguir siendo la chica que abandonó los estudios para encasillarse en un empleo sin perspectivas de futuro, todo con tal de poder cuidar de mí.

Rylin guardó silencio mientras asimilaba el alfilerazo de culpabilidad que denotaba la explicación de su hermana. Lo cierto era que nunca se había parado a pensar qué opinaba Chrissa de que ella hubiera dejado la escuela para trabajar a tiempo completo al fallecer su madre. No se imaginaba que la pequeña pudiera sentir remordimientos por la decisión que ella misma había tomado.

—Chrissa, sabes que tú no tienes la culpa de que yo haya aceptado este trabajo. —Además, Rylin sabía que volvería a hacerlo sin pestañear con tal de brindarle a su hermana la oportunidad que se merecía. En ese momento se le ocurrió otra complicación añadida—. De todas formas, ahora no puedo dejar la tienda. Nos hace falta el dinero.

La sonrisa de Chrissa era contagiosa.



—¿No has leído lo que pone sobre el estipendio para gastos de manutención? Bastará para salir adelante, y, si las cosas se ponen feas, ya se nos ocurrirá algo.

Rylin releyó la carta y, para sus adentros, reconoció que su hermana tenía razón.

—Pero ¿por qué querrían elegirme a mí? Ni siquiera estoy matriculada en ninguna parte ahora mismo. Habrán recibido tantas solicitudes... —Entornó los párpados mientras calculaba mentalmente las probabilidades—. ¿Qué pusiste en la mía, por cierto?

La sonrisa de Chrissa se ensanchó más todavía.

—Encontré una antigua redacción que escribiste sobre trabajar en un campamento de verano y la retoqué un poco.

Dos años antes de que muriera su madre, Rylin había presentado una solicitud para optar al puesto de monitora auxiliar en un exclusivo campamento de verano. Se encontraba en un rincón recóndito de Maine, a orillas de algún lago, o quizá fuese un río; la clase de sitio al que los niños ricos iban para aprender cosas tan inútiles como montar en canoa, disparar con el arco o trenzar pulseras de la amistad. Por alguna razón, tal vez porque había visto demasiados holos ambientados en campamentos de verano, Rylin siempre había abrigado el deseo secreto de asistir a uno. Su familia jamás podría permitirse nada por

el estilo, claro. Pero Rylin esperaba que, si la contrataban como monitora, quizá pudiera disfrutar de una versión personal de aquella experiencia.

Había conseguido el trabajo. Aunque pronto se volvió irrelevante, porque su madre enfermó aquel mismo año y después de eso todo lo demás dejó de tener importancia.

—No me puedo creer que la encontraras —musitó sacudiendo la cabeza entre divertida y maravillada. Nunca dejaría de sorprenderla el arsenal de recursos al que tenía acceso su hermana—. Aunque sigo sin entender por qué me habrán escogido a mí.

Chrissa se encogió de hombros.

—¿No has visto la descripción? Es una beca un poco rara, muy poco convencional, para «jóvenes cuya creatividad no debería pasar inadvertida».

—Tampoco es que yo me considere especialmente creativa —replicó Rylin.

Chrissa sacudió la cabeza con tanto brío que su coleta voló de un lado a otro como una sombra a su espalda.

—Pues claro que lo eres. Deja de hacerte tanto de menos o no sobrevivirás mucho tiempo en esa escuela.

Rylin optó por no seguir discutiendo. Todavía no estaba segura de querer aceptar la propuesta.

—No me extraña —suspiró Chrissa al cabo— que fueses amiga de Eris. Del espíritu de esta beca se

desprende que era una tía realmente guay. Me refiero a que está claro que no era como los demás encumbrados, de lo contrario su familia no habría decidido honrar su memoria de esta manera.

Al recuerdo de Rylin afloraron de repente los recuerdos de aquella noche: la ruptura con Cord y su intento por recuperarlo, tan solo para descubrirlo con Eris; su encuentro con esta en la azotea, donde estaba peleándose con aquella otra chica, Leda; ver horrorizada cómo Eris se precipitaba al frío aire nocturno desde lo alto de la Torre. Se estremeció.

—Vas a decirles que sí, ¿verdad? —preguntó Chrissa con la voz cargada de esperanza.

Rylin pensó en cómo sería asistir a una cara institución repleta de encumbrados, con un puñado de desconocidos que no se dignarían darle ni la hora. Por no mencionar a Cord. Se había prometido a sí misma que se mantendría alejada de él. Y después estaban los estudios en sí; ¿cómo se sentiría al estar en clase de nuevo, aprendiendo, estudiando y presentándose a exámenes, rodeada de un montón de alumnos que seguramente eran mucho más listos que ella?

—A mamá le hubiera gustado que fueras, ¿sabes? —añadió Chrissa, y, así de fácil, la respuesta se presentó con toda claridad ante Rylin.

Miró a su hermana a los ojos y sonrió.

—Vale, les diré que sí.

Quizá por fin saliera algo positivo de aquella noche. Se lo debía a sí misma, a Chrissa, a su madre..., diablos, incluso a Eris. Tenía que darle una oportunidad.

# CALLIOPE

Las dos mujeres franquearon la entrada de Bergdorf Goodman, en la planta 880, exudando confianza y repiqueteando con brío en el suelo de mármol con sus tacones de aguja. Ninguna de ellas se detuvo en la suntuosa antesala, decorada con holos con motivos navideños que danzaban alrededor de los candelabros de cristal y los expositores de joyas. Mientras que los turistas gritaban emocionados cada vez que algún reno se abalanzaba en picado sobre sus cabezas, Calliope, que caminaba tras los pasos de Elise en su ascenso por la escalinata recurvada, ni siquiera se dignó mirar de reojo en su dirección. Hacía mucho que no se dejaba impresionar por algo tan prosaico como un trineo holográfico.

La planta de arriba, dedicada al diseño, estaba jalonada de muebles separados entre sí por una barrera de privacidad invisible y equipados con escáneres

corporales. Los trajes auténticos que lucían los maniqués apostados en las esquinas eran más una oda a la nostalgia que otra cosa. Nadie acudía aquí con la intención de probarse nada.

Elise lanzó una miradita de complicidad a Calliope antes de dirigirse a la empleada más joven y con más cara de inexperta: Kyra Welch. Ya la habían preseleccionado online, por la sencilla razón de que llevaba la extraordinaria cifra de tres días trabajando en la tienda.

A escasos metros de la muchacha, Elise se acomodó ostentosamente en un sofá de color melocotón claro, cruzó una pierna sobre la otra y comenzó a examinar los vestidos de cóctel desplegados en la pantalla que tenía delante. Calliope se quedó en pie a cierta distancia, aburrida, y disimuló un bostezo. Deseó haber empezado la mañana con uno de esos cafés con miel que servían en el hotel. O con un parche de cafeína, al menos.

La dependienta, como cabía prever, acudió rauda a su lado. Tenía la piel de alabastro y una pizpireta cola de caballo tan anaranjada como una zanahoria.

—Buenas tardes, señoras. ¿Habían pedido cita?

—¿Dónde está Alamar? —preguntó Elise, cuyo tono rezumaba desdén.

—Cuánto lo siento... Alamar hoy tiene el día libre —balbuceó Kyra, explicándoles lo que Elise y Calliope

sabían ya de antemano. La mirada de la muchacha se paseó fugaz sobre el atuendo de Elise, demorándose en la falda de diseño y en la piedra de siete quilates que lucía en el dedo, de tan extraordinaria calidad que resultaba poco menos que indistinguible de un verdadero diamante. La conclusión lógica a la que llegó fue que esta persona era alguien importante, alguien a quien Alamar no habría querido contrariar—. Quizá uno de nuestros encargados pueda...

—Busco un vestido de cóctel nuevo. Algo despampanante —interrumpió Elise a la chica mientras agitaba la mano sobre el catálogo holográfico para proyectar los diseños de esa temporada sobre una representación escaneada de su figura. Giró la muñeca bruscamente para pasar varias imágenes de golpe y levantó la palma para detener el despliegue en un vestido de color ciruela con el dobladillo asimétrico—. ¿Puedo ver este, solo que algo más corto?

Los ojos de Kyra se desenfocaron, probablemente mientras comprobaba su horario en las lentes de contacto. Calliope sabía que en esos momentos debía de estar debatiendo consigo misma, contemplando la posibilidad de abandonar sus labores como reponedora a cambio de la lucrativa comisión que parecía prometer esta inesperada clienta.

También sabía que, al término del frenesí consumista de Elise, cuando los supertelares ocultos en la trastienda hubieran terminado de coser y tejer los distintos vestidos, una Kyra titubeante le solicitaría un número de cuenta en el que cargar la totalidad del importe. A lo que Elise respondería: «Alamar sabe cuál es», acompañando sus palabras con un encogimiento de hombros en el que iría implícito el hecho de que no pensaba tolerar que la importunaran con semejante minucia. A continuación saldría del establecimiento con los brazos cargados de bolsas, sin mirar atrás.

Podrían comprar los vestidos de forma normal, en teoría; habían ahorrado dinero como hormiguitas en varios bancos distintos repartidos por todo el mundo. Aunque, al ritmo que se lo gastaban, nunca parecía durar demasiado. Además, como decía Elise siempre, ¿por qué pagar por algo cuando podías conseguirlo gratis? Era el lema por el que se regían sus vidas.

Elise y Kyra se enfrascaron en un debate sobre forros de seda. Calliope levantó la cabeza, aburrida, y vio a tres chicas de su edad que estaban cruzando la tienda, vestidas con sendas faldas de cuadros escoceses e idénticas camisas blancas de botones. Una sonrisita se dibujó lánguidamente en sus labios. Daba igual en qué país se encontraran, las alumnas de los colegios privados siempre



eran víctimas fáciles.

—Mamá —se inmiscuyó en la conversación. Kyra se hizo a un lado un momento para concederles algo de intimidad, aunque en realidad no hacía falta; hacía tiempo que Calliope y su madre habían establecido un código para este tipo de situaciones—. Acabo de acordarme de que tengo que terminar los deberes. Para la clase de historia.

«Historia» significaba «timo en grupo». Si hubiera hablado de biología, estaría refiriéndose a un golpe de carácter romántico, una seducción simulada.

La mirada de Elise se iluminó al fijarse en el trío de jovencitas y lo entendió al instante.

—Por supuesto —repuso sucinta—. No me gustaría que perdieras tu puesto en la lista de alumnos más destacados.

—Claro. Necesito graduarme con nota.

Calliope se mantuvo inexpresiva mientras se alejaba.

Musitó «colegios privados de los alrededores» mientras se dirigía a la sección de complementos, adonde parecían encaminarse las chicas. Solo tuvo que consultar los dos primeros resultados de su búsqueda para dar con la información que necesitaba; lo supo porque todas las alumnas que salían en la página de inicio lucían el mismo uniforme insulso. Bingo.

Se apostó en el camino de las muchachas y empezó a matar el rato escrupulosamente cogiendo distintos artículos, estudiándolos como si de veras estuviera contemplando la posibilidad de adquirirlos y volviendo a dejarlos en su sitio. Aunque vigilaba con atención la trayectoria del grupo, no podía resistirse a disfrutar del frío tacto de un cinturón de cuero o de la tersura de un pañuelo de seda en sus manos.

Cuando las chicas estaban a tan solo una estantería de distancia, Calliope fingió tropezar y se cayó hacia delante, derribando el contenido de una mesa entera cubierta de carteras que se desperdigaron en todas direcciones por el suelo de madera pulida, como si alguien acabara de volcar una bolsa de caramelos.

—¡Ay, cielos! Cuánto lo siento —murmuró Calliope recurriendo al alambicado acento británico que su madre y ella llevaban utilizando toda la semana; no la ordinaria pronunciación *cockney* con el que se había criado, sino uno más refinado que había aprendido a dominar tras innumerables años de práctica.

Había elegido la mesa a propósito para que las carteras se cruzasen en la trayectoria de las muchachas, obligando al trío a sortearlas con cuidado o a arrodillarse para recogerlas. No le sorprendió que hicieran esto último. Las niñas pijas nunca dejaban nada de valor

abandonado en el suelo, a menos que fuesen ellas las que lo habían tirado.

—No te preocupes. No se ha roto nada —dijo una de las chicas, rubia y espigada; la más guapa de las tres, con diferencia.

Pese a llevar puesto el mismo uniforme, parecía más sofisticada que sus compañeras. Incluso aquel atuendo tan ridículo podría pasar por chic sobre su figura. Se incorporó a la vez que Calliope y dejó la última cartera, diminuta y con una cadena de cuentas, encima de la mesa.

—¿Vais todas a Berkeley? —preguntó Calliope aprovechando ese instante crucial antes de que reanudaran su camino.

—Pues sí. Espera, ¿tú también? —quiso saber una de ellas.

Tenía el ceño ligeramente fruncido, como si estuviera preguntándose si la habría visto antes.

—No, qué va —respondió con despreocupación Calliope—. Es que me sonaban los uniformes de la visita orientativa para futuros alumnos. Venimos de Londres..., nos alojamos en el Nuage..., pero a lo mejor nos mudamos aquí por el trabajo de mi madre. En ese caso, trasladarían mi expediente a otra escuela.

Las líneas brotaban de sus labios con facilidad tras haberlas recitado en tantísimas ocasiones.

—Qué emocionante. ¿A qué se dedica tu madre? — habló de nuevo la rubia; no con agresividad, sino con voz meliflua y genuino interés.

Sus ojos, tan claros, resultaban un poco desconcertantes.

—Es encargada de ventas para clientes particulares — respondió Calliope sin poder evitarlo, con una ambigüedad intencionada—. Bueno, ¿y qué os parece Berkeley? ¿Os gusta estudiar allí?

—A ver, es una escuela. No es como salir de fiesta ni nada por el estilo —intervino por fin la tercera muchacha. Tenía la piel bronceada y el pelo moreno recogido en una coqueta trenza de espiga. Echó un rápido vistazo al atuendo de Calliope, fijándose en su vestido de punto de color crema y sus botas marrones; en su mirada se reflejó un cálido destello de aprobación—. Creo que te gustaría —concluyó.

Calliope disimuló la punzada de desdén que solían producirle este tipo de niñas con la cabeza tan hueca. Persuadirlas era lo más fácil del mundo, siempre y cuando encajara en los limitados confines de su mentalidad. Se moría de ganas de estafarlas, de aligerarlas siquiera un ápice de toda esa riqueza de la que disfrutaban sin haber hecho nada para merecérsela.

—Me llamo Calliope Brown. Encantada de conoceros

—declaró extendiendo una mano cargada de pulseras laqueadas que se amontonaban unas encima de otras.

En sus uñas resplandecía una capa reciente de esmalte de color gris paloma. Su interlocutora se la estrechó un instante después.

—Yo me llamo Risha —informó a Calliope—, y estas son Jess y Avery.

—Tenemos que irnos —dijo la rubia, Avery, disculpándose con una sonrisa—. Nos han dado cita en el salón de tratamientos faciales que hay en la planta de abajo.

—¡Qué casualidad! Yo también tengo cita ahí —mintió Calliope con una risita ensayada—, dentro de media hora. A lo mejor nos vemos cuando salgáis.

—Deberías acompañarnos ahora. Seguro que te hacen un hueco —sugirió Risha.

Miró a Avery de reojo, solicitando confirmación, y a Calliope no se le escapó el sutil gesto de aprobación con el que reaccionó la rubia ante su sugerencia. Así que Avery era la que llevaba la voz cantante. Calliope no se sorprendió.

La camaradería impostada nunca se le había dado tan bien como fingir que sentía cariño romántico por alguien. El deseo era deliciosamente directo, sin complicaciones, mientras que las amistades femeninas estaban recubiertas

de inevitables capas de condiciones, vivencias en común y normas tácitas de conducta. En cualquier caso, Calliope se preciaba de aprender rápido. Ya se había dado cuenta de que Risha sería la más fácil de conquistar de las tres, pero Avery era el elemento crucial, de modo que concentró sus esfuerzos en ella.

—Me encantaría, si no os importa —admitió, dedicándoles una sonrisa individual a cada una de ellas.

Su mirada, sin embargo, se demoró un poco más sobre Avery.

Calliope se llenó los pulmones de aire mientras cruzaban las puertas del salón de belleza Ava, aspirando la gloriosa fragancia que permeaba el interior del establecimiento, mezcla de menta, lavanda y *spa*. El tono imperante en toda la decoración era una combinación de crema y melocotón, desde la mullida moqueta bajo sus pies hasta los delicados candelabros de las paredes, que proyectaban charcos de luz dorada sobre el rostro de las muchachas.

—Señorita Fuller —dijo de inmediato el encargado, solícito. Calliope observó aún con más interés a la chica. De modo que era la clase de persona a la que reconocían en sitios así. ¿Sería por su belleza, por su dinero, o por las dos cosas?—. Ignoraba que fueran a ser cuatro hoy. Añadiré otro box de tratamiento a su grupo.

Se disponía a enviarlas adentro cuando apareció otra

muchacha, procedente del interior del salón, que se quedó petrificada al toparse con ellas.

—Hola, Leda. —El tono de voz de Avery era inconfundiblemente glacial.

La desconocida (una chica negra, espigada, con los ojos muy grandes y un carácter nervioso que se reflejaba en lo sincopado de sus ademanes) enderezó la espalda y se irguió hasta donde se lo permitía su estatura. No era muy alta.

—Avery. Jess, Risha. —Su mirada se posó en Calliope, pero debió de decidir que presentarse no merecía la pena—. Que os dejen guapa la cara —dijo mientras reanudaba su camino y se dirigía a la salida, consiguiendo transformar una frase aparentemente inocua en algo casi ofensivo.

—Gracias, muy amable —replicó risueña Calliope, disfrutando con las tres expresiones horrorizadas que se volvieron de golpe hacia ella.

El melodrama interno que se trajeran entre manos estas niñas le importaba un bledo. Estaba aquí por el tratamiento facial gratis, y gracias.

Pronto las cuatro se encontraron sentadas a la reluciente barra blanca del salón, sosteniendo sendos vasos de agua helada con sabor a pomelo. Un bot se acercó rodando hasta ellas y les entregó un delantal

bordado con motivos rosas y blancos a cada una.

—Para que ninguno de los productos os salpique la ropa —explicó la asistente en respuesta a la mirada de curiosidad de Calliope.

—Ah, claro. Sería un desastre que los maravillosos uniformes de mis compañeras se estropearan —replicó Calliope muy seria; la alegró oír que a Avery se le escapaba una risita.

La fila de láseres montados en la pared de enfrente se activó, apuntando sus rayos de fotones concentrados al rostro de las muchachas. Calliope cerró los ojos en un acto reflejo, pese a saber que aquellos instrumentos eran demasiado preciosos como para hacerle daño. Tan solo notó un sutil cosquilleo que se deslizó por sus terminaciones nerviosas mientras el láser ejecutaba un barrido por su epidermis, recabando información sobre los niveles de ácidos grasos, equilibrio del pH y composición química.

—En fin —le dijo a Avery, que se había sentado a su izquierda—, ¿y qué pasa con esa tal Leda?

La pregunta pareció sobresaltar a Avery, que se apresuró a responder:

—Es amiga nuestra.

—No es esa la impresión que me ha dado.

Los láseres comenzaron a parpadear más deprisa,



indicando que ya casi habían terminado con su análisis dermatológico.

—Bueno, era amiga íntima mía hasta hace muy poco —se corrigió Avery.

—¿Qué ocurrió? ¿Algún chico? —Esa solía ser la explicación más habitual, tratándose de este tipo de gente.

Avery se crispó, aunque sus facciones se mantuvieron impasibles mientras el láser se deslizaba por su piel de porcelana sin poros. Calliope se preguntó qué pensarían hacerle; saltaba a la vista que ya era perfecta.

—Es una historia muy larga —contestó Avery, proporcionándole a Calliope la prueba que necesitaba para confirmar sus sospechas.

Experimentó un fugaz alfilerazo de simpatía por Leda. Ser la chica que tuviese que competir con Avery tenía que ser un fastidio.

A la altura de los ojos de Calliope se desplegó un menú holográfico en el que se enumeraban distintas recomendaciones de tratamientos personalizados. Oyó cómo las demás conversaban en voz baja a su lado, decidiendo qué complementos extras seleccionar: una mascarilla relajante de pepino, una infusión de hidrógeno, un masaje con polvo de rubíes machacados... Calliope marcó todas las casillas.

Una campana humeante descendió del techo frente a

cada una de ellas. Las muchachas se inclinaron hacia delante y cerraron los ojos.

—Avery —dijo la morena... Jess, recordó Calliope—. Tus padres todavía piensan celebrar la fiesta de vacaciones este año, ¿verdad?

Calliope aguzó el oído ante la mención de una fiesta. Giró la cabeza ligeramente a la izquierda, dejando que el vapor le bañara el rostro por el lado derecho, a fin de poder escucharlas mejor.

—¿No has recibido la invitación? —preguntó Avery.

—Sí, pero pensaba que después de lo que ocurrió... Da igual —dijo Jess dando marcha atrás de repente.

Avery exhaló un suspiro, pero no parecía enfadada, sino pesarosa.

—A mi padre jamás se le ocurriría cancelarla. Aprovechará la fiesta para anunciar que ya están terminados los Espejos... Así se refiere a la Torre de Dubái, porque tiene dos caras que son imágenes especulares.

¿La Torre de Dubái? Calliope recordó de repente cómo había llamado el encargado del establecimiento a Avery cuando entraron, y todas las piezas del puzle encajaron en su sitio.

Fuller Investments era la empresa que había patentado todas las innovaciones estructurales necesarias para

construir torres tan altas como esta: los soportes de acero ultracompuestos, los amortiguadores de ondas sísmicas que mediaban entre cada una de las plantas, el aire oxigenado que se bombeaba en los niveles superiores para evitar los mareos debidos a la altitud... Habían edificado esta Torre de Nueva York, la primera supertorre del mundo, hacía casi veinte años.

Lo que significaba que Avery Fuller era sumamente rica.

—Tiene pinta de ser divertido —se inmiscuyó Calliope en la conversación, mientras retorció las manos sobre el regazo.

Intentó recordarse que ya había estado en fiestas mucho más exclusivas e increíbles que esta: como la de aquel club de Mumbai, donde había una botella de champán tan grande como un coche; o la de aquella cabaña en el Tíbet, donde cultivaban su propio té alucinógeno. Todos aquellos momentos se desvanecieron en su memoria, sin embargo, como ocurría siempre que planeaba sobre su cabeza la sombra de una fiesta a la que aún no estaba invitada.

Una nube de vapor se elevó desde el respiradero de la campana de Avery mientras esta pronunciaba las palabras que Calliope estaba esperando.

—Deberías venir, si no estás ocupada.

—Me encantaría —dijo Calliope incapaz de evitar que su voz delatara la emoción que sentía.

Oyó que Avery murmuraba algo ininteligible, y un instante después el icono con forma de sobre que flotaba en la línea superior de su campo visual se iluminó. El mensaje acababa de llegar a sus lentes. Calliope se mordió el labio para reprimir una sonrisa mientras lo abría. FIESTA DE VACACIONES ANUAL DE FULLER INVESTMENTS. 12/12/18. PISO MIL.

Eso rezaba el texto, cuyos caracteres dorados se deslizaban sobre un fondo negro cuajado de estrellas.

Calliope hubo de reconocer para sus adentros que era una verdadera pasada no tener que escribir nada más que el número de la planta en la que vivían a modo de dirección. Estaba claro que la poseían en exclusiva.

La cháchara de las niñas derivó hacia algo relacionado con no sé qué deberes, primero, antes de estancarse en no sé qué chico con el que Jess estaba saliendo. A Calliope no paraban de aletearle los párpados, y al final dejó que se le cerraran los ojos. Le encantaba el lujo, pensó con una punzada de puro deleite, ahora que podía disfrutar de él de verdad; por lo general a expensas de los demás.

No siempre había sido así. Cuando era más joven, Calliope sabía que estas cosas existían, aunque aún no las hubiese experimentado. Podía mirar, pero no tocar. Era

una tortura especialmente atroz.

Parecía que hiciese toda una vida de aquello.

Se había criado en un apartamento minúsculo, ubicado en uno de los vecindarios más antiguos y tranquilos de Londres, donde ningún edificio superaba los treinta pisos de altura y la gente todavía cultivaba plantas auténticas en el balcón. Calliope nunca había preguntado quién era su padre porque, la verdad, le daba igual. Su madre y ella siempre habían estado solas, y le bastaba con eso.

Elise (que por aquel entonces respondía a otro nombre, el suyo real) era la asistente personal de la señora Houghton, una ricachona engreída de nariz afilada y ojos acuosos. Se empeñaba en que la llamaran «lady Houghton», so pretexto de descender de una rama poco conocida de la ya extinta familia real. Elise se encargaba de llevar al día la agenda de la señora Houghton, su correspondencia, su vestuario..., la miríada de detalles que conformaban su estéril y suntuosa existencia.

La vida de Calliope y Elise, en comparación, era anodina. Aunque no se quejaban: el apartamento (con su refrigerador autoabastecible, sus bots de limpieza y su suscripción a los holocanales más importantes) cubría sus necesidades básicas. Contaban incluso con ventanas en sus respectivos dormitorios, además de con un armario decente. Sin embargo, Calliope pronto aprendió a ver su

día a día como algo inexorablemente gris, iluminado tan solo por los ocasionales toques de glamur que su madre traía del hogar de los Houghton.

—Mira lo que tengo —proclamaba Elise, con la voz estrangulada por la emoción, cada vez que entraba por la puerta con algo nuevo.

Calliope siempre acudía corriendo a su encuentro, conteniendo la respiración mientras su madre desenvolvía el paquete que tocara ese día, preguntándose qué contendría esta vez. Un vestido de seda con bordados al que le faltaban unas lentejuelas y que la señora Houghton había encargado a Elise que lo devolviera para que lo arreglaran. O una bandeja de porcelana pintada a mano, única en el mundo; ¿no podría Elise, por favor, buscar al artista y pedirle que hiciera otra? Incluso joyas, en alguna que otra ocasión: un anillo de zafiros, por ejemplo, o una gargantilla de diamantes que necesitaba pasar por las manos de un limpiador profesional.

Calliope extendía las manos con reverencia para acariciar el suntuoso abrigo de pieles, o la licorera de cristal o su favorito sobre todas las demás cosas: el suave y flexible bolso de Senreve, de un asombroso color rosa chillón. Miraba a los ojos de su madre y veía reflejados en ellos su anhelo infantil, tan rutilante como la llama de una vela.

Siempre antes de lo que Calliope habría deseado, su madre envolvía de nuevo el tesoro con un suspiro de resignación para llevárselo al taller, o a la tienda de limpieza o al departamento de devoluciones. Sin necesidad de que nadie se lo explicara, Calliope sabía que Elise ni siquiera debería traer a casa ninguno de aquellos objetos, que lo hacía exclusivamente por ella, para que su hija enteviese al menos lo bonitos que eran.

Por lo menos Calliope recibía las sobras. Los Houghton tenían una hija, Justine, un año mayor que ella. Durante mucho tiempo Elise había traído al apartamento las prendas de andar por casa que Justine ya no utilizaba, en vez de seguir las instrucciones de la señora Houghton y donarlas a la beneficencia. Juntas, Calliope y su madre inspeccionaban las bolsas de ropa de segunda mano, exclamando emocionadas ante el despliegue de vestidos de gasa, medias con estampados y abrigos con lacitos bordados, todo ello descartado como un pañuelo usado por el mero hecho de pertenecer a la temporada anterior.

Cuando su madre se quedaba trabajando hasta tarde, Calliope iba a ver a su amiga Daera, que vivía en el apartamento del final del pasillo. Se pasaban horas jugando a ser princesas que tomaban té para merendar. Se ponían los vestidos viejos de Justine y daban sorbitos a sendas tazas de agua sentadas a la mesa de la cocina de

Daera, estirando el meñique de esa forma tan graciosa pero elegante e imitando, a su chapucera manera, el acento de la clase alta.

—Es culpa mía que te gusten tanto las cosas caras — se había lamentado Elise en cierta ocasión, pero Calliope no se arrepentía de nada.

Prefería ver, aunque fuera un atisbo diminuto de aquel mundo tan maravilloso, a desconocer su existencia por completo.

El punto de inflexión se produjo una tarde, cuando Calliope tenía once años. Tenía el día libre en la escuela, por lo que Elise se vio obligada a llevarla a la casa de la señora Houghton mientras trabajaba. La pequeña tenía órdenes estrictas de quedarse en la cocina y leer en su tableta sin estorbar, cosa que hizo durante casi una hora. Hasta que oyó un pitido procedente del ordenador de la casa, señal de que lady Houghton había salido.

Calliope no pudo evitarlo y subió corriendo las escaleras que conducían al dormitorio de los Houghton. La puerta del armario de la señora Houghton estaba abierta de par en par. Invitándola a explorar.

Se coló dentro sin pensarlo dos veces, acariciando con ternura los vestidos, los jerséis y los suaves pantalones de cuero. Cogió aquel brillante bolso fucsia de Senreve, se lo colgó del hombro y se giró a un lado y a otro mientras



contemplaba su reflejo, tan emocionada que no oyó el segundo pitido del ordenador de la casa. Ojalá estuviese Daera allí para verla.

—A partir de ahora me llamarás «alteza» y harás una reverencia cuando te cruces conmigo —le dijo en voz alta al espejo conteniendo a duras penas la risa.

—¿Qué estás haciendo? —resonó una voz en la puerta.

Era Justine Houghton. Calliope quiso explicárselo, pero Justine ya había abierto la boca para proferir un chillido estridente, de los que hielan la sangre en las venas.

—¡¡¡Maaamaaá!!!

La señora Houghton se materializó un instante después, acompañada de Elise. Calliope se encogió ante la mirada de su madre, cuya expresión oscilaba de forma aborrecible entre la recriminación y algo más; algo sobrecogedoramente parecido a la culpa.

—L-lo siento —tartamudeó, aunque sus dedos se mantenían cerrados con fuerza alrededor del asa del bolso, como si no soportara la idea de separarse de él—. No quería hacer nada malo... Es solo que su ropa es tan bonita, y quería verla de cerca...

—¿Y ponerle tus mugrientas manos encima?

La señora Houghton intentó recuperar el bolso de

Senreve, pero, por alguna perversa razón, Calliope no hizo sino estrecharlo aún con más firmeza contra su pecho.

—Mamá, mira... ¡Lleva puesto uno de mis vestidos! Aunque no le queda ni la mitad de bien que a mí —añadió con saña Justine.

Calliope agachó la cabeza y se mordió el labio. En verdad se trataba de uno de los antiguos vestidos de Justine, blanco y de una pieza, con una característica cadena de equis y oes en el cuello. A Calliope le quedaba un poco largo y holgado en exceso, pero no podía permitirse el lujo de llevarlo a arreglar. «Y a ti ¿qué más te da? Querías desembarazarte de él», sintió deseos de replicar en un arrebatado de resentimiento, pero su garganta, por el motivo que fuera, se negaba a colaborar.

Lady Houghton se volvió hacia Elise.

—Creía haberte dado instrucciones para que donaras la ropa usada de Justine a los pobres —dijo con un tono de voz más seco y pragmático que nunca—. ¿O acaso sois pobres vosotras?

Calliope no olvidaría nunca la rigidez que atenazó los hombros de su madre ante aquella indirecta.

—No volverá a suceder. Cariño, pide perdón —añadió para Calliope mientras liberaba el bolso de entre sus dedos crispados, con delicadeza, y se lo devolvía a su

legítima propietaria.

En el seno de Calliope se agitó algún tipo de instinto arraigado y la pequeña negó con la cabeza, rebelde. Fue entonces cuando lady Houghton levantó la mano y le cruzó la cara, con tanta fuerza que esta empezó a sangrar por la nariz.

Esperaba que su madre respondiera a la agresión, pero Elise se limitó a llevársela a casa a rastras sin mediar palabra. Calliope se mostró resentida y taciturna en aquellos momentos. Sabía que no debería haber fisgado en el armario, pero seguía sin poder creerse que lady Houghton la hubiera golpeado y su madre no hubiese hecho nada al respecto.

Al día siguiente, Elise llegó a casa muy alterada.

—Prepara las maletas. Deprisa —dijo sin explicaciones.

Una vez en la estación de ferrocarril, Elise compró dos billetes de ida para Moscú y le entregó a Calliope un chip de identificación con un nombre nuevo. De su cintura colgaba una bolsita que la niña no había visto hasta entonces.

—¿Qué es eso? —preguntó Calliope incapaz de contener por más tiempo la curiosidad.

Elise miró discretamente a su alrededor, para cerciorarse de que nadie estuviera observándolas, y abrió

el cordón de la bolsa. Estaba repleta de joyas caras que Calliope reconoció como pertenecientes a la señora Houghton.

Calliope comprendió entonces que su madre era una ladrona, y que las dos acababan de convertirse en fugitivas.

—No vamos a regresar nunca, ¿verdad? —preguntó sin sombra de arrepentimiento.

En su pecho de once años aleteaba el augurio de las aventuras ilimitadas que estaba a punto de comenzar a vivir.

—Esa mujer se lo merecía. Después de todo lo que me hizo... Después de lo que te ha hecho a ti... Esto nos lo hemos ganado —declaró sencillamente Elise. Buscó la mano de su hija y le dio un suave apretón—. No te preocupes. Vamos a embarcarnos en una aventura, solas tú y yo.

Y desde aquel día en adelante su vida había consistido, efectivamente, en una gloriosa aventura sin fin. El dinero de las joyas de los Houghton se agotó con el paso del tiempo, pero ya no tenía importancia, porque Elise había descubierto la fórmula para conseguir más: engatusando a un hombre entrado en años, tan incauto como acaudalado, para que se prometiera en matrimonio con ella. La señora Houghton le había legado algo mucho

más valioso que sus joyas: el tono de voz adecuado, los modales y el porte, en general, de quien se siente privilegiado. Adondequiera que iban, la gente pensaba que Elise era rica. Lo que propiciaba que le dieran cosas sin esperar que pagase por ellas, o al menos no de inmediato.

Lo bueno de los millonarios era que, en cuanto te tomaban por uno de ellos, bajaban la guardia ante ti y se convertían en presas fáciles.

Así había comenzado la vida que llevaban Calliope y su madre desde hacía ya siete años.

—¿Qué condimento te gustaría que le añadiéramos al limpiador facial? —preguntó una de las asistentes del *spa*, y Calliope regresó al presente con un parpadeo. Las demás chicas estaban incorporándose en sus asientos, con la piel reluciente. Una toalla cálida y perfumada envolvió el cuello de Calliope.

Comprendió que el tratamiento incluía un aclarado facial personalizado, creado específicamente para ella durante la sesión.

—Lichi —declaró, porque el chocante rosa rojizo de su cáscara era su color favorito.

La asistente abrió el tarro con manos expertas, revelando una crema blanca inodora, e introdujo una cápsula aromática de color rojo antes de acercarla a una

varilla metálica que sobresalía de la pared. Instantes después, el bote rojo brillante de limpiador facial cayó por una trampilla, con una lista de todas las enzimas e ingredientes orgánicos combinados para la piel de Calliope. Completaba el envoltorio un adhesivo diminuto con forma de arándano.

Cuando salieron a la sala principal en tonos melocotón y dorado y las otras chicas empezaron a acercarse al escáner de retina para pagar, Calliope puso en práctica la estratagema que empleaba siempre que iba de compras en grupo. Se quedó rezagada, dilató las pupilas y masculló una maldición por lo bajo.

—¿Va todo bien? —preguntó Avery observándola.

—Pues no, la verdad. No consigo entrar en mi cuenta. —Tras fingir que introducía unas cuantas órdenes más en su imaginaria criptocuenta bancaria, Calliope dejó que una nota de agitación se insinuara en su voz—. No sé qué pasa.

Esperó a que el encargado del mostrador principal empezase a carraspear sin disimulo, intensificando lo embarazoso de la situación, antes de volverse hacia Avery. Sabía que tenía las mejillas sonrosadas, encendidas por el bochorno (hacía mucho que había aprendido a ruborizarse a voluntad), y en sus ojos relucía una súplica implícita. Sin embargo, ninguna de las

muchachas dio muestras de querer echarle una mano.

Cualquier chico se habría ofrecido ya a invitarla; siquiera por interés, ya que no por caballerosidad. Esto era precisamente por lo que Calliope prefería la lujuria a la amistad. «Vale», pensó con irritación; tendría que hacerlo de forma directa.

—¿Avery? —preguntó, con lo que esperaba que fuese la cantidad justa de azoramiento—. ¿Te importaría cubrir el coste de mi tratamiento? Hasta que averigüe qué ha sucedido con la cuenta.

—Oh. Cómo no.

Avery asintió de buen grado con la cabeza, se inclinó hacia delante y parpadeó por segunda vez frente al escáner de retina para saldar la exorbitante cuenta del tratamiento facial de Calliope. Tal y como esta esperaba, ni siquiera pareció fijarse en la larga lista de extras. Seguramente no tenía ni idea de cuánto había costado su propia sesión.

—Gracias por... —empezó a decir Calliope, pero Avery la interrumpió con un ademán.

—No te preocupes. El Nuage es uno de mis sitios preferidos. —En tono de broma, añadió—: Sé dónde encontrarte.

«Qué más quisieras tú». Para cuando a Avery se le ocurriera ir a saldar la deuda, si alguna vez se acordaba,

Calliope y su madre se habrían marchado hacía tiempo y estarían viviendo en otro continente bajo un nuevo alias, sin haber dejado el menor rastro de su paso por Nueva York.

Los numerosos jóvenes que Calliope había conocido en los últimos años, cuyos corazones rotos había esparcido a lo largo y ancho del mundo, habrían reconocido la sonrisita que dibujaban ahora sus labios. Se compadecía de Avery, Risha y Jess. Estaban atrapadas en la tediosa rutina de sus vidas, mientras que la existencia de Calliope era de todo menos aburrida.

Siguió a las chicas hasta la salida, donde el bote de limpiador emitió un agradable tintineo al caer en su bolso; la edición limitada de Senreve, por supuesto, de un atrevido fucsia chillón.



# RYLIN

A l lunes siguiente, Rylin se encontraba plantada frente al majestuoso pórtico tallado de la Escuela Berkeley, paralizada de asombro. Esta no podía ser ella, Rylin Myers, uniformada con una camisa de cuello rígido y una falda plisada, a punto de comenzar sus estudios en una prestigiosa institución privada repleta de encumbrados. Se sentía como si aquello estuviese sucediéndole a otra persona, como si estuviera protagonizando una lisérgica serie de escenas extraídas de algún sueño ajeno.

Ajustó la correa de la mochila sobre su hombro, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, insegura. El mundo se iluminaba cada vez con más intensidad a su alrededor a medida que las lámparas con temporizador se ajustaban para reflejar que la mañana seguía avanzando. A Rylin se le había olvidado cuánto le gustaba ese efecto; la salida del sol en el exterior la había pillado una vez sentada en el umbral de la residencia de Cord,

contemplando la gradual fluctuación de las luces sobre su cabeza. En el piso 32 las lámparas no variaban nunca su configuración fluorescente, la única que tenían, salvo cuando los chicos del barrio les tiraban cualquier cosa y reventaban alguna bombilla.

En fin, ahora o nunca. Encaminó sus pasos hacia la secretaría principal, guiándose por el itinerario señalado con flechas amarillas de la tableta oficial de la escuela, que había recogido la semana anterior. A diferencia de su habitual modelo MacBash, esta funcionaba dentro de los límites de la tecnorred que rodeaba la institución, aunque solo podía realizar operaciones básicas aprobadas de antemano, como consultar su cuenta académica de email o tomar apuntes; y todas las tabletas se desconectaban durante los exámenes, para evitar que los alumnos copiaran. Rylin sabía que era imposible *hackear* la tecnorred, aunque muchos chavales lo habían intentado a lo largo de los años.

Se esforzó por no quedarse embelesada, mirándolo todo como una boba, mientras recorría los pasillos. Este sitio era tal y como había imaginado siempre que debían de ser los campus universitarios, con sus amplios y luminosos corredores y sus columnatas de piedra. Cada vez que doblaba una esquina se activaba un nuevo señalizador holográfico. Una brisa simulada mecía varias

palmeras en un patio situado al final de uno de los pasillos. Se cruzó con un grupo de chicos, todos ellos vestidos con el mismo uniforme.

Rylin lo conocía de antes, por supuesto; lo había visto en la lavandería, cuando trabajaba para Cord Anderton.

No tenía ni idea de lo que iba a decirle cuando se encontraran. A lo mejor ni siquiera lo veía, pensó, entre dubitativa y esperanzada; quizá el campus fuese tan grande como para esquivarlo durante los tres próximos semestres. Aunque sospechaba que no iba a tener tanta suerte.

—Rylin Myers. Vengo para entrevistarme con una consejera académica —informó al joven que estaba sentado detrás del mostrador cuando hubo llegado por fin a la secretaria.

Aún le costaba creer que esta escuela dispusiera de consejeros humanos. En la Base de la Torre era un algoritmo el que se encargaba de redactar las recomendaciones para la universidad, la asignación de materias y otros trámites por el estilo. Esta gente debía de estar muy pagada de sí misma si se creía capaz de realizar aquellas tareas mejor que un ordenador.

El secretario tecleó algo en su tableta.

—Desde luego. La beneficiaria de la nueva beca. — La observó de reojo; su expresión era inescrutable—.

Como sabrás, Eris Dodd-Radson era muy querida aquí en Berkeley. Todos la echamos de menos.

Qué recibimiento tan extraño, sacar a colación precisamente a la persona cuya muerte había hecho que su misma presencia aquí fuera posible. Rylin se quedó sin saber muy bien cómo reaccionar, pero el hombre no parecía esperar ninguna respuesta.

—Siéntate. La consejera te recibirá enseguida.

Rylin se hundió en uno de los divanes y paseó discretamente la mirada por la habitación, cuyas paredes de color *beige* estaban decoradas con distinciones a la calidad de la enseñanza enmarcadas y hologramas motivacionales. Se preguntó de repente qué estarían haciendo sus amigos; sus verdaderos amigos, en la Base de la Torre. Lux, Amir, Bronwyn..., incluso Indigo. En Berkeley conocía a unas cuantas personas, pero todas la odiaban ya de antemano.

Y así de fácil, como si acabase de invocarlo con sus pensamientos, Cord Anderton entró en la secretaría.

Rylin se había repetido una y otra vez en el transcurso de las últimas semanas que no lo extrañaba, que le iba de perlas sin él. Pero al verlo ahora estuvo a punto de desmoronarse; su camisa Oxford por fuera del pantalón, sus alborotados cabellos morenos... Tan familiar y, al mismo tiempo, tan descorazonadoramente inalcanzable.

Permaneció inmóvil en su asiento, recreándose la vista con él, temiendo el momento en que el muchacho se percatara de su presencia y ella tuviese que apartar la mirada. Que la primera persona con la que hubiera tenido que tropezarse en su nuevo colegio no fuese otro que Cord era como una conspiración cósmica, un chiste retorcido y cruel.

A punto estuvo de no fijarse en ella, tras tomarla seguramente por otra muchacha medio asiática de uniforme, pero luego pareció darse cuenta de quién se trataba y se volvió hacia ella.

—Rylin Myers —dijo arrastrando las palabras de aquella forma tan característica; el acento que reservaba para las personas con las que aún no tenía confianza.

A Rylin se le partió el corazón al oírlo. Así le había hablado Cord la primera noche que la conoció, cuando aún no era nada más que su empleada del hogar. Antes de que ella le robara algo que le pertenecía, se enamorase de él y todo escapara sin remedio a su control.

—Estoy igual de sorprendida que tú, créeme.

Cord apoyó la espalda en la pared y cruzó los brazos sobre el pecho. La sonrisita que dibujaban sus labios no se reflejaba en sus ojos.

—Debo admitir que no esperaba encontrarte a ti por aquí.

—Es mi primer día. Tengo una cita con una consejera de estudios —le explicó Rylin, como si su presencia en ese sitio fuera lo más natural del mundo—. ¿Y tú?

—Mala conducta —respondió Cord sin concederle importancia. Rylin sabía que a veces se saltaba las clases para ir a la casa que tenían sus padres en Long Island y conducir sus autocoches antiguos ilegales. Rememoró el día en que el muchacho le había pedido que lo acompañara, un día que había terminado con los dos en la playa, bajo un aguacero. El recuerdo provocó que se ruborizara.

—¿No hay algún sitio donde podamos hablar en privado?

No había planeado tener esta conversación con Cord, al menos no hoy, pero ya era inevitable. Estaba ahí, en su mundo... ¿O acaso ahora ese mundo le pertenecía a ella también? No era esa la impresión que le daba, eso seguro.

Cord titubeó, visiblemente indeciso entre su resentimiento con Rylin y la curiosidad por averiguar qué estaba haciendo ahí y qué quería contarle. La curiosidad debió de alzarse con la victoria.

—Sígueme —le dijo.

Condujo a Rylin fuera de la secretaría y empezó a recorrer el pasillo. Las instalaciones comenzaban a llenarse de gente ahora que se aproximaba la hora del

primer timbre; los estudiantes cuchicheaban formando pequeños corrillos, centelleando sus brazaletes de oro y sus ordenadores de pulsera cada vez que gesticulaban para enfatizar lo que fuera que estuviesen diciendo. Rylin se dio cuenta de que la observaban con curiosidad, fijándose en sus rasgos desconocidos, sus pendientes de cuentas angulares, sus cortas uñas azules y las zapatillas con rozaduras que le había birlado a Chrissa porque ella no tenía ningún calzado que encajase en la categoría de «zapatos negros, sencillos y planos». Se obligó a mantener la cabeza bien alta, desafiándolos a meterse con ella mientras reprimía el impulso de pedirle ayuda con la mirada a Cord. Unas pocas personas le dijeron «hola» al muchacho, pero él se limitó a asentir con la cabeza por todo saludo, y en ningún momento se le ocurrió presentarles a Rylin.

Al cabo, tras cruzar una puerta de doble hoja, se adentró en un cuarto que estaba totalmente a oscuras. Rylin se sorprendió con la etiqueta holográfica que se había materializado ante ellos mientras trasponían el umbral.

—¿Tenéis una sala de proyección en la escuela? — preguntó, tanto porque le parecía realmente extraño como por la ansiedad que empezaba a producirle tanto silencio.

Cord toqueteó unos controles y, transcurrido un

instante, las balizas que señalaban la posición de los escalones se encendieron con un parpadeo. Seguía imperando la penumbra en la sala. El muchacho era poco más que una sombra.

—Sí, es para la clase de cine. —Cord parecía impaciente—. Vale, Myers, ¿qué pasa?

Rylin respiró hondo.

—Me había imaginado esta conversación mil veces, y en ninguno de todos los escenarios posibles tenía lugar aquí, en tu escuela.

Los dientes de Cord relampaguearon en una sonrisa desprovista de humor.

—¿Ah, sí? ¿Dónde te imaginabas esta conversación?

«En la cama, pero eso solo era una fantasía».

—Da igual —se apresuró a responder Rylin—. La cuestión es que te debo una disculpa.

Cord dio un paso atrás, hacia la fila de asientos más alta. Rylin se obligó a mirarlo directamente mientras hablaba.

—Llevo queriendo hablar contigo desde lo que pasó aquella noche. —No hacía falta que se explicara; los dos sabían a qué noche se refería—. Quería darte un toque, pero no se me ocurría qué podría decirte. Además, me pareció que ya no tenía importancia. Tú estabas aquí arriba, yo estaba abajo, en el treinta y dos, y supuse que lo



más sencillo sería no removerlo.

«Además, soy una cobarde —reconoció para sus adentros—. Me atemorizaba verte otra vez, sabiendo lo mucho que me iba a doler».

—En cualquier caso, al parecer ahora voy a la misma escuela que tú. Quiero decir, me han concedido una beca...

—La que han fundado los padres de Eris —le explicó sin necesidad Cord.

Rylin pestañeó varias veces seguidas. No había previsto que tantas personas hablasen con ella de Eris.

—Sí, esa. Y, como voy a seguir viéndote por aquí, quería aclarar las cosas.

—«Aclarar las cosas» —repitió Cord lacónico—. Después de que fingieras que te interesaba y salieses conmigo tan solo para aprovecharte de mí.

—¡No fingí nada! Y no quería robar... No después de la primera vez, al menos —protestó Rylin—. Deja que te lo explique, por favor.

Cord no despegó los labios, pero asintió con la cabeza.

De modo que Rylin se lo contó todo. Le confesó la verdad acerca de su exnovio, Hiral, y de las trabas; había robado las pastillas de diseño de Cord aquella vez, durante la primera semana a su servicio, para evitar que

las desahuciaran a Chrissa y a ella. Levantó la barbilla y se esforzó por que no le temblara la voz mientras le explicaba cómo Hiral la había extorsionado, obligándola a vender las drogas para obtener el dinero de su fianza. Después, amenazada por V, había tenido que robarle a Cord otra vez.

Se lo contó todo menos lo de su hermano mayor, Brice, que se había encarado con ella y le había dicho que, como no rompiera con Cord (como no fingiera que solo había salido con él por el dinero), la enviaría a la cárcel. Rylin sabía lo unidos que estaban Cord y su hermano, y no tenía la menor intención de inmiscuirse en su relación. De modo que modificó su versión para que pareciese que Hiral había sido el único responsable de todo.

Tampoco le dijo nada de lo mucho que lo había querido. De lo mucho que aún lo quería.

Cord permaneció callado hasta que las últimas palabras de Rylin se hubieron hundido como piedras en el silencio que los envolvía, levantando ondas a su alrededor. La primera clase había debido de empezar hacía ya tiempo; los dos habían faltado a sus respectivos compromisos en la secretaría. A Rylin no le importaba. Esto era más importante. Deseaba, con toda su alma, arreglar las cosas con Cord. Y, en honor a la verdad, sus deseos tampoco se detenían ahí.

—Gracias por contarme todo esto —murmuró despacio el muchacho, transcurridos unos instantes.

De forma involuntaria, Rylin dio un paso al frente.

—Cord. ¿Crees que alguna vez podríamos...?

—No.

Se apartó de ella sin darle tiempo a terminar de formular la pregunta. Su gesto le sentó a Rylin como si le dieran un puñetazo en la boca del estómago.

—¿Por qué? —insistió ella sin poder evitarlo.

Se sentía como si hubiera abierto el corazón de par en par, volcando su contenido en el suelo como si de un saco de serrín se tratara, y ahora Cord estaba pisoteándolo todo sin concederle la menor importancia. Le costó un gran esfuerzo contener las lágrimas que amenazaban con desbordarla.

Cord exhaló un suspiro.

—Rylin, después de todo lo que ha pasado no sé si puedo fiarme de ti. ¿Dónde nos deja eso?

—Lo siento —se disculpó dubitativa, aun a sabiendas de que no era suficiente—. Nunca quise hacerte daño.

—Pero me lo hiciste, Rylin.

Alguien entreabrió la puerta, dejando que un torrente de luz irrumpiera en la sala, y se retiró enseguida cuando vio a Cord. El fugaz instante de claridad le permitió a Rylin distinguir la expresión del muchacho: distante, fría

y hermética. La aterró. Preferiría que se desgañitara con ella, que se mostrase dolido o airado, incluso cruel. Esta indiferencia tan ausente era infinitamente peor. Estaba replegándose a algún lugar enterrado en lo más hondo de su ser, donde ella nunca podría alcanzarlo; donde lo perdería para siempre.

—Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y hacer las cosas de otra manera —murmuró ella fútilmente.

—Ojalá, sí. Pero no es así como funciona la vida, ¿verdad?

Cord avanzó un paso, como si se dispusiera a marcharse. Sobrevino a Rylin de repente la certidumbre de que no podía consentir que fuese él el que se alejara de ella, no si aspiraba a conservar un remedo de amor propio. Se apresuró a llegar a la puerta y volvió la vista atrás de reojo, por encima del hombro.

—Supongo que no. Nos veremos por ahí, Cord —dijo lamentablemente fiel a la verdad.

Estaba condenada a encontrarse una y otra vez con el chico que no quería saber nada de ella.

Más tarde, aquel mismo día, Rylin avanzaba de forma mecánica por la cola del almuerzo, preguntándose a cuánto ascendería el total de minutos que le quedaban por pasar en la escuela. Sintió deseos de programar un contador e instalarlo en una esquina de la tableta, como

hacían algunas muchachas en previsión de su cumpleaños.

Como cabía esperar, el centro la había matriculado en un programa que se componía exclusivamente de asignaturas de nivel básico, entre ellas biología para principiantes, puesto que esa era la única materia de ciencias que no había estudiado nunca en su antiguo colegio. Lo cierto era que terminó alegrándose de haber llegado tan tarde a su cita con la consejera, la señora Lane, aunque solo fuese porque eso le permitió eliminar toda una hora de la mezcla de incredulidad y condescendencia con que la había tratado aquella mujer.

—¿Pone aquí que estabas trabajando en una tienda llamada Arrow? —le había preguntado la señora Lane con un resoplido altanero.

Rylin medio deseó haber venido a clase con un par de las estridentes botas de agua que vendían en ArrowKid, aunque solo fuese a modo de declaración de principios.

Mientras se acercaba al escáner de retina para pagar, Rylin agarró una reluciente botella roja de agua de uno de los dispensadores. El estilizado logotipo rezaba: marsaqua, en caracteres que representaban un cúmulo de témpanos de hielo sobre el fondo de un brillante planeta rojo. Las letras animadas se derretían una y otra vez, se hundían hasta el fondo de la botella y ascendían flotando de nuevo hasta la superficie para volver a adoptar su

forma original de cristales de hielo.

—Agua marciana —oyó que decía alguien a su espalda.

Rylin giró sobre los talones para encontrarse con su peor pesadilla apostada tras ella. Leda Cole.

—Pican grandes bloques extraídos de los casquetes polares de Marte, los traen a la Tierra y los embotellan. Es fantástica para el metabolismo —añadió Leda. Su voz sonaba sobrecogedoramente melosa.

—Para Marte debe de ser un trastorno —replicó Rylin, orgullosa de la despreocupación que denotaba su voz.

Leda era como el feroz perro callejero que merodeaba cerca de su apartamento: no podías permitirte el lujo de mostrar el menor indicio de debilidad ante ella, so pena de que se te abalanzara encima.

—Ven a sentarte conmigo —le ordenó Leda, que comenzó a alejarse sin esperar a ver si Rylin la seguía.

Rylin no se molestó en disimular un suspiro de irritación. En fin, ya puestos, lo mejor sería ventilarse todas estas conversaciones de mierda el primer día. A partir de ahí la cosa ya solo podría ir hacia arriba, ¿verdad?

Leda se había instalado en una mesa para dos personas, junto a una ventana de flexiglás que daba a un

patio interior. Rylin vio niños en él, jugando con videocámaras voladoras y charlando alrededor de una fuente enorme. Era tal la cantidad de auténtica luz solar que llegaba procedente del techo, filtrada por los espejos de la azotea, que una se sentía casi como si estuviera en el exterior; aunque este jamás había estado tan limpio, como tampoco había sido nunca así de simétrico y perfecto.

Se dejó caer en el asiento que había enfrente de Leda y mojó una patata frita en la salsa alioli. Era evidente que Leda pretendía intimidarla, pero Rylin no pensaba darle esa satisfacción.

—¿Qué narices haces tú aquí? —preguntó Leda sin preámbulos.

—Ahora vengo a esta escuela. —Rylin señaló su falda plisada con un gesto y enarcó una ceja—. Llevamos puesto el mismo uniforme, por si no te habías fijado.

Leda no dio muestras de haberla oído.

—¿Te envía la poli?

—¿La poli? ¿No te das cuenta de lo paranoica que sueñas?

La idea de que Rylin Myers pudiera convertirse en algún tipo de agente encubierto era absurda.

—Lo único que sé es que eres el recordatorio ambulante de una noche en la que preferiría no volver a pensar.

«Pues ya somos dos», pensó Rylin.

—Y ahora, por algún inexplicable motivo, estás aquí, en mi escuela, en vez de abajo, en el piso veinte, que es el sitio que te corresponde.

A Leda se le truncó la voz, y Rylin percibió, complacida, que parecía un poquito... asustada.

—La última vez que miré, Leda, en el arco de la entrada no ponía tu nombre. Así que, no, esta escuela no es tuya. Y, aunque viva en el piso treinta y dos —la corrigió, recalcándolo—, estoy aquí porque me han concedido una beca.

Un destello de comprensión iluminó los ojos de Leda, que exhaló:

—La beca de Eris.

—Ni más ni menos —replicó Rylin risueña, antes de pegarle un bocado a su gigantesca hamburguesa con queso, regodeándose con la expresión de repugnancia que aleteó en las facciones de Leda—. Y ahora, a menos que tengas alguna amenaza más guardada en la manga, te sugiero que te largues con viento fresco y me dejes disfrutar en paz de mi almuerzo. No estoy aquí para inmiscuirme en esa vida tan perfecta que llevas.

Le imprimió el énfasis justo a la palabra «perfecta», como dando a entender que no se tragaba en absoluto que la existencia de Leda fuese tan idílica como a ella le



gustaría dar a entender.

Las patas de la silla de Leda rechinaron contra el suelo oscuro, de madera de nogal, cuando la muchacha se levantó de improviso. Recogió su ensalada de espinacas, todavía intacta, y se apartó el pelo por encima del hombro.

—Permite que te dé un consejo gratis —dijo con una sonrisita falsa cincelada en los labios. Sus ojos apuntaron fugazmente a la hamburguesa de Rylin—. Las chicas no piden nunca la especial barbacoa.

Rylin sonrió de oreja a oreja a su vez.

—Tiene gracia, porque soy una chica y es lo que acabo de hacer. A lo mejor es que, al fin y al cabo, no sabes tanto como tú te crees.

—Ándate con cuidado, Myers. Te estaré vigilando.

Caray, menudo primer día de clase más memorable estaba teniendo. Rylin se retrepó en la silla y le pegó un trago enorme a su carísima agua de Marte porque, qué diablos, por qué no.

# LEDA

Leda titubeó en el umbral del comedor de su familia, con la puntera de las botas alineadas con la alfombra de color marfil del pasillo. Su padre estaba sentado a la mesa, solo, tamborileando distraídamente con los dedos sobre la ultramoderna superficie de cristal mientras leía algo en sus lentes de contacto.

—¿Dónde está mamá?

Le lanzó una mirada de reojo.

—Hola, Leda. Me parece que se va a retrasar un poco.

—Papá, ¿qué fechas tenemos para enero en la casa de Barbados? —preguntó Jamie de sopetón mientras se sentaba.

Con cautela, Leda se aventuró en el interior de la habitación y ocupó la silla que había frente a él. La mesa, que no tenía patas, flotaba sin ningún soporte en el aire y constituía el máximo exponente de la espartana y minimalista decoración de su hogar. A Leda le parecía

chabacana e impersonal, pero, por otra parte, era de esperar que su apartamento pareciese más una habitación de hotel que una casa. Este último caso conllevaría que sus ocupantes sintieran algo los unos por los otros.

Matt Cole se aclaró la garganta.

—Lo cierto es que hemos prescindido del alquiler de Barbados.

—¿Cómo?

Leda estaba conmocionada. Llevaban disfrutando del apartamento en multipropiedad de Barbados desde tiempos inmemoriales: una casa amplia y serena en lo alto de una colina, con un diminuto sendero empedrado que bajaba a la playa. Siempre le había gustado lo relajados que se mostraban sus padres allí, como si se transformaran en unas versiones más puras y mejoradas de sí mismos, libres de la sordidez de Nueva York.

—Pensábamos tomarnos un año sabático, no sé, probar algún sitio nuevo —les explicó su padre, pero Leda no se lo tragaba.

Se preguntó si había perdido mucho dinero últimamente. A lo mejor se le iba la mano comprando pañuelos de Calvadour para su amante adolescente, se dijo con amargura, recordando el exorbitante regalo que le había hecho a Eris antes de que esta muriera.

—Qué rollo. Quería ver si podía invitar a algunos

amigos. —Jamie se encogió de hombros—. Me muero de hambre. ¿Podemos comer ya?

Típico de su hermano; nada le quitaba el apetito por mucho tiempo.

—Esperemos a mamá —se apresuró a responder Leda, pero su padre ya estaba empujando una discreta pantalla táctil hacia el centro de la mesa.

Tiffany, su cocinera, apareció empujando un amplio carrito abarrotado de platos.

—Mamá ha dicho que no la esperásemos. Está atrapada en una reunión —dijo su padre.

Leda frunció los labios y cogió la fuente de pasta sin hacer el menor comentario. Vio que era su preferida, *penne* de col rizada con proteína de soja desmenuzada y forenol. Estaba claro que su madre había elegido este menú para levantarle el ánimo. Como buena cabezota y rebelde que era, en su fuero interno estaba decidida a que no le gustase.

—¿Qué tal en la escuela, cariño?

Eso era lo que entendía su padre por educar a los hijos: hacerles preguntas estereotipadas que parecían sacadas de *Cómo*

*entablar conversación con los jóvenes* u otro libro por el estilo. Seguro que en las tiendas podía encontrarse en la misma balda que *Cómo ocultar que tienes una amante*

*adolescente.*

—Bien —fue la brusca respuesta de Leda. Se disponía ya a hincarles el diente a los *penne*, pero el tenedor repiqueteó contra el plato cuando lo soltó de repente—. Aunque hoy he visto que había una chica nueva. ¿No es raro que haya podido engancharse así, cuando vamos ya por la mitad del semestre?

—Creo que yo también la he visto —se sumó Jamie a la conversación, para variar—. ¿La de la beca?

Leda lo observó de reojo, sorprendida. Jamie no prestaba atención a las cosas, por lo general, a menos que estas se pudieran fumar, beber o fuesen un regalo.

Por otra parte, lo cierto es que Rylin era bonita, siempre y cuando quien estuviera observándola consiguiese pasar por alto su irrespetuosa actitud.

—La misma. Ha llegado aquí desde el piso veinte —dijo Leda con tono melodramático, arrugando la nariz ante semejante desfachatez—. ¿Te imaginas?

—Debe de sentirse como tú cuando nos mudamos aquí desde el Cinturón de la Torre —replicó sorprendentemente su padre, silenciándola.

—No, no se parece a mí en nada —contraatacó Leda, transcurridos unos instantes. No le hacía gracia que la compararan con una rastrera arrogante—. Esta chica es grosera e insultante. Se cree que las reglas no son para

ella.

A Jamie se le escapó una carcajada.

—Mira quién habla. Leda, ¡tú siempre te has saltado todas las normas!

Matt Cole se esforzó por mantenerse imparcial, pero sobre sus rasgos planeaba una sombra de diversión.

—Leda, opino que deberías concederle el beneficio de la duda a esa chica. Seguro que ha tenido un primer día muy duro, empezando como ha hecho en una escuela nueva a mediados de curso. Sobre todo si está ahí merced a una beca.

Esta era su oportunidad.

—Tienes toda la razón. —La voz de Leda destilaba falsa empatía—. Además, seguro que para ella está siendo el doble de complicado, porque la beca que le han concedido es la de Eris, y, claro, todos la echamos mucho de menos.

El silencio se apoderó de la estancia. La familia de Leda sabía que esta se encontraba en la azotea cuando sucedió todo, por supuesto; la habían recogido de la comisaría a la mañana siguiente, después de que todos los testigos hubiesen prestado declaración, y habían repasado el testimonio de la muchacha con su abogado sin saltarse ni uno solo de los escabrosos detalles. La muerte de Eris era una de esas cosas sobre las que parecían haber

decidido colectivamente que no iban a hablar. Como si pudieran envolver en una mortaja y enterrar todos los sucios secretos de su familia, igual que había ocurrido con Eris, con la esperanza de hacerlos desaparecer para siempre.

Leda observó detenidamente la expresión de su padre. Buscando qué, no sabría decirlo. Supuso que alguna muestra de que reconocía haber mantenido una relación con Eris.

Se vio recompensada de inmediato. Matt hizo una mueca ante las palabras de Leda, sutil, pero suficiente. La muchacha se apresuró a apartar la mirada.

Había esperado sentirse satisfecha al ver la prueba irrefutable que necesitaba plasmada en las facciones de su padre, pero lo único que quería ahora, de repente, era romper a llorar.

Se pasó el resto de la cena empujando la comida por el plato mientras dejaba que su padre y Jamie hablaran de *lacrosse*, de no sé qué parada espectacular que Jamie había hecho y de si la escuela pensaba cambiar o no al entrenador para la temporada siguiente. En cuanto le fue posible, murmuró una disculpa y huyó por el pasillo hasta refugiarse en su dormitorio.

Llamaron a la puerta con los nudillos.

—¿Leda?

—¿Qué? —replicó con brusquedad ella mientras se restregaba los ojos.

¿Acaso no se daba cuenta su padre de que no le apetecía verlo?

Matt empujó la puerta con delicadeza.

—¿Podemos hablar?

Leda se giró en la silla del escritorio pero se quedó donde estaba, con las piernas cruzadas debajo del cuerpo.

—Solo te quería preguntar cómo estabas —empezó a decir él, dubitativo—. No has hablado mucho de Eris desde que falleció. Y lo que has dicho antes, durante la cena... —Dejó la frase inacabada flotando en el aire, azorado—. Solo quería cerciorarme de que estás bien.

«Pues claro que no estoy bien», pensó Leda. Su padre era tan ingenuo que casi le daban ganas de compadecerse de él. Si había mencionado el nombre de Eris cuando estaban en la mesa fue para provocarlo, porque ya estaba harta de fingir que todo iba bien, que un buen plato de pasta podía solucionar cualquier problema, como cuando era pequeña. Era él el que había empezado a acostarse con su amiga, traicionando así todos los valores sobre los que se cimentaba su familia.

Pero, sobre todo, Leda estaba harta de sí misma. También ella le había guardado ese secreto, lo que la volvía tan culpable como él.



Cuántas veces, desde la muerte de Eris, le habría gustado revelar la verdad a su madre. Acercarse a Ilara y confesárselo todo: que su padre era un promiscuo miserable y debían alejarse de él. «Tengo que contarte una cosa —había empezado a decir Leda en más de una ocasión—, algo importante...».

Sin embargo, nunca había conseguido atreverse a pronunciar las palabras definitivas. Eris ya había desaparecido, se decía; ¿de qué serviría destrozar su familia ahora? Cada vez que Ilara la miraba con esos ojos oscuros, rebosantes de afecto, Leda se acobardaba y enmudecía. No quería ser ella la que le partiera el corazón a su madre.

La niña que llevaba dentro no soportaba la idea de que sus padres se separaran. Quizá su familia estuviera asolada por los secretos y las traiciones, pero seguía siendo su familia; y preferiría mantenerla unida, aunque eso supusiera guardar aquel secreto hasta el fin de sus días.

En su mente anidaba el fúnebre pensamiento de que eso era lo que se merecía. El retorcido sentimiento de culpa que la torturaba era la pena que debía cumplir por lo que le había hecho a Eris.

—Estoy bien —declaró al fin con voz tensa, en respuesta a la pregunta de su padre. ¿Qué otra cosa podría

decirle? «Oye, papá, ¿recuerdas que tenías un lío con esa amiga mía que se cayó del tejado? Pues, ¿a que no sabes qué? ¡La empujé yo!».

—Eris y tú estabais muy unidas, ¿verdad? —persistió su padre. Dios, ¿por qué no se largaba ya de una vez? ¿Y por qué se empeñaba todo el mundo en preguntarle lo mismo? Que Eris y ella tuviesen unos cuantos amigos en común no las convertía en siamesas ni nada por el estilo.

—Éramos amigas, pero no íntimas. —Leda estaba dispuesta a atajar esta conversación de una vez por todas —. La verdad, papá, tengo que estudiar un montón y...

—Leda —la interrumpió su padre; ahora era él el que parecía desesperado—. Hay algo que me gustaría contarte acerca de Eris...

«No, no, no».

—¡Lo siento! —La silla se cayó al suelo de repente cuando Leda se puso en pie de un salto y empezó a meter cosas, sin orden ni concierto, en su gigantesca mochila. Llevaba puestos unos pantalones de yoga con motivos florales y una sudadera negra, pero le daba igual; tenía que salir de allí cuanto antes. De ninguna manera pensaba quedarse a escuchar la perversa confesión de cómo su padre había estado tirándose a su supuesta «amiga»—. Había quedado para estudiar con Avery y ya llegó tarde. ¿Podemos hablar luego?

Un destello de comprensión relampagueó en los ojos de su padre, que parecía dolido. Quizá supiera que ella estaba al corriente de todo.

—De acuerdo. En otra ocasión.

—¡Gracias! ¡Hasta luego! —se despidió Leda, con una sonrisa tan amplia como falsa en los labios, antes de abandonar el apartamento corriendo.

Solo después de subir al deslizador se dio cuenta de que no tenía ni idea de adónde se dirigía. No podía ir a ver a Avery de verdad, por supuesto. Era demasiado tarde para colarse en alguna de las clases de gimnasia del Altitude, aunque podría refugiarse en la cafetería... Por otra parte, quizá se tropezase con Avery allí, o peor aún, con la madre o el padre de Eris... Estaba demasiado enfadada y alterada para eso.

El deslizador empezó a pitar con insistencia, indicándole que le cobraría un recargo por la demora como no introdujera enseguida un destino, pero a Leda la traía sin cuidado. Dios, ¿en qué estaría pensando su padre para sacar a relucir el nombre de Eris? ¿Por qué querría confesarle algo así a su propia hija?

Le dio la impresión de que todo estaba descontrolándose a marchas forzadas. De no ser porque había jurado no volver a tocar las drogas, estaría buscando ya un xemperheidreno; pero se había convertido en una

cuestión de amor propio para ella, y solo la testarudez de Leda era rival para su orgullo.

Detestaba pensar en aquella noche; aunque sabía que estaba a salvo, por supuesto. Nadie podía demostrar lo que le había hecho a Eris. No había cámaras en la azotea, nadie podría descubrir nunca que ella había tenido la culpa de nada. Salvo que alguno de los tres testigos presenciales hablara.

Puestos a pensar, quizá no estuviera de más visitarlos y cerciorarse de que iban a atenerse a la versión oficial de los hechos.

De repente, Leda supo exactamente adónde tenía que ir. Introdujo una dirección en el sistema del deslizador, se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Esto iba a ser divertido.

# WATT

Watt le imploró a Nadia por enésima vez: «¿Y si redactas tú un borrador y luego me dejas que lo retoque para que suene más como yo?».

«Permíteme recordarte que en otoño me diste órdenes estrictas de no volver a escribir nada en tu nombre. Palabras textuales de tu yo del pasado».

En otoño, Watt había tenido que personarse en el despacho del director para rendir cuentas por plagio, puesto que el trabajo de Nadia había quedado demasiado perfecto. Desde entonces se andaba con más cuidado.

«Estamos hablando de una situación crítica», pensó enfurruñado.

«Me limito a hacer de mensajera. Las reclamaciones, a tu yo del pasado».

«Nadia...».

«Se acabó. Siguiendo tus instrucciones previas, voy a apagarme. Despiértame cuando ese borrador esté listo»,

replicó Nadia, silenciándose a continuación con un diminuto pitido.

Watt se quedó mirando fijamente el monitor en blanco, pensativo. Ciertamente; le había pedido a Nadia que se desconectara si él no dejaba de pedirle que le hiciera los deberes, eso era inapelable. El Watt del pasado era demasiado listo como para que el Watt del presente pudiese hacer nada al respecto en estos momentos.

Cuando empezó a hablar en voz alta, la pantalla de dictado empezó a plasmar sus palabras a medida que las decía.

—El motivo por el que me gustaría trabajar con ordenadores cuánticos es...

Se detuvo. Podría aducir un millón de razones distintas en este trabajo: que los cuants eran más rápidos e inteligentes que las personas, aunque fueran estas las que los habían creado, naturalmente; que eran capaces de resolver problemas que desafiaban la imaginación humana. Dios, pero si hacía tan solo cien años hacían falta varias horas para que un ordenador digital calculase la factorización de un número de veinte dígitos. Nadia podía hacerlo en cuatro segundos clavados. Watt no quería ni pensar en lo que sería capaz de hacer si estuviera conectada a otros cuants y se la pusiera al mando del comercio internacional, o del mercado de valores, o

aunque fuese tan solo del banco de alimentos de Estados Unidos. No se volvería a desperdiciar nada. Los errores humanos desaparecerían de raíz, literalmente.

Pero nada de todo eso guardaba la menor relación con las preferencias personales de Watt, ni explicaba por qué debería escogerlo a él entre los demás miles de aspirantes para entrar en el programa.

Ojalá pudiera escribir sobre Nadia, sobre lo indescriptiblemente buena que era. «No puede ser buena; es una máquina», se corrigió. Pero Watt sabía que, en el fondo, creía en las buenas intenciones de Nadia como si esta poseyera conciencia humana.

Pensó en lo que le había dicho Vivian Marsh, que quería leer su solicitud de ingreso en persona, y sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho.

—¡Watzahn! —Su madre llamó a la puerta con los nudillos—. Ha venido tu amiga. Por lo del proyecto en grupo.

—¿Cynthia? —Les habían pedido que grabaran un vídeo para la clase de inglés. Se preguntó por qué no le habría avisado Cynthia de que pensaba dejarse caer—. Deberías haberme dado un toque, podríamos habernos visto en la biblioteca —añadió mientras abría la puerta..., tan solo para encontrarse con Leda Cole plantada ante él, con las piernas ceñidas por unas mallas con flores y una

sonrisita engreída en los labios.

—Podríamos haber hecho eso, sí —replicó la muchacha sin inmutarse—, pero quería usar tu ordenador. Es mucho mejor que los de la biblioteca, ¿sabes?

—Claro que sí. Watzahn está muy orgulloso de su ordenador. ¡Se pasa el día trabajando con él! —proclamó la madre de Watt, exultante.

«Cuant activado», pensó con desesperación Watt, sintiéndose tan sorprendido como desorientado. ¿Qué narices hacía Leda Cole en su casa?

—Gracias, señora Bakradi —dijo Leda con voz melosa; sus grandes ojos eran todo candor e inocencia.

Entró en el cuarto de Watt, dejó en el suelo la mochila que colgaba de su hombro y se arrodilló como si se dispusiera a sacar de ella su inexistente tarea para la escuela. Watt contempló a su madre sin parpadear, estupefacto. No se podía creer que estuviera dispuesta a dejarlo a solas con una chica en su mismísimo dormitorio. Pero Shirin se limitó a asentir con la cabeza y, sin dejar de sonreír para Leda, les recordó que no dudasen en avisarla si necesitaban cualquier cosa.

—¡No estudiéis demasiado! —dijo a modo de despedida, y cerró la puerta sin hacer ruido al salir.

—Lamento no ser Cynthia —ronroneó Leda—. Aunque celebro comprobar que al menos uno de nosotros



ha superado ya su obsesión con los hermanos Fuller.

—Cynthia solo es una amiga —le espetó Watt, arrepintiéndose de inmediato por haber picado el anzuelo.

—Lástima.

Los dedos de Leda no dejaban de tamborilear contra el suelo. No daba la impresión de haberse colocado con nada (tenía los ojos despejados y la mirada firme), pero sus movimientos denotaban crispación y ansiedad.

Se agachó junto a ella y le arrebató la mochila de las manos.

—En serio, tienes que irte.

—Venga ya, Watt. No te pongas así —lo reconvino la joven—. Mira hasta dónde me has obligado a bajar para conversar contigo.

—Pero ¿qué diablos quieres?

«Cuidado, Watt», le advirtió Nadia. Impotente, el muchacho dejó caer los brazos a los costados, apretó los puños y se sentó sobre los talones.

—Pensaba que lo sabías todo —dijo Leda mordaz—, con eso de que tu dichoso superordenador nos vigila las veinticuatro horas del día.

«¡Nadia, si no te hubieras desconectado, no me habrían pillado por sorpresa de esta manera!».

«En tal caso, quizá no deberías haber contravenido las directrices que te impusiste tú mismo», replicó el cuant

con su característica lógica implacable.

—¿Qué le has contado a mi madre para que te abriese la puerta? —le preguntó Watt a Leda, tanto para ganar tiempo como porque Nadia tenía razón: no debería haberlo encontrado tan desprevenido. Quería asegurarse de que no volviera a ocurrir.

La muchacha puso los ojos en blanco.

—Me mostré simpática con ella, Watt. Deberías probarlo alguna vez. Suele funcionar con la gente.

Estiró las piernas y apoyó la espalda en la cama, observando por el rabillo del ojo el revoltijo de ropa que flotaba cerca del techo encima de unas sencillas aerovigas desechables.

—No tengo armario. Es el mejor apaño que se me ocurrió —dijo Watt siguiendo la dirección de su mirada, sin saber muy bien por qué sentía la necesidad de explicarse.

—Me parece impresionante, en serio. —Los ojos de Leda continuaban saltando de un rincón a otro del cuarto —. Has maximizado de verdad el espacio aprovechable de la habitación. ¿Quién dormía aquí antes, un bebé?

—No, los mellizos se quedaron con el cuarto más grande cuando nacieron.

Watt se rebulló en el sitio, incómodo, viendo la estancia a través de los ojos de Leda: las arrugadas

sábanas azul marino, la modesta lámpara halógena del techo, el estrecho escritorio abarrotado de artilugios de realidad virtual de segunda mano.

—¿Mellizos? —preguntó Leda como si le interesara.

«Nadia, ¿qué está haciendo?».

«Creo que se trata de una estrategia retórica llamada *koinonia*, según la cual el orador obliga a su oponente a hablar de sí mismo en vez de abordar directamente el tema del debate».

«No, quiero decir, ¿qué se propone?».

Watt perdió la paciencia y se puso de pie.

—No has venido hasta aquí para hablar de trivialidades sobre mi familia. ¿Qué ocurre?

Leda se irguió junto a él, desperezándose con un movimiento lánguido y grácil. Se acercó un paso más e inclinó el rostro para mirarlo de frente. Tenía los iris más oscuros de lo que Watt recordaba; una sombra de ojos agrisada recubría sus párpados.

—¿Ni siquiera vas a preguntarme si quiero algo de beber antes de que me vaya? La última vez me ofreciste whisky —murmuró Leda.

—¡La última vez me engatusaste para drogarme!

La muchacha respondió con una sonrisa.

—Fue divertido, ¿verdad? En fin, Watt —Leda estiró el brazo para recogerle un mechón extraviado detrás de la

oreja, pero el chico apartó la cabeza de golpe, enfadado; su desconcierto no hacía sino aumentar por momentos—, ya que quieres saberlo, necesito que espíes a unas personas por mí.

—Olvídalo, Leda. Ya te lo dije en su día, eso se ha terminado.

—Lástima, porque yo todavía no he terminado contigo.

Ahora que había prescindido del tono risueño de antes, la voz de la muchacha sonaba amenazadora y glacial. Lo tenía contra las cuerdas, y los dos lo sabían.

—¿A quién quieres que espíe? —preguntó Watt con cautela.

—A Avery y Rylin, para empezar —respondió Leda. Se percibía un vigor renovado en su voz; como si, de alguna manera, intimidar a Watt le infundiera energía—. Quiero cerciorarme de que estamos en el mismo barco, de que ninguna de ellas va a hablar con nadie de lo que pasó aquella noche.

Watt se percató de que Leda llevaba puestos los mismos pendientes de perlas que había lucido la última vez que estuvo en su casa, y ese recuerdo atizó los rescoldos de la rabia que sentía.

—¿Quieres que las vigile y te avise si detecto alguna actividad sospechosa? Dos encargos de seguimiento

exhaustivo. Eso no te va a salir gratis.

Leda estalló en carcajadas.

—¡Watt! Qué cosas tienes, no pienso pagarte nada. Tu única recompensa será mi silencio.

A Watt no le hacía falta que Nadia le aconsejara no responder a eso. Cualquiera cosa que dijera solo conseguiría empeorar el atolladero en el que se encontraba. Se limitó a asentir con la cabeza, sucinto, hirviendo de odio por dentro.

—Verás, Rylín ha empezado a asistir a clase en mi escuela —reflexionó Leda en voz alta. Había comenzado a dar vueltas como una pantera por la habitación, abriendo los cajones, echando un vistazo a su contenido y volviendo a cerrarlos—. Me pilló desprevenida. Aborrezco esa sensación. Si contrato tus servicios es únicamente porque no quiero volver a sentirme así nunca jamás.

—Pensaba que había quedado claro que no me ibas a pagar nada —replicó el muchacho impertérrito.

Leda cerró de golpe otro cajón y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Dónde está? —preguntó—. El ordenador.

«Nadia, ¿puedes hacerte pasar por externa?», pensó Watt mientras oprimía ostentadamente un botón cualquiera de su monitor.

—Aquí mismo. Mira, lo estoy encendiendo —dijo—. Y ahora se activará.

—Tampoco hace falta que me lo retransmitas paso por paso. —Leda se sentó en la cama sin que nadie la invitara. Una parte extraña de Watt se fijó en que era la primera vez que una chica hacía eso. Se había enrollado con muchas, claro, pero siempre iba él a sus casas. Sacudió la cabeza, irritado; ¿por qué tenía que pensar precisamente ahora en sexo?—. Empecemos por Avery.

—¿Qué? ¿Ya?

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —replicó con fingida jovialidad Leda—. Venga, entra en el ordenador de su dormitorio.

—No —dijo Watt de forma automática.

—¿Los recuerdos son demasiado dolorosos? —se burló la muchacha, aunque a Watt le pareció una risa forzada. Se preguntó qué habría ocurrido esta noche para impulsarla a buscarlo—. Vale, de acuerdo. Sus parpadeos.

—La respuesta sigue siendo «no».

—Ay, por favor, supéralo ya —le espetó ella, apartándolo de la silla con un empujón impaciente. Un extraño hormigueo se propagó por todo el cuerpo de Watt al rozarse sus piernas. Se apresuró a apartarse de Leda mientras esta se inclinaba hacia delante y se quedaba observando el monitor, expectante—. ¿Cómo se hace para

darle instrucciones?

—Nadia, di hola a Leda —ordenó Watt muy despacio, levantando la voz. «Utiliza los altavoces», pensó para el cuant, pero este ya se le había adelantado y su respuesta llegó procedente de todos los altavoces de la habitación, incluidos los de su viejo equipo de realidad virtual:

—Hola a Leda —atronó la voz de Nadia.

Watt se mordió la lengua para reprimir una carcajada. El cuant estaba utilizando el mismo tono robótico y monótono que cabría esperar de una película antigua de ciencia ficción.

Leda prácticamente dio un salto.

—Encantada de conocerte —murmuró dubitativa.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —replicó Nadia.

—Y eso ¿a qué viene? —sonrió Leda.

«Estupendo, tú sigue así y enemístate con ella», pensó Watt, poniendo los ojos en blanco.

«Me limito a seguir tu ejemplo».

—¿Te crees que puedes chantajear a Watt porque posees información sobre él? ¿Te imaginas siquiera lo que sé yo sobre ti? Veo todo lo que haces —declaró Nadia ominosa.

Leda empujó la silla hacia atrás en un alarde de furia, pero Watt se dio cuenta de que las palabras de Nadia la habían intimidado.

—Andaos con cuidado. Los dos.

Leda se colgó la mochila del hombro y, sin mediar otra palabra, salió de la habitación con cajas destempladas.

Watt esperó hasta oír cómo se cerraba la puerta principal antes de dejarse caer hacia atrás en la cama, masajeándose las sienes. Las sábanas conservaban el rastro del perfume a rosas empolvadas de Leda, lo cual contribuyó a cabrearlo más todavía.

—Nadia, estamos jodidos —dijo en voz alta—. ¿Es que piensa pasarse la vida extorsionándonos?

—No estarás a salvo hasta que la encierren en la cárcel —replicó el cuant, cosa que él ya sabía.

—Tienes razón, pero ya hemos pasado por esto. ¿Cómo podría meterla entre rejas?

Nadia y él habían repasado ya todas las opciones que se les ocurrían. No existía ningún vídeo en el que saliera Leda empujando a Eris: no había cámaras en la azotea, y nadie estaba grabando con sus lentes de contacto cuando sucedió, ni siquiera Leda; ni Nadia, que lo lamentaba en el alma, aunque, por otra parte, era imposible prever aquel desenlace. Diablos, el cuant había pirateado incluso todas las cámaras de los satélites en un radio de mil kilómetros, pero ninguno había detectado nada en la oscuridad.

No había manera, por desgracia, de demostrar lo que



había ocurrido en el tejado. Sería la palabra de Watt contra la de Leda; y, en cuanto abriera la boca, Nadia y él estarían acabados.

—¿Y si la grabaras confesando lo que hizo? —preguntó el cuant tras unos instantes de silencio.

—¿Podemos atenernos a la realidad en vez de aferrarnos a supuestas hipótesis? Aunque se le ocurriera decir la verdad en voz alta, no sería delante de mí.

—Disiento —replicó Nadia imperturbable—. Lo haría si te ganaras su confianza.

Watt tardó un momento en comprender lo que insinuaba. Cuando lo hubo entendido, se carcajeó.

—¿Necesito reprogramar tus funciones lógicas? ¿Por qué iba a fiarse de mí Leda Cole, cuando está claro que me odia?

—Solo intento explorar todas las posibles opciones. Recuerda que me programaste para protegerte por encima de todo. Las estadísticas sugieren que, cuanto más tiempo pases con Leda, más oportunidades tendrás de ganarte su confianza.

—Las estadísticas no sirven de nada cuando tus posibilidades de éxito pasan de ser una entre mil millones a una entre un millón. —Watt se tapó con las sábanas y cerró los ojos—. ¿Sabías que Rylin va a la misma escuela que ellas? —preguntó.

—Sí. No me habías preguntado al respecto.

—¿Has entrado en el sistema del centro? —En la mente del muchacho comenzaba a gestarse una idea—. ¿Y si fastidiáramos un poco a Leda? Podríamos poner a Rylin en todas sus clases, para que nunca se escape de ella.

—Como si no lo hubiera hecho ya. Me subestimas — dijo Nadia satisfecha de sí misma.

Watt no pudo por menos de sonreír en la oscuridad.

—Me parece que, cuanto más tiempo pasas en mi cerebro, más rasgos de mi personalidad se te pegan — musitó en voz alta.

—Sí. Me atrevería a decir que te conozco mejor que tú mismo.

Ese sí que era un pensamiento aterrador, pensó Watt, divertido.

—¿Nadia? —añadió mientras empezaba a quedarse dormido—. No vuelvas a apagarte cuando Leda esté cerca, por favor, da igual qué órdenes te haya dado en el pasado. En presencia de ella, te necesito.

—Llevas toda la razón —murmuró Nadia.

# RYLIN

Rylin recorría a toda prisa el pasillo principal de Berkeley procurando mantener la vista clavada al frente para evitar establecer contacto visual por accidente con Leda..., o, peor, con Cord. Al menos, por fin era viernes por la tarde y se acababa una primera semana que se le había hecho eterna.

Siguió las instrucciones de la tableta de la escuela y dejó atrás un enorme campanario de arenisca y una reluciente estatua del fundador de la institución, cuya cabeza se movía majestuosamente para seguirla mientras caminaba. Dobló a la izquierda en el centro polideportivo en dirección al ala de arte, sin prestar atención al morboso altar en honor a Eris que habían erigido en una de las esquinas del vestíbulo, lleno de velas e instantáneas de la chica, además de notas de unos estudiantes que probablemente apenas la conocían. A Rylin le producía escalofríos, aunque no estaba segura de si era porque

había visto morir a Eris o porque estaba allí gracias a su beca y había ocupado la plaza de Eris en clase, lo que convertía la existencia de Rylin en una extraña especie de altar viviente.

Cuando abrió la puerta del aula de arte 105, una docena de cabezas se volvieron hacia ella, casi todas de chicas. Se detuvo, desconcertada.

—¿Esto es holografía? —preguntó.

La habitación era negra, y estaba forrada de pantallas oscuras y una moqueta de terciopelo gris antracita.

—Correcto —respondió Leda Cole desde donde se encontraba sentada, en la última fila, al lado del único asiento vacío del aula.

—Gracias.

A Rylin se le cayó el alma a los pies al ocupar el escritorio libre, mientras se preguntaba en qué acababa de meterse. Sacó su tableta y garabateó algunas caricaturas medio locas en su función de cuaderno, aunque seguía notando que Leda la miraba.

Al final, la otra chica sacó algo de su mochila: un silenciador azul cónico en el que habían grabado unas letras caligráficas: LUX ET VERITAS. Rylin pensó con sarcasmo que tenía que agenciarse uno para Lux. Como cabía esperar, Leda era la clase de persona que compraba artículos con el lema de una universidad incluso antes de

que la admitieran en ella.

Leda encendió el silenciador, y el resto de la clase se calló de inmediato, puesto que la máquina distorsionaba las ondas sonoras para crear una pequeña burbuja de silencio.

—Vale, ¿cómo has entrado aquí? —le soltó.

—Creía que ya lo habíamos dejado claro: ahora voy a clase contigo, ¿no te acuerdas?

—Mira a tu alrededor y verás que todas son alumnas de último curso —repuso Leda mientras hacía un gesto brusco para señalar a las otras chicas del aula—. Es la optativa más popular de la escuela, con una lista de espera de noventa personas. Solo he conseguido entrar porque reservan unas cuantas plazas para los de penúltimo año, y mi redacción para la solicitud fue la mejor de todas. —Se aferró al borde de su escritorio como si deseara poder romperlo—. ¿Cuál es tu explicación?

—La verdad es que no tengo ni idea —reconoció Rylin—. Acaban de asignarme esta clase. Apareció en mi horario el otro día, así que aquí estoy.

Empujó su tableta hacia Leda, a modo de prueba: «Estudios Acelerados de Holografía; instructor: Xiayne Radimajdi».

—Watt —masculló Leda entre dientes, y sonó como una palabrota.

—¿Qué? —preguntó Rylin, que supuso que no lo había oído bien. ¿No era ese el chico de la azotea, el que había ido con ellas a la policía aquella noche?

—Da igual —repuso Leda suspirando—. Pero procura no fastidiármelo, ¿eh? Quiero conseguir una carta de recomendación.

—¿Para Yale? —preguntó Rylin con ironía, mirando el silenciador.

—Shane estudió allí —le soltó Leda. Ante la mirada de desconcierto de la otra chica, añadió—: Xiayne Radimajdi, ¡el que imparte la clase! Tienes el nombre ahí mismo, en tu tableta —añadió mientras daba unos golpecitos airados en la prueba y después miraba a Rylin con evidente incredulidad.

—Ah. —No se había dado cuenta de que Leda decía Xiayne. Se había estado preguntando cómo se pronunciaría—. ¿Quién es?

—¡El director que ha ganado tres Óscar! —exclamó Leda. Rylin la miró sin expresión alguna—. ¿No has visto *Metrópolis*? ¿Ni *Cielos vacíos*? Por eso la clase es los viernes, ¡porque trabaja el resto de la semana!

Rylin se encogió de hombros.

—El último holo que vi fueron unos dibujos animados. De todos modos, las pelis que acabas de mencionar suenan deprimentes.

—Dios mío, qué forma de desperdiciar esta asignatura.

Leda se guardó de nuevo el silenciador en la mochila y le dio la espalda a Rylin justo cuando la puerta se abría hacia dentro. El aula entera pareció sentarse al borde de sus asientos y contener el aliento al unísono. Y entonces Rylin comprendió por qué el alumnado estaba compuesto, en su mayor parte, por chicas.

Jamás había visto a un tío tan increíblemente atractivo como el que acababa de entrar en el aula.

Era alto y no mucho mayor que ellas, puede que poco más de veinte años, con la piel aceitunada y revueltos rizos oscuros. A diferencia de sus otros profesores, que vestían corbata y chaqueta, el recién llegado parecía prestar poca atención al código de vestimenta, ya que llevaba una camiseta blanca, una cazadora con cremalleras por todas partes y unos vaqueros pitillo. Rylin miró a su alrededor y se percató de que Leda y ella eran las únicas que no se habían quedado extasiadas.

—Siento llegar tarde, acabo de bajar del hipercircuito que me traía de Londres —anunció—. Como es probable que sepáis todos, he empezado a filmar un nuevo proyecto en esa ciudad.

—¿El de la realeza? —exclamó una chica de la primera fila.

Xiayne se volvió hacia ella. La chica dio un respingo, pero el profesor esbozó una sonrisa pícaro, y ella se relajó a ojos vistas.

—Se supone que no puedo hablar de ello, pero sí, es sobre la última reina de Inglaterra. Un poco más romántico de lo que suelo dirigir.

Aquel anuncio arrancó unas cuantas exclamaciones y jadeos ahogados.

—Bueno, Livya, dado que estás tan ansiosa por participar, ¿me puedes resumir lo que tratamos en la última clase, sobre sir Jared Sun?

Livya se enderezó más en el asiento.

—Sir Jared patentó la tecnología refractiva que permite a los hologramas obtener un movimiento alineado a la perfección con el observador, creando así la ilusión de la presencia.

En aquel momento se abrió de nuevo la puerta del aula, y una silueta conocida apareció en el umbral. Rylin se encogió por instinto en su asiento y deseó poder seguir encogiéndose hasta la moqueta de terciopelo... o incluso más allá, hundirse en el revoltijo mecánico del nivel intersticial hasta la planta de abajo y seguir bajando hasta el suelo en sí, por muy cubierto que estuviera de basura y Dios sabe qué; daba igual: lo único que deseaba era desaparecer.



—Señor Anderton —lo saludó Xiayne, que parecía poco sorprendido, como si aquello le hiciera gracia—. Llega tarde. De nuevo.

—Me surgió algo —respondió Cord a modo de excusa, y Rylin no pudo evitar percatarse de que, en realidad, no se había disculpado.

Xiayne miró a su alrededor como si intentara comprender por qué le faltaba un escritorio. Pareció registrar la presencia de Rylin con cierta sorpresa. Todavía no la había llamado, no la había obligado a levantarse para presentarse, una horrible costumbre en la que habían insistido algunos de sus otros profesores. ¿Y si se lo pedía ahora, delante de Cord?

Sin embargo, para asombro de la chica, el profesor le guiñó un ojo de un modo que solo podía describirse como cómplice.

—Bueno, señor Anderton, al parecer necesita un asiento.

Xiayne pulsó un botón, y un escritorio brotó del suelo, justo enfrente de Rylin.

Cord no la miró de camino a su sitio; solo la tensión de los hombros delataba una reacción a su presencia. Rylin se hundió aún más en su asiento.

—Como hablamos la semana pasada —continuó Xiayne sin inmutarse—, el escenario es el aspecto más

fácil de recrear en forma holográfica, porque, por supuesto, es un elemento estable. Más complicado es retratar algo vivo. ¿A qué se debe?

Entonces chasqueó los dedos, y un gato salió de un salto de detrás de su escritorio para subirse encima.

Rylin apenas logró reprimir un grito ahogado. Había visto muchos hologramas antes: en la pantalla de su casa y, por supuesto, en los anuncios que saltaban cada vez que iba de compras. Sin embargo, se trataba de imágenes chillonas, excesivas y de baja resolución. El gato era distinto. Lo habían reproducido con una exquisita atención a los detalles, y se movía con mucho realismo de mil formas distintas: el perezoso meneo del rabo, la ligera elevación del pecho al respirar, el desafiante parpadeo de los ojos.

El gato saltó al escritorio de la chica que había intervenido antes, la de la primera fila, que dejó escapar un involuntario chillido de sorpresa.

—Movimiento —siguió explicando Xiayne sin hacer caso de las risas dispersas—. Los movimientos de los seres vivos deben reproducirse en perfecta relación a cualquier persona que los esté mirando, sin importar dónde está colocada con respecto al holograma. Por eso se considera a sir Jared el padre de la holografía moderna.

Xiayne siguió hablando durante un rato sobre luz y

distancia, sobre los cálculos necesarios para que algo parezca más grande para los espectadores que están más cerca pero más pequeño para los que se encuentran más lejos. Rylin intentaba escuchar, aunque le costaba concentrarse con la oscura cabeza de Cord frente a ella. Se obligó a no mirarlo. En un par de ocasiones vio que Leda la observaba por el rabillo del ojo, y supo que a la otra chica no se le escapaba nada.

Cuando por fin sonó el timbre que indicaba el final de la clase, Xiayne cambió de tema rápidamente.

—No olvidéis que vuestro siguiente proyecto es por parejas y que debéis entregarlo dentro de dos semanas. Así que tenéis que buscaros un compañero, si no lo tenéis ya.

La sala estalló en un murmullo de voces cuando todo el mundo se dispuso a emparejarse. De repente, Rylin fue presa de una idea temible y sobrecogedora: ¿y si de algún modo acababa con Cord? Recordó la forma en que la había mirado al principio de la semana, entre resentido y dolido. Pasara lo que pasase, no podía hacer aquel trabajo con él.

Los ruidos del aula aumentaron de volumen, y toda aquella presión amenazaba con marearla, así que hizo lo único que se le ocurrió en aquel momento.

—¿Quieres ser mi compañera? —preguntó

volviéndose hacia Leda.

Leda parpadeó como si no se lo pudiera creer.

—Me tomas el pelo —dijo sin más.

Rylin se obligó a sonreír. Le daba la sensación de que se arrepentiría de esto.

—¿Qué tienes que perder? —le preguntó.

Leda miró de Rylin a Cord y de vuelta a Rylin.

—De acuerdo —respondió al cabo de un momento, con una chispa de respeto, aunque reacia—. Pero no esperes que me encargue de todo el trabajo.

Cuando Rylin se dispuso a contestar, la otra chica ya se había levantado para recoger sus cosas, así que reprimió un suspiro y se dirigió al frente de la clase. Se le ocurrió que lo mejor sería presentarse al profesor y preguntar de qué trataba la tarea.

—Profesor Radimajdi —lo llamó mientras Cord salía en silencio del aula. Seguramente se habría emparejado con una de las chicas de último curso, y Rylin se dijo que era lo mejor que podía pasar. Al menos, así ella no parecería idiota—. Acabo de unirme a la clase. ¿Me puede explicar en qué consiste el proyecto?

—Rylin, ¿verdad? —Decía su nombre de un modo curioso, como si fuera la palabra para designar algo delicioso y travieso en un idioma extranjero. Por algún motivo, le daba escalofríos—. Los otros alumnos ya lo

saben, pero, por favor, llámame Xiayne.

—Vale —fue la única respuesta que se le ocurrió.

El profesor le hizo un gesto para que se sentara en la silla frente a su escritorio, y ella se hundió en el asiento, incómoda, abrazada a su mochila.

—Perdona, es que en esta clase hace mucho calor —masculló, y se quitó la chaqueta negra con cremalleras.

Rylin asintió mientras se le abrían mucho los ojos ante la visión de los brazos de Xiayne. Los tintuajes le cubrían cada centímetro cuadrado de piel: bellas formas abstractas en un vertiginoso despliegue de colores. Se le fruncían como si fueran tela sobre los bíceps y le bajaban en espiral por los musculosos brazos hasta terminar en un caleidoscopio visual en las muñecas. La mirada de la chica se vio atraída sin remedio por aquellas muñecas, y las observó doblarse y estirarse con los tintuajes, que cambiaban anticipándose a todos sus movimientos. Eran de los que llegaban hasta los nervios: esquirlas de micropigmentos disparadas al interior de la piel con un fibroinyector y forradas de astrocitos que se incrustaban en los tejidos y se adherían sin remedio a las células nerviosas para que pudieran desplazarse con el movimiento. Se trataba, de lejos, de los tintuajes más dolorosos y, por tanto, de los más cañeros.

Xiayne se inclinó hacia delante, y la chica vislumbró

más tinta en el cuello, un dibujo que desaparecía debajo del cuello de la camiseta. Se ruborizó al imaginar qué aspecto tendría el resto, sobre su pecho.

—¿Los has diseñado tú? —se aventuró a conjeturar señalando los tintuajes.

—Ah, sí, hace años —respondió sin darle importancia —, en un lugar llamado Black Lotus. Como imaginarás, a la escuela no le hacen demasiada gracia, así que procuro llevar manga larga durante las horas lectivas.

—¿Black Lotus? —repitió Rylin—. ¿No te referirás al del piso treinta y cinco?

Rylin había estado allí una vez con sus amigos, hacía varios años, cuando su madre todavía estaba con vida. Se había tatuado un pájaro diminuto en la espalda, justo a la altura de la cinturilla de los vaqueros, el único lugar en el que su madre no lo vería. Aunque el dolor fue atroz, mereció la pena: le encantaban las reacciones del ave a sus movimientos, cómo batía las alas cuando caminaba y cómo ocultaba la cabeza bajo una de ellas cuando dormía.

Xiayne parpadeó, sorprendido.

—¿Lo conoces?

De repente, Rylin habría deseado vestir sudadera y zapatillas deportivas en vez de aquella almidonada falda de uniforme. Quería sentirse ella misma.

—En realidad, vivo en el piso treinta y dos. Estoy aquí

gracias a una beca.

—La de Eris Dodd-Radson.

—Lo capto, ¿vale? —le soltó la chica... y después hizo una mueca—. Lo siento —añadió titubeante—. Es que la gente lleva toda la semana repitiéndomelo, como si yo no fuera más que un extraño recordatorio de su existencia. Bastante incómodo es saber que estoy aquí porque una chica murió. Pero no he venido para... sustituirla —dijo tras tragar saliva—, ni nada de eso.

Una expresión indescifrable planeó sobre los rasgos del profesor. Rylin se percató de que sus ojos eran de un color más claro de lo que había creído en un principio, un intenso verde grisáceo que resaltaba como un signo de admiración sobre la suave oscuridad de su piel.

—Lo entiendo. Debe de ser difícil. —Entonces esbozó una sonrisa—. Sin embargo, mentiría si te dijera que no me ha emocionado un poco la idea de enseñar a alguien distinto. Resulta refrescante. Con un punto de nostalgia, incluso.

—¿A qué te refieres? —preguntó la chica, que se sentía entre perpleja y halagada.

—Eres de mi antiguo barrio. Yo fui al colegio 1073.

—¡Ese colegio era rival del mío! —exclamó Rylin, que no pudo reprimir la risa ante aquella situación tan inesperada.

Por primera vez desde que había atravesado las puertas el lunes no le daba la impresión de que la juzgaban.

—Y ¿qué opinión te merece Berkeley, por ahora? —preguntó, quizá intuyendo lo que pensaba.

—Necesito... adaptarme —reconoció ella.

Xiayne asintió con la cabeza.

—Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, como casi todo en la vida. Aunque creo que descubrirás que, al cabo de un tiempo, lo bueno supera a lo malo. —Rylin no estaba de acuerdo, pero tampoco estaba segura de querer llevarle la contraria y, además, Xiayne estaba buscando algo en un armario de la esquina—. ¿Alguna vez has usado una videocámara? —preguntó mientras sacaba una reluciente esfera plateada del tamaño aproximado de una uva.

—No.

De hecho, Rylin ni siquiera había visto una.

Xiayne abrió la mano y lanzó la esfera con cuidado hacia arriba. El aparato se quedó flotando en el aire, a unos cuantos centímetros de la palma de su mano. El profesor trazó un círculo con el dedo índice, y la videocámara giró para imitar sus movimientos.

—Se trata de una cámara de 360 grados, equipada con unos potentes procesadores espaciales y un



microordenador —explicó—. En otras palabras: lo graba todo y en cualquier dirección, da igual hacia dónde se vuelva el espectador.

—Así que solo hay que encender la cámara, y empieza a grabar un holo inmersivo, ¿no? —No sonaba tan difícil.

—Es más complicado de lo que te imaginas —respondió Xiayne, que entendía lo que había querido decir—. Requiere cierta habilidad: preparar la escena, asegurarse de que todo esté perfecto en cualquier dirección, y después alejarte antes de grabar. A no ser que decidas borrarle en posproducción.

—¿Eso se puede hacer?

—Por supuesto. Una vez que le pillas el truco, puedes editar distintas tomas para unir las en una sola vista. Así conseguí el alba a medianoche de *Metrópolis*. Ya sabes, la que contempla Gloria desde la azotea al final de la película. —Suspiró levemente—. Tuve que unir unas trescientas tomas, un puñetero píxel tras otro. Tardé dos meses.

—Ya —dijo Rylin en voz baja, puesto que no sabía de qué escena le hablaba—. Entonces ¿qué es lo que tenemos que filmar para el trabajo de clase?

—Algo interesante. —Atrapó la cámara que flotaba en el aire y se la ofreció sobre la palma de la mano—.

Sorpréndeme, Rylin.

«Quizá lo haga», pensó ella mientras un curioso estremecimiento de expectación le agitaba el pecho.

# CALLIOPE

Así que este es el piso mil —dijo Calliope.

—Lo sé —dijo Elise, imitando el tono de momentánea sorpresa de Calliope—. Yo me esperaba más diamantes.

Acababan de acompañar a Calliope y a su madre a la sala de estar, después de salir del vestíbulo del ascensor, que contaba con un ascensorista real, humano..., seguramente solo para las fiestas, razonó Calliope; porque no creía que se encargara de semejante trabajo siempre. Sacudió la cabeza con espíritu burlón.

—Es una fiesta de cóctel, mamá, no de gala. No es la ocasión adecuada para lucir diamantes.

—Nunca se sabe —respondió su madre mientras metía la mano en el bolso para cambiar su enorme pulsera de diamantes por otra más discreta, de oro. Siempre viajaba con joyas de distintos grados de ostentación desde aquel día, en París, en la que llamaron demasiado la atención en una fiesta por ir más arregladas de lo que se

esperaba de ellas.

No, no era la falta de quilates lo que había suscitado el comentario de Calliope. Es que había supuesto que el ático de la Torre sería más... Bueno, simplemente más.

Bajo las festivas guirnaldas y las resplandecientes luces que engalanaban la habitación, las gigantescas flores de Pascua y el enorme árbol de Navidad que ocupaba una esquina entera de la sala, a Calliope el piso mil le parecía idéntico a las innumerables residencias caras que ya conocía. No era más que otro cuarto lleno de aburridas antigüedades, candelabros de cristal y papel pintado en colores tenues, con los mismos tacones de alta costura pisando las mismas moquetas que en cualquier otro sitio del mundo. Y ¿qué manía tenía aquella gente con tanto espejo? A Calliope le encantaba mirarse tanto como a cualquiera, pero esta vez, a tanta altura, no le importaba tanto su propio reflejo como mirar hacia fuera: hacia el mundo, hacia la luz, hacia las estrellas.

Qué desperdicio tan lamentable contar con las mejores vistas del mundo para acabar cubriendo las paredes de espejos y cortinas de brocado.

—Voy a explorar. Deséame suerte —dijo Elise a toda prisa, su atención ya absorta en los distintos invitados.

—No la necesitas, pero buena suerte.

La joven vio cómo su madre se movía por la sala con

una intensidad casi salvaje, los ojos entornados para evaluar los distintos blancos en potencia, mientras hablaba unos segundos con algunos de ellos antes de despacharlos y seguir adelante. Buscaba el blanco perfecto: lo bastante rico para merecer el esfuerzo, aunque no tanto como para que resultara imposible acercarse. Y, por supuesto, lo bastante tonto como para tragarse las invenciones que, sin lugar a dudas, le contaría.

En momentos como aquel, a Calliope le encantaba observar a su madre en acción. Lo deliberado de sus movimientos (su risa, la forma en que se apartaba el cabello alborotado) atraía las miradas como si fuera un imán.

Mientras su madre se perdía en la conversación de un grupo de asistentes, Calliope se acercó al borde de la estancia. Por experiencia propia sabía que apartarse era el mejor modo de leer las complejidades de una fiesta, las sutiles corrientes de atracción, alianzas y dramas. Y nunca se sabía quién podía aparecer una vez que te alejabas de la acción y te convertías en alguien un poco más accesible.

Casi de inmediato divisó a Avery Fuller entre la multitud. Era como si la persiguiera su propio foco: iluminaba sus facciones perfectas y destacaba aún más sus marfileños pómulos y el reluciente azul de sus ojos. Calliope habría sentido celos de Avery por aquella belleza

tan imposible de no haber estado plenamente convencida de sus propios encantos, que eran distintos, sin duda, pero no por ello menos efectivos.

Se dirigió a Avery pensando en darle las gracias por la invitación, pero se paró en seco cuando su anfitriona estableció contacto visual con otra persona, al otro lado de la habitación. En el rostro de Avery se dibujó una expresión de amor tan intensa que Calliope supo que acababa de toparse con un momento sagrado, privado. Volvió a toda prisa la cabeza en la misma dirección que Avery, curiosa por saber quién inspiraba semejante devoción, pero había demasiada gente y demasiado movimiento para verlo.

Se oyó una fuerte tos al otro lado de la sala de estar y, a pesar de la cacofonía (las exclamaciones de los que se saludaban; las secas conversaciones de negocios y los lánguidos flirteos líquidos; el agitar de las cocteleras y los rasgueos del cuarteto de cuerda del rincón), el sonido reverberó a través de la consciencia de Calliope como una descarga eléctrica. Respondió a la tos de un modo más instintivo que ante su nombre, ya fuera real o supuesto. Aquella tos significaba que su madre necesitaba el respaldo de Calliope. De inmediato.

Al menos, el tío era guapo, pensó cuando encontró a su madre hablando con un caballero mayor. Tenía

facciones marcadas y el pelo gris muy corto, lo que le aportaba un atractivo distinguido, a pesar de que el sencillo traje oscuro fuera bastante serio. Elise se reía de la broma que acabara de contar el hombre; su madre presentaba un aspecto exótico y emocionante con su vestido verde intenso y su alegre sonrisa. Calliope ya se la imaginaba afilándose las uñas, preparada para entrar a matar.

—Hola —saludó la chica con educación al acercarse.

Era el acercamiento más seguro, dado que desconocía su papel en el timo hasta que Elise la llamaba.

—Querida, me gustaría presentarte a Nadav Mizrahi —exclamó Elise antes de volverse hacia el hombre con el que hablaba—. Nadav, esta es mi hija.

—Calliope Brown, encantada de conocerlo —respondió mientras se acercaba para estrechar la mano de Nadav.

Se alegraba de interpretar de nuevo a una hija; siempre era lo más divertido.

A veces, Elise la presentaba como a una prima o una amiga... o peor, como una persona sin relación familiar alguna, como una nueva ayudante del despacho del blanco o una doncella. Su madre insistía en que el papel que le asignaba dependía de lo que le pidiera la situación, pero Calliope sospechaba que a veces los elegía solo

porque ser la madre la hacía sentir vieja. Aunque no lo era, en absoluto. Qué demonios, si se había quedado embarazada con solo diecinueve años, apenas mayor de lo que Calliope era ahora. Eso sí que era como para meditarlo.

—Tengo una hija más o menos de tu edad. Se llama Livya —le comunicó Nadav con una cálida sonrisa. Bueno, eso lo explicaba todo.

—El señor Mizrahi trabaja en el campo de la cibernética. Acaba de mudarse a Nueva York desde Tel Aviv —añadió Elise.

Y por eso se había concentrado en él con tan mortífero empeño: olía la sangre nueva a un kilómetro de distancia. Los recién llegados eran más confiados con los desconocidos, puesto que, para ellos, cualquiera era un desconocido; y las probabilidades de que se percataran de un tropiezo eran mucho menores.

Una aerobandeja pasó flotando, cargada de copas de champán llenas de algo rosa y espumoso. Calliope, hábil, recogió tres de ellas de la parte de arriba.

—Señor Mizrahi —le dijo mientras le pasaba una copa—. No estoy muy familiarizada con la cibernética. ¿Me podría explicar lo más básico?

—Bueno, la cibernética se define, técnicamente, como el estudio de los subsistemas tanto de los humanos como



de las máquinas, aunque yo trabajo en una división que intenta replicar patrones sencillos...

Calliope sonreía mientras se desconectaba del monólogo. Si le dabas al blanco la oportunidad de lucirse, de parlotear sobre algún conocimiento especializado, sentía afecto por ti de manera automática. Al fin y al cabo, no había tema de conversación que la gente disfrutara más que hablar de sí misma.

—¿Qué le ha parecido Nueva York? —le preguntó Calliope en una pausa de la conversación mientras le daba un trago a su bebida.

En el borde había pegajosos cristales de azúcar, y, en el fondo, relucientes semillas rojas de granada.

Así que su madre y ella se fueron alternando, acomodándose en su familiar rutina, tan ensayada. Flirtearon, coquetearon y acribillaron a Nadav a preguntas, y nadie salvo Calliope parecía ser consciente de la fría crueldad que se escondía tras todo aquello. Observó que los pálidos ojos verdes de su madre (no era su color original, por supuesto) apenas se apartaban de Mizrahi, ni siquiera cuando él estaba mirando a otra parte.

«Lo importante es el contacto visual —recordaba haberle escuchado durante su primera clase en el aire de la seducción—. Mira fijamente a los ojos hasta que no logren apartar la vista».

Y entonces, en el momento más inesperado, Calliope oyó una voz conocida detrás de ella.

Le hizo un gesto casi imperceptible a su madre y se volvió despacio, alargando el instante antes de que él la reconociera. Aunque solo habían transcurrido cinco meses, parecía mayor y, en cierto sentido, más elegante. La sombra de barba del verano anterior había desaparecido, y en sus ojos veía una mirada glacial que antes no estaba. Nunca lo había visto con traje.

El único chico que había podido con ella; y allí estaba, en la otra punta del mundo.

Captó el preciso momento en que él se percató de su presencia. Parecía tan perplejo como ella.

—¿Calliope?

—¿Travis? —preguntó ella, puesto que era el nombre que le había dado durante el verano, por mucho que en aquella ocasión sospechara que era falso.

Aunque, claro, también lo era el suyo. Gracias a Dios había estado usando mucho el de Calliope en los últimos tiempos.

El chico hizo una mueca y miró a su alrededor, como si quisiera cerciorarse de que nadie lo hubiera oído.

—Es Atlas. No fui demasiado sincero contigo este verano.

—¿Me mentiste sobre tu nombre? —preguntó ella

indignada, aunque, por supuesto, no le importaba en absoluto. Si acaso, estaba intrigada.

—Es una historia muy larga. Pero Calliope... —Se pasó una mano por el pelo, incómodo de repente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La chica apuró el resto de su champán de granada y dejó la copa vacía en una bandeja que pasaba por allí.

—En este momento estoy en una fiesta —contestó con aire frívolo—. ¿Y tú?

—Vivo aquí —respondió Atlas.

Mierda. Calliope se enorgullecía de estar preparada para cualquier cosa, pero incluso ella necesitó unos segundos para procesar el giro de los acontecimientos. El chico al que había conocido en verano, el que había golpeado por África con ella como si fueran un par de nómadas, era un Fuller. No solo era rico: su familia se encontraba en su propia estratosfera de riqueza, tan alto que contaban con su propio código postal. Literalmente.

Podía aprovecharse de la situación. Todavía no tenía muy claro cómo, pero estaba convencida de que surgiría la oportunidad, el modo de alejarse de Atlas con más dinero del que tenía al encontrarlo.

—Tanto tiempo regateando por el precio de la cerveza, ¿y vives aquí? —le preguntó entre risas.

Atlas se unió a sus carcajadas y sacudió la cabeza,

admirado.

—Vaya, no has cambiado nada. Pero ¿qué estás haciendo en Nueva York? —insistió.

—Si me explicas por qué ocultabas tu nombre, te digo lo que me ha traído hasta aquí —lo retó Calliope, a la vez que intentaba recordar qué le había contado exactamente sobre sí misma. Sonrió; era la mejor de sus sonrisas, la que reservaba para las ocasiones especiales y florecía hasta convertirse en algo tan resplandeciente y deslumbrante que la mayoría de la gente se veía obligada a apartar la vista. Atlas no lo hizo. Y ella lo deseó aún más por eso.

Lo cierto era que deseaba a Atlas desde el primer momento en que lo vio.

Estaba de pie en la sala de espera de British Air del aeropuerto de Nairobi, intentando decidir adónde dirigirse, cuando él pasó junto a ella con una andrajosa mochila colgada del hombro. Su instinto (pulido a la perfección tras años de práctica) le gritaba que fuera a por él sin perder un segundo, así que lo hizo: lo siguió hasta el hotel de un safari, donde lo vio solicitar trabajo de botones. Lo contrataron al instante.

Ella siguió observando.

Se trataba de un posible objetivo, sin lugar a dudas, por más que vistiera el reglamentario uniforme caqui y

que recibiera a los huéspedes para ayudarlos a cargar con sus maletas. Era de familia adinerada. Calliope se lo notaba en la reluciente sonrisa, en el modo en que alzaba la barbilla, en la forma en que recorría la habitación con la mirada, confiado y tranquilo, pero sin llegar a creerse el amo. Lo que todavía no sabía era de cuánto dinero estaban hablando.

Ese fin de semana apareció en la fiesta para empleados del hotel con un vestido de seda carmesí que llegaba hasta el suelo y se abrazaba a las curvas de sus caderas y su pecho. Debajo no llevaba ropa interior, y el vestido lo dejaba más que claro. Sin embargo, como siempre afirmaba su madre, solo tienes una oportunidad para que el pez muerda el anzuelo.

La fiesta se celebraba detrás del hotel, bastante más allá de la enorme cabaña en la que guardaban los deslizadores de plexiglás del safari. Había más gente de lo que se esperaba: decenas de empleados jóvenes y guapos reunidos alrededor de una de esas falsas fogatas (las holográficas que desprendían calor de verdad), todos bailando, riendo, cantando y bebiendo un líquido reluciente que parecía de limón. Calliope cogió una copa y, sin decir una palabra, se apoyó en un poste. Sus ojos de experta lo localizaron enseguida: estaba de pie con varios amigos, sonriendo a algo que habían dicho, cuando

levantó la mirada y la vio.

Otras personas se acercaron, pero Calliope las ahuyentó. Después cruzó las piernas para lucir mejor la raja del vestido y las largas piernas que asomaban por ella. Nunca daba el primer paso, o, al menos, no con los tíos. Había descubierto que se tragaban el romance más deprisa si eran ellos los que iban a buscarte.

—¿No bailas? —le preguntó él cuando por fin se acercó a ella.

Sonaba a acento estadounidense. Bien. Era capaz de hacerse pasar por cualquier nacionalidad, pero prefería ser de Londres; y los chicos estadounidenses estaban fascinados por ese acento tan sexi.

—No con los que me lo han pedido hasta ahora —contestó, y arqueó una ceja.

—Baila conmigo.

Y ahí estaba otra vez, esa seguridad en sí mismo con un leve toque de osadía. Estaba representando un papel. Intentaba escapar de algo, puede que de un acto terrible o quizá de una relación que hubiera acabado mal. Bueno, ella sabía del tema: también huía de un error.

Calliope lo condujo más allá de la hoguera. Los pendienteitos de campanillas que se había comprado en el mercado al aire libre de aquella mañana tintineaban con cada paso. Los altavoces escupían una música atronadora;

era instrumental y salvaje, con un incansable retumbar de tambores.

—Me llamo Calliope —decidió.

Era uno de sus seudónimos favoritos desde que lo leyera en una anticuada obra de teatro, y siempre le había parecido que tenía mucha suerte cuando era Calliope. Las sombras de la holofogata parpadeaban sobre el rostro del chico, que tenía pómulos marcados, una amplia frente y unas pecas difuminadas bajo la leve quemadura solar.

—Travis —se presentó, y a ella le pareció detectar una nota de falsedad en su voz; no tenía práctica con la mentira. A diferencia de Calliope, que llevaba soltándolas desde hacía tanto tiempo que casi se le había olvidado cómo contar la verdad.

—Encantada de conocerte.

Cuando terminó la fiesta, Travis no la invitó a su habitación, y ella descubrió, sorprendida, que se alegraba. Sin embargo, al despedirse, se dio cuenta de que su madre tenía razón: los timos son mucho más fáciles de gestionar cuando el blanco es feo. Aquel chico era demasiado atractivo para el bien de Calliope.

Ahora, mientras los ojos de la chica se paseaban por Atlas (el único chico al que no había sido capaz de echar el anzuelo, al que ni siquiera había besado), sabía que tentaba a la suerte.

No era capaz de predecir lo que haría él, y eso lo volvía peligroso. A Calliope y Elise no les gustaba lo desconocido. No les gustaba perder el control.

Calliope sacudió la cabeza, dándole vueltas al desafío. Se había equivocado una vez con Atlas, pero ahora era más sabia y más decidida. Jamás se le había resistido un chico, si se empeñaba en conseguirlo. Atlas no tenía ninguna oportunidad.



# AVERY

Se acercó a la barra mientras oía de fondo el frufú de la falda de tul de su vestido de lamé dorado (el que su madre había insistido en que vistiera).

—El cóctel con burbujas, por favor, por el tema navideño —dijo Avery.

El camarero le dio un golpecito a un vaso cilíndrico que había sobre la encimera y que acto seguido se reformó hasta convertirse en una jarra redonda, con cristales moviéndose según sus patrones preprogramados. Después agarró la jarra por el asa y le sirvió la bebida en un vaso; para no quedarse corto, añadió una festiva ramita de acebo.

Las paredes del piso de Avery estaban engalanadas con guirnaldas verde vivo y titilantes luces doradas. Unas barras como las de las carpas se elevaban a ambos lados del cuarto, flanqueadas por renos en miniatura atados con enormes lazos a un trineo de verdad. Gracias a los

holoprocesadores, el techo parecía desaparecer en un inmenso cielo preñado de nieve. Avery nunca había visto el piso tan lleno de gente: hombres y mujeres con traje de cóctel, aferrados a sus centelleantes bebidas rojas mientras se reían de la nieve holográfica.

Esperaba que fuera porque sentían interés por la torre de Dubái, y no una curiosidad morbosa por ella, por lo que había sucedido en el piso mil la noche que murió Eris.

Su padre era quien organizaba todos los años la fiesta navideña de Fuller Investments para congraciarse con los accionistas y con sus mejores clientes; y, por supuesto, para presumir. Desde que eran pequeños, se esperaba de Avery y de Atlas que asistieran cada diciembre a aquel acontecimiento, que fuesen encantadores con los invitados y que parecieran perfectos. La premisa no cambió al crecer; si acaso, la presión era incluso mayor.

Cuando estaba en secundaria, Eris siempre era la compinche de Avery en esas noches. Robaban bandejas con tartas de la barra de postres y se entretenían viendo cómo los emperifollados adultos se intentaban impresionar entre ellos. Eris tenía una costumbre muy graciosa: se inventaba las conversaciones que no lograban oír. Ponía voces y acentos exagerados, e ideaba diálogos estrafalarios repletos de secretos desvelados, peleas de amantes y familias que se reencontraban. «Ves demasiada

holobasura», le decía Avery entre risas ahogadas. Era una de las cosas que más le gustaban de Eris: su imaginación salvaje y sin límites.

En aquel momento notó que alguien la miraba; levantó la vista y se encontró con Caroline Dodd-Radson. Caroline Dodd, se recordó, tras su divorcio. La madre de Eris estaba tan deslumbrante como siempre: lucía un vestido de jacquard serigrafiado con falda de volantes. Sin embargo, el brillo de los faroles que flotaban sobre la sala se reflejaba en las canas plateadas de su rojiza melena dorada, el mismo tono atrevido que solía llevar Eris; y nuevas arrugas surcaban su rostro. Miraba a Avery a los ojos, apenada.

La chica no se consideraba una cobarde, pero en aquel momento lo que más deseaba en el mundo era dar media vuelta y huir; cualquier cosa con tal de evitar el contacto visual con la mujer a cuya hija había dejado caer al vacío. Porque, al margen de cómo se hubieran desarrollado los hechos la noche de la azotea, Eris había muerto en el piso de Avery. Avery había abierto la trampilla y después había sucedido lo peor que pudiera suceder; y tendría que vivir con las consecuencias durante el resto de su vida.

Inclinó la cabeza ante Caroline en un gesto silencioso de arrepentimiento y tristeza. Al cabo de un momento, la madre de Eris imitó el gesto, como si dijera que sabía lo

que pesaba en el corazón de Avery y lo comprendía.

—¿Es esa Caroline Dodd? Su hija murió en este piso, ¿no? —oyó la chica murmurar a alguien detrás de ella.

Un grupo de mujeres mayores lanzaba sus miradas cortantes en dirección a la madre de Eris. No parecían ser conscientes de la presencia de su amiga, que estaba allí, paralizada del disgusto.

—Qué sorpresa —comentó otra de ellas, muy serena y tranquila, como suelen comportarse las personas a las que las cosas sorprendentes no les afectan en absoluto.

La mano de Avery apretó con fuerza su espumoso cóctel rosa, y se retiró hacia la biblioteca, lejos de aquella habitación tan ruidosa, con sus crueles cotilleos y los escrutadores ojos de la madre de Eris.

Pero en la biblioteca le sorprendió ver otro rostro inesperado. Aunque no debería haberla pillado del todo por sorpresa, puesto que ella misma la había invitado. Allí estaba Calliope, con un vestido escotado, coqueteando sin disimulo con Atlas.

—Calliope. Me alegro mucho de que hayas podido venir —los interrumpió mientras se acercaba—. Veo que ya has conocido a mi hermano —añadió, y por fin se volvió hacia el chico en el que no podía dejar de pensar.

Desde la noche en que su padre estuvo a punto de descubrirlos, Atlas y ella habían procurado evitarse

cuando estaban en el piso. Avery apenas lo había visto en toda la semana. Ahora dejó que su mirada recorriese, agradecida, los rasgos del chico, con la traviesa satisfacción de haberse librado del castigo por un acto prohibido. Estaba tan guapo como siempre, con su traje de chaqueta azul marino y su corbata, el cabello con la raya al lado. Se acababa de afeitarse para la fiesta, y a Avery siempre le parecía más joven de ese modo, casi vulnerable. Intentó no hacer caso del latido acelerado de su corazón al acercarse a él, aunque la temperatura del cuerpo le había subido varios grados de repente, solo con saber que se encontraba al alcance de su mano.

—Oh, ¿ya conoces a Avery? —le preguntó Atlas a Calliope, volviéndose hacia ella.

Calliope echó la cabeza atrás y se rio como si se tratara de una deliciosa coincidencia, una risa ronca y exuberante que a Avery no le resultó genuina.

—Avery y yo nos hicimos un tratamiento facial juntas hace unos días —explicó la otra chica..., y Avery se percató de lo hábil que era con las palabras, ya que así sonaba como una excursión planeada y natural, y no como lo que pasó en realidad, que fue que se pegó como una lapa a Avery y sus amigas—. Es la que me invitó a venir esta noche. —Calliope se volvió hacia Atlas con una mano apoyada con confianza en la cadera—. Qué malo

eres. Nunca me contaste que tenías una hermana.

De repente, Avery fue hiperconsciente de la belleza de la otra chica: un atractivo perfumado y plateado, todo curvas,

ojos relucientes y suave piel bronceada. Y hablaba con Atlas de un modo muy informal, casi familiar. Le daba la impresión de que se le escapaba algo. Miró a uno y después al otro un par de veces.

—Lo siento, ¿es que ya os conocíais?

—Sí, Callie y yo nos conocimos en mayo, en el safari de Tanzania.

Atlas no dejaba de intentar mirarla a los ojos, al parecer desesperado por transmitirle algo.

—Es Calliope. ¡Deberías saber mejor que nadie que odio los diminutivos! Aunque, Avery —añadió, bajando la voz para implicar camaradería—, deberías saber que este James Bond de aquí insistió en usar un nombre falso conmigo. Qué misterioso por tu parte, Travis. Como si alguien fuera a seguir tus pasos de Tanzania a la Patagonia.

Calliope volvió a reírse, pero Avery no se unió a ella.

¿La Patagonia? Sabía que Atlas había ido directamente a Sudamérica desde África, pero siempre había pensado que viajaba solo. Quizá lo había oído mal. Mientras intentaba aclararse, la voz del señor Fuller

resonó en la sala.

—¡Hola a todos! —exclamó; unos altavoces en miniatura que flotaban en el aire proyectaban el sonido—. Bienvenidos a la vigésimo sexta reunión anual de Fuller Investments. ¡Elizabeth y yo estamos encantados de recibirlos en nuestro hogar!

Se oyeron algunos aplausos dispersos, muy educados. La madre de Avery, que lucía un elegante vestido de tubo negro con mangas japonesas, sonrió y saludó con una mano.

—Perdonadme, tengo que ir a ver a alguien —dijo Calliope en voz baja—. Ahora vuelvo —añadió, aunque estaba claro que solo lo dijo por Atlas.

—¿De qué iba eso?

Avery se acercó un poco a la sala de estar mientras esbozaba una sonrisa correcta, por si alguien los miraba.

—Es una coincidencia muy extraña. La conocí en África, y ahora está en Nueva York con su madre.

—¿Cuánto tiempo pasasteis juntos? —susurró Avery, y Atlas vaciló, lo que dejaba claro que no deseaba responder. Ella se mordió el labio—. ¿Por qué no me habías hablado de ella?

La chica se había ido alejando de la gente, y Atlas la siguió mientras su padre seguía parloteando sobre los distintos patrocinadores e inversores del proyecto de

Dubái.

—Porque no me pareció importante —contestó Atlas, casi demasiado bajo para que lo oyera—. Sí, viajamos juntos, pero solo porque los dos estábamos haciendo lo mismo: saltar espontáneamente de un lugar a otro, sin un plan previo.

—¿No te enrollaste con ella? —siseó Avery entre dientes, aunque temía la respuesta.

Atlas la miró a los ojos y respondió:

—No.

—Como muchos sabéis —retumbaba la voz de su padre, varias octavas más alta: resultaba obvio que les había metido potencia a los altavoces. Avery guardó silencio, sumisa. ¿Es que los había visto susurrar allí, en aquella sala abarrotada, y había subido el volumen en consecuencia?—. Esta noche celebramos nuestra última propiedad, la joya de la corona de nuestra cartera, ¡que se inaugura dentro de dos meses en Dubái!

Atlas captó la mirada de Avery y alzó la barbilla para indicarle que pretendía internarse en la fiesta. Ella asintió en silencio, dándole a entender que lo comprendía.

Al volverse, Avery alargó una mano para quitarle un hilo del brazo de la chaqueta. En realidad, no había nada, pero no podía evitarlo: era un último momento de intimidad antes de dejarlo marchar; un pequeño gesto



secreto de propiedad, como para recordarse que era suyo, que no se iba a ninguna parte.

Él sonrió antes de desaparecer entre el barullo. Con un esfuerzo monumental, Avery centró de nuevo su atención en su padre.

—¡Con gran regocijo os presento los Espejos!

Pierson hizo un gesto para señalar el techo, del que había desaparecido el holográfico cielo nevado para dejar paso a los planos de la nueva torre, que estaban proyectados en un enredo de líneas, ángulos y curvas. Los esquemas relucían como un ser vivo.

—El nombre de los Espejos deriva del hecho de que, efectivamente, se trata de dos torres independientes, una clara y otra oscura. Polos opuestos, como la noche y el día, ninguno de los cuales tiene sentido sin el otro, como tantas cosas en nuestro mundo.

Siguió con sus explicaciones sobre la torre, sobre cómo la idea original surgió de las piezas del ajedrez, pero Avery no lo escuchaba. Miraba hacia arriba, a los planos de su padre. Luz y oscuridad. El bien y el mal. La verdad y la mentira. Ahora era una experta en contradicciones, con su vida, en apariencia perfecta, pero en realidad plagada de oscuros secretos.

Oía a todo el mundo susurrar sobre la Torre, afirmar que era maravillosa, un escenario de ensueño. Estaban

deseando verla. La mayoría iría al baile en blanco y negro que se celebraba para inaugurarla y tenía reservados desde hacía meses sus vuelos privados; igual que habían acudido a Río cuatro años atrás o a Hong Kong, hacía ya una década. Por algún motivo, Avery ya no quería asistir.

El nombre de Atlas se abrió paso hasta su mente consciente, y oyó más aplausos. Parpadeó, sorprendida. Al otro lado de la habitación, Atlas parecía tan desconcertado como ella.

—Mi hijo, Atlas, lleva ya varios meses trabajando a mi lado —decía su padre, aunque no miraba hacia él—. Me enorgullece anunciar que se mudará a Dubái para hacerse cargo de la gestión de los Espejos cuando se abran al público. ¡Espero que alcéis vuestras copas conmigo para brindar por la nueva torre y por Atlas!

—¡Por Atlas! —gritó la sala.

Avery era incapaz de pensar, la cabeza le daba vueltas sin control. ¿Que Atlas se mudaba a Dubái?

Se volvió hacia donde estaba él, de repente frenética por mirarlo a los ojos, pero vio que se limitaba a sonreír y a aceptar las felicitaciones, metido en su papel del hijo obediente. En cuanto vio pasar junto a ella una bandeja, Avery depositó en ella su copa de champán vacía con tanta fuerza que el pie se partió por la mitad.

Unos cuantos invitados la miraron, curiosos por saber

qué había sacado de sus casillas a la siempre serena Avery Fuller; sin embargo, la aerobandeja ya se alejaba a toda velocidad con las pruebas, y la verdad es que a Avery no le podía importar menos. Lo único que le importaba era Atlas y el hecho de que quizá se marchara.

Su tableta vibró al recibir un mensaje: «No te preocupes. No me voy».

Toda la inquietud, las preguntas y la ansiedad que habían hecho presa de ella se calmaron un poco. Atlas decía que no se iba, y él nunca le mentiría.

No obstante, en el tono de voz de su padre se ocultaba algo que la incomodaba. Aunque había dicho que se enorgullecía, el caso es que no sonaba a eso; había estado mirando a Atlas con cara de desconcierto, como si, al despertarse aquella mañana, de repente hubiese descubierto que llevaba trece años viviendo con un desconocido en casa. Como si no tuviera ni idea de quién era su hijo.

Al percibir su mirada desde el otro lado del cuarto, Atlas levantó la vista y, por un breve instante, se encontró con los ojos de Avery. Ella sacudió la cabeza de manera casi imperceptible, deseando que la comprendiera: el problema no era su hermano, sino su padre.

Pierson sabía, al menos hasta cierto punto, lo que ocurría entre ellos... O, al menos, lo sospechaba, a pesar

de que quizá todavía no fuera capaz de reconocerlo.

Atlas y ella habían estado a punto de ser descubiertos demasiadas veces. Y ahora su padre afrontaba la situación como afrontaba cualquier problema de negocios: aislándolo hasta encontrarle una solución.

Entendió el anuncio de su padre como lo que en realidad era: iba a enviar a su hijo lejos de casa.

# LEDA

Al otro lado del cuarto, los ojos de Leda volaban entre Avery y Atlas sin perderse nada.

Bueno, bueno. Al parecer, el breve anuncio había pillado desprevenidos a los hermanos Fuller. Quizá hubiera problemas en el paraíso, al fin y al cabo. Leda decidió que aquello se merecía un brindis, y sus pies la condujeron automáticamente hasta el bar.

—Leda. —La mano de su madre le agarró el codo. La joven suspiró y se volvió, impresionada, como siempre, por la habilidad de Ilara para contener un mundo de emociones (reproche, decepción, advertencia) en una sola palabra—. ¿Por qué no vienes a saludar a la anfitriona conmigo? —insistió mientras empujaba a su hija con decisión en sentido contrario.

—Iba a pedir un agua con gas —mintió Leda.

—Elizabeth —saludó Ilara al acercarse a la señora Fuller para darle un abrazo rígido y formal—. ¡Menuda

noche! Os habéis superado, como siempre.

—Bueno, ha sido todo cosa de Todd, que es el mejor organizador con el que he trabajado. Un verdadero genio creativo —afirmó con entusiasmo la señora Fuller, para después bajar la voz, como si las hiciera partícipes de un secreto trascendental—. Queridas, ni os imagináis lo que tiene preparado para el Baile de la Sociedad Conservadora del Hudson. ¡Será lo más! Vendréis las dos, ¿verdad? —añadió, como si se le ocurriese en el último momento.

—No nos lo perderíamos por nada —respondió Ilara con una sonrisa.

Leda sabía que, en el fondo, su madre se moría por que alguien le pidiera ayuda para organizar un acto benéfico como aquel, pero nadie lo hacía. Cinco años en la Cima de la Torre, y la gente seguía viéndola como una nueva rica.

La señora Fuller se volvió hacia Leda.

—Leda, ¿cómo te va? Seguro que estás buscando a Avery, aunque debo confesar que no sé bien por dónde anda...

«Con tu hijo», pensó Leda con saña, aunque se limitó a asentir.

—¡Ah, ahí está! ¡Avery! —exclamó la señora Fuller en un tono de voz que no admitía réplica. Leda recordaba que Avery siempre decía que era su voz de general—. Te

he encontrado a Leda. Estábamos hablando sobre el Baile de la Sociedad Conservadora del Hudson.

Leda vio que Avery forzaba una sonrisa y se acercaba desde donde estaba antes, hablando con algunos amigos de sus padres.

—Leda, estás estupenda. ¿Te lo estás pasando bien? —preguntó con un tono de voz que no delataba en absoluto lo que debía de estar sintiendo.

Sin embargo, la señora Fuller ya no estaba prestándoles atención; se había alejado con la madre de Leda en dirección a otro grupo, de modo que las dos antiguas amigas se quedaron solas.

—Oh, sí, me lo estoy pasando en grande —respondió Leda mordaz.

Avery se dejó caer en uno de los sillones que rodeaban la sala, y el etéreo tul de su falda revoloteó a su alrededor como una nubecilla de oro. Fue como si todo su ser se desinflara, ahora que el público había desaparecido.

—Ahora mismo no estoy de humor, Leda.

Por algún extraño motivo, la otra chica se sentó en el sillón de al lado.

—¿Qué haces? —preguntó Avery, al parecer tan sorprendida como Leda por las acciones de esta última.

La chica no estaba segura. Quizá también necesitara un respiro de la fiesta.

—Supongo que cuesta librarse de las viejas costumbres —contestó, aunque no le salió tan borde como pretendía.

Guardaron silencio durante un rato mientras contemplaban el devenir de las risas falsas, los tratos y los cotilleos, todo ello tamizado por la amable luz de los faroles.

—Me extraña verte aquí, la verdad.

Las palabras de Avery sorprendieron a Leda, pero consiguió formular rápidamente una respuesta apropiada.

—¿Y perderme ese anuncio de Dubái? ¡Ni soñarlo!

No sabía bien qué reacción esperaba obtener (quizá un ataque dramático fruto de la tristeza o incluso de la rabia), pero, fuera lo que fuera, no lo consiguió. En realidad, no le provocó reacción alguna. Avery permaneció sentada, completamente inmóvil, con los dedos entrelazados sobre el regazo y las largas piernas cruzadas. ¿Respiraba o ni siquiera eso? Era como si estuviera esculpida en piedra. *Belleza trágica*, la habría llamado su creador, tras declararla su obra maestra.

De repente, Leda se lamentó por ambas, por compartir las dos ese silencio doloroso y exangüe, rodeadas por los fragmentos rotos de su amistad. Y en una fiesta. Era lamentable. Agarró una sangría de una bandeja que pasaba flotando junto a ellas. «Intenta detenerme ahora,



mamá».

—Tienes razón, siento haber venido. Ha sido un error.

Era mucho más sencillo concentrar su ira en Avery cuando las dos estaban en el instituto; cuando Avery estaba metida en su papel de chica perfecta. Tras ver lo frágil que era bajo aquella fachada resultaba mucho más complicado odiarla.

Avery alzó la vista, y las dos chicas se observaron en silencio, el ambiente cargado entre ellas, casi asfixiante. Leda se negaba a ser la primera en apartar la mirada, aunque no sabía por qué, solo que deseaba seguir así, retándola a reaccionar.

Avery fue la primera en rendirse.

—Que disfrutes de la fiesta, Leda —dijo y se marchó.

Leda apuró la sangría y dejó la copa vacía en una mesita. Meditó en lo que había dicho la madre de Avery sobre el baile. Lo cierto era que no tenía pensado ir, pero ahora quería hacerlo para demostrar algo. Quería que Avery supiera que no la incomodaba verla así, en el contexto en que antes eran mejores amigas.

Se preguntó si la otra chica llevaría una cita para la ocasión. Lo más probable era que no. Al fin y al cabo, ¿qué iba a hacer? ¿Ir a la fiesta con su hermano? La última persona a la que Avery había invitado a algo era Watt, y no resultó demasiado bien.

De repente, Leda tuvo una idea: ¿y si ella llevaba a Watt a la gala? Quizá le resultara útil, con ese ordenador suyo... Puede que incluso supiera un modo de comunicarse con él por control remoto, de modo que pudiera extraer información para ella en tiempo real sobre Avery, Rylin y cualquiera lo bastante tonto como para interponerse en su camino.

Y, como extra añadido, daría la impresión de que le había robado el novio a su amiga. Todo el mundo recordaba haberlo conocido en la fiesta del Club Universitario con Avery, y así lo verían del brazo de Leda, prestándole atención a ella. Por una vez, creerían que un chico había elegido a Leda Cole, en vez de a la perfecta e intocable Avery Fuller.

Sonrió, encantada con la idea, a pesar de que una parte oscura y odiosa de sí misma le susurró que no sería real. Después de todo, lo cierto era que Watt no la estaba escogiendo, sino que tendría que obligarlo a ir con ella, chantajearlo, como últimamente tenía que hacer con todos los que la rodeaban.

Por otro lado, ¿acaso alguien la había elegido de verdad alguna vez?

# AVERY

A Avery siempre le había encantado su dormitorio, que había decorado ella misma: su enorme cama de princesa con dosel; el papel de la pared, que con sus filigranas ocultaba hábilmente las pantallas táctiles; los cuadros en dos dimensiones, con sus antiguos marcos dorados. Sin embargo, en aquellos momentos no era más que una barroca prisión en tonos azul y crema.

Atlas seguía en el despacho de su padre, discutiendo sobre la noticia que Pierson había soltado sobre ellos como una bomba. Avery sabía que Atlas le mandaría un parpadeo en cuanto pudiera; solo esperaba que fuera capaz de convencer a su padre para abandonar todo el plan de Dubái.

Se puso a dar vueltas por el cuarto, todavía con el reluciente vestido de fiesta puesto y el cabello recogido en un elaborado moño decorado con perlitas doradas que, al parecer, habían sido idea del organizador de la fiesta. Se

había pasado casi una hora sentada con la peluquera para que le tejiera con esmero las cuentas en la melena, pues, aunque el multimoldeador tuviera unos cuantos programas para recogidos, la gente los reconocía a un kilómetro de distancia. Avery y su madre siempre contrataban a un profesional humano para que las peinara antes de los grandes acontecimientos.

Parecía tan pesado que resultaba imposible, incluso peligroso, como si cada horquilla y cada cuenta (cada piedra que llevaba al cuello, además de los diamantes de las orejas) la arrastrara inexorablemente hasta el fondo.

Corrió a su tocador, presa de un pánico repentino, con la respiración alterada, y se manoseó el pelo hasta lograr arrancar las horquillas a lo bruto, sin importarle que doliera.

Al final, horquillas y cuentas quedaron esparcidas por la superficie del tocador, mientras que el pelo le caía en un puro enredo sobre los hombros. Todavía tenía el corazón acelerado. Se tumbó en la cama para contemplar el techo, modelado para imitar uno que le había gustado mucho en Florencia, aunque el suyo estaba representado en un holograma móvil que incluía pinceladas en tiempo real. Repasó todos los gestos que Atlas y ella habían intercambiado delante de sus padres para intentar averiguar qué los había delatado. Daba igual el camino

que siguieran sus pensamientos, porque siempre llegaba al mismo mal presagio.

Por fin le llegó un parpadeo: «Aves, he hablado con él».

Ella se sentó de golpe: «¿Y?».

Tras una pausa: «Está bastante decidido a hacerlo. Pero seguiremos hablándolo. No te preocupes».

Aquello no sonaba bien. Avery se deslizó por la cama hasta levantarse. Había esperado más que de sobra: necesitaba ver a Atlas, tenerlo entre sus brazos; en realidad, lo que necesitaba era hablar con él no a través de parpadeos ni de susurros robados, sino de verdad.

—Modo No Molestar —susurró al salir al pasillo.

Las palabras se filtraron a través de las lentes de contacto para avisar a los distintos ordenadores de sala de que no debía activar automáticamente las luces ni los suelos radiantes a su paso por las habitaciones del piso. Era una función que Avery y sus amigos usaban a menudo para escabullirse a última hora de la noche.

Intentó caminar con precaución, pero los pies la traicionaban y se tropezaban el uno con el otro por culpa de su ansiedad. Casi tenía que recordarse respirar.

—¿Avery? ¿Eres tú?

Su padre estaba sentado en un sillón de cuero de la sala de estar (un sitio en el que no solía sentarse, ya que

normalmente lo hacía tras el pesado escritorio de madera de su despacho), casi a oscuras. Sostenía un vaso de whisky escocés en la mano izquierda, como si nada. Daba la impresión de que había estado a la espera, intentando pillar a Avery, como si supusiera que se escabulliría por allí.

La joven se paró en seco y esbozó lo que esperaba que fuera una sonrisa, por muy rara y deformada que le estuviera saliendo. El pánico le formó un nudo en el pecho.

—¿Qué haces levantado a estas horas? —preguntó utilizando la técnica de Atlas: responde a una pregunta con otra.

—Reflexionar sobre algunas cosas.

—Yo iba a por un vaso de agua.

Se desvió hacia la cocina, como si aquel fuera su destino desde el principio. Sabía que resultaba sospechoso que estuviera caminando por la casa en modo No Molestar, descalza y todavía con el vestido de fiesta, pero ya no tenía solución.

—Eres consciente de que el ordenador de tu cuarto te lo puede llevar, ¿no? —dijo su padre casi a modo de desafío.

Sus ojos brillaban, vigilantes, en la oscuridad, como si pudiera ver la cruda realidad que se ocultaba bajo las

incontables capas de mentiras.

—No me podía dormir, y se me ocurrió que dar un paseo me ayudaría. Ha sido una noche muy larga, ya sabes.

Aunque el corazón le latía con fuerza, Avery se movió con calma por la cocina y sacó del armario una taza con control térmico. Sabía que cualquier vacilación la traicionaría. La silueta de su padre era apenas visible, una sombra en acusado contraste con las sombras más oscuras del resto de la habitación.

La joven llenó la taza del grifo y ajustó el control de temperatura del asa para enfriar el agua del interior. El silencio se alargó de un modo tan doloroso que se lo imaginaba dejando escapar grititos diminutos. Bebió un poco de agua y reprimió las náuseas. ¿Por qué le daba la impresión de que su padre evaluaba cada uno de sus movimientos?

—Avery, sé que estás molesta por la mudanza de Atlas a Dubái —afirmó él sorprendiéndola.

Avery se acercó a él y se sentó en el sillón colocado frente al suyo. Su padre hizo un gesto impaciente con la muñeca para que se las luces del cuarto se encendieran, aunque tenues.

—El anuncio me pilló con la guardia baja —respondió con sinceridad—. Aunque el trabajo suena bien y sé que

Atlas lo bordará.

—Sé que lo echarás de menos, pero, créeme, es lo mejor para la familia.

Pierson hablaba muy despacio, con intención, y su hija se preguntó si estaría borracho, enfadado o ambas cosas.

«Lo mejor para la familia». Aquella frase tenía ecos siniestros.

—Y también para Atlas —insistió Avery, de repente decidida a defenderlo—. Será estupendo para su carrera, ¿no? ¿Dirigir un proyecto de ese calibre siendo tan joven?

Observaba a su padre con atención y, a pesar de la penumbra, se percató de que daba un leve respingo al mencionar el nombre de su hermano.

—Sí, para Atlas también —repitió Pierson, y, por su tono de voz, Avery supo que no había estado pensando en Atlas en absoluto.

—Es maravilloso que le concedas esta oportunidad. Me alegro. —De repente, estaba deseando marcharse. Cuanto más se quedara allí, hablando con su padre, más posibilidades habría de que se le escapara algo—. En fin, estoy agotada. —Cogió la taza de agua, se levantó y se alisó el vestido con un gesto ligeramente nervioso—. Buenas noches, papá. Te quiero —añadió y, al decir aquella frase (palabras que había repetido en tantas otras



ocasiones), vio que algo se endurecía en el rostro del hombre, como si el recordatorio lo impulsara a protegerla con más ahínco todavía.

A Avery se le cayó el alma a los pies.

Tuvo que hacer buen uso de su considerable entereza para no apresurarse; recorrió el pasillo hasta su dormitorio con pasos lentos y perezosos, como si de verdad estuviese cansada y deseando dejarse caer en la cama.

—Atlas —susurró cuando por fin cerró la puerta detrás de ella, y lo dijo en voz alta para enviar el mensaje con un parpadeo—. Estoy bastante segura de que papá lo sabe. ¿Qué vamos a hacer?

Se hizo el silencio durante un rato, aunque esta vez era un silencio que no la molestaba, puesto que sabía que Atlas preparaba su respuesta con cuidado. No era de los que decían lo primero que les pasaba por la cabeza, sin antes meditarlo y calcularlo.

«Ya lo resolveremos —le envió al fin—. No te preocupes. Te quiero».

Aunque no le viera la cara, sabía que sonreía, como si el calor de aquel gesto llegara hasta ella a través de las distintas puertas y muros que los separaban.

Avery se tiró en la cama y dejó escapar un suspiro de impotencia.

—Yo también te quiero —contestó con un susurro.

Solo esperaba que su amor bastara para mantenerlos a salvo.

# RYLIN

Era última hora del viernes por la noche, y Rylin no lograba dormirse. No dejaba de dar vueltas y más vueltas, procurando no despertar a Chrissa, que estaba a un metro escaso de ella, en la otra cama individual. Sin embargo, Chrissa siempre había sido capaz de dormir en cualquier circunstancia.

Los amigos de Rylin estaban en una gran fiesta; Lux le había dado un toque antes para avisarla, pero Rylin no había prestado atención a los detalles.

—Estoy demasiado cansada —había contestado con toda sinceridad.

Tras otra semana interminable en la escuela (viendo a Cord en los pasillos y, peor aún, justo delante de ella en la clase de holografía; por no mencionar lo que le estaba suponiendo la brillante idea de formar equipo con Leda para el proyecto), Rylin no estaba para fiestas. Sabía que habría demasiado ruido, demasiada luz, y que ni siquiera

sería capaz de oírse pensar con el clamor de la música. Así que se había quedado en casa con Chrissa, y las dos habían comido lasaña congelada y visto unos cuantos episodios de un antiguo holo sobre una chica enamorada de un chico, pero cuyas familias estaban enemistadas. Aquella relación hacía suspirar a Chrissa, aunque tenía algo (quizá el amor prohibido e imposible) que irritó a Rylin.

Cogió su tableta, que estaba tirada en el suelo, y se puso a consultar sus mensajes. Había unos cuantos nuevos de la cuenta de la escuela: un anuncio sobre audiciones para la obra escolar y un recordatorio de que la asamblea empezaba a las ocho en punto. Su mirada se topó con un mensaje del profesor Radimajdi. Lo abrió, curiosa, solo para acabar roja de rabia al leer el contenido.

Le había puesto un aprobado justo en la primera tarea para la clase de holografía, un vídeo de una puesta de sol que había tomado hacía una semana desde el mirador de una de las plantas bajas.

«Pero ¿qué narices...?», pensó indignada, mientras pulsaba con rabia en la pantalla para leer los comentarios del director, que estaban más abajo. ¿No le había dicho que le gustaban los vídeos de puestas de sol y que había uno en la película con la que había ganado el Óscar?

«Rylin, este vídeo es muy dulce y bonito..., además

de manido, aburrido y poco inspirado. Siento decirte que me has decepcionado. La próxima vez procura enseñarme cómo ves el mundo, no lo que crees que quiero ver yo».

La joven se recostó en la cama, enfurecida y bastante desconcertada. ¿Qué derecho tenía él a sentirse decepcionado con ella?

No estaba segura del motivo de su enfado, salvo que se trataba de la primera nota que recibía en Berkeley y que era un asco. Sin embargo, la verdad, ¿qué se esperaba? Era una chica de diecisiete años que había abandonado los estudios y que, por un milagro del destino, había acabado en el instituto más caro y exigente del país. Por supuesto que no tendría éxito allí, y había sido una estúpida al plantearse lo contrario.

Se quitó el edredón de encima. Sentía escalofríos y estaba ansiosa; la claustrofobia la sofocaba. ¿Qué demonios le estaba pasando? No era normal que se encontrara sola en casa un viernes por la noche, mirando sus notas. La antigua Rylin habría estado en la calle. Bueno, no era demasiado tarde para salvar la noche.

«¿Estás fuera?», le envió a Lux, que contestó al instante.

«¡Sí! Estamos en la piscina pública de la ochenta. ¡Vente!».

Aquello le sonó raro, pero no lo cuestionó, sino que se

limitó a quitarse la camiseta y los pantalones del pijama para colocarse el biquini. Se le cayó un zapato y se detuvo, con la esperanza de no haber despertado a Chrissa; pero no oyó nada más que la pausada respiración de su hermana y el leve susurro de las mantas al volverse de lado. Rylin se quedó inmóvil otro instante, para contemplarla mientras dormía. Un feroz impulso de protegerla se apoderó de ella. Después se puso un vestido encima del biquini y se calzó las sandalias.

De camino a la puerta, su mirada se tropezó con la reluciente videocámara, que la miraba desde su escritorio como un amenazador ojo vigilante. Sin pensárselo dos veces, se la metió en el bolso y salió a la calle.

Rylin ya había estado antes en la piscina pública. Solía ir con Chrissa y su madre años atrás, cuando su hermana y ella todavía llevaban bañadores a juego y competían por ver quién aguantaba más la respiración bajo el agua; después había ido muchas veces con Lux, en las tardes de verano, cuando había que luchar por un sitio en la terraza desde el que atrapar los oblicuos rayos vespertinos del sol. Sin embargo, nunca había visto la piscina como en aquel momento, a medianoche, invadida por una *rave* ilegal.

Los adolescentes estaban apretujados dentro del agua, todos con distintas combinaciones de bañadores y vaqueros. Olía a cloro, sudor y tiraciegos. Alguien había

apagado las luces de la piscina para que no los pillaran; pero la luz de la luna se filtraba a través de las ventanas y bailaba por las siluetas en penumbra que chapoteaban en el agua, como oscuras y estilizadas focas. Un ritmo eléctrico vibraba en el aire. Rylin distinguió las formas de unas cuantas parejas en el patio de fuera.

Se quitó el vestido largo y lo lanzó a una esquina. Sin embargo, al ir a dejar el bolso, la videocámara cayó al suelo. La cogió. La notaba caliente en la palma de la mano. La alzó, y el dispositivo se puso a flotar con pereza en el aire, siguiéndola como si tirase de él una cuerda invisible.

Tras recogerse el pelo en una coleta suelta, Rylin trepó por la escalera que conducía al trampolín flotante. Había oído que en la piscina cubierta de Berkeley tenían uno muy caro, de media gravedad, para que el equipo de salto practicara mejor sus triples saltos mortales, pero a ella siempre le había bastado con aquel. Alzó los brazos por encima de los hombros y se lanzó de cabeza, de modo que su fino cuerpo atravesó el agua como un cuchillo.

Bajo el agua se estaba muy bien, a oscuras, fresca y envuelta en un maravilloso silencio. Se quedó allí todo lo que pudo, hasta que todos los capilares de sus pulmones se estiraron en busca de aire, antes de empezar a mover las piernas para subir a la superficie. Jadeó un poco,

encantada, y nadó hacia el lado menos profundo.

—Myers. Cuánto tiempo.

—Me alegro de verte, como siempre, V —le soltó Rylin.

V estaba tumbado con las manos detrás de la cabeza en una balsa hinchable con forma de algo vagamente inapropiado. Era amigo del exnovio de Rylin, Hiral, y lo despreciaba desde que Hiral la había obligado a venderle sus drogas a V.

—Espero que disfrutes de mi fiesta —le dijo él arrastrando las palabras.

—Allanar un espacio público y sembrar el caos; debería haberme imaginado que era cosa tuya.

Intentó seguir moviéndose entre la multitud, pero V se bajó de su flotador para bloquearle el paso.

—Me lo tomaré como un cumplido, aunque supongo que esto no tiene nada que ver con lo que estarás acostumbrada a ver ahora, en tu nuevo instituto encumbrado. ¿Qué haces aquí abajo, cuando podrías estar en una de las fiestas de allí arriba, eh?

Rylin consiguió hacer pie de puntillas en el fondo de la piscina y miró a V a los ojos.

—La verdad es que a la mayoría de estas personas las considero mis amigos. Exceptuándote a ti, claro.

—Me alegra saber que me consideras.



—No te hagas ilusiones.

V la observó con curiosidad.

—El juicio de Hiral es dentro de unas semanas —dijo en un tono prosaico, aunque engañoso—. ¿Piensas ir?

—No lo sé.

La chica reprimió las emociones que brotaron a la superficie al mencionar a Hiral. Llevaba ya un mes de libertad bajo fianza en su casa, pero ella no había ido a verlo; no habían terminado demasiado bien después de que él descubriera que Rylin se había liado con Cord. Así se había roto la pata de la mesa de la cocina. Entre otras cosas.

—Supongo que depende de si vas tú o no —concluyó al final, pero sin ponerle mucho empeño.

V no se molestó en seguir retándola.

Las luces fosforescentes que colgaban sobre la piscina cambiaron de color, de un verde neón centelleante a un inquietante amarillo. V alzó la vista para mirarlas, y entonces descubrió la videocámara que seguía flotando alegremente detrás de la chica.

—Veo que tienes un juguete nuevo —comentó; y, de repente, en un movimiento que la pilló por sorpresa, saltó para coger la cámara y hundirla en el agua.

—Pero ¿qué haces? —le gritó Rylin, lo que atrajo unas cuantas miradas hacia ellos.

V se rio de su reacción, abrió la mano y la videocámara volvió a elevarse en el aire, como si nada.

—Estas cosas son sumergibles. ¿Es que no te lo había contado nadie? —preguntó en tono perezoso.

La chica estaba harta de morder sus anzuelos.

—¿Has visto a Lux? La estoy buscando.

—Se ha ido con Reed Hopkins.

«¿Qué?», pensó ella, intentando ocultar la sorpresa que le asomó al rostro ante aquella afirmación, pero a V no se le escapó. Nunca se le escapaba nada.

—Ah —comentó engreído—. Eso no lo sabías, ¿verdad?

—¡Rylin!

Como si los hubiera oído, Lux se acercó chapoteando y la abrazó. Volvía a tener el pelo rubio oscuro, el tono favorito de Rylin entre el cambiante caleidoscopio de colores de Lux. Era casi su tono natural, lo que la hacía parecer más joven y suavizaba los acusados ángulos de la nariz y la prominente barbilla.

—¿No es increíble? V ha hecho un gran trabajo —exclamó Lux mientras se volvía hacia el chico, pero él ya había desaparecido.

—¿No te preocupa que te detengan?

—Me temo que esa nueva escuela es una mala influencia para ti —bromeó la chica—. ¿Cuánto te ha

preocupado a ti, precisamente a ti, que te detengan?

—¿Cuánto tiempo llevas enrollada con Reed?

Lux guardó silencio, algo humillada.

—Te lo iba a contar. Es algo muy nuevo, y todavía le estoy... dando vueltas.

Rylin sonrió, aunque le daba pena que su mejor amiga le ocultara cosas. Por otro lado, lo cierto era que no habían pasado mucho tiempo juntas desde que empezara en Berkeley; y tampoco antes de eso, cuando trabajaba para Cord. Además, ella también le ocultaba secretos a Lux: nunca le había contado lo de su relación secreta con Cord.

—Si eres feliz, yo también lo soy —contestó, porque era verdad, y en esos momentos echaba mucho de menos a su amiga—. Y ¿dónde está Reed?

Lux señaló con la cabeza un enorme sillón que alguien había colocado al borde de la piscina, en precario equilibrio sobre una mesa. Reed estaba allí sentado, con aspecto de sentirse desmesuradamente satisfecho consigo mismo, mientras brindaba con chupitos con un grupo de sus amigos.

—Le toca turno de socorrista durante una hora. ¡Como hacía la gente en la antigüedad! Hemos tenido que apagar los bots de seguridad, ya sabes, para que no acuda la policía. —Lux soltó una risita—. Aunque parece que

no se lo está tomando demasiado en serio.

A Rylin le daba la impresión de que los socorristas humanos no se remontaban a la antigüedad, sino a un poquito antes. También le daba la impresión de que Reed no estaba en condiciones de evitar que unos adolescentes borrachos se hicieran daño, pero sonrió y se mordió la lengua.

—Vamos a bailar —prefirió decir.

Lux asintió, y juntas se metieron entre la masa caliente de la muchedumbre. La videocámara daba alegres botes por encima de ellas, un diminuto planeta plateado perdido en un universo de luces fosforescentes.

# WATT

A l día siguiente, por la tarde, Watt esperaba a Cynthia en la esquina del parque de Madison Square, en el Cinturón de la Torre. «Sigo pensando que es una mala idea», le dijo a Nadia mientras contemplaba el paso de la gente por la acera de carbonita que recorría el sendero flotante. Los turistas paseaban con sus horribles ropas de turistas, vaqueros, riñoneras y esas camisetas que decían: I ♥ NY, con la icónica imagen de la Torre estampada en el corazón. Del otro lado de la calle, un grupo de chicas compraba helados en un enorme bot de refrigerio con forma de cono y se dedicaba a lanzar miradas a Watt, entre risitas.

—¿Se te ocurre alguna cosa mejor? —le susurró Nadia a los audiorreceptores.

«Siento curiosidad, ¿cuántos posibles escenarios has ejecutado hasta llegar a este? ¿Qué probabilidad de éxito has calculado?».

—Mis cálculos están incompletos, dada la cantidad de variables de entrada que me faltan.

Así que, básicamente, cero.

—¡Watt! No puede creerme que hayas accedido a venir conmigo —dijo Cynthia al doblar la esquina, sonriente.

—Por supuesto. No me lo perdería por nada —respondió Watt a toda prisa.

La chica lo miró de soslayo.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que estás tan emocionado como yo por la nueva exposición de Whitney sobre arte posmoderno de ondas sonoras?

—Si te soy sincero, solo he venido porque tú querías —reconoció él, lo que le arrancó una sonrisa aún más amplia.

Cynthia llevaba semanas pidiéndoles a Watt y a Derrick que fueran con ella a aquel tema artístico..., y, ahora que Watt necesitaba hacerle la pelota para pedirle un favor, había aceptado.

Esa parte era idea de Nadia. En realidad, había sido Nadia la que sugirió que le pidiera ayuda a Cynthia, para empezar.

Desde la visita de Leda, Watt había estado dándole vueltas a la idea de Nadia. Si Leda confiaba en él (si pensaba que era su amigo, que estaba de su lado), quizá,

solo quizá, dijera la verdad en voz alta. Lo único que necesitaba Watt era una mención, una referencia a aquella noche, para librarse de sus chantajes.

No había dejado de preguntarle a Nadia cómo acercarse a Leda, pero ella lo había desviado hacia Cynthia. «Algunos comportamientos humanos son impredecibles —le había confesado con franqueza—. Los estudios han demostrado que pedirle consejo a un amigo es la forma más eficaz de enfrentarse a los asuntos relacionados con la confianza en las dinámicas interpersonales».

«A veces creo que te inventas esos estudios», contestó él escéptico. Ella le envió miles de páginas de investigaciones a modo de respuesta silenciosa.

Cynthia y él cruzaron las puertas automáticas del museo y entraron en un vestíbulo austero e inhóspito. Watt asintió dos veces al pasar junto a la máquina de pago, que escaneó sus retinas y le cobró las dos entradas.

—No tenías que comprar la mía —le dijo Cynthia algo desconcertada.

—Me temo que sí debía hacerlo —respondió él tras aclararse la garganta—. Si te soy sincero, tenía un motivo oculto para venir.

—¿Ah, sí? —preguntó ella.

Watt se preguntó por qué Nadia guardaba silencio, lo

que era poco habitual en ella, pero la verdad es que se callaba a menudo cuando hablaba con Cynthia.

—Necesito consejo —soltó sin más.

—Ah. Vale.

La chica respiró hondo mientras doblaban la esquina para entrar en la exposición y no dijo nada más.

Se trataba de un espacio enorme y poco iluminado, lleno hasta arriba de tuberías metálicas, de esas que todavía transportaban tanto el agua corriente como las aguas residuales por la Torre, como las que arreglaba el padre de Watt en su trabajo de mecánico. Sin embargo, la artista las había pintado de una gama de colores alegremente discordantes: amarillo, verde manzana y rosa sandía. A medida que avanzaban por la sala, Watt oía susurros musicales que después cambiaban rápidamente para convertirse en otra canción, en un nuevo estribillo. Se dio cuenta de que las tuberías no eran más que de adorno: había altavoces en miniatura que proyectaban las ondas sonoras hacia él en una rápida iteración.

—¿Qué clase de consejo?

Las palabras de Cynthia rebotaron creando extraños ecos sobre los sonidos de la muestra, como si llegaran de muy lejos. Watt sacudió la cabeza, desorientado, y la agarró de la muñeca para sacarla de nuevo al vestíbulo. Retazos perdidos de música flotaban hacia él a través de



la puerta abierta y se repetían dentro de su cabeza, o quizá fuera que pensar en Leda lo estaba volviendo loco, literalmente.

—Estoy muy perdido. Hay una chica...

Sacudió la cabeza, ya que lamentaba la elección de palabras nada más decir las: así parecía que le gustaba Leda. Aunque se dio cuenta de que quizá no fuera tan malo que Cynthia pensara que necesitaba consejo amoroso. Era mejor que permitir que averiguara la verdad.

Cynthia lo estaba observando con una de sus miradas penetrantes. Por algún motivo, Watt contuvo el aliento e intentó no moverse, ni siquiera parpadear.

—¿Quién es la chica? —preguntó ella al fin.

—Se llama Leda Cole.

Watt intentó que la irritación que sentía no se reflejase en sus palabras, pero él mismo se lo notaba en la voz.

—¿Y tus... técnicas típicas no funcionan con ella?

«No mientas», lo avisó Nadia.

—No es una chica típica.

Aquello era cierto, sin lugar a dudas.

Cynthia se volvió hacia las escaleras.

—Vamos —dijo con aire resignado.

—Espera, pero tu exposición... ¿No quieres que la veamos?

—Volveré en otro momento, sin ti. Me da la impresión de que tu vida está hecha un lío —afirmó, y Watt no se lo discutió, ya que era cierto.

Unos minutos más tarde se encontraban sentados en uno de los bancos giratorios hexagonales del jardín de esculturas de fuera.

—Vale, cuéntame lo de Leda. ¿Cómo es? —exigió saber Cynthia.

—Vive en la Cima de la Torre, va a un instituto encumbrado. Tiene un hermano. Juega al *hockey* sobre hierba, creo, y...

—Watt, no te he pedido su currículum. ¿Cómo es ella? ¿Introvertida? ¿Optimista? ¿Crítica? ¿Le gusta ver los dibujos los sábados por la mañana? ¿Se lleva bien con su hermano?

—Es mona —empezó a decir con cautela— y lista. — Tan lista que resultaba peligrosa. Nadia le estaba pasando más información, pero Watt no podía mantener la farsa y empezó a escupir las palabras como si fueran veneno—. También es superficial, mezquina e insegura. Egoísta y manipuladora.

«Bien hecho».

«¡Tú fuiste la que me pidió que no mintiera!».

Cynthia se movió para mirarlo de frente.

—No lo entiendo. Creía que te gustaba.

El chico dejó la mirada vagar hasta los árboles cercanos, modificados genéticamente para que dieran decenas de frutos en la misma rama. Un limón enorme descomunal colgaba junto a los racimos de cerezas y una hilera de piñas.

—En realidad, no me gusta Leda en absoluto — confesó Watt—. Y yo no le gusto a ella. Quizá me odie, incluso. En otras circunstancias me daría igual estar el primero de su lista negra; el problema es que sabe algo sobre mí.

—¿Qué quieres decir con que sabe algo sobre ti? — preguntó Cynthia entornando los ojos—. Es por lo de tus trabajos de *hacker*, ¿no?

—¿Cómo sabes eso? —preguntó a su vez él, mirándola con atención.

—No soy estúpida, Watt. La cantidad de dinero que manejas no corresponde con lo que podrías ganar como «asesor informático». —Levantó las manos para hacer el gesto de unas comillas invisibles con las que acotar la frase—. Además, siempre pareces saber más de la cuenta sobre los demás.

Watt notaba la inquietud creciente de Nadia como una mano sobre su muñeca. «Podemos confiar en ella», le aseguró en silencio.

«Si tú lo dices», cedió Nadia.

—No te equivocas sobre el pirateo —le dijo a Cynthia, y en parte se sintió aliviado de confesar al fin una fracción de la verdad a su amiga.

—Entonces ¿qué ha pasado para que ahora me pidas consejo sobre Leda?

—Como he dicho, Leda no se cuenta entre mis mayores admiradoras. Y con lo que sabe... —Se rebulló, incómodo, y tragó saliva—. De verdad que necesito que no se lo cuente a nadie. Si confiara en mí (o, al menos, si dejara de despreciarme), quizá no se lo contaría a nadie.

Cynthia esperó, pero su amigo no siguió hablando.

—¿Qué pasaría si llegara a contar lo que sabe? —insistió ella.

—Sería muy muy malo.

La chica dejó escapar un profundo suspiro.

—Que conste que esto no me gusta en absoluto.

—La objeción queda debidamente anotada —le aseguró Watt con una sonrisa de alivio—. Entonces ¿me vas a ayudar?

—Haré lo que pueda. No te prometo nada —le advirtió Cynthia.

Watt asintió, pero la presión que sentía en el pecho ya se había aligerado un poco solo con saber que su amiga estaba allí y dispuesta a ayudarlo.

—Lo primero es lo primero —afirmó ella—: ¿cuándo

vas a volver a verla?

—No lo sé.

—Quizá debas llamarla para quedar con ella, para así tomar las riendas de la situación y cambiar la dinámica — sugirió.

La idea de salir con Leda por voluntad propia le resultaba tan ajena que dio un respingo involuntario. Cynthia captó su expresión y puso los ojos en blanco.

—Watt, esa chica no dejará de odiarte si no pasa tiempo contigo. Bueno, ¿qué le vas a decir cuando la veas?

—Hola, Leda —probó.

—Vaya —repuso Cynthia con cara de póquer—. Me abrumas con tu increíble ingenio y tus grandes dotes para la conversación.

—Y ¿qué se supone que debo decir? —saltó él exasperado—. ¡Lo único que quiero es no acabar en la cárcel!

La chica se quedó inmóvil, en silencio. Él se asustó al darse cuenta de que había hablado demasiado.

—¿En la cárcel, Watt? —preguntó, y él asintió con tristeza.

Cynthia cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, brillaban con decisión.

—Vas a tener que ser pero que muy convincente. —

Se levantó y dio unos pasos hacia el museo antes de volverse hacia él—. Finge que soy Leda y que acabo de llegar. Dime algo bonito. No solo: «Hola, Leda».

«Hazle un cumplido», sugirió Nadia.

—Leda —empezó a decir Watt, reprimiendo una sonrisa a pesar de todo porque le parecía una representación un poco tonta—, me alegro mucho de verte.

—Es un comienzo. Ahora intenta que no suene como si un bot médico fuera a hacerte un examen de cuerpo completo.

Watt parpadeó sorprendido.

—Venga —lo urgió Cynthia—. Vas a tener que aprender a mentir mejor si quieres que esa chica encumbrada te crea. Piensa en otra persona cuando digas las palabras, si eso te ayuda, pero dílas como si las sintieras de verdad.

Nadia proyectó automáticamente una serie de imágenes en sus lentes: algunas holofamosas que a Watt siempre le habían parecido guapas; y una foto de Avery, de la noche en que habían salido juntos de verdad, cuando ella llevaba aquel ajustado vestido de espejos y su incandescencia detrás de la oreja. «No me ayudas, Nadia», pensó enfadado, y ella retrocedió, algo humillada. No estaba de humor para pensar en Avery. No sabía si

volvería a estarlo alguna vez.

Watt miró de nuevo a Cynthia, que estaba frente a él, con una mano en la cadera. Se aclaró la garganta, incómodo.

—Hola, Leda.

Se levantó y se apartó como si le ofreciera una silla invisible, y se las apañó para rozarle el brazo cuando ella lo rodeó, un toque tan ligero que podría haberse tomado por un accidente.

—Hoy estás fantástica —le susurró al oído, como si le contara un emocionante secreto.

Cynthia se quedó completamente inmóvil, y su boca formó una o silenciosa. Watt estaba bastante seguro de haberla visto temblar un poco. Sonrió, encantado consigo mismo. «Gusta saber que todavía tengo un don, ¿eh?», pensó dirigiéndose a Nadia, que le envió un sarcástico pulgar levantado a modo de respuesta.

—Watt... —empezó a decir su amiga despacio, sacudiendo un poco la cabeza—. Corta el rollo seductor. Creía que querías que esta chica confiara en ti, no llevártela a la cama.

Aquello sonaba a pregunta trampa, así que Watt no respondió.

—Las mujeres tenemos sentimientos, Watt —insistió ella, bajando la vista mientras jugueteaba con su bolso,

recorriendo la cadena metálica con las palmas de las manos, arriba y abajo—. Es fácil herir los sentimientos de alguien. Deberías recordarlo.

—Lo siento —respondió él; no estaba seguro del motivo de la disculpa, pero sí percibía que era necesaria. Le daba la impresión de que existía un significado oculto detrás de las palabras de Cynthia, aunque no lograba averiguarlo y Nadia no ayudaba.

Su amiga sacudió la cabeza, y el momento pasó.

—Yo soy la que debería sentirlo por ti. Por todo lo que me has contado, esto no va a resultarte fácil.

Masculó una orden para que acudiera un bot camarero de la cafetería interior del museo, y uno de ellos se acercó flotando con un menú proyectado en su holopantalla. Cynthia escribió un par de cosas en su teclado.

—Vamos a pasar aquí un buen rato —le dijo a Watt mientras le hacía un gesto para que pagara—. Lo menos que puedes hacer es invitarme a un puñetero café.

Una hora y media después, Watt se sentía tan agotado físicamente como si se hubiera pasado el día hackeando. Notaba dolorido hasta el cerebro. Sin embargo, debía reconocer que Nadia había estado en lo cierto al sugerir la idea de pedir consejo a Cynthia. Se preguntó por qué nunca antes se le habría ocurrido acudir a ella en busca de



ayuda.

Estaba sentada con las piernas cruzadas en un banco, con unas cuantas migas de tarta *red velvet* en un plato, entre ellos.

—Vale —dijo de nuevo antes de volver a repasar las líneas que habían practicado—. Y ¿qué dices a continuación?

Watt miró a Cynthia a los ojos, una mirada penetrante, como si pudiera ver el interior de su alma.

—Leda, espero que sepas que soy de confianza. Después de todo por lo que hemos pasado, puedes contarme cualquier cosa —dijo en tono solemne.

Cynthia guardó silencio un instante, y Watt creyó que la había fastidiado de nuevo, pero entonces su amiga se echó a reír. La línea del «después de todo por lo que hemos pasado» había sido idea de ella, y, a pesar de que a Watt no le convencía demasiado, sí que le daba un toque especial.

—Dios, pero qué buena soy —fanfarroneó la chica—. Mi trabajo aquí ha terminado.

—No te lo vas a creer —comentó Watt mientras sus lentes de contacto se iluminaban con un parpadeo entrante. Ahora era él quien se reía—. Leda acaba de adelantárseme.

—¡Léeme el mensaje! —exigió Cynthia.

—«Watt, necesito que seas mi pareja para el Baile de la Sociedad Conservadora del Hudson. No te molestes en ponerme excusas, que los dos sabemos que ya tienes el esmoquin. Me puedes recoger a las ocho. El tema es “Bajo el mar”».

—Vaya, qué romántico —comentó Cynthia con sarcasmo.

—¿Por qué tenía que ser otra gala formal? —gruñó Watt mientras se levantaba y le ofrecía una mano a su amiga—. Esta gente no puede ser real.

—Por favor, Watt —repuso ella, todavía con su mano en la del chico, y un miedo inconfundible en los ojos—, ten cuidado con ella.

Él asintió, sabiendo que hacía bien en temerla. Pasar tiempo con Leda era una apuesta peligrosa.

Quizá lograra liberarse... o quizá destruyera su vida tal y como la conocía.

# RYLIN

Rylin reprimió una palabrota cuando dobló otra esquina y se encontró en el punto de partida. «Pero ¿cómo puede ser?», se preguntó, desconcertada. ¿Por qué todos los pasillos de aquella escuela tenían que ser idénticos?

Dio una lenta vuelta mientras intentaba recordar de nuevo el mapa que había visto en su tableta escolar antes de que se quedara sin batería. Se le había olvidado cargarla, lo que resultaba especialmente embarazoso dadas las múltiples opciones con las que contaba para hacerlo: enchufada en la pared, dejándola al sol o incluso pegada a su piel para que se alimentara de la energía térmica de su calor corporal. Los holos de ubicación de la escuela no dejaban de aparecer ante ella en cada esquina y cada umbral, aunque no la ayudaban; no hacían más que darle una lista con los nombres de cada aula, todas ellas donadas por ricachones. A Rylin le daban igual el aula Fernández y el estudio de baile Mill-Vehra, lo que

necesitaba era encontrar la pista de esgrima, fuera lo que fuera, porque se suponía que allí se reuniría con Leda para grabar algo para su proyecto holográfico.

Un grupo de chicos apareció en el pasillo por el que iba, todos sudorosos y con hombreras. Rylin se dio cuenta, sobresaltada, de que salían del entrenamiento de *hockey* y de que uno de ellos era Cord.

Empezó a retroceder, pero era demasiado tarde: Cord ya había alzado la vista. Les murmuró algo a los demás y se acercó a caminar junto a ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, como si le hiciera gracia—. Pareces un poco perdida.

—Sé perfectamente adónde voy, muchas gracias —contestó Rylin muy tranquila. Entonces eligió una puerta al azar a su derecha y empezó a abrirla—. Ahora, si me disculpas...

La puerta se abrió hacia dentro, y se encontró en medio de una pequeña habitación alfombrada de colchonetas en la que dos chicos forcejeaban en el suelo. Levantaron la vista, sorprendidos, y Rylin retrocedió con pasos tambaleantes.

—Por supuesto que sabes perfectamente adónde vamos —coincidió Cord—: al entrenamiento de lucha libre del segundo equipo de la escuela.

Rylin levantó las manos.

—Vale, no tengo ni idea de cómo llegar a esgrima.  
¿Me lo puedes decir?

Cord empezó a caminar.

—Haré algo mejor: te llevaré.

—No pasa nada, me basta con que me lo expliques —  
insistió ella, pero él ya la había dejado atrás.

—¿Vienes o qué? —le gritó mientras volvía la cabeza  
hacia ella. Rylin soltó una palabrota y trotó tras él para  
alcanzarlo.

Caminaron en silencio por un pasillo con las paredes  
cubiertas de placas de latón en las que se conmemoraban  
los récords atléticos de la escuela. La luz bailaba sobre las  
estatuas de plata y bronce dispuestas en cuidadosas filas  
detrás de las vitrinas de flexiglás. Rylin procuró  
concentrarse en los premios y leer los nombres grabados  
en ellos sin procesarlos, en un desesperado intento por  
mirar a cualquier parte menos a Cord. Sintió un alivio  
absurdo porque, por una vez, llevaba la melena suelta y  
reluciente sobre los hombros, en vez de recogida en la  
coleta de siempre.

—Así que esgrima, ¿eh? —La voz de Cord retumbaba  
en el pasillo vacío—. Sabrás que no puedes hacerle daño  
de verdad a la gente con las espadas, ¿no? Están  
recubiertas de campos magnéticos que las hacen  
resistentes a los impactos.

Rylin puso los ojos en blanco.

—Hoy no pretendo ensartar a nadie, te lo prometo.

—Casi me engañas —respondió él como si nada—.  
Entonces ¿por qué vas a esgrima?

—Para grabar una cosa para holografía.

«La clase en la que te sientas justo delante de mí, tan cerca que podría tocarte, y en la que ambos nos negamos a reconocer la presencia del otro».

—Es una buena idea. Será interesante, visualmente hablando —respondió Cord, y, bajo su típica indiferencia, Rylin se dio cuenta de que lo decía en serio. Eso le sentó bien.

—Sería mejor si consiguiera que el equipo llevara ropa de pirata, pero Leda se negó —aventuró a añadir ella, y el chico la recompensó con una sonrisa torcida.

—Se me había olvidado que Leda era tu compañera —repuso mirándola—. Deberías saber que es un perro ladrador pero poco mordedor. Y, si llega a ser tu amiga, luchará por ti hasta el final.

—Gracias —respondió Rylin desconcertada.

Como si fuera posible que Leda Cole y ella pudieran llegar a ser amigas alguna vez.

Él se encogió de hombros y la condujo por otro pasillo.

—Solo quiero asegurarme de que te vayan bien las

cosas. Si puedo ayudar...

Dejó la frase en el aire, sin llegar a completar la oferta, aunque a Rylin ya se le había formado un nudo en la garganta y no lograba respirar. ¿Qué intentaba decirle? Estaba perdida en un laberinto de dolorosa, dulce e insoportable confusión.

—Ya me estás ayudando —dijo—. No tenía ni idea del tamaño tan absurdo que tiene este complejo deportivo. No me extrañaría ver establos por aquí, con esas vallas que los jinetes saltan en sus caballos.

—Los hemos dejado atrás. Están en el nivel intermedio —respondió Cord.

Por un momento, Rylin se quedó sin habla; hasta que lo miró a la cara y descubrió una sonrisa muy delatora.

—Me alegra saber que todavía te gusta tomarme el pelo.

—Me alegra saber que todavía eres capaz de distinguir mis mentiras —dijo Cord.

Llegaron hasta unas puertas dobles enormes, detrás de las cuales Rylin oía el sonido metálico de las espadas al chocar entre ellas. Lamentaba que el paseo no hubiera durado más. Era agradable volver a hablar con Cord. Se preguntó qué habría querido decir con aquel gesto, si es que de verdad significaba algo.

—Nos vemos por ahí, Myers —se despidió él, pero

Rylin lo llamó.

—Cord...

Él se volvió expectante. Ella tragó saliva.

—¿Ya no me odias? —preguntó la chica con una vocecilla ahogada.

Cord la miró con una expresión muy extraña.

—Nunca te he odiado.

Rylin permaneció inmóvil, observándolo, mientras él se alejaba. No podía evitar admirar su altura, su forma de moverse, tan relajada y confiada, el perfecto conjunto que formaba su cabeza sobre aquellos anchos hombros. Deseaba correr hacia él para tomarlo de la mano, como antes, pero consiguió contenerse. «Ya no puedes tenerlo —se recordó—. Ya no es tuyo».

Se oyó un timbre en la zona de esgrima. Con un esfuerzo enorme, Rylin empujó la puerta y entró.

Era una habitación amplia y ovalada, con un anodino suelo blanco marcado por cuadrados de colores que, suponía, debían delimitar la pista en sí. Dos tiradores del equipo principal se enfrentaban en ella, ambos vestidos con chaquetas y cascos blancos, y dando saltitos adelante y atrás como cangrejos borrachos. Sus espadas resistentes a los impactos rasgaban el aire con movimientos ligeros y rápidos. Rylin pensó, encantada, que en cámara quedaría increíble.



Leda se quedó al borde de la pista. Su videocámara plateada ya flotaba sobre ellos, cerca de las luces del techo.

—Ya estás aquí —dijo entre dientes, aunque ni siquiera levantó la cabeza para mirarla.

—Lo siento, me he perdido.

—A mí me ha parecido que estabas demasiado ocupada coqueteando con Cord, pero qué sabré yo —repuso Leda.

Rylin asintió vacilante. Se recordó que no le debía ninguna explicación a Leda.

La otra chica por fin alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Y qué es lo que pasa entre vosotros dos? —preguntó sin rodeos.

La absoluta falta de tacto de Leda la irritaba y divertía a la vez.

—No es que sea asunto tuyo, pero antes trabajaba para él y ahora no.

Leda frunció los labios, como si supiera que había algo más en aquella historia pero estuviese dispuesta a aceptar la explicación, de momento.

Guardaron silencio un rato mientras contemplaban la esgrima y, de vez en cuando, una de las dos agitaba una mano para cambiar la posición o el ángulo de la

videocámara. Al final, a Rylin se le ocurrió una cosa.

—Leda —empezó a decirle; la otra chica la miró molesta—, la semana pasada me dijiste que la clase solo estaba abierta a los de último curso, que entraste por el trabajo que presentaste con la solicitud. Pero yo soy de tercero y he entrado...

—Te lo dije, has tenido suerte —respondió Leda con impaciencia—. Tómalo como una excepción de mediados de semestre con el único objetivo de cabrearme.

—Y Cord también es de tercero —continuó Rylin sin amedrentarse y arqueando una ceja.

Leda gesticuló exasperada.

—Lo de Cord es distinto. Al fin y al cabo, tiene un edificio con su nombre. Así que, sí, entra en la clase que quiera.

Rylin sintió un extraño nudo en el estómago.

—¿Qué edificio?

Creía haber visto los nombres de todos los edificios, sobre todo después de perderse tanto durante las últimas semanas.

—Debería haber dicho «edificios», en plural —respondió Leda con intención—. El instituto entero recibe el nombre de la familia de Cord. No te habrás dado cuenta porque no has bajado a la zona de los cursos inferiores, donde están infantil, primaria y los primeros cursos de

secundaria, pero todo lo que hay en esta planta, todo el instituto, técnicamente se llama el campus Anderton.

El breve momento de intimidad que Rylin había compartido con Cord pareció desvanecerse en el aire como si fuera humo. De nuevo, recordó la enorme distancia que los separaba y lo tonta que había sido al creer que podía cruzarla. ¿Cuántas veces tenía el universo que enseñarle la misma estúpida lección? Allí estaba, en la misma escuela que Cord, y aun así se sentía más lejos de él que nunca.

Quería culpar a sus diferentes circunstancias: al hecho de que la familia de Cord hubiera donado todo el instituto, mientras que ella solo estaba allí porque había muerto una chica. Sin embargo, sabía que eso solo explicaba en parte lo que la alejaba de Cord.

El resto era culpa de Rylin, que había roto algo en su relación al violar su confianza.

Se preguntó si algún día sería capaz de arreglarlo... o si ciertas cosas no se podían arreglar, por mucho que lo desearas.

# CALLIOPE

Calliope se estiró todo lo que pudo sobre la tumbona, alzando los brazos por encima de la cabeza en un gesto deliberadamente perezoso, aunque su cuerpo vibraba, muy alerta.

¿Cuánto tardaría Atlas en aparecer? Sabía que iría por allí: tenía una reunión con uno de los ejecutivos del hotel sobre no sé qué negociación. Bebió de su vaso de agua, distraída, acompañada por el tintineo de aquellos cubitos fríos imposibles de derretir, y jugueteó con el tirante de su nuevo bañador de ganchillo.

A estas alturas debería haber estado acostumbrada a esperar; lo había hecho más que de sobra en los últimos años. Sin embargo, nunca había sido demasiado paciente, y no pretendía empezar ahora.

Las pulseras de jade se le deslizaron brazo abajo cuando se apoyó en un codo para mirar a su alrededor. La terraza del Nuage tenía una de las mejores vistas de la

Torre, con una piscina infinita resplandeciente que parecía introducirse en el horizonte. Las sombrillas amarillas y blancas salpicaban el espacio, aunque solo para dar ambiente: el alto techo azul estaba repleto de lámparas solares que proyectaban una luz constante y libre de radiación ultravioleta. Calliope recordaba que, una vez, su madre y ella habían ido a una piscina de Tailandia y que allí les había llovido de verdad, porque el gobierno local ni siquiera se molestaba en controlar el tiempo. A Calliope y Elise les había encantado; era como una gloriosa aventura dentro de una novela romántica, como si el cielo se abriera y, de repente, cualquier cosa fuera posible.

Oyó que se abría la puerta sobre ella y se arriesgó a mirar: efectivamente, allí estaba Atlas, saliendo de los despachos de los ejecutivos que daban al famoso puente colgante del hotel, el que cruzaba la piscina y los viñedos interiores que la rodeaban. Como las sombrillas, los viñedos eran de adorno, ya que apenas producían el vino suficiente para llenar unos cuantos barriles al año.

Calliope había elegido su asiento con primoroso cuidado. Esperó hasta que Atlas estuvo justo por encima de ella.

—¿Atlas? ¿Eres tú? —lo llamó mientras levantaba una mano para hacer visera.

No había sabido nada de él desde la fiesta en el piso de sus padres, el fin de semana anterior, así que allí estaba, recurriendo a un encuentro fortuito que no lo era tanto. Sonaba un poco desesperado, pero todo gran timo debe empezar por alguna parte.

—Calliope. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Atlas mientras ponía el pie en uno de los extremos del puente—. Abajo, por favor —añadió.

A Calliope le tembló un poco la comisura de los labios cuando el tramo de puente se separó y bajó flotando. Solo Atlas era capaz de decirle «por favor» y «gracias» a un sistema de control robótico.

Se debatía entre levantarse para saludarlo o no, pero decidió que no lo haría. No quería concederle tanto poder a Atlas y, además, estaba más guapa desde aquel ángulo.

—Vivo aquí. ¿Cuál es tu excusa? —preguntó ella con socarronería, y le echó un vistazo a su traje y su corbata—. ¿Mucho trabajo y poca diversión?

—Algo así.

El chico se pasó una mano por el pelo, un gesto inconsciente muy característico en él.

Calliope señaló la tumbona que tenía al lado.

—¿Te apetece acompañarme o tienes prisa por volver?

Atlas se detuvo, seguramente para mirar la hora. Era

casi de noche.

—Bueno, ¿por qué no? —decidió, y se quitó la chaqueta antes de desplomarse, agradecido, en el asiento.

La chica bajó la mirada para ocultar su emoción, dejando que las largas pestañas proyectaran sombras sobre su rostro.

Después alzó un hombro hacia las ventanas, donde el sol se ocultaba detrás de las escarpadas montañas artificiales que adornaban el horizonte.

—Ya es casi la hora de tomarse un trago. ¿Champán o cerveza? —preguntó, y pulsó el lateral de la tumbona para pedir el menú.

Como esperaba, sus palabras le arrancaron una sonrisa reacia. Los tragos al anochecer eran una tradición en África: el personal del hotel se subía a una colina para contemplar la puesta de sol, y se llevaba galletitas saladas y cervezas en las mochilas. En cuanto el sol desaparecía tras el horizonte, abrían los botellines y los alzaban para brindar, mientras el cielo estallaba en una feroz llamarada de color.

—Cerveza —respondió él al fin—. Incluso hay una Joburg local en el menú, si puedes...

—Hecho.

Se miraron a los ojos, y quizá fuera imaginación de Calliope, pero le dio la impresión de que algo

chisporroteaba en el aire, entre ellos.

—Bueno, ¿y cómo ha ido tu reunión?

—No demasiado bien —reconoció Atlas—. Pero prefiero no hablar de trabajo ahora mismo.

De haberse tratado de cualquier otro chico, Calliope le habría hecho caso y habría cambiado a otro tema (probablemente para hablar de sí misma), pero había aprendido a las malas que Atlas no era como los demás. Así que se obligó a mirarlo a sus insondables ojos castaños.

—Espero que el hotel no estuviera exigiendo renegociar los términos del arrendamiento. No deberías permitirlo, al menos por ahora.

Siempre resultaba arriesgado decidir no hacerse la tonta. Los latidos del corazón de Calliope le retumbaban con fuerza dentro del pecho.

—¿Y por qué no? —preguntó Atlas, cuya curiosidad era evidente.

—Sus tasas de ocupación deberían ser más altas. Estamos en vacaciones, y ni siquiera han llegado al ochenta por ciento. Además —añadió mientras alzaba una de sus largas piernas y se señalaba los dedos de los pies —, su servicio de atención al cliente es pésimo, por desgracia. ¿Sabes que me resbalé en una bebida que habían tirado en el suelo y me torcí un tobillo cuando



llegamos?

Los ojos de Atlas siguieron la dirección en la que señalaba durante un instante, aunque después apartó la mirada a toda prisa. Así que, al menos, le resultaba atractiva. Casi empezaba a pensar que se lo había imaginado. Bajó la pierna y se echó hacia delante.

—Lo único que te estoy diciendo es que yo me lo pensaría dos veces antes de renovar su contrato en los mismos términos. Sobre todo, dados los tipos de interés actuales.

—No te equivocas —reconoció Atlas.

Charlaron un rato sobre los flujos de fondos descontados, y, aunque era Calliope la que hablaba, no perdía de vista el lenguaje corporal de Atlas, la forma en que le bailaban las pupilas cuando hablaba de ciertas cosas y la forma en que gesticulaba cuando quería dejar algo claro. Se había pasado el verano entero esperando sentir aquellas manos sobre su piel, pero Atlas no la había tocado ni una vez.

No dejaba de darle vueltas: ¿por qué no había querido nada con ella? ¿Por qué era el único chico que no había intentado ligársela, el único al que no había conseguido engañar?

Un camarero les llevó las bebidas en una bandeja de plata. El frío del vaso resultaba agradable en los dedos

cuando se llevó la cerveza a la boca y le dio un trago enorme. Seguía odiando aquella bebida, siempre la había odiado, pero cosas peores había hecho para sacar adelante una estafa.

—¿A qué te dedicas últimamente? —le preguntó Atlas—. No vas a clase, ¿no?

Por un segundo, Calliope se preguntó si habría cometido un error al rechazar la oferta de su madre de matricularla en el instituto. Le habría concedido más tiempo con la hermana de Atlas; aunque, por otro lado, se recordó que las chicas eran impredecibles, como poco, y, además, siempre era mejor ir directa al blanco. Sabía que si permanecía el tiempo suficiente cerca de Atlas encontraría el modo de sacarle algo.

—No voy a clase, pero te aseguro que soy bastante capaz de entretenerme —respondió con lo que esperaba que fuera la cantidad de malicia correcta.

—¿Atlas! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y quién es ella?

El chico que se acercaba a las tumbonas tenía algo que le resultaba familiar, pensó Calliope. Era alto y atractivo al estilo clásico, con pómulos prominentes e intensos ojos azules.

—¡Cord! ¿Cómo estás? —lo saludó Atlas, sonriendo, antes de levantarse para saludarlo—. ¿Conoces a mi amiga, Calliope Brown?

«¿Amiga? ¿En serio?». Calliope lo consideró una oferta de lanzamiento en sus negociaciones. Por suerte, era una excelente negociadora.

Bajó las piernas de la tumbona con un elegante gesto y se levantó despacio.

—Es un placer —murmuró... justo cuando otro chico entraba en la zona de la piscina, y entonces, con el corazón encogido, se dio cuenta de por qué Cord le resultaba tan familiar.

—¡Fuller! Estábamos a punto de cenar algo. ¿Te vienes?

A Calliope se le formó un nudo en la garganta. El recién llegado era una versión mayor de Cord, algo endurecida por la edad, con una sonrisa un poco más cínica. Rezaba por que no la recordara, pero sus esperanzas se desmoronaron cuando él la miró y frunció el ceño, desconcertado.

—¿Te conozco?

—Por desgracia, me temo que no —respondió ella alegremente.

Él negó con la cabeza.

—No, nos conocimos en Singapur. Salías con mi amigo Tomisen, y estuvimos en aquella fiesta a la luz de la luna, en la playa, ¿te acuerdas?

Era la primera vez que alguien reconocía a Calliope.

El mundo se estaba haciendo demasiado pequeño para la gente como ella, pensó, mientras intentaba no desvelar ni rastro del miedo que sentía. Solo esperaba que Brice no conociera el resto de la historia: que una semana después de aquella fiesta en la playa, ella le pidió a Tomisen un préstamo, cerró su criptocuenta falsa en cuanto llegaron los fondos y huyó de la ciudad.

Miró hacia la puerta, con su holo de salida en letras luminosas. «Procura localizar siempre tu ruta de escape», le recordaba continuamente su madre. El mero hecho de mirar al holo tranquilizó a Calliope.

Ella estiró la cara en una sonrisa y le ofreció la mano.

—Calliope Brown —dijo algo brusca—. Me temo que me has confundido con otra. Aunque esa otra suena bastante bien, así que me lo tomaré como un cumplido.

—Brice Anderton. Disculpa mi error.

Le estaba sujetando la mano con demasiada fuerza, y su voz, tensa, llevaba una amenaza implícita.

—No hagas caso a mi hermano, por favor. Está claro que le cuesta recordar a todas las mujeres a las que conoce en sus viajes —bromeó Cord sin percatarse de la tensión.

Brice todavía no le había soltado la mano. Calliope tiró con cuidado de ella, y él la soltó a regañadientes.

—¿Por qué no te habíamos conocido hasta ahora, Calliope Brown? —preguntó pronunciando su nombre

como si llevara signos de interrogación alrededor, como si no estuviera convencido de que fuera el suyo.

—No vivo en Nueva York.

—Y ¿de dónde decías que vienes?

Ella se contuvo para no contestar que, en realidad, no se lo había dicho.

—De Londres.

El chico mayor cambió la expresión de su rostro un momento.

—Interesante. Tienes un acento bastante peculiar.

Calliope miró a Atlas, pero él estaba comentando algo con Cord, sin prestar atención a su conversación con Brice. Se le aceleró un poco el pulso.

—Como no eres de Nueva York, supongo que necesitarás pareja para asistir al baile Bajo el mar — siguió diciendo Brice.

Ella bajó la mirada al instante.

—¿El baile Bajo el mar? —repitió como si fuera tonta, pero se corrigió al instante—. Suena divertido — añadió mientras alzaba la voz para que la oyera Atlas.

Como si comprendiera sus intenciones, Brice se volvió hacia el otro chico.

—Fuller, tu madre está en el comité de la fiesta esa Bajo el mar, ¿no?

—¿Lo de la Sociedad Conservadora del Hudson?

Creo que sí —contestó Atlas desconcertado.

Así que Atlas estaría allí.

Brice sonrió, y Calliope no pudo por menos de pensar que aquella sonrisa tenía algo de perversa. Se preguntó con un ligero estremecimiento que era medio pánico, medio emoción, si habría entrevisto la verdad a través de las distintas capas de mentiras tras las que se ocultaba. Le daba la impresión de que aquel comentario a Atlas no era más que un cebo para cazarla.

—Bueno, Calliope —continuó Brice con intención—, vendrás a la fiesta, ¿no?

Ella vigilaba a Atlas por el rabillo del ojo, aunque sin quitarle la vista de encima a Brice. Era el pie para Atlas, que se suponía que debía intervenir para ofrecerse a llevarla él mismo, pero el chico no decía nada.

Pues vale. Parte de Calliope sabía que era una idea horrible salir con el chico que casi acababa de reconocerla, pero ¿no había un antiguo dicho sobre mantener cerca a tus enemigos? Y, al fin y al cabo, una fiesta era una fiesta. Jamás había rechazado una invitación, fuera la ocasión que fuera.

—Me encantaría —respondió, y mantuvo la vista fija en sus ojos para enlazar sus lentes.

Él le sostuvo la mirada sin parpadear.

Para cuando los hermanos Anderton se hubieron

despedido, Calliope estaba resuelta a aprovecharse de la situación. No había mejor forma de llamar la atención de un chico que aparecer en una fiesta vestida para matar del brazo de otro. Pensaba asegurarse de que Atlas se arrepintiera de no haberle pedido primero ser su pareja para la fiesta, eso estaba claro. Y después lo desplumaría de todo lo que pudiera, antes de que su madre y ella huyeran de la ciudad.

Todavía podía convertirse en el mejor de sus timos hasta la fecha.

# AVERY

El sonido de las campanas, claro y dulce, atravesó el frío aire nocturno. Avery se acurrucó aún más contra Atlas bajo la pila de mantas, con el corazón desbocado mientras su trineo avanzaba por el sendero bordeado de árboles.

Todavía no acababa de creerse que lo hubieran conseguido.

Era sábado por la noche y estaban en Montpelier, en Vermont, juntos, al aire libre. Lejos de Nueva York, con todas sus restricciones, limitaciones y prohibiciones.

Atlas lo había planeado todo. Ambos habían estado a punto de derrumbarse: caminaban por el piso siempre tensos, con precaución, muy conscientes de cada movimiento del otro y, a la vez, desesperados por fingir que no les importaba en absoluto. Era como si Avery hubiera estado conteniendo el aliento desde el anuncio de Dubái. Cuando Atlas sugirió que salieran de la ciudad una noche, le había parecido demasiado bueno para ser cierto.



—Me alegro de que hayamos podido escaparnos.

Su aliento formaba nubecillas cristalizadas al contacto con el aire. Le echó un vistazo al perfil de Atlas, a su nariz recta y la línea carnosa de la boca, a la ligera lluvia de pecas que le salpicaba la pálida piel de melocotón de sus pómulos. Sus rasgos le resultaban ya más familiares que los propios. Era capaz de dibujar con los ojos vendados cada detalle, hasta tal punto los había memorizado.

—Yo también, Aves —respondió él mientras la rodeaba con un brazo para acercársela.

—¿Crees que mamá y papá sospecharán algo? —preguntó ella todavía nerviosa por haber salido ambos de casa la misma noche. Era como una enorme señal de alarma.

—¿No les dijiste que estabas en casa de Leda?

—Sí —respondió Avery lacónica, aunque en realidad les había dicho que estaba con Risha, por si le daban un toque para ver cómo estaba. No podía confiar en que Leda la cubriese, ya no.

—Y yo les he contado que iba al partido de los Rangers contra los Kings en Los Ángeles, con Maxton y Joaquin. Incluso he comprado las entradas para demostrarlo. No te preocupes.

Avery asintió, pero seguía rebulléndose, intentando

calmar los nervios que no dejaban de incordiarla. Recordaba el día que había intentado robar una bolsa de nachos dulces de la cocina, cuando era pequeña. Lo había logrado sin mayor problema, pero, cuando ya tenía la bolsa en su cuarto, la ansiedad fue demasiado grande para disfrutar de ellos.

Atlas notó que se movía y suspiró.

—Aves, sé que la escena con papá te puso nerviosa, pero te prometo que aquí estamos a salvo. Y solo tenemos esta noche juntos, lejos de todo. ¿Podemos intentar disfrutarla al máximo?

Ella se maldijo en silencio por su tozudo miedo. Sabía el esfuerzo que había hecho Atlas para planificar aquello; para encontrar un lugar en el que no los reconocieran y que a ella le encantara. Y allí estaba, empeñada en arruinar la aventura. Se agitó de nuevo bajo la manta con control térmico para apoyar la cabeza en el hombro de Atlas.

—Tienes razón —murmuró.

El chico entrelazó los dedos con los de ella, se llevó su mano a la boca y se la besó. Era un gesto tierno, casi elegante, y sirvió para derretir el último poso de ansiedad de Avery.

Contempló la oscuridad que pasaba volando junto a ellos, densa, abundante y bella. Era como si pudiera haber

fantasmas allí fuera, en el bosque..., o puede que ninfas, alguna clase de espíritu antiguo. La Torre parecía estar a muchos mundos de distancia.

Se dirigían a ver la aurora boreal. A causa del cambiante movimiento del agujero de la capa de ozono, la aurora era visible tan al sur solo una vez al año. Avery siempre había querido verla, la había visto en realidad virtual un montón de veces, pero, por el motivo que fuera, nunca antes había ido en persona.

Pararon en un claro en el que había otra docena de trineos automáticos aparcados, separados por discretas distancias,

como una versión encantada de los anticuados autocines. Un silencio mágico se había adueñado del grupo. Unas aerobandejas flotantes repartían humeantes tazas de chocolate caliente con espumosas nubes de nata montada encima. Su asiento empezó a inclinarse hasta que estuvieron tumbados, observando la oscuridad entre parpadeos. A Avery le dio la impresión de que en el mundo no existía nada más que el frío exterior, el calor del cuerpo de Atlas junto al suyo y la aterciopelada bóveda de cielo que se extendía sin fin sobre ella.

Un despliegue de colores cobró vida de repente, con un estallido: franjas azules y verdes, rojizas y albaricoque se arqueaban y retorcían las unas sobre las otras. Por un

breve instante, Avery sintió miedo, como si la tierra se escorara hacia una galaxia lejana. Apretó con fuerza la mano de Atlas.

—¿Estás escuchando algo? —preguntó en voz baja.

Se recomendaban muchas bandas sonoras para acompañar el fenómeno de las luces, de todo, desde conciertos de violín a solos de oboe, pasando por música rock. Ella las había apagado todas. Se imaginaba que podía oír los colores volando en el silencio, susurrándole con la cortina del cielo de fondo.

—No —murmuró Atlas.

—Yo tampoco.

Avery se acurrucó más contra él. Tenía los ojos vidriosos, y las lágrimas fragmentaban la luz aún más, astillándola en un millón de bellos fragmentos.

Debió de quedarse dormida en algún momento, porque, cuando abrió los ojos, los dedos rosados del sol ya se asomaban por el horizonte.

—Estamos aquí, Bella Durmiente —dijo Atlas mientras le metía el pelo detrás de las orejas y la besaba con cariño en la frente.

Ella lo miró, desaparecido su cansancio; de repente, todo su ser era dolorosamente consciente de lo cerca que estaba el cuerpo de Atlas.

—Me gusta despertarme a tu lado —comentó, y él la

recompensó con una de sus deslumbrantes sonrisas.

—Quiero despertarme contigo todas las mañanas, siempre —coincidió Atlas mientras el trineo frenaba con un respingo al llegar a su hotel.

Se alojaban en el famoso Snow Palace, donde todo estaba hecho de hielo inderretible, incluso las chimeneas. A su alrededor, otras parejas salían con cara de sueño de sus mantas y se dirigían a las enormes puertas dobles talladas con forma de carámbanos. Avery bajó de un salto del trineo mientras Atlas salía por el otro lado.

—¿Avery?

Unas botas hicieron crujir la nieve detrás de ella.

La chica se tensó al oír su nombre. No se atrevía a mirar a Atlas, pero por el rabillo del ojo vio que este se encogía, se calaba más el gorro sobre la frente y apresuraba el paso hacia las puertas del hotel. Una extraña punzada le atenazó el pecho al verlo alejarse de ella sin mirar atrás. Era como un terrible presagio de lo que estaba por llegar.

Se volvió despacio y consiguió esbozar algo similar a una sonrisa.

—Miles. Qué sorpresa —exclamó, y le dio un abrazo al recién llegado. Miles Dillion había sido compañero de Atlas en el instituto. Aterrada, se preguntó si lo habría visto.

—¡Lo sé! —se rio Miles, su compañero se bajó del trineo, un hombre alto y joven de rostro suave y atractivo—. Este es mi novio, Clemmon. ¿Has venido sola?

—Por desgracia, sí. —La chica no se atrevía a dar un paso adelante, por si le cedían las rodillas. Se arrebujó más en el abrigo para intentar concentrarse en algo—. Puede que mi padre compre el hotel, y quería que me pasara por aquí para verlo. Por ahora, me gusta. ¿Qué os parece a vosotros? —Era una mentira bastante buena, dadas las circunstancias.

—¡Nos encanta! —exclamó Clemmon—. Es muy romántico. Qué pena que hayas venido sola —añadió en el mismo tono de desconcierto que la gente siempre adopta cuando Avery les decía que no tenía novio.

—¿Quieres desayunar con nosotros? —la invitó Miles, pero Avery sacudió la cabeza, todavía con la sonrisa pegada en el rostro.

—Creo que voy a echarme una siesta. Gracias, de todos modos.

Esperó hasta que los dos chicos llegaron de la mano al comedor, con su altísimo techo y sus estalagmitas por el suelo, antes de correr por el pasillo hacia su habitación.

Cuando entró, Atlas ya estaba allí, contemplando el fuego desde uno de los sillones reclinables. Una reluciente bandeja de plata esperaba en una mesita,

cargada con las cosas que más le gustaban a Avery: cruasanes, bayas frescas y una jarra de café caliente. Ella sonrió, conmovida, como siempre, por sus detalles.

—Siento mucho lo sucedido —dijo Avery despacio—. Ha sido una coincidencia horrible. Quiero decir, ¿qué probabilidades había?

—Está claro que más de las que pensábamos. —Atlas tenía la mandíbula apretada a la titilante luz del fuego. La miró—. Esto no es una coincidencia, Aves, es nuestra realidad. No podemos estar juntos en Nueva York, pero mira lo que sucede cuando intentamos marcharnos.

Avery lo rodeó despacio para sentarse en el otro sillón y acercar las piernas al fuego.

—No...

Atlas se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas y un tono urgente que la asustó.

—Tenemos que huir, como siempre hemos planeado, antes de que sea demasiado tarde.

Por un momento, Avery se dejó llevar por aquella placentera fantasía: pasear con Atlas por una playa bañada por el sol, comprar en una colorida lonja, abrazarlo en una hamaca bajo las estrellas. Estar juntos de verdad, sin miedo a que los descubrieran. Era un sueño precioso.

Y un sueño imposible, al menos de momento. Se le formó un nudo en el estómago al pensar en Leda: ella

sabía la verdad de su relación y no dudaría en anunciarla si huían juntos. Avery no se imaginaba poniendo a sus padres en semejante situación. ¿Qué les sucedería si la relación entre Atlas y ella se hacía pública?

Aunque, por ahora, su padre quizá sospechara ya la verdad.

—No hay nada que desee más en este mundo que huir contigo —respondió, y lo decía en serio, con todas las venas de su alma—, pero no puedo, todavía no.

Ojalá pudiera darle una explicación mejor.

—¿Por qué no?

—Es complicado.

—Sea lo que sea, Avery, puedes...

—Es que no puedo, ¿vale?

Atlas bajó la mirada, dolido y distante.

—Lo siento, no pretendía saltarte así. Es que estoy de los nervios —respondió ella a toda prisa mientras alargaba la mano para tocarlo.

Atlas le dio un tironcito a la mano para invitar a Avery a acercarse a su sillón y sentarse en su regazo. Ella le rodeó el cuello con los brazos, apoyó la cabeza contra su pecho y cerró los ojos. El firme latido de su corazón la calmó, la ayudó a recuperar el aliento.

—No pasa nada. Ver a Miles también me ha puesto de los nervios —dijo Atlas mientras le dibujaba un circulito



en la espalda.

Avery asintió. Estaba desesperada por contarle a Atlas la verdad, la terrible noche de la azotea, lo que le había sucedido en realidad a Eris y la mentira que había contado. La verdadera razón por la que no podían huir.

Sin embargo, Atlas la miraría de otro modo cuando supiera lo que había hecho. Avery no estaba segura de ser capaz de soportarlo.

Atlas suspiró.

—Es por mamá y papá, ¿no? Estarán bien sin nosotros. Sin duda, mejor que si nos quedamos y nos descubren. —La abrazó un poco más fuerte—. Aunque... por mucho que desee irme ahora, quizá sea verdad que no es el mejor momento. Puede que sea mejor que me vaya un año a Dubái, a trabajar para papá, y que nos vayamos cuando te gradúes. Ni siquiera tendríamos que irnos a la vez. Así habría menos preguntas. —Sonrió—. Además, te mereces terminar el instituto con tus amigos.

—Dubái está muy lejos —respondió Avery por instinto, ya que odiaba la idea de vivir separados, a medio planeta de distancia.

—Lo sé, pero, Aves, tampoco podemos vivir así..., con los dos en Nueva York, siempre temiendo que nos pillen.

Avery no tenía respuesta. Dubái le parecía una opción

horrible, pero sabía que él estaba en lo cierto: no podían seguir así.

—Lo siento. Es que necesito más tiempo —susurró, impotente, porque no tenía ni idea de lo que iba a hacer.

—Lo entiendo. Soy todo lo paciente que puedo. —La confianza patente en aquella sonrisa estuvo a punto de hundir a Avery—. Y, por supuesto, merece la pena esperar por ti. Esperaría toda la vida por ti.

Avery no podía seguir escuchándolo, así que silenció sus palabras con un beso.

Más tarde, cuando Atlas se había quedado dormido bajo la pila de mantas de piel de oso, Avery miró a su alrededor, a aquel precioso dormitorio de hielo de paredes lisas y firmes. No dejaba de pensar en Miles y en Clemmon, en sus padres, en Eris y en Leda, y en todo lo demás que desgarraba poco a poco su relación con Atlas.

Incluso allí, lejos de Nueva York, no podían escapar de la fría verdad de quiénes eran. No había lugar donde esconderse. El corazón se le contrajo de pánico. ¿Y si era así para siempre? El mundo se había convertido en un sitio muy pequeño...

¿Cómo iban ellos a ser libres algún día?

Intentó quitarse la idea de la cabeza, pero era como si las paredes heladas se acercaran poco a poco, le arrebataran el aire de los pulmones y no pudiera escapar.

# RYLIN

Rylin se echó hacia delante en el mostrador del laboratorio de edición de hologramas, tan absorta por el trabajo que casi se le había olvidado dónde estaba.

Se había reunido con Leda después de clase para editar la grabación de la esgrima, y Rylin tuvo que reconocer que había quedado genial. Pero Leda se había marchado hacía un rato. Siguiendo un antojo, Rylin había cargado el resto del metraje de su videocámara... y ahora estaba sumergida en algo completamente distinto.

No dejaba de repetir lo que había grabado en la fiesta de la piscina, el fin de semana anterior, desplazándose adelante y atrás, con los ojos relucientes por la emoción. Porque, incluso allí sentada, en un sillón de terciopelo negro, se sintió transportada en el tiempo.

La fiesta palpitaba y fluía a su alrededor, la luz bailaba sobre las paredes como la de las velas en una cueva primitiva. La piscina de color verde azulado parecía

ondear y bañarla hasta la cintura. A su lado, Lux salió del agua y sacudió la cabeza... y Rylin alzó un brazo instintivamente para protegerse de las gotitas que lanzaba el corto pelo rubio de su amiga, antes de bajarla, avergonzada, porque, por supuesto, Lux no estaba allí.

Era incluso más intenso que los alucendadores, pensó mientras buscaba con ansia una secuencia para enseñársela a sus amigos.

—¿Rylin? ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Xiayne al entrar, y la puerta se cerró automáticamente detrás de él para interceptar la luz.

Llevaba de nuevo una camiseta blanca, y los tintuajes de su cuerpo se veían a través de la fina tela.

Ella pulsó con ganas el botón central de su consola, y el holo quedó a oscuras.

—Solo estaba trabajando en una cosa.

—Espera, ponlo otra vez, ¿vale? —le pidió él con interés.

Rylin cruzó los brazos. No sabía por qué, pero se sentía a la defensiva.

—¿Necesita que me vaya? La última vez que lo miré, la sala no estaba reservada.

—No, en absoluto, quédate. No he venido para echarte —repuso Xiayne, como si su reacción le hiciera gracia—. Me alegro de que alguien por fin use este

cuarto. Sabe Dios el dinero que se habrá gastado la escuela en él, y siempre está vacío.

—Profesor... —empezó a decir Rylin, pero enseguida él la interrumpió.

—Xiayne —la corrigió.

—Xiayne —siguió diciendo algo exasperada—. ¿Qué tenía de malo mi vídeo de la puesta de sol?

—Nada. Era un vídeo precioso —respondió él en tono neutro.

—Entonces ¿por qué le pusiste mala nota?

Xiayne hizo un gesto hacia un sillón cerca del de ella, como si preguntara: «¿Puedo?». Como Rylin no le dijo que no, se sentó.

—Le puse una nota baja porque sé que puedes hacerlo mejor.

«Ni siquiera me conoces», quiso protestar la chica, pero sonaba a enfado, y lo cierto es que ya no estaba tan molesta como antes.

—Siento haber sido duro contigo —siguió diciendo el profesor mientras la examinaba—. Sé de primera mano que esto no es una transición fácil, lo de llegar a un sitio así desde la Base de la Torre.

Rylin dejó escapar un suspiro.

—Es que creo que no encajo aquí arriba —soltó, y le sentó bien decirlo al fin en voz alta.

—Por supuesto que no —coincidió él, lo que la dejó sin palabras durante un momento. Xiayne sonrió—. Pero no creo que de verdad quieras encajar, ¿no?

—Supongo que no —reconoció ella.

—Ahora, ¿puedo ver en qué estabas trabajando, por favor?

Rylin vaciló antes de pulsar el *Play*.

La piscina cobró vida a su alrededor, iluminada por una energía salvaje, casi frenética. Las luces de neón de las lámparas fosforescentes bailaban contra la oscuridad. La música y los cotilleos retumbaban sobre el agua, mezclados con los sonidos de las risas y los chapoteos ebrios. Una pareja estaba apretujada contra una esquina, otra, acurrucada bajo el trampolín. Rylin veía todos los detalles a la perfección, como si se sumergiera en sus recuerdos, pero mejor, porque la imagen era más brillante y nítida que la de su defectuosa memoria humana. Casi podía saborear los chupitos atómicos helados, y oler el cloro y el sudor.

Se arriesgó a mirar a Xiayne, que lo observaba todo con los ojos muy abiertos, como si temiera parpadear por miedo a perderse algo.

Cuando V agarró la cámara y la hundió bajo el agua de la piscina, la habitación pareció girar fuera de control, como si el mundo entero se convirtiera en agua. Rylin

dejó escapar un grito ahogado de pánico y apagó el holo.

—¡No! ¡No lo pares! —gritó Xiayne.

—¿No te has enfadado por lo de la cámara? —Por no hablar del hecho de haber grabado una fiesta ilegal en un espacio público, con menores bebiendo alcohol.

—¡No, no pasa nada, es sumergible! Rylin —añadió mientras se acercaba más a ella y le ponía una mano sobre la suya, para después entrelazar los dedos y agitarla, de modo que el gesto activara otra vez la reproducción—, esto es increíble.

Ella parpadeó, sorprendida por el contacto físico, pero Xiayne ya la había soltado; ni siquiera parecía plenamente consciente de haberla tocado. Estaba caminando en círculo, mientras la luz del holo se proyectaba en desconcertantes patrones sobre sus rasgos.

—Lo has conseguido.

—¿El qué?

—Te pedí que me enseñaras cómo ves el mundo, y lo has conseguido. Esta grabación... es impresionante a nivel visual, absorbente a nivel narrativo, colorida, vibrante. Es... —Sacudió la cabeza—. Es la puta caña, ¿vale?

—Lo único que he hecho es llevar la cámara a una fiesta que ya había empezado —protestó Rylin insegura.

El profesor agitó los brazos para apagar el holo.

—¡Luces! —graznó, y parpadeó en dirección a la chica ante la repentina luminosidad—. Ese era el objetivo de la clase: convertiros en observadores atentos, volver a aprender a ver el mundo. Lo que capto aquí —añadió mientras alzaba los brazos para abarcar la habitación, que ahora parecía vacía sin el caos de la fiesta— es que tienes un don natural.

Ella seguía desconcertada.

—Ni siquiera te gustó mi vídeo de la puesta de sol. Y ahí sí que estaba esforzándome.

—Estabas esforzándote por ser quien no eres. Pero ¡eres esto!

—¿Cómo? ¡Si ni siquiera está editado!

Creyó que Xiayne se ofendería por su tono, pero se limitó a acomodarse en el sillón y entrelazar los dedos detrás de la cabeza, tan despreocupado como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Pues vamos a solucionar eso.

—¿Ahora mismo? —Seguro que no lo había oído bien.

—¿Tienes otros planes?

Había algo en su tono, en la postura desafiante de los hombros, que venció la irritación de Rylin.

—¿Tú no? —le preguntó.



—Bueno, los tenía, pero esto será mucho más divertido —respondió él como si nada, y entonces la chica no pudo evitar sonreír.

Tres horas después, el holo lanzaba destellos a su alrededor, hecho relucientes trizas. Habían cortado pedacitos de distintas imágenes para después reunirlos en distintos grupos que se solapaban en el aire como un coro de fantasmas.

—Gracias por pasar tanto tiempo conmigo. No me había dado cuenta de lo tarde que era —comentó Rylin, que se sentía un poco culpable por haberle hecho perder la noche a su profesor.

—Te sorprendería lo deprisa que pasa el tiempo aquí dentro. Sobre todo porque no hay ventanas ni luz natural.

Se detuvo en la puerta para dejar que se apagaran las luces del laboratorio. Rylin se apresuró a seguirlo... y tropezó, a punto de caerse de cabeza al pasillo vacío.

—Eh, ¿estás bien? —le preguntó Xiayne, que había alargado una mano para ayudarla a mantener el equilibrio —. ¿Adónde vas? Deja que te acompañe hasta la calle; es muy tarde.

Rylin parpadeó mientras un millón de voces le gritaban al unísono dentro de la cabeza. Se sentía avergonzada por su torpeza, a lo que se sumaba un calor sorprendente, aunque no del todo desagradable. Xiayne

no le había soltado el codo, y notaba su mano firme sobre la piel desnuda, aunque ya no corriera peligro de caer.

Alguien dobló la esquina del final del pasillo. Por supuesto, pensó Rylin, un poco histérica, tenía que ser Cord.

Vio toda la escena en la cara de Cord mientras se les acercaba: Rylin y un profesor joven y atractivo; la mano del profesor en el brazo de ella, en un gesto inconfundiblemente íntimo. Vio que el joven lo sopesaba todo y lo encajaba, y supo que sacaría sus conclusiones sobre lo que estaba sucediendo.

Se dijo que le daba igual, pero, al aproximarse por el pasillo vacío, su cuerpo vibraba con un intenso anhelo que le resultaba muy familiar. Mantuvo la cabeza alta, sin parpadear, decidida a que Cord no se enterara del gran esfuerzo que le suponía.

Y entonces acabó: los dejó atrás en el pasillo, y el momento pasó.

# WATT

El fin de semana siguiente, Watt respiró hondo antes de plantarse ante la puerta de Leda con un ramo de flores agarrado con fuerza en la mano. Llevaba el esmoquin que se había comprado para la fiesta con Avery... hacía tan solo unos meses, aunque pareciera haber transcurrido toda una vida.

Esperó a que Leda lo dejara entrar mientras echaba un vistazo calle arriba, por curiosidad: estaba bordeada de residencias verticales inspiradas en las antiguas casas urbanas del Upper East Side. Una niña brincaba por la acera, tirando de su cachorro mezcla de *golden* y labrador con una correa proxy inalámbrica.

«¿Algún otro sabio consejo?», le preguntó a Nadia, sorprendido de lo nervioso que estaba teniendo en cuenta que Leda ni siquiera le atraía. Aunque, por otro lado, lo cierto es que las citas nunca se le habían dado bien.

«Que seas tan encantador como siempre».

«Los dos sabemos que nunca soy encantador», contestó mientras la puerta se abría frente a él.

La melena de Leda le caía sobre los hombros en elaborados rizos, y la chica vestía un voluminoso vestido morado, de ese morado intenso que solía lucir la realeza cuando todavía se hacían retratos oficiales en lienzos cuadrados de dos dimensiones. Ahora que lo pensaba, parecía como si uno de aquellos retratos hubiera cobrado vida, con sus enormes pendientes de diamantes y su expresión, tan impaciente como distante. Lo único que le faltaba era la diadema. Watt se dio cuenta de que no se había vestido para estar guapa, sino para intimidar. Se negó a dejarse afectar por ello.

—¿Watt? Te envié un mensaje para que me esperaras en la fiesta.

El chico reprimió una respuesta sarcástica.

—Quería recogerte —respondió con la sonrisa más genuina que logró esbozar.

«¡Las flores, Watt!», lo espoleó Nadia.

—Ah, ejem, esto es para ti —añadió, y alargó el brazo con torpeza para entregarle el ramo a Leda.

—Lo que tú digas. Vámonos ya.

La chica lanzó las flores sobre el mueblecito de la entrada, donde sin duda alguien las recogería y las colocaría en un jarrón,

y después tiró de Watt con fuerza.

«La conversación suele considerarse una forma de vencer la incomodidad en actos sociales», le recordó Nadia mientras se sentaban, muy rígidos, en el interior del deslizador. De no haber sido aquella situación de por sí el desastre que ya era, el chico se habría reído.

—Entonces ¿quién organiza esta fiesta de la Sociedad Conservadora del Hudson? —probó a preguntar.

Leda le lanzó una mirada de irritación.

—La Sociedad Conservadora del Hudson —respondió brusca.

—No me digas, ¿en serio?

Guardaron silencio durante el resto del camino hasta la Base de la Torre.

Sin embargo, cuando salieron en la planta baja y se dirigieron a pie hasta el Muelle Cuatro, Watt no pudo ocultar su sorpresa. Todo aquel espacio (que solía estar abarrotado de niños con piruletas, polos y otras chucherías, o de turistas que querían contemplar los bancos amaestrados de peces voladores) se encontraba vacío.

—Nadia, ¿dónde es la fiesta?

—Por aquí —respondió ella mientras le dirigía la mirada hacia unas escaleras que conducían directamente al agua.

—Espera un momento —dijo Watt en voz alta—, ¿vamos a una fiesta cuyo tema es Bajo el mar y que está de verdad bajo el mar?

—Mira, y tú que pensabas que lo sabías todo —le soltó Leda, y después dejó escapar un suspiro—. Sí, la fiesta se celebra en el fondo del Hudson. ¿Es que no has oído que están cultivándolo?

Watt lo sabía. Toda la porquería que la gente se había pasado siglos lanzando al río había conseguido de algún modo que la tierra del fondo del río fuera increíblemente fértil. El Departamento de Urbanismo de Nueva York había empezado a cultivar patatas allí abajo, iluminadas tan solo por diminutos submarinos con lámparas solares que flotaban de un lado a otro de los surcos. Sin embargo, a Watt nunca se le había ocurrido que la gente bajara hasta allí..., y menos para una fiesta.

Por otro lado, se había pasado tanto tiempo observando las plantas superiores que ya no debería sorprenderle nada de lo que hicieran.

La turbia agua del río lamía las escaleras cubiertas, protegidas por un túnel cilíndrico fabricado en algún hidrocarburo elástico. El chico acarició con cuidado la pared mientras bajaban, y el material cedió sin esfuerzo y dejó una marca en el lugar por el que había pasado el dedo, como si fuera el glaseado de una tarta iridiscente.

Las pisadas relucían y cambiaban de color bajo sus zapatos de vestir, como algo sacado de aquel antiguo holo de Disney sobre la sirena.

Entonces llegaron al fondo, y Watt vio la fiesta, allí mismo, en el lecho del río, ochenta metros por debajo de la superficie.

El techo formaba una bóveda sobre sus cabezas, como si se tratara de una enorme pecera de cristal. En vez de su habitual color marrón embarrado, el agua de fuera parecía de un intenso azul marino. Watt se preguntó si habrían tintado el flexiglás para darle aquel color. Grupos de hombres y mujeres bien vestidos rotaban de un lado a otro en movimientos coordinados sin esfuerzo, como bancos de peces tropicales.

Leda se encaminó de inmediato a la barra, que estaba envuelta en redes de seda, mientras saludaba con la cabeza a algunos invitados. Watt aceleró el paso para seguirla.

—¿Tienes pensado hablar conmigo en algún momento de la noche o solo me has traído de hombre florero?

Su campaña para conseguir caerle bien empezaba de la peor manera posible.

Leda le lanzó una miradita.

—Ser hombre florero implicaría que eres un modelo. Creo que el término que buscas es «marioneta».

Empezó a protestar, pero entonces se dio cuenta de que una sonrisa le curvaba los labios. Así que Leda Cole tenía sentido del humor..., y algo negro, todo fuera dicho. Quizá lograra divertirse un poco en la fiesta, al fin y al cabo.

Se habían detenido cerca de una colección de descomunales caracolas falsas, una franja de arena que recorría uno de los laterales para imitar a una playa. Nadia proyectó en sus lentes el guion que Cynthia y él habían ensayado, pero Watt supuso que debía empezar con un cumplido.

—Estás preciosa, Leda —dijo ganando confianza mientras repetía aquella frase tan practicada.

—Corta el rollo, Watt —repuso ella poniendo los ojos en blanco.

«Por eso te he dado el guion, para que puedas leerlo», lo regañó Nadia.

El chico apoyó el peso en el otro pie, incómodo.

—Es que...

«Ha sido borde contigo. Deberías responder del mismo modo, según los estudios psicológicos sobre imitación», le sugirió Nadia.

—¿Por qué demonios me has traído? —preguntó Watt de repente.

«No es del todo lo que tenía en mente».



Leda se echó el pelo atrás con aquel gesto tan característico suyo, como si fuera un movimiento muy ensayado. Watt se dio cuenta de que probablemente lo era.

—Porque cuando no te comportas como un estúpido eres bastante útil. Estaba pensando que Nadia y tú podríais ayudarme a vigilar a la gente. Si es que eres capaz de comunicarte a distancia con ella, claro.

«Si tú supieras...».

—¿A qué gente? —preguntó evitando a posta la pregunta sobre Nadia.

—Cualquiera que pueda causarme problemas —anunció Leda—. Sobre todo Avery y Rylin. Y tú, por supuesto —añadió como si le hiciera gracia.

En otras palabras: a todos los que conocían su secreto más oscuro. Los frívolos nervios de Leda casi le daban un poco de pena. Puede que hubiese sentido lástima por ella de no guardarle tanto rencor.

—Leda, no todo el mundo va siempre a por ti —dijo, aunque lo cierto era que no esperaba respuesta.

—Por supuesto que sí. Es un juego de suma cero.

Nadia tuvo que traducírselo a Watt. Quería decir que se trataba de una competición en la que había un único premio evidente y un único ganador. Alzó la mirada hacia ella realmente sorprendido.

—Esto es una fiesta —dijo despacio, como si hablara otro idioma y ella necesitara tiempo para que sus lentes de contacto se la tradujeran—. No una lucha a muerte.

—Pero es que es justo eso. Y me niego a perder solo por no haberme criado como los demás. —La voz de Leda era como el acero—. Tú no lo entenderías, Watt, pero es una mierda estar siempre preocupada por no ser lo bastante buena.

Él se tensó, presa de una repentina furia.

—Leda, mis padres se mudaron aquí desde Irán y aceptaron trabajos mal pagados limpiándole el culo a la gente, y todo eso por mí. Si no consigo entrar en el MIT, la decepción acabará con ellos. ¿Y he mencionado ya que el MIT admite, como mucho, a un estudiante de mi instituto al año, y que tengo que competir con mis mejores amigos? —Se inclinó hacia ella, con el corazón latiendo a un ritmo tan errático que lo sorprendió—. Así que diría que sé perfectamente la mierda que es estar siempre preocupado por no ser lo bastante bueno.

El espacio entre los dos latía de rabia y de algo más que Watt no logró identificar.

—Me da igual lo que pienses de mí —dijo ella al fin—, pero estoy harta de permitir que la gente me use. Sobre todo, la gente que me importa.

El joven sabía que estaba pensando en Atlas, que

había intentado, sin muchas ganas, salir con Leda a principios de año en un intento de ocultar (o superar) sus sentimientos por Avery.

—Vamos —le dijo ofreciéndole la mano—, estamos en una fiesta. Me niego a dejar que te enfurruñes.

—No me enfurruño —repuso ella, aunque se dejó llevar a la pista de baile con más entusiasmo de lo que él habría supuesto.

Se contonearon un rato, sin hablar. A Watt le sorprendió la poca resistencia que le ofrecía Leda mientras la dirigía por el baile, lo fácilmente que encajaba en sus brazos. Era como si la tensión abandonara gota a gota su cuerpo, como el veneno de una herida. La chica dobló los brazos alrededor de la espalda de Watt y apoyó la cabeza en su pecho antes de cerrar los ojos un instante, para aislarse del mundo.

El joven se preguntó cuántos de los problemas de Leda eran resultado directo de lo que había sucedido con los Fuller (el dolor doble de perder a su mejor amiga y de descubrir que Atlas en realidad nunca se había interesado por ella) y cuántos tenían más que ver con su propia inquietud innata. Estaba claro que había sufrido mucho, y por culpa de personas en las que confiaba. No obstante, sospechaba que daba igual lo perfecta que fuera su vida, porque parte de Leda siempre encontraría el modo de

meterse en problemas, de buscar algo sin saber bien el qué.

Tenía la terrible sospecha de que, de no ser por la voz de Nadia en su cabeza, a él le pasaría lo mismo.

—Hay otras universidades, además del MIT, ¿sabes?  
—le dijo Leda al cabo de un momento, interrumpiendo sus pensamientos.

—No para lo que quiero estudiar.

Leda alzó la cabeza para mirarlo, con los dedos entrelazados detrás de la cabeza del chico.

—Me sorprende tu falta de confianza en ti mismo. Eres capaz de fabricar a Nadia, ¿y te preocupa algo tan prosaico como entrar en la facultad?

«¿Vas a dejarla que hable sobre mí?», preguntó Nadia huraña.

—Como bien sabes, no puedo hablar sobre Nadia en las redacciones de mis impresos de solicitud.

—Me sorprende que no la pongas a ella a escribirlas por ti —repuso Leda, y ahora no quedaba duda de que sonreía.

Watt notó que le devolvía la sonrisa, por lo que siempre le decía Nadia de la imitación fisiológica.

—Bueno, lo he intentado, pero siempre le salen demasiado perfectas.

—Demasiado perfectas. Vaya, esa sí que es una frase

infrautilizada. Ojalá hubiera más cosas demasiado perfectas en el mundo. —A Leda le brillaban los ojos.

—Lo sé, no espero que lo sientas por mí.

La música cambió, y Leda dio un paso atrás y rompió su extraña tregua.

—Tengo sed —anunció.

Watt reconoció aquella señal gracias a sus muchos años de experiencia ligando con chicas en los bares.

—Voy a buscarte una copa —se ofreció al instante.

La camarera era una chica hispana que parecía más o menos de su edad, con rizos y ojos penetrantes. Le pidió dos vasos de whisky con soda. Ella arqueó una ceja ante la copa doble, pero no lo cuestionó.

Cuando encontró a Leda, ella estaba apoyada en una mesa alta, con un pie doblado detrás del otro. Watt se paró en seco y vaciló al ver algo en su rostro..., algo frágil y con una chispa de esperanza. Le resultó tan chocante e inesperado como verla en ropa interior.

Creía conocerla muy bien, pero empezaba a preguntarse qué sabía en realidad sobre Leda Cole.

Cuando le entregó la bebida, Leda la agitó despacio mientras sostenía el vaso para examinarlo, como si deseara comprobar el color del líquido ámbar.

—¿Cuánto alcohol crees que necesitaríamos para olvidar todas las cosas de las que nos arrepentimos? —

preguntó la chica con aire pesimista.

Watt se preguntó qué habría provocado aquel cambio de humor.

—Normalmente bebo para crear recuerdos nuevos y divertidos, no para borrar los que ya tengo. Deberías intentarlo, a lo mejor te gusta —le respondió él alegremente.

Esperaba haber cambiado el tono de la conversación, lograr que se riera un poco, pero Leda se limitó a mirarlo de soslayo.

—Y ¿qué me dices de la noche que me pasé por tu casa? En ese momento bebías para olvidarte de algo, sin duda.

El chico se ruborizó al pensar en aquella noche. Había estado bebiendo para olvidar algo, efectivamente: que Avery estaba enamorada de su hermano. Algo que Leda le había sonsacado cuando apareció en su piso, todavía con su uniforme escolar, solo para seducirlo y conseguir que lo largara todo.

—No me acuerdo —masculló, de repente incapaz de dejar de revivir el momento en su cabeza, cuando Leda se había plantado sobre su regazo y lo había besado.

«Este podría ser un buen momento, Watt», le indicó Nadia.

Tenía razón. Si Leda estaba preocupada por el pasado,

quizá consiguiera engañarla para que mencionara la muerte de Eris.

Dio un paso adelante, de modo que Nadia tuviera un ángulo de grabación perfecto, por si funcionaba.

—He estado pensando mucho en esa azotea — comentó.

Leda lo miró con repentino horror.

—¿Por qué sacas a relucir eso ahora? —preguntó en un susurro.

—Solo quería...

—Déjame en paz, Watt —le soltó ella, y después se alejó hecha una furia, con los hombros erguidos y a la defensiva, y sus pasos dolidos y airados.

«Me rindo —le dijo a Nadia—. ¿Cómo voy a conseguir que esa chica confíe en mí? ¡Ni siquiera me gusta!».

«La mayoría de la gente no te gusta», remarcó Nadia, sin piedad.

Watt suspiró y se volvió, momento en el que se dio cuenta de que se encontraba muy cerca de Avery Fuller.

Estaba tan resplandeciente como siempre, con un vestido drapeado sin tirantes. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y recogido en un moño bajo que resaltaba la perfecta simetría de su rostro, que en aquel momento se contraía, extrañado, como si no lograra comprender por

qué estaba allí Watt o como si ni siquiera recordara quién era. El chico se dio cuenta, sorprendido, de que era muy probable que Avery no hubiera vuelto a pensar en él ni una sola vez después de aquella noche. Bien sabía Dios que él tampoco se había dedicado a consumirse por ella (ya no la quería, después de saber que estaba con su hermano), pero al menos se preguntaba qué le habría sucedido, si estaría bien. Sin embargo, allí estaba Avery, mirándolo con desconcierto, como si se hubiera olvidado hasta de su misma existencia.

Por fin comprendió lo que Leda había querido decir antes, lo de sentirse usada por las personas que más le importaban. ¿Habría significado algo alguna vez para Avery, o no había sido más que otro intento de distraerse de lo que sentía por su hermano?

—Hola, Watt. Estás estupendo —le dijo la chica, sonriendo, mientras miraba su esmoquin, que ella misma le había ayudado a elegir, y que él se había puesto en un lamentable esfuerzo inútil por impresionarla.

—Gracias, supongo —respondió él con cansancio.

—¿Qué te trae por aquí esta noche? —insistió Avery; no había duda de que seguía desconcertada.

—Me ha traído Leda.

Avery suspiró.

—Lo siento. Es por mi culpa. Intenta vengarse de mí.



—¿Qué se supone que significa eso?

Watt empezaba a estar más que harto de aquellos encumbrados y sus indirectas.

Avery bajó la vista y se puso a jugar con una pulsera para evitar mirarlo.

—Te ha traído para meterse conmigo, porque todo el mundo recuerda que te pedí que me acompañaras a la fiesta del Club Universitario, y ahora, cuando te vean con Leda, pensarán que me ha quitado la pareja —respondió triste.

Watt estaba pasmado. Parte de él estaba horrorizada con Avery en aquel momento, con esa forma tan egocéntrica de mirar el mundo, mientras que otra parte de él reconocía que probablemente estuviera en lo cierto.

—Seguro que no habrás venido sola, ¿no? —se oyó preguntar, curioso por saber quién sería su próxima víctima.

Avery alzó de nuevo la cabeza para mirarlo.

—He venido con Cord, pero solo somos amigos.

—No te vendría mal asegurarte de que Cord lo sabe —le soltó presa de una súbita furia—. Porque yo me perdí la circular en la que se explicaba la verdadera razón por la que Avery Fuller le pide salir a un chico.

Fue como si le hubiera pegado una bofetada.

—Watt...

—Olvídalo —la interrumpió, y se alejó de ella.

Necesitaba un trago si iba a seguir enredándose cada vez más en el nudo gordiano en que aquellos encumbrados habían convertido sus vidas.

# AVERY

Avery se quedó donde estaba, pasmada, mientras Watt se llevaba su enojo a otra parte. Le dolía lo que era evidente: que el chico tuviera tan mala opinión de ella. Sus intenciones hacia Watt siempre habían sido genuinas y nunca había pretendido hacerle daño ni usarlo, ni mucho menos engañarlo. No obstante, estaba claro que le guardaba rencor por lo sucedido. Y lo último que había dicho, lo de la «verdadera razón» por la que le pedía a alguien que saliera con ella... hizo que se preguntara si sabría la verdad sobre Atlas y ella. Pero ¿cómo iba a saberlo, a no ser que se lo hubiera contado Leda?

La banda empezó una nueva canción, una de las favoritas de Avery. De repente, lo único que quería en el mundo era bailar. Miró a su alrededor en busca de un compañero de baile, y su mirada dio casi al instante con Cord. Había sido idea de Atlas lo de buscarse otras parejas para la fiesta, con la intención de calmar las

sospechas de sus padres; además, también ayudaría a evitar que Avery y Atlas hablaran demasiado entre ellos.

Cord siempre había sido el comodín de Avery para estos acontecimientos. Mientras tanto, Atlas estaba con Sania Malik, una chica a la que conocía desde hacía años. No era una cita falsa demasiado creíble, pero era lo único que se le había ocurrido a Atlas con tan poca antelación.

Avery se acercó a Cord, que estaba con Brice al borde de la burbuja de plexiglás. Al otro lado crecían los cultivos de patata, y sus frondas se mecían adelante y atrás en el agua, iluminadas por los alegres submarinos solares.

La falda de radzimir de su vestido azul marino dejaba escapar un agradable susurro al moverse.

—Cord, ¿quieres bailar conmigo? —le preguntó sin más preámbulos.

—Por supuesto. —El chico le ofreció la mano y la condujo a la pista de baile—. ¿Te sujeto el bolso? —se ofreció mientras señalaba con la cabeza el diminuto *clutch* de plata, apenas lo bastante grande para albergar un único lápiz de maquillaje.

Avery asintió mientras Cord se metía el bolso en un bolsillo de la chaqueta de su esmoquin. De repente, la chica recordó una imagen de la madre de Cord, de cuando aún vivía, acompañándolos a los dos a un cotillón cuando

estaban en quinto curso.

«Cord, cuando lleves a una chica a una fiesta, siempre debes ofrecerte a sostenerle la bebida o el bolso, preguntarle si quiere bailar, asegurarte de que llegue sana y salva a casa, y...».

«Ya lo sé, mamá», había gruñido Cord, y Avery había reprimido una risita mientras intercambiaba una mirada cómplice con su amigo.

El joven no dijo nada mientras se movían con pericia por la pista de baile. El espacio entre ellos era relajado, sin complicaciones. Avery recordaba cómo había bailado Watt con ella (con pasos correctos pero esforzados, y el ceño fruncido por culpa de la concentración y los nervios), y sintió otra punzada de remordimientos por cómo lo había tratado.

Vio a sus padres al otro lado de la pista y los saludó con la mano. «¿Ya estáis contentos?», pensó. Su padre asintió y alzó los ojos; era evidente que lo aprobaba. Siempre le había gustado la idea de que Cord y ella estuvieran juntos; al fin y al cabo, sus padres eran buenos amigos de los Anderton desde antes de que estos murieran, hacía ya seis años. Avery se alegraba de que Atlas hubiese insistido en llevar otras parejas al baile. Quizá así se aliviara un poco la presión que todos sentían.

La canción terminó, y Cord dio un pasito atrás para

cogerle una copa de champán de una bandeja que pasaba por allí. Fue entonces cuando Avery vio a Atlas y Calliope.

Estaban de pie al otro extremo de la barra, y sus rostros se habían acercado demasiado. Atlas estaba apoyado hacia atrás, sobre los codos, y esbozaba una sonrisa relajada, una sonrisa que Avery no le veía demasiado a menudo, salvo cuando estaban solos. Sobresaltada, se dio cuenta de que Atlas confiaba en aquella tal Calliope; y Atlas no era de los que confían en cualquiera.

Calliope estaba hablando animadamente, con leves ademanes ostentosos de muñeca, como si deseara presumir de las pulseras enjoyadas que lucía en ambos brazos. El escote de su vestido color bermellón descendía hasta cotas sorprendentes. Había colocado un pie detrás del otro, y Avery vio que llevaba unos tacones de bambú tallado, que eran demasiado informales para un baile de gala, pero que se libraban porque encajaban en el tema elegido para la noche. Era la clase de zapato que la madre de Avery jamás le habría permitido ponerse, y por algún motivo eso la irritaba.

Se quedó mirando su champán sin beberlo, contemplando las burbujas que subían entre alegres bailes, e intentó comprender lo que estaba sintiendo.

Quizá resultara tonto e infantil, pero no podía evitar el rechazo instintivo que le producía Calliope, dado lo que ahora sabía sobre sus viajes con Atlas. Lo cierto era que todavía estaba molesta con él por abandonarla de aquel modo, por irse a la aventura sin tan siquiera despedirse, y después crear incontables recuerdos nuevos de los que Avery no formaba parte. Le dolía más de lo que quería reconocer saber que en esos recuerdos sí que aparecía una chica lánguida y misteriosa de largas piernas.

Atlas y ella habían acordado no hablarse en toda la noche, pero puede que se sintiera mejor si se acercara a saludar, aunque solo fuera un minuto, por asegurarse de que no sucedía nada entre Calliope y él.

Respiró hondo y se abrió paso entre la gente hasta llegar a la barra.

—¡Hola, chicos!

Sonó más alegre y animada de la cuenta. No se le escapó la breve expresión de resentimiento que se dibujó en las facciones de Calliope ante la interrupción, ni la agotada resignación con la que la recibió Atlas. Resultaba obvio que se sentía decepcionado con ella por aparecer así, después de todas sus promesas de no prestarse atención durante el baile. Por otro lado, ¿qué se suponía que debía hacer cuando veía a otra chica dando vueltas a su alrededor como un animal salvaje que acecha a su

presa?

—Hola, Avery —saludó Calliope tras un segundo—. Estás fantástica. Me encanta ese vestido.

Avery no le devolvió el cumplido.

—¿Con quién has venido, Calliope?

«Quizá deberías ir a prestarle atención a tu cita», pensó, aunque, para ser justos, a ella tampoco se le estaba dando demasiado bien ese tema.

—Pues tiene su gracia, ¡resulta que con el hermano mayor de tu pareja! No sé bien por dónde anda —añadió sonriendo.

—Sí que tiene gracia la coincidencia —repuso Avery en un tono que dejaba claro que no le parecía graciosa en absoluto.

Atlas las miraba por turnos sin saber bien qué decir.

—Avery, ¿estáis saliendo Cord y tú? Es muy mono —comentó Calliope, a la que, al parecer, no le importaba la hostilidad evidente en el tono de la otra chica.

Avery estuvo a punto de ahogarse con el champán.

—No, no estamos saliendo —consiguió decir al fin—. De hecho, está disponible, si te interesa.

—Aves —la interrumpió Atlas—, ¿sabes dónde están mamá y papá?

Avery era consciente de que se lo preguntaba por decir algo, lo que fuera, en un intento por detener el



ataque a Calliope. Sin embargo, lo que consiguió fue despertar algo en ella.

—De hecho, por eso venía: mamá y papá me han enviado a buscarte. Lo siento, Calliope, ¿te importa? —añadió sin mucho entusiasmo.

—Claro que no —respondió ella, encogiéndose de hombros, antes de recogerse la falda de tul transparente de su vestido para no tropezar y sumergirse en la multitud. Llevaba las uñas de los pies pintadas de morado oscuro. A Avery le pareció ver el destello de un tintuaje plateado en el tobillo, pero no estaba segura.

—Aves, ¿qué narices te pasa? —preguntó Atlas, pero ella no respondió, sino que se limitó a cogerlo por el brazo y arrastrarlo entre la gente.

Lo condujo hasta una de las pequeñas casetas de montaje del fondo de la fiesta, donde unos cuantos camareros de aspecto cansado depositaban platos para que los bots los apilaran.

—¿Pueden dejarnos solos un minuto? Tenemos una emergencia familiar —les pidió Avery, que blandía su sonrisa como si fuera un cuchillo.

Los empleados del *catering* se encogieron de hombros y se apartaron. Avery tiró de Atlas para meterlo dentro de la caseta y cerró la puerta.

Él dio un paso atrás, y a pesar del tamaño diminuto de

la habitación, fue como si de repente los separara una distancia abismal.

—Se suponía que esta noche ni siquiera íbamos a hablar, ¿y vas y me metes aquí dentro contigo? ¿Qué te pasa, Aves?

—Lo siento —respondió ella picada—. Es que no podía seguir soportando cómo ligaba esa chica contigo. Dios mío, ¿es que no te has dado cuenta de que se te estaba tirando encima, literalmente?

—Pues claro que sí —repuso Atlas, y su tono prosaico la enfadó aún más—. Esa era la idea. Creía que intentábamos distraer a mamá y papá... viniendo con otras parejas y no hablando entre nosotros, ¿recuerdas? Y ahora se te ocurre arrastrarme hasta aquí, delante de todo el personal de servicio.

Avery notó que se disipaba su ira.

—Esto es lo peor —dijo deprimida.

No se había dado cuenta de lo mucho que le dolería ver a Atlas con otras chicas. No quería que las cosas fueran así, pero no podía ser de otro modo.

Atlas se apoyó en la resistente pared de neopreno, y sus ojos castaños la observaron sin vacilar.

—Es lo peor, sin duda —coincidió—, pero ¿qué más quieres que haga? Si queremos seguir viéndonos a escondidas sin que mamá y papá sospechen (aunque

puede que ya lo hagan), de vez en cuando tendremos que hablar con otras personas. Puede que incluso coquetear con ellas.

La chica no respondió de inmediato. Se quedó mirando aquel espacio diminuto, que estaba lleno de bandejas de aperitivos a medio comer y un pequeño bot que no dejaba de desinfectar con rayos ultravioleta la vajilla antes de depositarla en una ordenada pila.

—Ni te imaginas lo difícil que me resulta verte con ella —dijo al fin.

—Créeme, sí que me lo imagino.

A ella le molestó el comentario. Atlas le había hecho cosas mucho peores que ella a él, y ambos lo sabían.

—No, creo que no te lo imaginas —respondió cortante—. ¿Solo porque me vieras con Watt en una fiesta una vez? Eso apenas cuenta. Mira tu propio historial, Atlas, ¿cuál de los dos se ha acostado alguna vez con otra persona?

Atlas abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—Lo siento, Aves, pero no puedo evitar lo que hice antes de estar contigo.

—Sí, ¡pero podrías haberlo evitado! Podrías haber decidido no liarte con mi mejor amiga... ¡Podrías haber decidido esperarme, como yo te esperé a ti!

Avery empezó a ver borroso. Le sorprendía un poco

haber sacado el tema en aquel momento, aunque quizá no debiera. Siempre había estado presente, era un dolor constante que no dejaba de alimentar en su interior, tozuda: el saber que Atlas había estado con Leda y, probablemente, con otras chicas, mientras que ella solo se había acostado con él. Le dolía y la hacía sentirse insuficiente.

—Es que es muy difícil verte con otras después de eso —concluyó en voz baja.

—Eso no es justo. No puedo cambiar el pasado. —Atlas intentó tocarla, pero se lo pensó mejor y dejó caer la mano a un lado, impotente—. Hay una forma muy sencilla de arreglarlo todo, Aves, y es marcharnos. Pero eres tú la que no quiere huir y no me cuentas el porqué.

Avery negó con la cabeza.

—Quiero hacerlo, pero necesito...

—Tiempo, ya, lo entiendo —la interrumpió—. He intentado ser comprensivo, pero ¿cuánto tiempo se supone que debo esperar?

—Lo siento —empezó a responder ella; sin embargo, no tenía ninguna respuesta que ofrecerle, y él lo sabía.

—¿Crees que huiremos juntos algún día, Aves? —preguntó Atlas algo vacilante—. ¿De verdad sigues queriendo huir conmigo?

Ella parpadeó conmovida.

—Por supuesto que sí —insistió—. Es que es complicado. No te lo puedo explicar.

—¿El qué no me puedes explicar? ¿Por qué no me lo cuentas, Aves?

Avery negó con la cabeza, a la vez que se odiaba por ocultarle secretos. Se tragó con dificultad los feroces sollozos que le subían a la garganta.

—Me voy a ir ya. Deberías esperar para que no nos vean salir juntos. Ya sabes, por las apariencias —añadió Atlas con un toque mordaz antes de salir.

Avery se rodeó con los brazos y se percató de que se le habían escapado unas cuantas lágrimas que, probablemente, bajaran formando riachuelos oscuros sobre su maquillaje. Alzó una mano, brusca, para limpiarse la cara. La parte de ella que tenía diecisiete años y estaba enamorada se sentía desdeñada y herida, y quizá algo ansiosa por vengarse.

Atlas no lo entendía. No comprendía toda la presión a la que se veía sometida. Y, además de aquella única cita con Watt, que de todos modos terminó cuando Avery le confesó su amor por, precisamente, Atlas, en realidad él nunca la había visto con otro chico. No comprendía lo que era saber que había estado con otras personas, torturarse con las imágenes mentales de esos encuentros...

Puede que Atlas necesitara saber lo que se sentía,

pensó con malicia, y regresó a la fiesta hecha una furia y con un nuevo objetivo. Se merecía saber lo que se sentía al ver a Avery reírse, coquetear, beber y bailar con otro.

Sus ojos dieron con Cord, que estaba solo cerca del bar, tan distante y guapo como siempre. Al fin y al cabo, era su cita; y el chico siempre estaba dispuesto a divertirse.

—Quiero beber algo —anunció al llegar junto a él, mientras apoyaba los codos en la barra de un modo que a su madre no le habría gustado nada.

Sin embargo, en aquel momento no le importaba mucho nada, salvo su nueva decisión de enseñarle a Atlas lo que se sentía, aunque fuera solo un poquito.

Cord sonrió ante aquel saludo tan abrupto.

—Champán, por favor —le dijo al camarero, pero Avery negó con la cabeza.

—No, quiero una bebida de verdad.

—Vale —respondió Cord, despacio, parándose a examinarla un poco para evaluar su estado de ánimo—. ¿Vodka? ¿Atómico? ¿Whisky? —ofreció, pero a Avery le daba igual lo que fuera, siempre que fuera fuerte.

—Lo que estés tomando tú, pero que sea doble.

Cord arqueó una ceja.

—Dos vasos de whisky escocés con hielo, dobles —le pidió al camarero, y después miró a Avery—. Aunque me

gustas cuando te vuelves tan temeraria, ¿puedo preguntar qué ha provocado esto?

—Puedes preguntar, pero no te lo contaré.

Avery notó que unos cuantos ojos curiosos los observaban. Sin embargo, por una vez le daba igual quién la viera, le daba igual que todos subieran fotos suyas a los agregadores. Que lo hicieran.

—Bueno, pues nada, ¿en qué puedo ayudarte? — preguntó Cord sin inmutarse, como si ya se hubiese supuesto la respuesta.

—Fácil. Puedes ayudarme a emborracharme hasta estar como una cuba.

—Será un placer.

En los ojos azul hielo de Cord bailaban unas chispas traviesas, y Avery sintió que el enfado se le aligeraba un poco. Otra cosa no, reflexionó, pero Cord era un excelente compañero de juerga.

Brindó con él, echó la cabeza atrás y se tomó la bebida de un trago. Poco le importaba que le ardiera la garganta. Durante el resto de la noche sería la versión más chispeante e inalcanzablemente maravillosa de sí misma, nada más que sonrisas y miradas relucientes..., y nadie sabría nunca lo dolida que estaba debajo de todo aquello.

# CALLIOPE

Calliope estaba bastante satisfecha con su decisión de acudir al Baile de la Sociedad Conservadora del Hudson con Brice Anderton.

A su madre y a ella siempre les había gustado hacer una entrada triunfal: que todos los ojos de la sala se sintieran atraídos sin remedio por ellas cuando llegaban a una fiesta; sobre todo en las ciudades nuevas, en las que la gente se preguntaba entre susurros quiénes eran y de dónde habían salido. A veces, Elise intentaba, sin mucho empeño, pasar desapercibida: «No es buena idea ser demasiado famosas, no es seguro», le recordaba a Calliope. Como si no adorara la atención incluso más que su hija.

A estas alturas, Calliope creía que ya estaba acostumbrada a llamar esa clase de atención. Sin embargo, no estaba preparada para la reacción de los presentes cuando entró en la sala de baile submarina al



lado de Brice.

Esperaba que al menos parte de las miradas fueran porque hacían una pareja fantástica, ambos altos, esbeltos, de pelo oscuro y sonrisas traviesas. Pero tuvo que reconocer a regañadientes que Brice era el más fascinante de los dos. Todo el mundo le lanzaba miraditas sin ocultar su interés. Estaba claro que sabían quién era, que habían seguido sus distintas desventuras y se preguntaban quién sería la chica nueva que llevaba del brazo.

Y, sin duda, sirvió para que Atlas se fijara. Calliope se había asegurado de coquetear con él, aunque no gracias a los torpes intentos de Avery por unirse a la conversación y a su extraña insistencia en apartarlo de ella. Ya había tratado antes con hermanos y padres protectores, sobre todo cuando intentaba timar a los críos mimados de las escuelas privadas. No obstante, debía reconocer que Avery era una de las peores con las que se había encontrado.

Alzó la cabeza con orgullosa intención y examinó aquel dominio submarino, que rebosaba dinero, estatus y contactos. Su madre también estaba allí, con Nadav y su hija, Livya. Calliope había charlado unos minutos con ellos antes. Elise no dejaba de mirarla arqueando las cejas, con la clara esperanza de que le quitara a Livya de encima para poder concentrarse mejor en Nadav, pero Calliope no

estaba de humor para jugar a ser la chica buena. Por lo que veía, Livya era una aburrida pálida y sosa, y hacerle de niñera era malgastar su talento.

Ahora estaba con Brice y un grupo de amigos suyos. Contaban la historia de una antigua broma, una vez que habían pintado unas letras de grafiti en un puñado de deslizadores, para que solo se vieran con unos ajustes concretos de las lentes de contacto. Sonaba tonto, pero Calliope se unió al coro de risas. Después miró a Brice, que también se reía, aunque un poco aparte del resto, con la elegante confianza en sí mismo que te da el ser un rico borracho dentro de una burbuja en el fondo de un río.

La música cambió, y Brice dio un paso adelante para cogerla de la mano.

—Baila conmigo —le pidió, más una orden que una pregunta.

Calliope dejó la bebida que sostenía por disimular (intentaba mantener la cabeza despejada) y lo siguió.

¿Por qué no flirtear un poco con Brice? Estaba claro que no podía timarlo; era demasiado arriesgado, teniendo en cuenta que había estado a punto de reconocerla. Por supuesto, Atlas también suponía un riesgo, dado que ya la había rechazado una vez. Sin embargo, él no iba a reventarle la tapadera.

Además, ahora que sabía lo rico que era, parte de

Calliope estaba decidida a engañar al chico del piso mil. Dios, menuda historia sería. Aunque tampoco podría presumir de ella con nadie, salvo con su madre.

Cuando llegaron a la pista de baile, Brice se volvió y movió las manos con confianza por la cintura de la chica. Sobre ellos, unas medusas holográficas brillaban como velas flotantes, perseguidas por algún que otro tiburón de neón. La moteada luz azul bailaba sobre las facciones de Brice, sobre su nariz aristocrática y sus prominentes pómulos. No era un rostro diseñado para expresiones amables.

—Calliope —pronunció el chico con la misma irreverencia guasona, y ella se preguntó hasta qué punto estaría enterado de la verdad—. Háblame de Londres.

—¿Por qué? —le retó ella—. Seguro que habrás estado un montón de veces. No hay nada que pueda añadir para que cambies de opinión sobre la ciudad.

—Quizá no pretenda revisar mi opinión sobre la ciudad, sino mi opinión sobre ti.

Ella dio una vueltecita para ganar algo de tiempo, de modo que los pliegues de su vestido le flotaran alrededor del cuerpo y después cayeran detrás de ella como una escultura.

—Bueno, de repente tengo curiosidad por saber cuál es tu opinión hasta ahora.

—Por favor, no soy tan tonto como para caer en esa trampa.

Brice tiró de ella para acercársela cuando la música ganó velocidad. Calliope quería retroceder un paso (estaba demasiado cerca, sentía el latido del corazón del chico a través de las capas de tela del esmoquin, olía su colonia, que era ligera y un poco acre). Sin embargo, la mano de Brice estaba jugando tranquilamente con la cremallera de atrás de su vestido, y a ella se le entrecortó el aliento.

—Ya que eres tan curioso, fui a St. Margaret's. Es un internado de chicas en SoTo —le contó esperando redirigir su atención.

—Debo decir que me sorprendes. No eres la típica niña de internado.

Sin razón aparente, Calliope recordó a Justine Houghton, que probablemente se habría pasado la adolescencia en un internado, sujeta a la disciplina y la supervisión de los adultos, mientras que Calliope había viajado por todo el mundo. Y allí estaba, dando vueltas por una pista de baile submarina, rodeada de lujosos vestidos, risas y el inconfundible destello de los diamantes.

A Calliope no le cabía duda de quién había llegado más alto.

—En realidad no soy típica en nada —le respondió a Brice.

Él esbozó una lenta sonrisa mientras seguía bajando la mano por su vestido.

—Soy consciente de ello. No te pareces en nada a las chicas con las que suelo relacionarme.

—Lo recuerdo, todas esas chicas misteriosas a las que conoces en tus viajes.

Mientras daban vueltas despacio por la pista, Calliope notaba las miradas de las demás parejas deslizándose sobre ellos como una mano que le bajara por la mejilla. Dejó que la melena le cayera sobre un hombro con un presumido gesto de la cabeza y enseñó los dientes en una sonrisa.

Sin embargo, en aquel momento volvió a sentir la mirada de Brice, y le dio la impresión de que el chico interpretaba a la perfección cada movimiento de su cuerpo. Su sonrisa perdió ferocidad.

—Entonces ¿adónde vas en esos viajes, que no paras? —lo retó. Dudaba que hubiera viajado a algún lugar en el que ella no hubiera estado. Calliope era una profesional.

—A todas partes. Soy un cliché con patas. El chico que hereda un montón de dinero y después intenta gastárselo en viajes caros y caprichos.

Había dado su explicación con una cuidada

indiferencia. No obstante, a Calliope le pareció detectar cierta melancolía. Se preguntó qué le diría si supiera que ella hacía lo mismo, solo que con el dinero de otra gente.

—Y eso ¿por qué?

Brice se encogió de hombros.

—Supongo que es lo que sucede cuando pierdes a tus padres con dieciséis años.

A Calliope se le cortó la respiración.

—Oh —consiguió articular bobamente.

¿Por qué no había encontrado esa información en los agregadores cuando lo investigó? Estaba perdiendo facultades, pensó; todo lo relacionado con Brice la hacía sentir insegura y embotada. Le sobrevino el aterrador presentimiento de que se le habían pasado por alto demasiadas cosas relacionadas con él. Debería extremar las precauciones.

En ese preciso momento, Atlas pasó como una exhalación por su lado. Calliope titubeó. Esta era su oportunidad; ahora tenía a Atlas para ella sola, sin que Avery pudiera entrometerse. No le llevaría más de un segundo entablar conversación con él y retomar el coqueteo de la noche anterior.

A Brice no se le había escapado el modo en que su mirada se había abalanzado al instante sobre el otro muchacho.

—¿En serio? ¿Fuller y tú? Jamás lo habría imaginado. —Sacudió la cabeza decepcionado—. No entiendo qué le veis todas las chicas, en serio.

Calliope conjuró la más imperiosa de sus actitudes, la que había aprendido de Justine hacía ya tantos años.

—No tengo ni la más remota idea de a qué te refieres —sentenció. Además, ¿qué era eso de «todas las chicas»? ¿Exactamente con cuántas se habría liado Atlas?

—Es demasiado aburrido para ti —continuó Brice como si no la hubiera oído—. No me malinterpretes, a mí me cae bien. Es solo que no podría ser más anodino, mientras que tú eres tan... complicada.

Este era precisamente el motivo por el que no debería pasar tanto tiempo en compañía de Brice. Era demasiado perspicaz, demasiado cauto y calculador; carecía de la ingenuidad y el temperamento necesarios para dejarse embrollar. Antes bien, con lo observador que era, cabía por entero la posibilidad de que ya hubiese descubierto sus intenciones.

Necesitaba poner tierra de por medio, y cuanto antes.

—No entiendo de qué me hablas. Y ahora, con tu permiso —replicó Calliope, envarada, antes de partir en la dirección que había seguido Atlas.

Lo encontró sentado a solas en el taburete de un bar, dándole vueltas a su bebida, encorvado como si quisiera

disuadir de sus intenciones a todo el que se le ocurriera acercarse. Calliope enderezó los hombros y respiró hondo.

—Hola —dijo deslizándose junto a él.

Atlas dio la impresión de quedarse momentáneamente desconcertado, como si se le hubiera olvidado dónde estaba. Sus labios, sin embargo, no tardaron en adoptar su característica sonrisa ladeada, un poquito más amplia de lo habitual.

—Calliope. ¿Cómo está siendo tu noche?

—Ilustrativa —fue la misteriosa respuesta de la muchacha—. ¿Y la tuya?

—No como esperaba.

Seguía contemplando su copa de reajo. Ni siquiera estaba mirándola a la cara, pensó Calliope con creciente frustración. Si no le prestaba atención, ¿cómo iba a percatarse de lo espectacular y sola que estaba precisamente ahora, cuando más necesitado de compañía parecía él?

No le dejaba elección. Calliope estiró el brazo por encima de la mesa, agarró la copa de Atlas y la apuró de un solo trago, lanzando la cabeza hacia atrás para que el chico pudiera admirar la delicada curva de su cuello. Dejó que un aleteo sensual le cerrara los párpados. La bebida era muy fuerte.



Posó la copa vacía en la mesa con más ímpetu del necesario. El ruido sobresaltó a Atlas. Consiguió atraer su atención.

—Disculpa, me moría de sed.

—Salta a la vista —replicó Atlas, aunque no parecía especialmente enfadado. Levantó un hombro en dirección a la barra—. ¿Te apetece otra?

Calliope lo siguió mientras les pedía otra ronda, no sin cierta sorpresa ante la velocidad con la que dio cuenta de su segunda bebida. No lo recordaba bebiendo de esta manera en África. «Es una fiesta», se dijo; sin embargo, no pudo por menos de preguntarse qué era lo que tanto le preocupaba. En verano le había dado la impresión de estar mucho más contento. Tuvo la corazonada de que algo (su familia, probablemente) estaba reteniéndolo en Nueva York, impidiéndole marcharse de una vez por todas de allí, cuando eso era lo que en verdad anhelaba.

Se sacudió de encima aquel súbito arrebató de introspección, tan poco característico en ella. Atlas estaba aquí, ahora, y eso era lo único que importaba.

—¿Quieres bailar?

Atlas la miró, y Calliope supo de inmediato que algo había cambiado; su instinto lo notaba en el aire que mediaba entre ellos, tan fluctuante como el tiempo, como cuando estaban sentados en las montañas de Tanzania y la

noche comenzaba a desplegar las alas a su alrededor.

El muchacho no dijo nada mientras Calliope, con decisión, tiraba de él en dirección a la pista de baile.

Cuando le guio las manos hasta sus caderas, Atlas respondió atrayéndola hacia él y ciñéndole el talle. Sintió la calidez de sus dedos en la piel desnuda.

—¿Me llevas a casa? —le susurró al oído, poco después.

Atlas asintió con la cabeza, despacio. Calliope lo tomó de la mano, lo guio escaleras arriba (el muchacho trastabilló ligeramente; quizá estuviera más borracho de lo que aparentaba) y cruzó la dársena para llamar a uno de los deslizadores que aguardaban allí. Perfecto. Ahora podría explorar su apartamento y empezar a planear qué iba a robarles. A lo mejor se llevaba algo, incluso, sin que nadie lo notara.

Utilizó el teclado para introducir la dirección de los Fuller, atenta a la reacción de Atlas. Cuando este no opuso ninguna objeción, bajó los labios hasta los de él y buscó los botones de su chaqueta en la penumbra, desabrochándolos uno por uno con decidida y brutal energía.

Se sintió asombrosamente redimida, demostrando que el único chico que alguna vez la había rechazado ahora la deseaba. Por fin. El condenado se había hecho de rogar.

# LEDA

Era tarde, lo suficiente como para que Leda ni siquiera estuviese segura de si Watt aún seguía allí. Se puso a dar vueltas alrededor de la fiesta, agarrada con tal fuerza a un cóctel de piña que los dedos se le habían transformado en garras. Ni siquiera había pedido la bebida, sino que un camarero, al pasar, se la había entregado, y Leda había aprendido muy deprisa que había incluso más camareros paseándose por todas partes con jarras, con las que rellenaban su copa aflautada cada vez que le daba un par de traguitos. Había empezado a cambiar de opinión con respecto a aquella bebida: puede que fuera empalagosa hasta la náusea, pero al menos nunca se acababa.

Levantó una mano para tocarse el pelo, que le caía en sudorosos rizos por la nuca. El viejo miedo, tan familiar, arremetía de nuevo contra ella: el pánico a que, hiciera lo que hiciera, jamás sería lo bastante guapa ni lo bastante lista ni lo bastante nada. Y, encima, ahora se sumaba el

miedo, aún más punzante, de que alguien descubriera lo que había sucedido en la azotea y su vida volara en mil cortantes pedazos.

No acababa de comprender por qué se había enfadado tanto antes, salvo que Watt había sido amable de verdad con ella, y ella sabía que tenía que ser una farsa porque el muchacho la odiaba. ¿Cómo no iba a odiarla? Después de todo lo que le había hecho, de drogarlo, engañarlo y chantajearlo para que asistiera a esta estúpida fiesta, debía de desear no haberla conocido nunca.

Como siempre, pensar en aquella noche (en Eris) la dejó helada. «No es culpa mía», se recordó, aunque en el fondo era consciente de la falsedad de sus palabras. Sí que era culpa suya. Había empujado a Eris; y ahora estaba en una fiesta, sola y marginada, y quizá fuera lo que se merecía.

—Estás aquí —exclamó.

Watt se encontraba solo, con las manos en la espalda, examinando una de las extrañas instalaciones de arte moderno que había junto a la salida.

—Me pediste que te dejara en paz, así que eso he hecho —puntualizó él con toda lógica.

Leda se erizó un momento al recordar sus palabras.

—Me he percatado de que a Avery no la has dejado en paz —comentó ella con malicia.

La pulla no obtuvo la reacción que esperaba, sino que Watt se encogió de hombros y le ofreció un brazo, nada molesto.

—¿Te puedo llevar a casa?

Leda miró a su alrededor. La fiesta empezaba a decaer: la mayoría de los que seguían presentes eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para que a Leda le importaran, incluidos varios novatos de la escuela que parecían encantados de estar en un bar sin lector de edad. Los padres de Leda se habían marchado con Jamie hacía más de una hora. La chica ladeó la cabeza mientras miraba a Watt; por alguna inexplicable razón, todavía estaba decidida a cabrearlo.

—Puedes llevarme a casa. Pero no te hagas ilusiones —le advirtió.

Watt se rio entre dientes, aunque no respondió nada.

Cuando por fin llegaron al piso de la joven, rodeó el deslizador y le abrió la puerta como un caballero. Leda pasó junto a él y subió las escaleras hecha una furia, sin mirar atrás. Se sentía como el flexiglás de la maldita pecera en la que habían estado de fiesta: como si contuviera un interminable torrente de lodo y estuviera a punto de estallar por culpa de la presión.

—Buenas noches, Leda —se despidió Watt mientras se dirigía al deslizador.

Antes incluso de darse cuenta de lo que hacía, Leda lo llamó.

—Lo siento, ¿adónde te crees que vas?

—¿A casa? —aventuró él, volviéndose para mirarla, como si fuera una pregunta con truco.

—No te puedes ir hasta que yo te lo diga.

Se quedó mirando, encantada, cómo Watt perdía el poco control que le quedaba y subía los escalones hacia ella, furibundo, con las manos apretadas de rabia.

—En serio, tienes que parar ya. ¿Qué más quieres de mí?

Lo que quería era un estallido, una reacción, algo contra lo que luchar. Watt era la única persona en el mundo que sabía lo que había hecho y se lo había llegado a echar en cara, y estaba harta de que fingiera ser bueno con ella cuando ambos sabían que prefería jugar sucio. Le apoyó las manos en los hombros y lo empujó.

El chico se tambaleó hacia atrás, obviamente sorprendido por el contacto físico. Por fin. Sentaba bien hacer algo.

El silencio le rugía en los oídos. Watt la miraba sin parpadear.

—Eres despreciable. Lo sabes, ¿verdad? —preguntó despacio el joven.

A Leda no le importaba. De repente, estaba tan harta

de mentiras, de convertir toda su vida en una gigantesca charada en la que iba a clase y a fiestas como si no hubiera sucedido nada. Ni siquiera quedaba nadie que la conociera de verdad.

Salvo Watt. Él conocía el alcance de sus atrocidades, había contemplado el agujero negro de su interior y, por el motivo que fuera, la idea no la incomodaba.

—Enhorabuena, Watt, ya conoces mis secretos más oscuros y horribles —le dijo con voz ronca y grave—. Pero ¿sabes qué? Que yo también conozco los tuyos. Porque somos iguales, Watt, tú y yo.

—Tú y yo no nos parecemos en nada. —Con la respiración entrecortada, Watt dio otro paso hasta dejar su rostro muy cerca del de Leda—. Vete al infierno.

El mundo entero le daba vueltas, pero, de repente, se quedó inmóvil; y, sin saber cómo había sucedido, los labios de Watt estaban sobre los suyos.

Tiró de él hacia ella, con los dedos del chico enredados en su melena. A Leda le daba la impresión de que todo su cuerpo no era más que una única terminación nerviosa al aire. Intentó no hacer ruido mientras daban tumbos por el pasillo, aunque daba igual; el dormitorio de sus padres estaba en la tercera planta, por no hablar de que nunca se esperarían que trajera a un chico a casa. No lo había hecho nunca.

Cuando cayeron de espaldas sobre la cama, él vaciló.

—Sigo sin soportarte —le dijo.

En sus ojos oscuros bailaba algo que ella no lograba interpretar. Leda se llevó las manos a la espalda para desabrocharse el vestido; se sentía como una diosa vengativa primigenia.

—Como te he dicho antes, yo tampoco te soporto. Ahora, cállate de una vez —le ordenó a Watt antes de taparle la boca con la suya.

La piel del muchacho era cálida y curiosamente reconfortante. Leda se aferraba a él sin decir nada. Era algo glorioso, peligroso y sin un atisbo de compasión. Se prometió que nunca le confesaría a Watt lo mucho que lo necesitaba en aquel momento: las líneas, fuertes y limpias, de su cuerpo; su robusta solidez; la amarga presión de su rabia tirando de ella para apartarla del borde del abismo, manteniendo sus demonios a raya durante un momento más.



# AVERY

Avery estaba en el centro de un grupo, con Risha, Ming y otras más, y sus rostros parecían flotar contra el estridente fondo de la pista de baile. El mundo se volteaba con violencia, como si el planeta se hubiera desviado de su trayectoria y ella tuviera ahora el cielo bajo los pies.

No tenía ni idea de la hora que era. Se había empeñado tanto en prestar caso omiso a Atlas que ni siquiera lo había visto marcharse. Toda su energía estaba concentrada en reír, coquetear y beber. Había bebido hasta tal punto que, en cierto momento, su risa dejó de ser forzada y se transformó en genuina.

—Hola, tú. —Notó las manos de Cord sobre los hombros. Avery cerró los ojos para protegerse del vertiginoso derroche de color—. Creo que es hora de que te llevemos a casa —añadió el chico, y Avery consiguió mover la cabeza un poco para asentir.

De algún modo logró también acompañarlo a través

de los andrajosos restos de la fiesta con una sonrisa en la cara. Cord la sujetaba con fuerza por el antebrazo mientras subían los escalones y cruzaban el muelle (¿a quién se le había ocurrido la estupidez de celebrar una fiesta bajo el agua?) de vuelta a la Torre, donde Cord la ayudó a subir a un aerodeslizador que los esperaba.

—Toma —le dijo mientras se quitaba la chaqueta de su esmoquin y se la colocaba rápidamente sobre los hombros.

Avery echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Le llegó un ruidito familiar cuando los dedos de Cord introdujeron la dirección en la pantalla interior del vehículo.

—No —le pidió automáticamente—. No quiero ir a casa.

Cord asintió, como si fuera lo más normal del mundo que Avery se negara a regresar a su propio piso. Tampoco preguntó nada más, y Avery no respondió; se limitó a arrebujarse más en la chaqueta. Tenía ganas de vomitar.

Cuando llegaron al piso 969, Avery siguió a Cord hasta su enorme sala de estar. Todavía temblaba de la conmoción, o puede que del arrepentimiento. Notaba la piel caliente y más estirada de la cuenta, como si se le expandiera la carne de debajo. Se dejó caer en el diván sin decir palabra, con la cabeza entre las manos.

—¿Quieres una camiseta? —le preguntó Cord

mientras señalaba el pesado vestido con la cabeza.

Sus palabras atravesaron el estupor que asfixiaba a Avery, y la chica miró a su alrededor y vio de verdad por primera vez lo que la rodeaba. ¿Qué estaba haciendo en el piso de Cord a esas horas de la noche? Se levantó de golpe.

—Lo siento, debería irme —dijo, tan solo para enmudecer acto seguido, derrotada.

Existía un buen motivo por el que no había querido regresar a casa: no quería ver a Atlas; todavía no era capaz de enfrentarse a él.

Cord se quedó allí de pie, observándolo todo.

—Avery, ¿qué está pasando? —preguntó con cautela.

—No puedo ir a casa. Es... Estoy... —Se esforzaba por hablar, pero no había palabras capaces de expresar lo que sentía—. Es que no puedo —concluyó impotente.

Cord era demasiado comprensivo o demasiado educado para seguir insistiendo.

—¿Quieres quedarte aquí? —le ofreció—. Ya sabes que tenemos habitaciones de invitados de sobra.

—Pues sí, la verdad —respondió ella, y comprobó con sorpresa que se le quebraba la voz. Tragó saliva, ansiosa, y se restregó los brazos—. Y me encantaría ponerme una camiseta, si la oferta sigue en pie.

—Por supuesto.

Cord desapareció por el pasillo.

Avery echó un vistazo a su alrededor, curiosa. No había estado en casa de Cord desde hacía bastante, salvo en fiestas, cuando el espacio estaba atiborrado de gente. Por supuesto, hubo un tiempo en que Eris, Leda y ella se pasaban todo el rato allí, con Cord y sus amigos; era más sencillo, sin adultos que los vigilaran. Salvo por Brice, suponía, aunque lo cierto era que él no contaba. Recordaba todas las estupideces que habían hecho: como la vez en que Cord había sacado demasiado pronto los chupitos de gelatina del congelador ultrarrápido, y uno de ellos había estallado hasta llegar al techo, como fuegos artificiales de color verde viscoso. O la vez que habían montado un tobogán de agua con un plástico por las enormes escaleras de Cord, y todos habían salido lanzados desde la segunda planta entre gritos y risas. Aquello había sido idea de Eris, recordó; lo había visto en un holo y quería recrearlo, y, por supuesto, todos se habían dejado llevar por su inefable entusiasmo y habían aceptado.

Ahora le parecía infantil y atolondrado, además de muy remoto.

—Toma —le dijo Cord cuando regresó con una pila bien doblada de ropa.

Avery se metió en el baño para cambiarse. Le parecía

divertido que la camiseta, además de desprender el aroma a fresco característico de la varita ultravioleta, también oliera a Cord.

Unos segundos después salió del baño con una camiseta vieja de la escuela y unos pantalones cortos deportivos, descalza sobre las baldosas calefactadas de la cocina; todavía llevaba el pelo peinado en su elaborado moño y los pendientes de diamantes en las orejas. Sabía que tenía un aspecto absurdo, pero tampoco conseguía que le importara.

—Te he preparado la habitación azul, la que está al pie de las escaleras —le explicó Cord cuando regresó—. Si necesitas algo, avisa.

—Espera —le soltó Avery cuando el muchacho ya se iba a su cuarto. Cord se volvió para mirarla, y ella miró hacia el sofá, esperanzada—. ¿Alguna posibilidad de que te quedes un ratito?

Solo hasta que la cabeza dejara de darle vueltas como una noria, hasta que lograra borrarse del cerebro su estúpida pelea con Atlas y los comentarios mezquinos que habían enturbiado su relación.

—Sí, claro —respondió él sin dejar de mirarla.

Avery se acurrucó en su rincón favorito del diván y se pegó las rodillas al pecho. Cord se dejó caer a su lado, dejando el espacio de un brazo extendido entre ellos.

Llevaba la pajarita suelta, el chaleco desabrochado y las mangas de la camisa subidas hasta los codos. El conjunto completo le daba un aire libertino.

—¿Quieres hablar de lo que sea que esté pasando — preguntó el chico— o prefieres ver alguna tontería de holo que meta mucho ruido?

—Un holo tonto, con mucho ruido. Cuantas más explosiones, mejor —respondió Avery con un atisbo de sonrisa.

No podía creerse que Atlas no le hubiera dado ni un toque ni un parpadeo. ¿Qué estaba haciendo? Y ¿por qué no lograba dejar de pensar en él, teniendo en cuenta lo mucho que le dolía?

—Pues nada, holo tonto marchando. —Cord agitó una mano en el aire para activar el menú bajo demanda; después se volvió hacia ella, y sus ojos azul claro se iluminaron con tranquila intensidad. A Avery, el peso de aquella mirada le resultaba casi insoportable—. Sea lo que sea lo que esté pasando, Avery, ya sabes que siempre estaré aquí si quieres hablar de ello.

—Gracias.

Por alguna razón tuvo que apartar la mirada de Cord para no echarse a llorar. La holopantalla se iluminó con una escena de persecución de deslizadores, y ella la contempló agradecida, intentando perderse en la

reluciente secuencia de acción sin sentido. Quizá si se concentraba en la confusión de la pantalla lograra olvidarse del enmarañado embrollo en que se había convertido su vida.

Se dio cuenta de que la última vez que había estado a solas con Cord había sido hacía meses, cuando él le había contado que había roto con Eris... y Avery había averiguado que le gustaba otra.

—Oye —dijo deseando pensar en otra cosa—, ¿qué pasó al final entre aquella chica y tú?

Cord parpadeó, claramente sorprendido.

—¿Te refieres a Rylin? No funcionó.

—Espera... ¿Rylin Myers, la que ahora va a nuestra escuela? ¿Estabas saliendo con... ella?

¿La chica de la azotea? ¿Cómo había acabado tan metida en sus vidas?

—Sí, hasta que me mintió. —Cord parecía como si quisiera enfadarse pero solo consiguiera reunir una especie de resentimiento herido. Avery conocía la sensación—. Cuesta superarlo. No sé muy bien cómo volver a confiar en ella, ¿sabes?

—Lo sé. —Apartó la mirada.

—Espera.

Cord desapareció por el pasillo y regresó con una ahusada vela de color dorado cubierta de purpurina que

refractaba la luz que incidía sobre ella.

—¿Es eso una tripivela?

Avery no había encendido nunca ninguna. No eran más que velas corrientes en cuya cera mezclaban endorfinas y serotonina que se transmitían por el aire. Sin embargo, todas las velas eran ilegales en la Torre por culpa del riesgo de incendio, y más tan arriba, donde incluso añadían más oxígeno al aire para compensar la altitud.

—Se me ha ocurrido que te vendría bien. A mí me ayudaba cuando estaba borracho y deprimido.

—¡No estoy deprimida! —exclamó Avery, y Cord se rio de ella—. Aunque sí que estoy muy borracha —reconoció.

La habitación había dejado de dar lentas vueltas, pero todavía la envolvía una extraña sensación de irrealidad, como si nada de aquello fuera del todo creíble.

—Puedo decir por experiencia de primera mano que estás deprimida de narices y borracha sin lugar a dudas —declaró Cord. Avery sabía que intentaba quitarle hierro al asunto, pero su forma de hablar no hacía más que incrementar su tristeza—. En realidad, la vela era de Eris —siguió explicando Cord—. La compró para...

Dejó la frase en el aire, incómodo.

—No, no pasa nada. —No sabía bien por qué, pero le



gustaba hablar de Eris, como si regresar a aquel dolor más antiguo y profundo la ayudara a no hacer caso del nuevo dolor que le ardía en el pecho—. Me gusta la idea de usar algo que era suyo. Ella habría querido que la encendiéramos.

Avery observó a Cord mientras este buscaba un anticuado mechero, puesto que ningún bot prendería fuego a nada, no en el interior.

—La echo mucho de menos —añadió ella despacio, mientras Cord conseguía que una llamita cobrara vida y la acercaba a la mecha.

—Yo también —dijo Cord con la cabeza gacha.

La luz de la vela le proyectaba pequeñas sombras bajo los ojos.

—¿Sabes una cosa? Si conociera a Eris ahora, creo que me sentiría intimidada por ella. Era una persona original que jamás se disculpaba por serlo —reflexionó Avery en voz alta, aunque le costaba encontrar las palabras—. Pero hacía tanto tiempo que éramos amigas que la subestimaba.

«No puedo volver a subestimar a nadie», se prometió; el problema era que ya estaba perdiendo a la gente que le importaba. Leda la odiaba, estaba claro que Watt estaba molesto con ella, Atlas y ella se habían peleado, y sus padres los vigilaban como un par de halcones. ¿Cuándo

habían empezado a desmoronarse todas sus relaciones?

—El funeral de Eris no le hizo justicia —decía Cord—. Fue demasiado genérico para ella. Necesitaba algo espectacular, como bombas de confeti. O pompas de jabón.

—A Eris le habría encantado eso. —Avery sonrió y respiró hondo para dejar que el aroma de la vela viajara desde sus pulmones a los rincones más recónditos de su cuerpo; que le impregnara el pelo y las puntas de los dedos. Olía a miel, tostadas y fogatas de campamento.

El holo pasó a un anuncio sobre un nuevo juego de karaoke. El silencio se alargó entre Cord y ella, aunque era un silencio cómodo, amigable, entre dos personas que se conocen desde hace mucho tiempo.

Ella señaló el anuncio con la cabeza.

—¿Por qué ya no jugamos a estas cosas?

—Porque cantas fatal. Lo que no he comprendido nunca, teniendo en cuenta todo el tema de la ingeniería genética.

—¡Eso no es justo! —protestó Avery, aunque en el fondo le gustaba cuando Cord sacaba a relucir el hecho de que era una bebé por encargo. Nadie más se atrevía a hacerlo.

—No pasa nada. Hay cosas más importantes —repuso Cord en un tono que la impelió a levantar la vista.

En cierto momento, no sabía bien cuándo, el chico se había acercado más a ella, o quizá fuera al revés y la que se había movido era ella. En cualquier caso, allí estaban.

El tiempo pareció estirarse como un líquido. El rostro de Avery estaba muy cerca del de Cord, y él la miraba con una intensidad azul poco familiar, sin el habitual sarcasmo e indiferencia, concentrado y decidido. Ella no podía respirar por culpa de los fuertes latidos de su corazón. Sabía que debía apartarse, pero no lo hizo, no podía moverse, todo era demasiado repentino e inesperado. Había entrado en un extraño universo en el que Cord Anderton quizá se inclinara sobre ella para besarla.

Entonces, de repente, Cord se echó hacia atrás, comentó alguna tontería sobre lo mal que cantaba, y Avery no supo bien qué había sucedido, si es que había sucedido algo.

Sus ojos se encendieron con la luz de la vela, que seguía titilando sobre la mesa. Pequeñas burbujas de felicidad se derretían para después alzarse alegremente hacia el techo, mientras las perlas de cera se deslizaban por los bordes y formaban charcos dorados en el fondo.

Puede que se lo hubiera imaginado todo.

Avery parpadeó hasta abrir del todo los ojos y después los cerró de nuevo mientras se volvía en la cama. Salvo que no estaba en su cama, sino en el sofá de los Anderton.

Se sentó de golpe y se llevó la mano al nudo apelmazado de su cabello antes de examinar el cuarto, algo frenética. La vela seguía sobre la mesa, aunque la llama se había extinguido hacía tiempo. La luz de primera hora de la mañana entraba por los enormes ventanales de Cord, que iban del suelo al techo.

No recordaba haberse quedado dormida. Cord y ella estaban hablando de Eris, y él encendió la vela para ayudarla a relajarse... Entonces fue cuando debió de dormirse.

Su vestido estaba justo donde lo había dejado, sobre el respaldo de una silla. Se acercó dando bandazos al armario del vestíbulo, donde los Anderton guardaban las bolsas de autoplanchado para la ropa; cogió una a toda prisa, echó dentro el vestido, se puso los tacones de satén y masculló entre dientes para pedir un deslizador mientras estaba a medio camino de la puerta. En el último minuto, un impulso espontáneo la llevó a mirar atrás y recoger los restos derretidos de la vela. Seguía quedándole una hora de vida, más o menos, y le daba la sensación de que la iba a necesitar.

Una vez a salvo dentro del deslizador, se echó hacia atrás, cerró los ojos y se esforzó por analizar los acontecimientos de las últimas doce horas. Todavía estaba dolida por la estúpida pelea con Atlas, aunque también se

avergonzaba de haber reaccionado de un modo tan inmaduro al irse a coquetear con otro chico para fastidiarlo. Con razón Atlas no le había mandado un parpadeo: la habría visto riendo y bailando, bebiéndose un chupito tras otro con Cord y yéndose a casa con él al final de la noche.

Se ruborizó. ¿Qué habría pensado Atlas de ella? Por lo que sabía, quizá creyera que de verdad había pasado algo entre Cord y ella.

¿Y no había estado a punto de pasar?

Avery no dejaba de repasar el momento, de intentar diseccionar lo que era y lo que significaba. ¿Había estado Cord a punto de besarla o había sido producto de su imaginación, alentada por el alcohol y la tripivela? «Bueno —pensó con decisión—, gracias a Dios al final no ocurrió nada».

El deslizador corrió escaleras arriba, cada vez más cerca del piso mil. Avery se inclinó hacia delante con la cabeza entre las manos para intentar aislarse del mundo. ¿Qué haría cuando viera a Atlas? ¿Lo dejaría atrás, echa una furia, pasaría de él o intentaría hablarle?

«Bésalo y dile que todo irá bien, pase lo que pase», le susurró su mente, y supo que era cierto. No le había gustado en absoluto verlo flirtear con Calliope, pero, a la fría luz del día, sabía que él había estado en lo cierto: no

significaba nada, y, si lo ayudaba a desviar las sospechas de sus padres, mejor. Amaba a Atlas, lo demás daba igual. Encontrarían el modo de resolverlo, como hacían siempre, se dijo.

El deslizador se detuvo junto a su puerta principal, y Avery entró con el vestido flotando junto a ella en la bolsa para la ropa. Empezó a doblar a la izquierda para ir al dormitorio de Avery, pero oyó ruido de cacerolas y sonrió sin poder evitarlo. Sabía que su aspecto era la definición misma del paseílo de la vergüenza, vestida con ropa de chico y con su minúsculo *clutch* de plata en la mano. Sin embargo, se lo explicaría todo en cuanto lo viera.

—¿Atlas? —lo llamó cuando entraba en la cocina—. Espero que estés preparando huevos con chile...

Se calló de golpe cuando vio quién estaba allí, porque no era Atlas, en absoluto.

Calliope se encontraba frente a los fogones, y solo llevaba puestos los calzoncillos y una camiseta de Atlas; Avery, perpleja, se dio cuenta de que era una camiseta que ella misma le había regalado. Iba descalza, y llevaba los desordenados rizos oscuros apilados sobre la cabeza y sujetos con uno de los pasadores favoritos de Avery.

Calliope la vio reflejada en la superficie del frigorífico y sonrió.

—Buenos días por la mañana. Lo siento, no son los huevos con chile de Atlas, pero estoy preparando tostadas y beicon, si quieres.

Ella no podía hablar. El mundo volvía a darle vueltas y el dolor regresaba; un dolor mucho mucho peor.

La otra chica se volvió y metió las manos debajo del limpiador ultravioleta. Recorrió con la mirada el atuendo de Avery y le guiñó un ojo.

—Bonito modelo. Me hace sentir un poco mejor saber que no soy la única.

—¿Ese pasador es mío? —se oyó preguntar Avery mientras se acercaba a Calliope.

¿De verdad pretendía arrancárselo del pelo?, pensó, salvaje, observando sus acciones como si fueran las de otra persona. La muchacha se le adelantó y lo tiró sobre la encimera.

—Lo siento —dijo con cuidado, claramente consciente de que había hecho algo malo—. Llamé a tu puerta, pero no estabas, así que lo cogí de tu cómoda. No llevaba diademas en el bolso.

Avery cogió el pasador. Se había convertido en un enorme pozo de desdicha, como si alguien le hubiera afeitado los extremos de las terminaciones nerviosas y ráfagas de dolor en estado puro le recorrieran todo el cuerpo. Sin saber cómo (tuvo que emplear hasta el último

vestigio de su fuerza de voluntad para controlarse, aunque sabía que pagaría por ello durante lo que quedaba del día), consiguió esbozar una tensa sonrisa y señaló con la cabeza el beicon que crepitaba en la cocina.

—No pasa nada. Y gracias por la oferta, pero la verdad es que no tengo hambre.



# RYLIN

A la semana siguiente, Rylin estaba almorzando emperchada en uno de los bancos de la escuela. Con la bandeja apoyada encima de las piernas, en precario equilibrio, le pegó un bocado a su sándwich de pollo con trufas.

A veces comía con un par de chicas de su clase de inglés. Hacía unas semanas le preguntaron si quería sentarse con ellas, y Rylin había accedido a disfrutar de su compañía; hablaban sin estridencias y nunca le venían con exigencias fuera de la cafetería. Pero hoy le apetecía pasar un momento a solas. Distraída, empezó a darle pellizquitos al pan del emparedado, aromatizado con esencia de naranja, y dejó que sus pensamientos vagaran sin ninguna dirección en particular.

Le iba mucho mejor con los estudios, qué duda cabía, aunque algunas asignaturas siguieran siendo tan horribles como al principio. El cálculo no le entraba en la cabeza,

por ejemplo, con todas aquellas ecuaciones tan esotéricas y sus indescifrables símbolos griegos; y seguía atrayendo miradas de extrañeza todas las mañanas, cuando montaba en el ascensor exprés con su elegante uniforme plisado. Pese a todo, comenzaba a acostumbrarse ya a la rutina, y por lo menos ahora se podía orientar por el campus sin la ayuda de Cord.

Los viernes por la tarde no habían tardado en convertirse en el momento preferido de Rylin, pero no por tratarse de la antesala del fin de semana, sino por la clase de holografía. Ahora era la estudiante de la que Lux y ella siempre se habían burlado antes, la que no paraba de levantar la mano a todas horas, ansiosa por exponer sus teorías o formular alguna pregunta. No podía evitarlo; le encantaba esa clase. Y no solo debido a Xiayne, aunque él tuviese algo que ver, siempre halagándola y dándole ánimos; desde su larga sesión de edición después de clase aquel día, solo le ponía sobresalientes. Rylin se había visto ya todas sus películas, algunas de ellas bastantes veces.

Para su sorpresa, había descubierto que la apasionaba la holografía. Le encantaba ver el resultado directo de cada lección, el modo en que cualquier idea o técnica nueva volvía su trabajo inmediatamente más nítido y limpio, ampliando su impacto. Nunca había prestado tanta

atención en clase. Ni siquiera tener a Cord delante, rebulléndose inquieto en la silla, era capaz de arruinar la experiencia.

Y no dejaba de pensar que algún día, si se volvía lo bastante buena, quizá pudiera crear un holo con el que explicarle sus sentimientos a Cord. No había sabido hacerlo de viva voz, estaba claro, pero ¿no era esa la finalidad de la holografía, expresar aquello que no se podía verbalizar?

Rylin estiró las piernas y encogió los dedos dentro de sus nuevos zapatos planos de color negro; le habían costado un ojo de la cara y eran demasiado infantiles para su gusto, pero ya no aguantaba más las ampollas que le provocaban los de Chrissa. Observó de reojo a los demás ocupantes del patio. A escasos metros de ella, unos muchachos jugaban a algo que ella no había visto nunca, utilizando los pies para pasarse un saquito relleno con el objetivo de evitar que tocara el suelo. Un grupo de chicas de primero (las más populares, dedujo Rylin, fijándose en el lustre de sus largas melenas y en el hastío que denotaba su actitud) holgazaneaban en el césped no muy lejos de ellos, fingiendo no estar haciéndoles ni caso al tiempo que se pavoneaban ostentosamente para atraer su atención.

Frente a ella, de repente, distinguió una figura familiar que avanzaba entre la multitud. De inmediato, Rylin se

sentó con la espalda más recta y echó la cabeza hacia atrás para apartarse el pelo de la cara, comportándose exactamente igual que aquellas novatas estúpidas. ¿Aprendería alguna vez a ver a Cord Anderton sin que se le formase un manojo de nervios en el estómago?

Cord volvió la mirada en su dirección, de soslayo, y la descubrió observándolo. «Mierda». Rylin agachó la cabeza en un intento por fingir que estaba leyendo algo en la tableta, lo que fuese, pero él ya había empezado a acercarse.

—¡Rylin! Gracias a Dios que te he encontrado, estaba buscándote por todas partes.

La muchacha se puso firme de repente cuando Xiayne se deslizó en el banco, a su lado. Cord, que se había detenido en seco, dio media vuelta.

—Hola —saludó Rylin a su profesor, dubitativa—. ¿Va todo bien? —Ni siquiera era viernes. ¿Qué hacía Xiayne en el campus... y buscándola a ella?

El hombre hizo una mueca. Se había sentado muy cerca de ella, tanto que Rylin podía ver la barba hirsuta que recubría sus mejillas morenas y el modo en que batían sus largas pestañas, grandes abanicos flexibles bajo los cuales relucían unos ojos verdes como hojas de salvia.

—Mi película es una pesadilla. El director de fotografía se acaba de apear del proyecto, así que he

tenido que ascender a su ayudante, la cual no estoy seguro de que esté preparada, pero es que no tenía elección. Falta poco más de una semana para que mi estrella se marche a rodar su próximo holo —se lamentó Xiayne—. En resumidas cuentas, que estoy buscando un nuevo ayudante de cámara.

—Menuda faena —murmuró Rylin—. Lo siento.

—Pues yo no —replicó él—, porque eso significa que ahora te puedo ofrecer ese puesto. ¿Qué me dices? ¿Te vienes conmigo a Los Ángeles?

—¿Qué?

Xiayne se inclinó hacia delante mientras de sus labios brotaba un intenso raudal de palabras.

—Rylin, eres una alumna de holografía extraordinariamente prometedora. Podría contratar a alguien en Los Ángeles, cierto, si lo único que me importara fuese terminar la película. Pero es que también me encantaría ayudarte a empezar tu carrera. —Sonrió—. Aunque posees un talento natural, todavía te queda mucho por aprender. La práctica y la experiencia te vendrían de maravilla.

—¿Quieres que abandone los estudios para irme a trabajar contigo?

«¿Y qué pasa con la beca?», añadió para sus adentros, aturullada. Xiayne, sin embargo, había comenzado ya a

responder a su pregunta no formulada.

—En Berkeley cuentan con un sistema para este tipo de casos. Diablos, el año pasado una de tus compañeras de clase se tomó un mes libre para hacer submarinismo en los Everglades, fue a estudiar los organismos acuáticos o algo por el estilo. Y, no te preocupes —añadió—, el departamento de arte cubrirá todos los gastos de desplazamiento.

—Pero ¿qué voy a hacer, exactamente?

—¿Puedo coger una de esas? —Xiayne indicó el paquete de galletas de chocolate con moras. Rylin se lo ofreció, desconcertada, y él cogió una y le pegó un enorme bocado. Habló de nuevo mientras se limpiaba los dedos pringados de chocolate en los vaqueros—. No me malinterpretes, Rylin, el puesto de ayudante conlleva mucho trabajo. Acarrear cosas de aquí para allá, ayudar a montar las luces, lidiar con los caprichos de la estrella de turno, que a veces se pueden poner un poquito... pesadas. Pero también tiene sus recompensas. Así empecé yo, hace mucho. Te aseguro que cualquier sacrificio que hagas te parecerá que ha merecido la pena cuando veas tu nombre en letras luminosas al final de la peli.

Rylin sintió un aleteo en el pecho.

—¿Pondrías mi nombre en los créditos?

—Por supuesto que sí. Lo hago con todos mis

ayudantes.

Con una punzada de culpabilidad, Rylin pensó en Chrissa, que se pasaría sola toda una semana; pero su hermana era una persona autosuficiente y sabría apañárselas sin ayuda de nadie. Además, a Chrissa le gustaría que fuese. Se enorgullecía de que Rylin hubiera retomado los estudios con tanto entusiasmo y estuviera aprovechando las clases. ¿Por qué no? Se debía a sí misma la oportunidad de intentarlo, al menos.

—¿Qué tengo que hacer?

En los labios de Xiayne se dibujó una sonrisa radiante.

—Ya te he enviado la documentación necesaria. En cuanto uno de tus padres estampe su firma, estaremos listos para ponernos en marcha.

—Lo cierto es que mis padres no viven en casa — declaró Rylin—. Y soy mayor de edad a efectos legales.

Sacó la tableta, localizó el archivo en un abrir y cerrar de ojos y apoyó el pulgar en el brillante círculo azul que había al final del documento para firmarlo. Instantes después, un destello verde de aprobación iluminó la pantalla.

—¿Tus padres no viven en casa? —repitió Xiayne aturdido.

—Mi madre falleció hace un par de años. Mi hermana y yo estamos solas desde entonces. Me he pasado los

últimos años trabajando, por eso voy un poco atrasada con los estudios.

Era la primera vez que a Rylin no le daba vergüenza reconocerlo. Seguro que Xiayne la entendía; ¿no acababa de contarle que se había labrado su carrera empezando de cero?

El hombre asintió con la cabeza.

—No dejas de impresionarme, Rylin —dijo, y se levantó con una sonrisa que le quitaba años de encima. Así parecía apenas mayor que ella, con sus delicadas facciones y sus alborotados rizos morenos—. Si eres mayor de edad, supongo que tendré que pagarte.

—Oh, no hace...

—Será el sueldo mínimo. Si tienes algún problema, háblalo con el sindicato —continuó Xiayne, y Rylin se rio.

—Gracias —le dijo.

Él asintió de nuevo, con un destello danzando en sus ojos.

—Cogeremos el hipercircuito mañana temprano. Te enviaré tu billete.

La última vez que se había subido a uno había sido con Cord, con rumbo a París, pero Rylin se recordó que no debía pensar en eso.

Aquella misma tarde, Rylin entró en la zona de secretaría



para acudir a su cita obligatoria con el decano del centro de estudios superiores. Al parecer, el decano en persona necesitaba aprobar todas las solicitudes de absentismo escolar, aun cuando estas ausencias estuvieran justificadas por unas prácticas que el propio centro avalaba.

—Te puedes sentar —entonó la secretaria aburrida.

Rylin se hundió en el diván, abrió un mapa de Los Ángeles en la tableta y empezó a ampliar distintas zonas de la ciudad, intentando familiarizarse con ella. Como si fuese a ver mucho más aparte del plató y sus inmediaciones, pensó con una punzada de trepidación.

Se sentía en las antípodas de la chica que había entrado allí aquel primer día, hecha un manojito de nervios e incertidumbre. Lo único que la embargaba ahora era una mezcla de emoción y curiosidad por descubrir qué le deparaba la semana que se avecinaba.

—No podemos seguir tropezándonos de esta manera.

Cord se sentó junto a ella.

—No puedes seguir acosándome de esta manera —contraatacó Rylin animada.

Las buenas noticias le habían levantado el ánimo.

Cord sonrió.

—Si quisiera acosarte, créeme, no elegiría la secretaria del centro.

Los dos se quedaron callados. Rylin se obligó a no

dirigirle la mirada, a clavarla en su tableta, en los estúpidos pósteres de la pared, repletos de paisajes montañosos y citas inspiracionales, en donde fuese menos en Cord. Aguantó ocho segundos completos.

Cuando no pudo seguir soportándolo y se giró en su dirección, vio que Cord estaba observándola fijamente con una mezcla de cautela, curiosidad y lo que ella esperaba que fuese una pizca de atracción. Por un momento le pareció como si no hubiera pasado el tiempo, como si se encontraran aún en aquella época dorada, cuando él todavía intentaba decidir si debería confiar en ella o no por primera vez. Cuando Cord no era un niño rico arrogante, predestinado a convertirse en multimillonario, y ella no era la doncella que le limpiaba los cuartos de baño; cuando, de alguna manera, no eran más que un chico y una chica que, en voz baja, hablaban de las cosas que ambos habían perdido.

Se preguntó si alguna vez podrían volver a ser como entonces.

—¿Cómo te fue en clase de esgrima? —le preguntó Cord.

—Bueno, ya sabes —bromeó Rylin—, como adversaria soy despiadada.

Intentaba hacer un chiste, pero Cord no se rio, y la muchacha se preguntó si no habría puesto el dedo en la

llaga. Al fin y al cabo, las cosas que le había dicho la noche que murió Eris habían sido crueles y..., sí, despiadadas.

—Bueno —continuó él, al cabo—, ¿qué haces aquí?

—Tengo una cita con el decano. —Rylin no pudo evitar que una nota de orgullo se reflejara en su voz—. La semana que viene faltaré a clase porque voy a embarcarme en un programa de prácticas con Xiayne. Voy a ser la ayudante de cámara de su nuevo holo.

—Pensaba que te habían concedido una beca. ¿No deberías estar aprovechándola para estudiar en vez de irte de juerga a Los Ángeles?

—Se trata de una oportunidad estupenda —replicó Rylin molesta por la desabrida reacción del muchacho—. Que a los alumnos de nuestra edad se les presente la ocasión de trabajar en un plató y adquirir experiencia de primera mano no es algo que pase todos los días.

—O a lo mejor es tan solo que Xiayne quiere conseguir mano de obra gratis. Porque no irá a pagarte, ¿o sí? —preguntó Cord, y a Rylin le sorprendió el veneno que destilaban sus palabras.

—Pues sí, mira. —Se odió por sonar tan a la defensiva.

—Vaya, celebro que hayas despertado un interés tan especial en él.

—Cord...

Rylin dejó la frase inacabada flotando en el aire, sin saber exactamente qué era lo que se disponía a decir, pero la puerta del despacho se abrió antes de que le diese tiempo a meditar su respuesta.

—¡Rylin Myers, disculpa que te haya hecho esperar!  
—atronó la voz del decano—. Adelante.

Rylin le lanzó una mirada interrogante a Cord, sintiéndose triste y dolida, pero él estaba sacudiendo la cabeza.

—Me da igual, Rylin. Sabe Dios que a mí no me debes ninguna explicación. Que te diviertas elevando el título de «favorita» del profesor a otro nivel.

La mente de Rylin recuperó de repente la capacidad de formular frases enteras.

—No todo el mundo es tan cínico como tú, Cord. Deberías probar a ser feliz algún día.

Enderezó los hombros y se alejó antes de que él pudiera replicar nada.

# CALLIOPE

Calliope paseaba con brío por el vestíbulo del Nuage, que en esta tarde soleada resplandecía de blanco y azul, consiguiendo que el hotel hiciera honor a su hombre. Se sentía como si estuviera flotando en el centro de una nube, quizá en el monte Olimpo.

Se acordó de fingir que cojeaba en el último momento, al pasar frente a los encargados de la recepción. Lo último que necesitaban Elise y ella era que empezasen a cobrarles una habitación por la que no tenían la menor intención de pagar. Pero a Calliope le costaba pensar con claridad; se disponía a tomar el té con su madre, y en su estómago hormigueaba una agradable sensación de anticipación. Para ellas, la hora del té siempre había sido algo especial.

Se adentró en el refinado restaurante del hotel, revestido de paneles dorados; los cubiertos de plata, estilo Francisco I, relucían encima de aquellas mesas tan

elegantes, engalanadas con unos manteles que parecían delicados como suspiros. Unas jovencitas con brillantes lazos de color rosa en el pelo se revolvían en sus asientos ante la estresada mirada de sus progenitoras; varios grupos de mujeres brindaban con copas de champán; había incluso unos cuantos turistas, que observaban a la multitud de clase alta con trepidación y cierta dosis de envidia. Calliope encontró a su madre sentada a una mesa en el centro del restaurante. Por supuesto, pensó la muchacha con una sonrisa, sin sorprenderse. Así todo el mundo podría admirarla mejor.

—¿Qué celebramos? —preguntó mientras ocupaba la silla de enfrente.

—Celebramos —respondió Elise con una sonrisa— que voy a tomar el té con mi hija.

El vestido de tubo con estampados que llevaba puesto le confería un aire moderno y desenfadado.

Calliope se reclinó en el asiento.

—Cada vez que hacemos esto me acuerdo del Día de la Princesa —comentó. Su tono era contemplativo, pero sin caer en la melancolía.

A Calliope le había obsesionado la hora del té desde que era una cría, cuando su amiga Daera y ella se vestían con la ropa usada de Justine y se servían mutuamente sencillas tacitas blancas llenas de agua, llamándose la una

a la otra por nombres inventados como lady Thistledown y lady Pennyfeather. Elise se había percatado de su fijación y había iniciado una tradición anual, solo para su hija y ella, denominada el Día de la Princesa. Se convirtió de inmediato en el día preferido del año para Calliope.

El Día de la Princesa, Elise y Calliope se ponían de punta en blanco, luciendo en ocasiones hasta los bolsos de la señora Houghton, o sus pañuelos para el cuello o sus joyas. Era la única ocasión en que Elise le consentía hacer algo así, antes de llevarla al carísimo hotel Savoy para tomar el té por la tarde. Incluso a esa edad, Calliope sabía que era temerariamente estúpido por su parte hacer algo tan extravagante, algo que estaba claro que no se podían permitir. Pero necesitaban el Día de la Princesa. Para ambas era una oportunidad de escapar de sus respectivas rutinas y experimentar otro tipo de vida, aunque solo fuese por unos instantes. Además, Calliope sospechaba que a su madre la entusiasmaba tanto como a ella: que fuesen los demás quienes se desvivieran por satisfacer sus deseos, para variar, en vez de al revés. Adoraba que le enseñasen aquellas bandejas de plata repletas de dulces sofisticados y le preguntaran cuáles le apetecía tomar; así podía levantar un dedo cargado de anillos y, con tono imperioso, anunciar: «Ese y ese, y también ese de ahí». Dándole órdenes a otra persona, como hacía

constantemente la señora Houghton con ella.

Calliope no olvidaría nunca el modo en que su madre se había vuelto hacia ella aquella primera mañana en el tren a Rusia, cuando su antigua vida era ya cosa del pasado y la nueva comenzaba a desplegarse ante ellas. «Es el Día de la Princesa, cariño», le había dicho.

Calliope sacudió la cabeza, desconcertada. «Pero si celebramos uno hace muy pocos meses».

«Ahora todos los días son el Día de la Princesa», le había asegurado Elise con una sonrisa. No el rictus tenso y forzado que llevaba tanto tiempo instalado en sus labios, sino una sonrisa agradable y sincera; Calliope vio que su madre había empezado a mudar aquella piel tan espantosa que le habían impuesto y estaba transformándose en otra persona. Con el paso de los años comprendió que Elise nunca había sido feliz en Londres. Solo al comenzar su vida en la carretera parecía haber descubierto su auténtica vocación.

Incluso ahora, el té seguía siendo su tradición, tan adorada y sagrada como cualquier iglesia. A Calliope le encantaba la ceremonia de servirlo, abrasador y humeante, en tazas de porcelana que cambiaban de forma; el hermoso despliegue de galletitas esponjosas, nata para untar y sándwiches exuberantemente cortados. La hora del té constituía un ritual relajante. Daba igual en qué



parte del mundo estuvieras, siempre resultaba tradicional, succulento y reconfortantemente británico.

Cuando debían tomar alguna decisión importante, Calliope y Elise lo hacían siempre a la hora del té, en el hotel de cinco estrellas donde se hubieran colado esa vez. Era el momento en el que elegían cuándo mudarse, cuánto dinero debería intentar estafarle Elise a su último novio o novia, cuándo deberían reemplazar sus retinas. Era el momento en el que decidían todos sus cursos de acción importantes, pensó Calliope..., salvo en lo tocante a enrollarse con Atlas. Esa era la única decisión de verdad que había tomado ella sola.

Una camarera de nariz respingona, con el pelo recogido en una coleta desenfadada, se acercó a su mesa en ese momento. Parecía más joven que Calliope. De hecho, pensó esta, era como si le sonara de algo, aunque no habría sabido precisar exactamente por qué.

—Buenas tardes, señoritas. ¿Están familiarizadas con nuestra carta de tés? —les preguntó con desparpajo.

Una lista holográfica se materializó en el aire ante ellas, con el menú caligrafiado a mano. Calliope podía ver el contorno de cada gota de tinta, la purpurina que alguien parecía haber espolvoreado sobre todo el conjunto.

—Tomaremos la torre para el té clásica y agua con limón, sin té —anunció bruscamente Elise agitando el

brazo a través de la lista para que sus píxeles refractados se disolvieran hasta desaparecer.

La camarera sonrió.

—El té viene con la torre. Tenemos variedades de todos los países de la Tierra y varios de otros planetas, como...

—Lo que tú prefieras —se apresuró a atajarla Calliope. Mientras la joven se alejaba con paso brioso, enarcó una ceja en dirección a su madre—. Venga, sé que estamos de celebración. ¿Qué te ha regalado Nadav?

Elise se encogió de hombros.

—Entradas para un espectáculo, un inventito suyo muy gracioso que monitoriza los latidos del corazón y la actividad muscular..., nada de valor, en realidad. Pero me ha manifestado su interés por celebrar una cena familiar, y pronto —añadió bajando el tono de voz varias octavas.

Calliope entendió de repente cuál era el motivo del té de hoy. Estaba siendo regañada; muy sutilmente, con mucho azúcar y fanfarria, pero regañada igualmente.

—Quieres que sea más amable con Livya.

—No te pido gran cosa. Pero significaría mucho para mí si pudieras hacer un ligerísimo esfuerzo por llevarte bien con ella en la fiesta. —Elise exhaló un suspiro—. Creía que ibas a ser mi red de seguridad, pero te largaste sin avisar, obsesionada con tus propios asuntos.

—Tenía una cita, mamá —señaló Calliope.

Elise levantó las manos en un gesto conciliador.

—Vale, lo entiendo. Sé que te gusta montar tus pequeños golpes al margen. —«No tienen nada de “pequeños”», pensó Calliope, ligeramente agraviada—. Y yo nunca te lo impido, ¿a que no? He sido más que justa, en mi opinión —continuó su madre.

Calliope se encogió de hombros.

—Asistiré a esa cena familiar, claro —prometió, como si no hubiera estado ya en un millón de ellas en el pasado; algunas terminaban con un anillo de bodas, otras no.

Se preguntó cuánto tardaría su madre en exprimírle una pedida de mano a esta relación.

Pero Elise no había acabado.

—Esperaba que esta noche, cuando estemos cenando, te pudieras comportar de forma un poquito menos... díscola —le sugirió—. Más como Livya.

—Más aburrida, quieres decir —señaló Calliope.

—¡Exacto! —se rio Elise.

La camarera depositó un opulento despliegue de dulces encima de la mesa. La pirámide se ahusaba en la cima, como la Torre de verdad, rematada incluso por una aguja de azúcar en miniatura.

—Esto es té lunar —les explicó mientras servía una humeante taza de té cuyo aroma recordaba vagamente al

aloe—. Mi favorito. Se cultiva en la superficie de la luna. Las plantas reciben un sol mucho más débil, por lo que tardan el doble en crecer.

Calliope probó un sorbito de la taza, la cual, al sentir el té dentro, había cambiado hasta adoptar la forma de una media luna dorada. Lo escupió de inmediato, asqueada por su sabor, muy amargo. La camarera frunció los labios ante su reacción, como si estuviera reprimiendo una sonrisa; Calliope se preguntó de repente si la muchacha no les habría recomendado aquel brebaje tan repugnante a propósito, tan solo para fastidiar a quienes seguramente le parecían un par de groseras con aires de grandeza.

Era lo que habría hecho ella en su lugar. Lanzó una mirada de reojo a su chic falda estampada y al bolso fucsia de Senreve colgado junto a ella en la silla. ¿Pensaría esta chica de Calliope lo mismo que esta siempre había pensado de Justine Houghton? Solo que Justine Houghton y ella no se parecían en nada.

—¿Esa camarera no te recuerda a alguien? —preguntó de sopetón cuando la chica se hubo marchado.

—Creo que no. —Elise alargó la mano, esquivando el té de la discordia, para coger su vaso de agua, en cuya superficie flotaba una pizpireta rodaja de limón—. Bueno, háblame de los progresos que has hecho. Es evidente que tu plan va viento en popa, puesto que ni siquiera volviste

a casa el domingo por la mañana.

—No estoy segura.

La habitual confianza en sí misma de Calliope se tambaleó. No sabía qué pensar de la situación con Atlas. Había intentado explorar el apartamento de los Fuller aquella noche, pero casi todas las habitaciones estaban programadas para restringir el acceso a los huéspedes. Y no se sentía de humor para robar la primera antigualla que se encontrase encima de cualquier mesa. Quería algo más grande. Quería joyas, aunque tenía el presentimiento de que no iba a obtener ninguna de Atlas.

El chico se había mostrado intachablemente simpático con ella la mañana después de la fiesta, habían desayunado juntos e incluso había llamado un deslizador para que la llevara a casa. Pero Calliope se dio cuenta de que tenía la cabeza en otra parte. No es que hubiera pasado nada entre ellos; Atlas había bebido tanto que no tardó en quedarse inconsciente, brindándole así a Calliope la oportunidad de pasearse por el apartamento a su antojo. Cuando hubo regresado a su habitación, buscó una camiseta suya y se la puso antes de quedarse dormida en la otra punta de la cama, sola.

—Ya veo por qué. Ese jovencito es casi demasiado adorable como para estafarlo.

Calliope tardó un momento en darse cuenta de que su

madre se refería a Brice Anderton.

—Oh, solo usé a Brice para conseguir una invitación a la fiesta. No es estafable —se apresuró a añadir sabiendo que Elise no insistiría—. No, mi objetivo es otro chico. El que me llevó a su casa. —Bajó la mirada a sus manos, nerviosa, mientras cortaba un sándwich de pepino en diminutos triángulos. Su madre siempre parecía entender qué pensaban los demás, qué querían. Quizá ella pudiera arrojar algo de luz sobre la conducta de Atlas—. Lo cierto es que me vendría bien un consejo —admitió Calliope.

Elise se inclinó hacia delante, intrigada.

—¿Para qué están las madres, si no?

Calliope se lo contó todo. Cómo había reconocido a Atlas en el cóctel de los Fuller, escenificando después un tropiezo fortuito con él en la piscina del Nuage; cómo había aceptado la invitación de Brice para asistir al Baile de la Sociedad Conservadora del Hudson, a sabiendas de que Atlas también estaría en la fiesta; cómo se había ido a casa con Atlas (demostrando así de una vez por todas lo que ya sospechaba: que, efectivamente, la deseaba), tan solo para darse cuenta de que podría haber estado equivocada desde el principio.

—A ver si me aclaro —dijo Elise mientras le daba un mordisco a una de las pastitas, provocando una cascada de minúsculas migas jaspeadas de azúcar que rutilaban como

gemas desparramadas sobre el platillo de porcelana—. ¿Conociste a este chico en África?

Calliope asintió con la cabeza.

—Pero se fue un buen día, sin darme ninguna explicación. No te lo había contado antes porque...

—No pasa nada —la interrumpió Elise. No solían hablar del golpe que habían intentado dar en la India, el más nefasto de su carrera. Elise había entablado una relación con un caballero mayor que ella, empleado del gobierno, y le había solicitado un donativo para una organización humanitaria ficticia, pero el hombre falleció de improviso en misteriosas circunstancias. De un día para otro, las fuerzas policiales del país al completo se habían abalanzado sobre su pista. Calliope y Elise estaban tan aterradas que se habían separado para abandonar el país, por si acaso—. No sabía que hubieras intentado dar ningún golpe en África, eso es todo —continuó su madre.

Parecía un poquito dolida.

—Da igual, porque no salió bien.

—Todavía —la corrigió su madre—. No ha salido bien todavía. —Sonrió con los labios apretados. Sus ojos resplandecían como los de un gato—. La estafa está alargándose más de lo que esperabas, pero ¿a quién le importa? Puedes permitirte el lujo de trazar planes a largo plazo.

—No tan largo. Piensa irse pronto.

Faltaba menos de un mes para que Atlas se trasladase a Dubái, a fin de hacerse cargo de la torre que poseía allí su padre. Tenía que obtener algo de él antes de que se esfumara de nuevo.

—Bueno, no te preocupes si no da resultado. Ya conseguiré yo suficiente para las dos —le prometió Elise. Tras exhalar un suspiro, añadió—: Has dicho que este chico proviene de una familia adinerada, ¿verdad?

—Es Atlas Fuller. —¿Calliope no había mencionado antes su nombre?—. La fiesta de cóctel aquella se celebró en el apartamento de su familia.

Elise se quedó petrificada de repente, como el personaje de un holograma, con un pastelito glaseado suspendido en el aire a medio camino de sus labios. El único movimiento lo protagonizaba el lento y desconcertado batir de sus párpados, sombreados de oro. Por un momento Calliope temió haberse extralimitado; quizá no hubiera sido tan buena idea intentar estafar al chico cuya familia vivía, literalmente, en la cima del mundo.

Pero entonces Elise se echó a reír, carcajeándose tan desaforadamente que se le anegaron los ojos de lágrimas. Al verla, Calliope no pudo por menos de reírse a su vez.

—¡El piso mil! Que no se diga que no apuntas alto.



Brindo por eso.

Elise entrechocó su vaso de agua con el de su hija con intensidad renovada.

—Qué puedo decir, mis gustos son caros —le concedió Calliope con una sonrisa.

Su madre tenía razón; Calliope era una profesional y, tarde o temprano, siempre lograba todo lo que se proponía. También Atlas terminaría cayendo, daba igual el tiempo que le llevara.

La camarera reapareció para recoger la bandeja de té, salpicada de manchas de mantequilla y pastitas mordisqueadas. En un arrebato de lucidez, Calliope comprendió a quién le recordaba: a Daera, su amiga de la infancia. Ambas compartían los mismos ojos, tan grandes, y el cabello castaño.

Se preguntó qué estaría haciendo ahora Daera, al cabo de tantos años.

—¿Quieres pagar tú esta vez o prefieres que me encargue yo? —preguntó Elise.

—¿No podemos usar el dinero de la criptocuenta? Pensaba que la última indemnización había sido de las gordas.

No podían haberse gastado tan deprisa todo ese dinero. La idea de representar uno de sus trucos en estos momentos se le antojaba extrañamente agotadora.

Elise se encogió de hombros.

—Nos fundimos la mayor parte durante nuestra semana de chicas en Mónaco. —Calliope hizo una mueca al recordar aquella escapada tan extravagante, en la que se habían dedicado a salir de compras a todas horas, alojarse en hoteles decadentes e incluso alquilar un bote por puro capricho. Quizá deberían haber sido un poquito más responsables—. Estoy intentando ahorrar el resto para comprar los billetes que habrán de sacarnos de aquí —añadió su madre—. Pero, no te preocupes, yo me encargo del té.

Tras mirar de reojo a su alrededor, estiró el brazo y, de un tirón, le arrancó un mechón de pelo a Calliope.

—Oye... ¡Ay! —exclamó la muchacha. Se contuvo para no llevarse la mano a la cabeza, sabiendo que así echaría a perder el efecto—. ¿No llevabas encima otra cosa? —siseó con un hilo de voz.

—Perdón. Usaría mi propio cabello, pero no es lo bastante oscuro como para hacerlo pasar por el de la camarera.

Elise empezó a distribuir los cabellos por encima de la bandeja, pero se lo pensó mejor y acabó depositándolos en el fondo de la taza. Se reclinó y pasó con aire despreocupado un brazo pálido por el respaldo de la silla mientras tomaba un sorbo de té, intacto hasta ese

momento.

Instantes después profirió un alarido afectado al tiempo que se llevaba una mano al pecho. Todas las cabezas se giraron en su dirección de forma automática. La camarera que parecía una versión adulta de Daera acudió corriendo a su lado.

—Ay, Dios santo. ¡Mi té está lleno de pelos! —chilló Elise, cuya voz destilaba una revulsión que distaba de sentir en realidad. Elevó una mirada acusadora a la camarera—. ¡Es como si hubieras mudado la piel en mi taza!

No dejaban de observarlas de reojo. A los neoyorquinos les encantaban los dramas, reflexionó Calliope, siempre y cuando no fuesen ellos los que estuvieran protagonizando una escena.

—L-lo s-siento —tartamudeó la muchacha, titubeante, tocándose la coronilla como si quisiera comprobar que aún llevaba el cabello recogido en aquella coleta tan alta y risueña. La expresión que lucía era de pavor indisimulado.

Durante el consiguiente alboroto de rigor, consistente en llamar al gerente, protestar y conseguir que las invitaran a todo lo que habían consumido, Calliope se abstuvo de abrir la boca. Se descubrió preguntándose qué le pasaría a la camarera cuando todo aquello hubiera acabado. Lo más probable era que le descontasen de su

suelto el precio de los tés, concluyó, rebulléndose ligeramente en la silla. No llegarían al extremo de despedirla, ¿verdad?

—¿Estás bien? —inquirió Elise cuando las aguas hubieron vuelto a su cauce y montaron en el ascensor que habría de llevarlas a su *suite*—. Te has puesto pálida.

—Creo que he tomado demasiada azúcar. —Calliope se llevó una mano al estómago, el cual le dolía de veras—. Ya se me pasará.

Cuando se cerraron las puertas, sin embargo, revelando los relucientes espejos del interior del elevador del Nuage, Calliope bajó la mirada a sus manos, crispadas sobre el asa del bolso. Por una vez, no le apetecía contemplar su reflejo.

# AVERY

Avery estaba tumbada en la cama, contemplando fijamente las delicadas nubes que flotaban por el techo, sin verlas. Habían pasado ya varios días desde que llegara a casa para descubrir a Calliope en la cocina, vestida con los calzoncillos largos de Atlas, aunque jamás olvidaría esa imagen. Se había grabado a fuego en su memoria, con una nitidez incandescente.

Atlas y ella llevaban desde entonces sin dirigirse la palabra. Avery ni siquiera lo había visto por el apartamento: los dos procuraban hacerse notar lo menos posible últimamente, como si hubieran acordado de mutuo acuerdo algún tipo de alto el fuego temporal.

De alguna manera, Avery se las había apañado para aguantar el tipo en la escuela. Pero todas las noches se desplomaba sobre sus almohadas de encaje, del color del champán, y se entregaba a un llanto tan abrasador como amargo.

—¿Avery?

No debería sorprenderla que el muchacho llamase a su puerta, pero, así y todo, Avery tardó un momento en procesar lo que sucedía. Ardía en deseos de enfrentarse a esta conversación y, al mismo tiempo, la atemorizaba.

—Ábrete —murmuró poniéndose de pie mientras el ordenador de la habitación retiraba el campo magnético que bloqueaba la puerta.

Atlas apareció en el umbral. Parecía distinto; tenía ojeras y su piel se veía cerosa, pero no se trataba tan solo de eso. Era como si se hubiese operado algún tipo de cambio fundamental en él, como si ya no fuera el mismo chico que Avery conocía.

—Hola —dijo por todo saludo. Que tomase él la iniciativa; era lo único que podía ofrecerle ahora mismo.

—Hola —repitió Atlas. Sus ojos sondearon los de Avery, pero esta se limitó a devolverle la mirada, desapasionada y ecuánime—. Esto..., ¿puedo pasar?

Avery se hizo a un lado mientras él entraba y cerraba la puerta.

—Cuánto has tardado —musitó la muchacha.

—Tenía mucho en lo que pensar.

Pero Avery aún no había acabado.

—Me lo imagino. Esta vez la has cagado bien, Atlas.

—Disculpa, ¿que yo la he cagado? Pero ¿te estás

oyendo? ¡Aquella mañana venías de casa de Cord! ¿Quién eres tú para hablar?

—Sabes de sobra que Cord y yo solo somos amigos.

A Avery le produjo un placer malsano haber conseguido que levantase la voz.

—Yo ya no sé nada —replicó Atlas con una amargura que la sorprendió.

Se hallaban bajo una gigantesca lámpara de araña, inmóviles por completo. Era como si el mero acto de entablar por fin esta conversación los hubiera anclado en el suelo y ninguno de ellos pudiera dar ni un solo paso hasta haber resuelto sus diferencias, de un modo u otro.

Avery se mordió el labio, deseando haber ensayado algún tipo de discurso.

—Mira, lamento haber reaccionado así cuando te vi tonteando con Calliope. Fui estúpida e inmadura. Aquella mañana volví con la intención de pedirte disculpas..., ¡hasta que me la encontré aquí, brincando con tu ropa interior! —Parpadeó para contener el aluvión de lágrimas que amenazaba con desbordarle los ojos—. ¡Atlas, sé que nos habíamos peleado, pero no hacía falta que te acostases con ella la misma noche!

—Entre Calliope y yo no pasó nada —insistió Atlas—. Aunque no te lo creas, puesto que pareces haberte empeñado en ver únicamente lo que a ti te apetece.

—Aunque no te acostaras con ella —suspiró Avery—, no deberías haberla traído a esta casa. ¿No te das cuenta? Al primer encontronazo, acudiste directamente a ella. Huiste.

«A los brazos de alguien más fácil. Alguien con quien puedes estar en público, sin necesidad de ocultarte», quiso añadir.

—No fui el único. Los dos corrimos a refugiarnos en otra persona.

—Ya te he dicho que entre Cord y yo no pasó nada.

Avery no estaba segura de por qué era tan importante para ella subrayar ese hecho, pero en realidad daba igual; Atlas estaba sacudiendo la cabeza.

—Te creo. Pero ¿y la próxima vez, Aves? A lo mejor entonces sí que pasa algo, con cualquiera de los dos. ¿No te parece tremendamente problemático que, cuando nos peleamos, ambos hayamos recurrido a otra persona, a alguien más...?

—Fácil. Menos complicado. Todo lo que no somos tú y yo —terminó Avery la frase por él.

Atlas la miró a los ojos.

—¿Es eso por lo que me quieres? —preguntó en voz muy baja.

Avery no lo entendió a la primera.

—¿Cómo?



—¿Te has enamorado de mí porque soy complicado, y prohibido..., porque soy la única cosa en el mundo entero que no está a tu alcance? ¿Lo único para lo que, tras haber expresado tu deseo de poseerlo, la respuesta ha sido «no» en vez de «sí»?

Avery sintió que el rubor escapaba de sus mejillas.

—Eso es muy cruel, Atlas. No puedes decírmelo en serio.

Ante el dolor que denotaba su voz, un remedo del antiguo Atlas retornó a sus facciones, y dejó escapar un suspiro.

—Tenía que preguntártelo —repuso sonando más derrotado que contrariado.

Aquello asustó a Avery, pues sabía que significaba que estaba aislándose de ella, obligándose a no sentir nada, a que no le importara nada.

—Sabes que te quiero —insistió ella.

—Y tú sabes que yo siento lo mismo por ti. Después de todo esto, sin embargo...

A Avery no le pasó inadvertido el timbre de determinación que impregnaba su voz. Y comprendió, con un sobrecogedor alfilerazo de nitidez, que aquel era el principio del fin.

—No va a funcionar, ¿verdad? —murmuró la muchacha con la voz estrangulada por lo dolorosas que

eran aquellas palabras. Pero no debería ser Atlas el que las pronunciara.

—Es que no puede funcionar, Aves. Nunca. Es imposible. Lo mejor sería que... lo dejáramos.

El tono de Atlas era desapasionado, casi formal, como si Avery no fuese más que un cliente al que estuviera proponiéndole un nuevo diseño de construcción. Pero Avery conocía la mente del muchacho casi mejor que la suya y podía ver cuánto estaba costándole esto, el esfuerzo desgarrador que estaba haciendo para no desmoronarse delante de ella.

«Te quiero y eso es lo único que importa», quería decirle, pero se mordió la lengua porque, en última instancia, no serviría de nada. Lo que importaba era todo lo demás. Amaba a Atlas y Atlas la amaba a ella. Su relación, sin embargo, no podría salir adelante jamás.

Sabía que ella era la responsable de lo que había ocurrido el sábado. Se había dedicado a sabotear su relación, erosionándola pedazo a pedazo como una chiquilla destructiva, hasta precipitar el inevitable final. Pero sus problemas no se remontaban tan solo a esa noche. Atlas tenía razón, lo que había pasado no era más que un síntoma de algo más grave: la insoslayable imposibilidad de estar juntos.

No existía ningún lugar seguro en el que pudiera

refugiarse; ningún rincón en el mundo donde la naturaleza de sus identidades, lo prohibido de su amor, no pudiera seguirles la pista.

Quizá el amor no fuera suficiente, después de todo. No cuando hasta el último obstáculo posible se interponía en su camino, cuando todas las probabilidades se alzaban en su contra. Cuando el mundo entero se conjuraba para mantenerlos separados.

—Vale —murmuró Avery mientras todo su universo se partía silenciosamente por la mitad—. Pues vamos a... Quiero decir...

No fue capaz de terminar la frase. ¿Vamos a seguir como antes? ¿Vamos a seguir representando nuestros respectivos papeles de hermano y hermana, después de todo lo que habían compartido?

Atlas pareció comprenderla, como hacía siempre.

—Voy a aceptar el trabajo en Dubái. Pronto estaré a medio planeta de distancia. Eso debería facilitarte las cosas. Lo siento —añadió.

Avery ignoraba durante cuánto tiempo se había quedado clavada en el sitio después de que el muchacho se fuera, con los ojos cerrados. Una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla.

Se sentía como si acabara de sufrir la muerte de un ser querido. Y, en cierto modo, pensó, sí que se había

producido una víctima: su relación con Atlas. Algo rebotante de ternura y vitalidad, de color y sonido, hasta que los dos decidieron asestarle el golpe de gracia.

Atlas iba a marcharse y no tenía la menor intención de volver.

# LEDA

Leda estaba sentada en la cama, intentando ponerse al día con las lecturas para la clase de inglés, pero en su mente se agolpaban demasiados pensamientos como para concentrarse en las palabras. No dejaba de pensar en Watt y en lo que había pasado el sábado por la noche.

Se había despertado a la mañana siguiente para no encontrar nada más que sábanas arrugadas, pues Watt ya se había ido.

Después lo había recordado todo (la presión de los labios del muchacho contra los suyos, la fuerza y la seguridad de aquellas manos que se deslizaban por todo su cuerpo) y se había dado la vuelta para enterrar el rostro en la almohada, reprimiendo un gemido. Gracias a Dios que le había parado los pies a tiempo.

¿En qué estaría pensando para traer a casa a Watt Bakradi? Pero si ni siquiera le caía bien. Lo detestaba, de hecho.

En fin, decidió en un arrebató de resolución, por lo menos el hecho de que no le gustase significaba que olvidar todo aquel incidente sería coser y cantar. No había ninguna necesidad de sacarlo a relucir de nuevo.

Salvo que ni siquiera ahora era capaz de frenar los recuerdos que se agolpaban en su cabeza, nítidos y abrasadores, cada vez más deprisa. Cerró los ojos para protegerse de ellos, pero así solo consiguió que se sucedieran todavía más rápido...

—Leda —dijo su madre mientras abría la puerta del dormitorio.

—Pensaba que habíamos acordado que llamarías.

Leda no pudo evitar ponerse a la defensiva de inmediato. Esperó que el rubor que notaba en las mejillas no delatase, de alguna manera, en qué había estado pensando hasta ese preciso momento.

Su madre se acercó al armario y, tamborileando furiosamente con los dedos, repasó el despliegue de prendas de vestir que aparecía en la pantalla táctil de Leda. Siempre había encontrado un curioso solaz en la ropa, como si organizando el atuendo perfecto pudiera repeler todos los sinsabores de la vida.

—Estoy preocupada por ti —dijo Ilara mirando aún la pantalla. Llevaba puesto un pijama de seda cubierto de pollos estampados que, por alguna razón, a Leda se le

antojó absurdamente cómico—. Llevo así desde antes de la muerte de Eris. Razón por la cual nos vamos a Silver Cove el fin de semana que viene, solas tú y yo.

Leda se levantó de la cama de un salto, agitada.

—¿Qué? ¡No! —No quería regresar allí, y menos con su madre.

—Leda, los cuatro meses de seguimiento forman parte recomendada de tu tratamiento. Creo que te vendría bien, habida cuenta de todo lo que ha pasado. Y el doctor Vanderstein me da la razón.

—¡Dios, mamá, tienes que dejar de hablar con él sobre mí! ¡No es ético en absoluto! —exclamó Leda, antes de respirar hondo e intentar recuperar siquiera un remedo de calma—. No me hace falta ir allí. Te lo prometo.

No soportaba la idea de volver a Silver Cove. Aquel sitio estaba atestado de recuerdos. Si regresaba, se vería obligada a afrontar todo lo sucedido en los últimos meses..., tendría que recordar a la Leda Cole que había llegado allí por primera vez; joven, herida y enamorada todavía de Atlas. A lo mejor aquella chica hubiera sido una estúpida, pero seguía siendo preferible a la nueva Leda, que tras asesinar a alguien había chantajeado a otros para mentir al respecto.

Leda tenía miedo, comprendió, del fantasma de su

antiguo yo.

Su madre exhaló un suspiro. Cuando volvió a hablar, su tono era más firme que antes.

—Sé que me has estado engañando.

A Leda se le aceleró el pulso. Los espejos del armario producían el efecto de que hubiera tres Ilaras delante de ella, todas regañando a su hija con la misma nota de decepción en la voz.

—¡Me dices que vas a casa de Avery, pero tengo que enterarme por Elizabeth Fuller de que llevas semanas sin pasar por allí! ¿Qué me estás ocultando? —prosiguió su madre, derrotada.

Leda se acercó a ella y le dio un abrazo. Su pobre madre, tan dulce y confiada, que seguía sin saber que el padre de Leda le había puesto los cuernos; que solamente quería lo mejor para sus hijos.

—Lo siento —murmuró Leda desesperada por ganar algo de tiempo—. Te quiero.

Ilara estaba tan delgada que la muchacha podía sentir todos los huesos de su columna, apilados unos encima de otros como las piezas redondeadas de un rompecabezas.

—Por favor, Leda. Sea lo que sea, te aseguro que quiero ayudar. Yo no soy nadie para juzgar —dijo Ilara casi en susurros. Parecía al borde del llanto—. Al fin y al cabo, es culpa mía que te metieras en todo este lío.



Leda parpadeó varias veces seguidas, sobresaltada momentáneamente por su propia insensibilidad. Nunca había considerado que su madre pudiera culparse a sí misma por su adicción. Había sido el xemperheidreno de Ilara lo que Leda empezó a meterse en séptimo curso, cuando descubrió por primera vez qué eran aquellas pastillas. Aunque las de su madre eran legales, por supuesto, recetadas para la ansiedad por el doctor Vanderstein en persona. Pero, aun así.

Si no había forma de escapar de este reingreso en la clínica de rehabilitación, por lo menos Leda necesitaba ir sin su madre. Sería demasiado agotador emocionalmente para Ilara. Leda no podía pedirle algo así.

—Iré por mi cuenta —se ofreció, pero su madre negó con la cabeza.

—Necesitas que te acompañe una persona responsable. ¿Qué hay de papá?

A Leda le dio un vuelco el corazón en el pecho, presa del pánico. Terminantemente, no. De ninguna manera pensaba pasarse todo un fin de semana a solas con su padre. Todas las clases y círculos que compartían... Podría volver a intentar hablar con ella de Eris, hacerle cualquier tipo de confesión incómoda para aliviar su conciencia, todo con la excusa de «repararse».

Y entonces Leda supo exactamente a quién debería

pedírselo. Alguien que no le vendría con exigencias extrañas, que la dejaría ir a yoga y a los pases de holos en vez de a las actividades de rehabilitación propiamente dichas. Alguien que no podría decirle que no.

—Antes tenías razón, mamá. He estado ocultándote algo. —Hela aquí, la apuesta del siglo. Quien no se arriesga, no gana, ¿verdad?—. Tengo un novio nuevo.

Como cabía esperar, Ilara aspiró una bocanada entrecortada de aire, satisfecha de haber estado en lo cierto.

—¿Un novio? ¿Quién es?

—Watt Bakradi. Me acompañó al Baile de la Sociedad Conservadora del Hudson. Vive en la Base de la Torre, por eso pensé... —Dejó intencionadamente que el silencio se prolongara.

—¿Qué? ¿Que yo no lo iba a aprobar?

Leda se encogió de hombros, dejando que su madre se lo tomara como un sí.

—Venga ya, Leda. Espero que no tengas una opinión tan mezquina de mí. Yo también empecé de la nada.

Ilara tomó las manos de Leda entre las suyas y les propinó un apretón, firme pero bienintencionado.

—Gracias —suspiró Leda aliviada—. Bueno, pues... estaba pensando que podría ser Watt el que viniera conmigo a rehabilitación en tu lugar.

Su madre aún tenía el ceño fruncido.

—Celebro que hayas conocido a Watt, pero no estoy segura de que sea la persona indicada para ir a Silver Cove. No lleváis tanto tiempo saliendo juntos; no está preparado para hablar de tu historial. Me sentiría mucho mejor si te acompañase tu padre.

Leda agachó la cabeza como si se sintiera azorada; cavando todavía más en el hoyo en el que ya estaba metida, sepultándose bajo otro montón de mentiras.

—Watt sabe muy bien cuál es mi historial. Y ya llevamos juntos bastante tiempo, en realidad. Lo que pasa es que se trata de un tema delicado, por la forma en que nos conocimos.

—¿A qué te refieres?

—Su hermana mayor estuvo en Silver Cove. Pasó por algo similar a lo mío. —El embuste le formó un nudo en el estómago, pero volvió a pensar en regresar allí (en ver de nuevo los escenarios que ya le resultaban tan familiares, y peor aún, lo que podría suponer para aquello su madre) y su resolución se intensificó—. Watt ha sido mi persona de confianza de un tiempo a esta parte. Después de todo lo que pasó con su hermana, para él es importante formar parte de mi proceso de recuperación. Y para mí significaría mucho tenerlo allí, a mi lado.

Ilara se quedó callada un momento, estudiando a Leda

como si no supiera muy bien cómo encajar este nuevo giro de los acontecimientos.

—Déjame consultarlo con tu padre. Aunque supongo que no habrá ningún inconveniente. —Se detuvo en la puerta—. Deberías invitar a Watt a cenar un día de estos. Y a su hermana —añadió con ternura—. Me encantaría conocerlos a los dos.

Leda sostuvo la mirada de su madre mientras extendía aún más su red de mentiras.

—Puedo decírselo a Watt. Pero su hermana falleció el año pasado.

—Ay, Leda. Lo siento.

Su madre palideció y tragó saliva con dificultad. Y Leda supo que se había vuelto a salir con la suya.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti. Me siento muy orgullosa de ti —dijo Ilara en voz baja cerrando la puerta al salir.

Leda se tiró de nuevo en la cama y empezó a redactar un mensaje para Watt. «Despeja tu agenda para el próximo fin de semana y haz las maletas —escribió—. Te vienes conmigo a Nevada».

# RYLIN

Rylin salió detrás de Xiayne de la estación de tren de Los Ángeles, cuya estructura nacarada, que recordaba a una gigantesca concha marina, resplandecía cegadora al sol de la mañana.

Levantó la mano en un acto reflejo para resguardarse los ojos mientras observaba de soslayo su nueva maleta de color negro, la cual la seguía rodando automáticamente con un suave zumbido. Chrissa se la había regalado a modo de enhorabuena por tu beca de prácticas. Rylin estaba tan emocionada que ni siquiera fue capaz de reconvenirla por la extravagancia.

—¿Te parece que nos dirijamos directamente al plató? —preguntó Xiayne observándola de reojo—. Falta una hora para que empiece el rodaje.

Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta negra con una sola palabra blanca estampada en el pecho, aunque esta no dejaba de cambiar continuamente, en

orden alfabético. Hasta el momento, esa mañana, Rylin había podido leer ya desde «paralelo» hasta «tostada». Se preguntó cuánto tardaría la camiseta en describir un ciclo y volver a empezar por el principio.

Habían madrugado para coger el tren que salía de Nueva York a las ocho, pero, dado que el trayecto de costa a costa solo duraba dos horas, ahora acababan de dar las siete de la mañana en Los Ángeles. La asaltó la curiosa sensación de haber viajado hacia atrás en el tiempo.

—Claro que sí —respondió sin dudar.

Apenas si había conseguido pegar ojo por culpa de los nervios. Seguía sin creerse del todo que fuese a trabajar en el plató de un holo de verdad.

Tras montar en un deslizador y ponerse en marcha, Rylin pegó la cara a la ventanilla, desesperada de curiosidad por ver cómo era esta ciudad desconocida. Las calles se extendían en todas direcciones, iluminados y suavemente curvados los edificios. Rylin no había visto nunca nada parecido. Todo parecía tan innecesariamente disperso, con la gente viviendo, trabajando y yendo a la escuela en tantas construcciones distintas... Cabía esperar algo así de los suburbios, pero ¿esto no se suponía que era una ciudad? El conjunto se le antojaba absurdo y poco eficiente.

Pasaron por delante de un complejo de apartamentos de lujo, de aspecto nuevo y resplandeciente, con glamurosas terrazas en cada uno de los niveles. Se elevaba apenas veinte alturas del suelo, aunque saltaba a la vista que estaba diseñado para gente acaudalada. Rylin no conocía un solo neoyorquino con dinero que estuviese dispuesto a vivir en algo tan achaparrado; ¿de qué vistas se podrían disfrutar desde allí? Seguro que su apartamento, que estaba en el piso 32 de la Torre, era más barato que cualquiera de las residencias de aquel vecindario.

—Bienvenida a Los Ángeles, la ciudad de los soñadores. Bella, pero carente de lógica sin remisión —dijo Xiayne, como si estuviera leyéndole el pensamiento. En sus palabras se mezclaba el sarcasmo con una curiosa dosis de orgullo—. Me alegra que hayas venido, Rylin —añadió, y su voz se deslizó como un agradable cosquilleo por el cuerpo de la muchacha, que sonrió.

—Yo también. —Le sobrevino de repente el recuerdo de la cruel insinuación de Cord, el modo en que la había acusado de estar «elevando el título de favorita del profesor a otro nivel». Se rebulló para interponer un poco más de distancia entre Xiayne y ella en el reducido habitáculo del deslizador. El hombre no dio muestras de haberse percatado del gesto—. ¿Cómo se mueve la gente

por aquí? —preguntó después de un momento, con genuina curiosidad.

—Medusa. —Ante la mirada de perplejidad que le lanzó Rylin, Xiayne apuntó hacia arriba con un gesto y el techo del vehículo se tornó transparente—. Es un acrónimo. Se refiere al sistema de aerotranvías denominados Metropolitanos de Unidad Sub-Aérea.

Un entramado de monorraíles asombrosamente complejo abarrotaba el cielo sobre sus cabezas. Todos estaban pintados de brillante neón, como un nido de culebras resplandecientes. Tras ellos, a lo lejos, vislumbró la bóveda azul del firmamento.

Una cara de payaso de dibujos animados se materializó contra aquel fondo azul, proyectada junto a las palabras: ¡MCBURGER KING! ¡HAMBURGUESAS 2x1 TODOS LOS LUNES! Rylin jadeó sorprendida.

—Oh, ¿han empezado ya los anuncios matinales? —Xiayne echó un vistazo al exterior y se encogió de hombros—. Los proyectan sobre la Burbuja.

Rylin había oído hablar de ella. Antes de que la lluvia empezara a controlarse mediante hidrocápsulas, cuando el calentamiento global todavía constituía un problema, a los habitantes de Los Ángeles les preocupaba que la temperatura de la ciudad se elevara a niveles insoportables. De modo que la habían «envuelto en



plástico de burbujas», por así decirlo, construyendo una gigantesca cúpula de supercarbono que rodeaba toda la urbe. Años después, cuando la cúpula ya no era necesaria, se negaron a desmantelarla. Quizá se hubiesen vuelto demasiado adictos a los ingresos que generaba la publicidad, pensó Rylin. Visualizó las líneas de la Torre, limpias y fuertes, tan alejadas de esta ciudad atestada, centelleante y caótica, y se descubrió echándolas extrañamente de menos.

—Ya hemos llegado —dijo Xiayne cuando el deslizador se hubo detenido frente a una serie de edificios, achaparrados e interconectados, que solo podían ser los estudios.

El cavernoso plató estaba en silencio y desierto. Rylin lanzó una miradita fugaz al decorado: una inmensa sala del trono con columnas de mármol y una recia tarima dorada. Por supuesto: *Salve, regina* era una película histórica sobre la última monarquía de Inglaterra, antes de que Gran Bretaña aboliera la institución por completo. Las luces se atenuaron, se intensificaron y volvieron a atenuarse mientras alguien, probablemente el director de fotografía, se esforzaba por perfeccionar el modo en que caía la claridad sobre algún detalle específico. Rylin todavía estaba intentando asimilar todo aquello cuando Xiayne dobló a la izquierda y atravesó una pared.

Tras abrir los ojos de par en par, la muchacha cayó en la cuenta de que allí no había ninguna pared, sino una pantalla de luz opaca, diseñada para que evitar que las cámaras capturasen el desorden reinante. Apresurándose a seguir los pasos de Xiayne, se zambulló en el caótico frenesí de los bastidores.

Junto a ella pasaron zumbando unos carritos cargados de estilizados multimoldeadores metálicos, botes de maquillaje de brillantes colores y caricaturescas réplicas de bocas, narices y ojos, desperdigadas como apéndices abandonados. En las esquinas flotaban, olvidadas, cámaras de distintos tamaños y formas. Y hasta el último reducto de espacio libre estaba ocupado por una hueste de profesionales: directores de escena y auxiliares que conversaban animadamente a través de sus lentes de contacto, un ejército de diseñadores que comprobaba hasta el último detalle del vestuario histórico y, por supuesto, los actores y actrices, en todo su emperifollado esplendor.

—Seagren. —Xiayne agarró por el brazo a una joven, con la piel de ébano y un moño crespo en lo alto de la cabeza, que pasaba por su lado—. Esta es Rylin, tu nueva ayudante. Rylin, Seagren será tu jefa esta semana. Buena suerte a las dos.

—Vale, gracias. ¿Cómo voy a...? —«¿encontrarte

más tarde?», quiso preguntarle Rylin, pero Xiayne se había desvanecido ya, engullido por el clamoroso tumulto.

«Es el responsable de toda esta producción», se recordó. No tenía prioridad absoluta sobre su atención; bueno, ni absoluta ni de ningún otro tipo, en realidad. Pero de repente se descubrió echando de menos las últimas horas, cuando lo tenía para ella en exclusiva a bordo del hipercircuito y conversar con él era la cosa más sencilla del mundo.

—Así que tú eres mi nueva ayudante de cámara...  
¿Cuántos años tienes?

Seagren arrugó la nariz en un mohín de desconfianza.

Rylin decidió soslayar la verdad.

—Soy alumna de Xiayne. Me ha pedido que venga a echar una mano —dijo omitiendo deliberadamente mencionar el hecho de que solo contaba diecisiete años de edad—. Encantada —añadió extendiendo una mano. Esperaba que haberse referido al profesor por su nombre de pila le confiriese por lo menos un halo de profesionalidad, pero Seagren se limitó a poner los ojos en blanco, exasperada.

—Otra adolescente recién salida del instituto. Estupendo.

Lo cierto era que a Rylin todos los miembros del

equipo le parecían bastante jóvenes; casi ninguno de los presentes daba la impresión de superar la treintena. Quizá se tratara de una consecuencia natural de la propia juventud de Xiayne, o quizá este pensase que tener un equipo lo más lozano posible era fundamental para romper moldes y producir una película innovadora.

—¿Por dónde debería empezar? —le preguntó a Seagren, fingiendo no haber oído su pulla.

La directora de filmografía adjunta puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no organizas esto? —le espetó, desabrida, mientras abría de golpe la puerta de un armario gigantesco que ocupaba toda una pared.

Estaba desbordado de lo que parecían varias generaciones de parafernalia cinematográfica acumulada: cámaras antiguas, focos, vestuario descartado. Rylin juraría haber entrevisto incluso una vieja caja de cápsulas de soda allí dentro, junto con su correspondiente máquina dispensadora. Una fina capa de polvo recubría todas las superficies.

No era esto lo que tenía en mente cuando accedió a trabajar como ayudante de cámara. Se había imaginado que estaría en el plató, por lo menos. Sosteniendo en alto algún foco, tal vez, o aunque solo fuese distribuyendo cafés, pero allí, donde estaba la acción. Rylin miró a

Seagren a la cara y vio que en sus labios aleteaba una sonrisita burlona, desafiándola a llevarle la contraria.

Xiayne le había dicho que él mismo se había labrado su carrera empezando de cero. Pues bien, Rylin también podía hacerlo. A fin de cuentas, había sido el ama de llaves de los Anderton; no le daba miedo arremangarse y ensuciarse las manos.

—Me parece perfecto —respondió mientras se adentraba en los cavernosos confines del armario, decidida a imponer algo de orden.

Horas más tarde, Rylin estaba sumergida hasta el cuello en las profundidades de aquel armario imposible cuando se percató, sobresaltada, de que en el plató reinaba el silencio. Era más tarde de lo que pensaba; ¿cuándo se habían ido todos a casa? Agarró la maleta, aparcada en un rincón todavía, y encaminó sus pasos hacia la salida con la intención de dirigirse a la habitación que le hubieran asignado en el hotel donde se alojaba el resto del equipo.

Había sido una jornada muy larga, invertida en realizar labores de zapa para Seagren: organizar el dichoso armario, repartir el almuerzo del carrito de avituallamiento y seguir la pista de los actores desaparecidos en los innumerables camerinos de descanso. Aunque a Rylin no le había importado, sobre todo la parte de relacionarse con los actores. Le encantaba

observarlos, ayudarles a repasar el guion y acribillarlos a preguntas acerca de todo lo relacionado con el rodaje. Se había dado cuenta enseguida de que los actores eran los más parlanchines de todos, por lo menos cuando se ponían a hablar de sí mismos.

Aún se veía luz en una de las cabinas de edición. Rylin titubeó, intrigada, y se acercó para llamar atrevidamente a la puerta.

—Y ahora ¿¡qué quieres!?! —resonó con irritación la voz de Xiayne.

—Da igual —se apresuró a responder Rylin retrocediendo—. Solo quería...

—¿Rylin? ¿Eres tú? —La puerta se abrió de golpe y allí estaba Xiayne, descalzo, con el pelo alborotado apuntando en todas direcciones y más agitado de lo que la muchacha lo hubiese visto nunca. Tenía una mancha de ketchup en la camiseta, solidificada encima de la palabra «ayer»—. Perdona, creía que eras otra persona. No pretendía estallar de esa manera.

No dejaba de pasarse la mano por el pelo para empujarlo hacia atrás, aunque siempre terminaba volviendo a caerle sobre los ojos.

—¿Va todo bien? —preguntó Rylin, y Xiayne exhaló un suspiro.

—Pues no, la verdad. Estaba revisando las tomas del

día y, con franqueza... —Se encogió de hombros, azorado —. Son una birria.

—¿Puedo ayudar de alguna manera?

Su ofrecimiento pareció sorprender a Xiayne.

—Claro que sí. Échales un vistazo. Así entenderás a qué me refiero —le advirtió.

Cuando Rylin se hubo sentado junto a él, Xiayne giró la muñeca y la grabación continuó reproduciéndose.

Se quedaron observando durante unos instantes, en silencio. La toma no estaba tan mal, decidió Rylin, aunque tampoco alcanzaba la calidad de otras películas de Xiayne. Procuró concentrarse en determinadas escenas e imágenes, recordándose que esto no era más que el material preliminar sin pulir, no el resultado final. No dejaba de contemplar el perfil de Xiayne a hurtadillas. Sus ojos relucían en la penumbra; la luz parpadeante del holo realzaba el fuerte carácter de su nariz y la firmeza de su mentón. Sus labios se movían ocasionalmente, mientras murmuraba las líneas de diálogo al mismo tiempo que los actores.

—Vale, aquí, fíjate en la primera ministra —dijo de pronto Xiayne—. Debería parecer más importante... Está a punto de denunciar a la reina en la escena siguiente. Pero en esta toma sencillamente desaparece. Es por culpa de ese estúpido traje azul marino que le hemos puesto. —

Se acarició la barbilla con una mano mientras entornaba los párpados—. Por mucho que aumente la iluminación, el traje ese absorbe los fotones como un agujero negro. No tiene textura. Volvería a grabar toda la escena, pero solo va a quedarse dos días más y todavía tengo que llegar al tercer acto.

Rylin se puso de pie y dio una vuelta por la habitación, caminando despacio.

—¿Qué hay del vestido de la reina? —preguntó al cabo—. Irradia claridad cuando aparece en escena.

Xiayne se quedó callado. Por un momento, Rylin temió haberse extralimitado, pero entonces él encogió un dedo, acelerando la proyección hasta la entrada triunfal de la reina, ataviada con su opulento vestido de corte.

Rylin se fijó en su rostro mientras Xiayne contemplaba la escena. Cuando vio lo que quería decir, su mirada se iluminó con un fervor casi fanático.

—Tienes razón —murmuró pensativo—. Esa falda refleja la luz como un espejo. Mira cómo ilumina la cara y las manos de la primera ministra.

—¿Te servirá de algo?

—Cogeré unas cuantas tomas de estas, copiaré los rayos de luz que rodean a la primera ministra y los pegaré en las escenas anteriores. Será un coñazo, pero... sí, dará resultado. —Xiayne se levantó, estiró los brazos por



encima de la cabeza y dio un paso en su dirección de repente—. Rylin, se te ha ocurrido una idea fantástica. Gracias.

Por un momento, aterrada, la muchacha temió que se dispusiera a besarla. Un demencial nudo de nervios le contrajo el estómago, pues era su profesor y sabía que aquello estaría mal, aunque una diminuta parte de su ser deseaba que lo hiciera.

—Sabía que tenías madera. —Xiayne sonrió mientras recogía su tableta de encima de la mesa que estaba detrás de Rylin y regresó a su asiento—. Voy a pedir café. ¿Quieres algo?

Rylin parpadeó, sobresaltada.

—N-no, gracias —tartamudeó para disimular el alivio que sentía.

Era evidente que pasar tanto tiempo rodeada de todos aquellos actores, tan obsesionados consigo mismos, estaba nublándole el juicio.

—Deberías tomarte uno. Nos vamos a pasar casi toda la noche encerrados aquí, intentando arreglar esto. A menos que no te quieras quedar —se apresuró a enmendarse Xiayne—. Ya has trabajado más horas de lo que estipula el convenio. Pero, si a ti no te importa, me vendría bien que me echaras una mano.

—Por supuesto que me quedo —respondió con

firmeza Rylin mientras enderezaba la espalda en su asiento—. Y la verdad es que sí, ese café me parece estupendo.

—Genial.

Xiayne pinchó varias veces en la tableta para formalizar el pedido y sonrió a Rylin mientras se reanudaba la proyección.

# AVERY

Avery estaba tamborileando con el lápiz óptico en la tableta, con el ceño fruncido ante un problema de física, cuando alguien llamó a la puerta. Por un instante glorioso y terrible pensó que podría tratarse de Atlas, pero después recordó que ya no se hablaban y, además, Atlas siempre había llamado con más brío y confianza.

—¿Sí? —dijo mientras se daba la vuelta en la silla, con las piernas cruzadas.

Su madre apareció en el umbral. Llevaba puesto un vestido de tarde rojo y negro, medias y una chaqueta corta de color negro.

—Solo quería cerciorarme de que sabías lo de la cena —respondió con una sonrisa—. Sarah va a preparar costillas de cerdo.

Avery abrió los ojos de par en par.

—¿Qué se celebra? ¿Ya ha decidido papá cuál va a ser su siguiente proyecto?

Las costillas de cerdo de verdad (de las que no se cultivaban en laboratorios) eran muy difíciles de encontrar, e incluso para los Fuller simbolizaban una ocasión especial. La adquisición de un nuevo inmueble, por lo general.

—¡Atlas ha aceptado el puesto en Dubái! —exclamó Elizabeth—. Ya es oficial, tu padre y él han repasado el contrato punto por punto.

Se le escapó una risita, como si la idea de que Atlas tuviera que negociar el sueldo con su propio progenitor le pareciera hilarante. En fin, pensó Avery, eso explicaba que sus padres se hubieran mostrado tan de buen humor los últimos días.

Aunque sabía que esto era inevitable, la noticia le dolió más de lo que debería.

—Ojalá pudiera —replicó de inmediato—, pero es el cumpleaños de Risha e íbamos a salir a cenar todos juntos.

Ni loca pensaba quedarse allí con sus padres y Atlas, fingiendo brindar por la noticia que amenazaba con desmenuzar su corazón, ya destrozado, en fragmentos aún más pequeños.

—¿En serio? ¿No podéis aplazarlo? —insistió Elizabeth, pero Avery se mantuvo en sus trece.

—¡Que es su cumpleaños, mamá! Lo siento.

Tras unos instantes de vacilación, su madre asintió con la cabeza y cerró la puerta.

Con paso mecánico, Avery se metió en el cuarto de baño para salpicarse la cara y agarró una toalla del dispensador equipado con rayos ultravioleta para secársela. El suelo, que se activaba al contacto, irradiaba calor contra la planta de sus pies descalzos. En la gigantesca superficie del tocador, de prístino mármol blanco, no se veía ni rastro de huellas dactilares o motas de suciedad. Y la rodeaba una hueste de espejos: curvos, planos... Había incluso un antiguo espejo de mano, regalo de su abuela por su primer cumpleaños. Estaban colocados de tal forma que apuntaran en todas direcciones, como si Avery pudiera necesitar mirarse constantemente desde nuevas e inesperadas perspectivas.

Por lo general programaba los espejos para que proyectaran imágenes del océano; detestaba el modo en que su madre había decorado ese cuarto de baño, convirtiendo a Avery en el centro de atención también allí, al igual que en todos los demás aspectos de su vida. Apoyándose en las palmas de las manos, se inclinó hacia delante y estudió su reflejo. Una réplica espectral de sí misma, pálida y ojerosa, le devolvió la mirada.

Vio cómo el fantasma tecleaba una serie de instrucciones en su difusor de maquillaje, embelleciendo a

Avery, al parecer, sin la menor intervención de su auténtico yo. Cerró los ojos mientras una fina nube de partículas le rociaba la cara, aligerando al instante las sombras que le rodeaban los ojos, oscureciéndole las pestañas y realzando la majestuosa arquitectura de sus pómulos. Cuando levantó la cabeza, se sintió casi como si volviera a ser la misma Avery Fuller de siempre.

Cogió el dispensador de cristal que contenía su loción de jazmín y se extendió una dosis sobre los brazos desnudos. Había sido un regalo de Eris, que la adquiría por encargo en una diminuta *boutique* de las Filipinas, y su fragancia siempre se lo recordaba. El olor era tan agradable y relajante, tan dolorosamente familiar, que a Avery le dieron ganas de echarse a llorar.

Eris habría comprendido esta sensación, pensó: la sensación de albergar un vacío espantoso en su interior, donde algo frágil y afilado emitía un hueco cascabeleo. Los fragmentos de su corazón roto, probablemente. Eris le habría dado un abrazo y le habría asegurado que era mejor que todos los demás combinados. Se habría sentado con ella para degustar galletas a mordisquitos, ocultándose del resto del mundo hasta que Avery se sintiese preparada para salir a hacerle frente de nuevo.

Pero Eris no estaba allí, y Avery tenía que salir del apartamento si no quería ver a Atlas esa noche.

—Redactar parpadeo. Para Risha, Jess... —titubeó un momento— y Ming.

Todavía estaba resentida con esta última por el modo en que había ridiculizado a Eris en su fiesta de cumpleaños, pero le apetecía rodearse del mayor número de personas posibles en estos momentos, y Ming era la clase de persona que necesitabas en noches así, alborotadora y dispuesta a todo, con una vena melodramática. En el peor de los casos, Ming evitaría que Avery se pasase todo el rato pensando en Atlas.

—Vamos a salir esta noche. Arreglaos. Nos vemos en Ichi, a las ocho.

—¿Qué pasa? —preguntó Jess cuando ya todas estaban sentadas en Ichi, unas horas más tarde.

A pesar de la escasa antelación, habían hecho acto de presencia las tres, como Avery sabía que ocurriría.

Avery se alisó el vestido negro cortado con láser, nerviosa, y alargó la mano en dirección a la bandeja de *tempura* de langosta que había encima de la mesa, ante ellas. Ichi era un sofisticado restaurante de *sushi*, uno de los favoritos de Eris, ubicado como una gema opulenta en el centro del piso 941. Carecía de ventanas que diesen al exterior, pero ese detalle encajaba a la perfección con el ambiente de club que le conferían la tenue iluminación, la música tecno y, sobre todo, las mesas bajas que obligaban

a los comensales a sentarse en el suelo, entre montones de cojines de seda roja.

—Tenía ganas de salir a divertirme y celebrar una noche de chicas —respondió con una sonrisa radiante.

—Es miércoles —apuntó Risha.

—Intento evitar a mis padres —decidió confesar Avery—. Querían organizar una cenorra familiar en casa, pero estoy enfadada con ellos y no me apetece. No quiero entrar en detalles —añadió, y Ming, que ya había abierto la boca para formular la siguiente pregunta, volvió a cerrarla a regañadientes.

Apareció un camarero con el resto de lo que habían pedido: sashimi de anguila, tacos de tartar y un gigantesco suflé de miso horneado. Cuando empezó a colocar las copas, llenas de un líquido morado y brillante, frente a cada una de ellas, Avery levantó la cabeza de golpe, sorprendida.

—No hemos pedido martinis de lichi.

—Yo sí —anunció Ming volviéndose hacia ella con una sonrisa desafiante—. Venga ya, sabes que te apetece tomarte un trago.

Avery empezó a protestar; no estaba de humor para beber nada, en absoluto. Pero entonces se acordó de Atlas, sentado allí con sus padres, brindando por el trabajo que ella nunca había querido que aceptara. Una copa no le



haría daño.

Todas las chicas estaban mirándola, aguardando su veredicto.

—Vale —claudicó mientras se llevaba el martini a los labios.

—¡Saquémonos una instantánea! —propuso Jess con un gritito.

Avery empezó a apartarse, como solía hacer. Siempre había detestado salir en las fotos: no podía controlar el modo en que las imágenes se propagaban por los agregadores y resultaba imposible saber quién las veía. Pese a todos sus denuedos, sin embargo, había demasiadas fotos suyas circulando por ahí, para su gusto. Pero algo la detuvo esta noche. Quizá no tuviese nada de malo que Atlas la viera con sus amigas. A lo mejor así podrían volver las cosas a la normalidad entre ellos.

—Espera, sacaos otra conmigo.

Incluso a ella misma le sonaron extrañas aquellas palabras. La atenazaban los nervios.

—Por supuesto. —Los labios de Ming se apretaron en una sonrisa angulosa mientras las demás se giraban para posar con ensayada naturalidad—. Pero, Avery, si tú nunca quieres salir en las fotos... ¿Intentas darle celos a alguien? —inquirió la muchacha con suspicacia.

—A todos —replicó Avery restándole importancia al

asunto, y todas se rieron. Incluso Ming.

Avery se reclinó y, con discreción, echó un vistazo alrededor del restaurante. Todo el mundo era joven, iba bien vestido y tenía la piel lustrosa, radiante con el lustre elusivo que confería el dinero. Unos cuantos chicos les lanzaban miradas furtivas desde sus mesas, preguntándose a todas luces quiénes eran aquellas chicas de vestiditos tan cortos como largos eran sus rutilantes pendientes, pero nadie se había aventurado todavía a acercarse para abordarlas.

—Risha. Háblame de ti y de Scott —le ordenó Avery a su amiga para distraerse escuchando la voz de otra persona.

Ni corta ni perezosa, Risha les contó las últimas novedades de su romance intermitente con Scott Bandier, alumno de último curso de Berkeley. Avery se obligó a carcajearse para que nadie se percatara de su extraño estado de ánimo. Si se reía, sonreía y asentía con la cabeza lo suficiente, sería como si nada anduviera realmente mal.

Por dentro, sin embargo, sus pensamientos vagabundeaban erráticos, saltando de un tema a otro sin detenerse en ninguno. No lograba concentrarse en nada, se sentía como si tuviera la cabeza embotada mientras picoteaba los restos, ya fríos, del suflé de miso. El

caleidoscopio de luz y sonido que la envolvía, al menos, mitigaba en parte la persistente congoja que le oprimía el pecho. Y no dejaba de probar un sorbito de martini tras otro; Ming debía de haberle llenado la copa de nuevo en algún momento, aunque ella ni siquiera se había enterado.

Su grupo fue volviéndose más nutrido de forma gradual. Al principio se les unieron otras dos chicas de su clase, Anandra y Danika; las habían visto sacándose fotos y querían apuntarse a la fiesta. Luego aparecieron más estudiantes de Berkeley, arracimándose en torno a la barra, pidiendo aquellos característicos martinis de color púrpura y subiendo las instantáneas a sus agregadores, atrayendo aún a más gente. Avery no tardó en sentirse como si medio Berkeley estuviera allí, desparramándose en apretados grupitos por el suelo de madera oscura de la pista de baile. Le pareció ver a Leda en algún momento, pero un trío de chicos (Rick, Maxton y Zay Wagner) se les acopló en la mesa antes de que pudiera cerciorarse.

—Zay ha roto con Daniela, ¿sabes? —susurró Ming con una sonrisita alcahueta.

Avery no reaccionó de inmediato a la noticia. Llevaba toda la noche sentada en el mismo sitio, un poco como una reina que presidiera sobre sus súbditos. No era algo intencionado; sencillamente nada había suscitado su interés hasta el punto de animarla a moverse.

Ming, sin embargo, llevaba razón. ¿Por qué no debería hablar con Zay? ¿Qué se lo impedía? Ya no estaba con Atlas, daba igual lo que hiciera.

Avery volvió a acordarse de Eris, la cual siempre había superado el trauma de sus desengaños amorosos lanzándose a coquetear ferozmente, en cuerpo y alma, con el primero que se cruzaba en su camino. Avery la había interrogado al respecto en cierta ocasión. «Para olvidar a alguien, nada como olvidarse de todo», había sido la respuesta de Eris, acompañada de una sonrisa traviesa y un destello de picardía en los ojos.

—¡Zay! —exclamó Avery un abrir y cerrar de ojos después mientras se ponía de pie muy despacio, como habría hecho Eris—. ¿Qué es de tu vida?

Zay pareció sobresaltarse ante la atención dispensada; al fin y al cabo, lo había rechazado varios meses atrás.

—Pues... sin novedad, gracias —replicó él con cautela.

Pero Avery estaba decidida a que no la ignoraran. Elevó su coqueteo a la máxima potencia y le regaló a Zay la más deslumbrante de sus sonrisas. El pobre no tenía la menor oportunidad.

Se disponía ya a conducirlo a la penumbra de la pista de baile cuando alguien le dio a Zay un golpecito en el codo.

—¿Te importa que tome el relevo?

Cord cogió del brazo a Avery y, sin esperar respuesta, se la llevó. Zay se quedó plantado en el sitio sin atreverse a protestar, con la boca entreabierta como un pez destripado.

—Esa es la frase más manida del mundo, incluso viniendo de ti —lo acusó Avery, aunque en realidad la traía sin cuidado.

Lo cierto era que Zay no le gustaba. Se sentía curiosamente ingrávida y a la deriva, tan solo eso, y necesitaba hacer algo, lo que fuese, para volver a poner los pies en la tierra.

Tampoco le habría importado que Atlas la viese en los agregadores, exultante, radiante y desinhibida.

—Vaya, y yo que pensaba que ibas a darme las gracias por el rescate.

—Zay no está tan mal —protestó Avery sin convicción.

Cord se rio.

—No estaba rescatándote a ti, sino a él. Le he evitado otro corazón roto. ¿Sabes, Avery?, a veces eres un poquito cruel —concluyó risueño el muchacho.

Avery lo observó de hito en hito. No habían vuelto a hablar desde la fiesta del fin de semana anterior.

—No sabía que fueses a salir esta noche.

—Ni yo, hasta que vi todas esas instantáneas.

—Cord —empezó a replicar Avery, sin estar del todo segura de lo que quería decirle.

Que no debería darle más vueltas al momento que habían compartido en aquel diván, por ejemplo; que se sentía vulnerable, dolida, y que debería mantenerse alejado de ella. Antes de que pudiese formular un pensamiento coherente, sin embargo, le entró el hipo.

Cord reaccionó con una carcajada. Siempre le había gustado su risa; la de verdad, no la versión cínica y sombría que entonaba en ocasiones, sino la auténtica. El muchacho se reía con todo el cuerpo, igual que cuando eran pequeños.

Antes de darse cuenta, Avery tenía sus manos en el talle de Cord y estaba bailando con él.

—Sigues sin querer contarme qué ocurre, ¿verdad? —murmuró el muchacho transcurridos unos instantes.

—Estoy bien —replicó Avery sacudiendo la cabeza para darle más énfasis a sus palabras.

—Mira, no sé quién es el chico ese que tanto te trae de cabeza, pero tendrás que apuntar más alto que Wagner si pretendes que se ponga celoso.

—¿Cómo sabes que se trata de un chico? —repuso Avery de inmediato preguntándose qué sería lo que la había delatado.

En los labios de Cord se dibujó una sonrisita triunfal.

—No lo sabía, hasta ahora mismo. Gracias por confirmar mis sospechas.

Ahora le tocó a Avery carcajearse. E hizo que se sintiera sorprendentemente bien; casi normal otra vez, por un segundo fugaz, si es que seguía teniendo cabida la normalidad en un mundo sin Atlas.

—Venga, tendrás que pegarte un poco más si quieres que se lo trague —le dijo Cord con voz grave.

Avery titubeó antes de arrimarse a él y rodearle los hombros con los brazos. Era realmente alto. Una parte de ella, pecaminosa y malsana, esperaba que alguien estuviera sacándoles fotos y subiéndolas a los agregadores. A Atlas le estaría bien empleado.

Pero a continuación se lo imaginó mirando las instantáneas, se preguntó qué opinaría de que se abalanzara así sobre Cord (otra vez) y dejó caer los brazos. Sin inmutarse, el muchacho empezó a darle vueltas con delicadeza, haciendo gala de su habitual desparpajo.

—Además —añadió—, somos amigos desde que íbamos a preescolar. Sé que no le darías la orden a toda la clase de salir entre semana sin un buen motivo.

—¡Yo no he dado ninguna orden, se han presentado todos espontáneamente! —protestó Avery, reparando con

un latido de retraso en el hecho de que Cord había empleado la palabra «amigos».

La embargó una sensación de alivio. Se quedaron un rato meciéndose al compás de la música, con las luces eléctricas parpadeando sincopadamente de un color a otro sobre sus cabezas.

De repente, Avery se sintió exhausta. Habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo: el desmoronamiento de su mundo, todas las lágrimas derramadas, saber que Atlas pensaba marcharse de veras a medio planeta de distancia. Cerró los ojos y se concedió el lujo de apoyar la cabeza en el pecho de Cord.

—Gracias —murmuró sabiendo que el muchacho la entendería—. Por todo.

Cord no contestó, pero Avery notó que asentía con la cabeza.

«Y así empieza todo», pensó, como si estuviera respirando hondo antes de cargarse un peso imposible a los hombros. Necesitaba comenzar a recomponerse, trozo a trozo, porque este era el principio de su vida sin Atlas.



# WATT

Despierta, Watt —le susurró Nadia al oído mientras el reactor propulsado por hidrógeno iniciaba el descenso. El muchacho se revolvió y se frotó los ojos, enfadado consigo mismo por haberse quedado dormido durante el vuelo. Era la primera vez que montaba en avión; la primera vez que salía de Nueva York, en realidad, sin contar aquella vez que su clase de ciencias había visitado el museo espacial de Washington, antes de que la última serie de recortes presupuestarios eliminara actividades como las excursiones didácticas fuera del estado. Watt echó un vistazo a la ventanilla que tenía a la izquierda y contuvo la respiración, asombrado. Ante sus ojos se extendía Nevada, un páramo inhóspito y monocromo que se derramaba sobre el horizonte. Era como contemplar la superficie de un planeta desierto. Resultaba surrealista pensar que lo normal era estar allí abajo, encadenado a la faz de la tierra por los límites de la gravedad.

Junto a él, Leda cruzó una de sus delgadísimas piernas sobre la otra y cerró los ojos, sofisticada, fría e indiferente.

«Nadia, ¿qué debería hacer para romper el hielo?».

«Lo ignoro, Watt, no he encontrado muchos precedentes de parejas que se chantajeen mutuamente, se líen y terminen yendo juntos a una clínica de rehabilitación —replicó Nadia—. Me tropecé con un ejemplo en un programa de holo, pero lo borré de la base de datos porque me pareció poco realista».

Watt hizo oídos sordos al sarcasmo, aunque las conclusiones de Nadia no diferían mucho de las suyas. No sabía cómo interpretar aquella situación con Leda. La noche que pasaron juntos había sido sórdida, agrídulce, temeraria y, con franqueza, el rollo más electrizante de toda su vida.

No esperaba volver a saber de ella después de eso; o, cuando menos, no esperaba nada más que lo llamara para encargarle otro trabajito de vigilancia. De ahí su sorpresa cuando recibió el mensaje en que le exigía que la acompañase a Nevada para reunirse con su antiguo consejero de rehabilitación. Por toda explicación, la muchacha le había enviado un enlace para descargar el billete de avión.

«Nunca va a fiarse lo suficiente de mí como para

confesar la verdad acerca de Eris, ¿a que no?», le preguntó Watt a Nadia, sin esperar realmente que esta le ofreciese alguna respuesta.

«Yo diría que no habéis empezado con buen pie — señaló con aspereza el cuant—, habida cuenta de que ambos habéis expresado ya de viva voz que no os soportáis mutuamente».

Al recordar la conversación a la que estaba refiriéndose Nadia (la cual había tenido lugar en la cama de Leda, con los dos semidesnudos), Watt se sintió incómodo de repente. «¿No te había pedido que te apagaras siempre que esté envuelto en una situación, esto..., íntima?», le recordó. Era una orden que le había impartido hacía tiempo. No lograba acostumbrarse a estar en la cama con una tercera persona, aunque esta solo fuese un ordenador.

«Sí, pero también me habías dado la instrucción directa de no apagarme nunca en presencia de Leda», le recordó Nadia.

«Hazme el favor de reinstaurar el bloqueo para las situaciones románticas», pensó Watt con firmeza.

«Deberíamos reevaluar tu definición de “situación romántica”, porque, sea lo que sea esto que está pasando ahora mismo, sospecho que no encaja en esa categoría».

«Ya sabes a qué me refiero —insistió el muchacho

mientras se arrellanaba en el mullido asiento de primera —. La verdad, Nadia, estoy empezando a perderles la pista a todas las órdenes que te he dado».

«Será un placer elaborar una lista, si quieres. Con su fecha y su hora». Tan respondona como siempre.

Watt sabía que solo tenía que resistir un fin de semana y podría seguir con su vida, intentando, en el proceso, divertirse sacando a Leda de sus casillas. Llegado este punto, era el mejor resultado al que podía aspirar.

El aparato se posó con un golpe seco. El vapor que se elevaba del sistema de propulsión por hidrógeno parecía humo líquido. Mientras contemplaba las gotitas esparcidas por la pista surcada de quemaduras, Watt recordó que, en el pasado, los aviones no funcionaban con agua, sino con combustibles fósiles. Qué estrechez de miras, y qué desperdicio.

Leda y él no intercambiaron ni una palabra mientras se dirigían a la sala de espera, donde unos bots deslizadores flotantes se encargaron de traerles el equipaje. La muchacha ladeó la cabeza un momento, indicando que acababa de recibir un mensaje.

—Nuestro coche está aquí —anunció, sucinta, antes de encaminarse a las deslumbrantes puertas que daban al exterior.

Se movía como una bailarina: recta la espalda, con los

hombros echados hacia atrás, tan rápidos y ágiles sus pasos como si el suelo estuviese ardiendo y no soportara el contacto prolongado con él.

Algo llamativo danzaba en la periferia de la visión de Watt. Tardó un momento en comprender que se trataba de su sombra. La iluminación solar de la Torre era perfectamente regular desde todos los ángulos (a diferencia del auténtico sol, una sola fuente de luz concentrada que cambiaba de posición a lo largo de la jornada), por lo que dentro de ella nunca veía su sombra. Reprimió el impulso de pararse a estudiarla.

Leda y él persistieron en su silencio glacial mientras montaban en el vehículo, cuyo exterior de polímeros le confería un cegador tinte azul plateado, y se dirigían a la autopista. La polvorienta línea del horizonte relucía a lo lejos. Watt cerró los ojos y se puso a jugar al ajedrez mental con Nadia. El cuanto se compadecía tanto de él que incluso le dejó ganar, para variar.

No tardaron en tomar una carretera secundaria que los adentró en un entorno exuberante, rebosante de vegetación. Una aldea de edificios de piedra caliza rodeaba una gigantesca piscina, equipada con una cascada que fluía hacia arriba; un espejismo ingeniosamente diseñado, comprendió Watt. Un manto de flores se descolgaba desde lo alto de los tejados rojos, y las

palmeras elevaban sus hojas hacia el firmamento.

Había varias chicas paseando por el complejo. Al igual que Leda, todas ellas exudaban un aura de opulencia y privilegio, pese a la angustia contenida que denotaban sus ojos hundidos. Watt notó que Leda se tensaba a su lado. No le extrañaba que la muchacha no quisiera venir aquí, reflexionó. Por mucho que aquel sitio pareciese un balneario de lujo, debía de traerle no pocos recuerdos desagradables.

No dijo nada hasta que hubieron llegado a sus alojamientos, consistentes en sendas chozas independientes elevadas sobre pilotes de madera. Estaban ubicadas en un rincón apartado, junto a la piscina.

—¿Habitaciones separadas? ¿No se suponía que era tu novio? —preguntó enarcando una ceja.

El ápice de contención que le quedaba a Leda pareció desintegrarse ante aquel comentario. Abrió la puerta de Watt y, agarrándolo por el cuello de la camisa, lo metió en la cabaña arrastrándolo sin miramientos. De repente estaba muy cerca, tanto que el muchacho podía sentir las palpitaciones de su pulso en la muñeca. Uno de sus ojos oscuros presentaba una motita microscópica de color verde. Watt no se había percatado hasta ese momento. Se descubrió contemplándola fijamente, preguntándose de cuál de sus progenitores la habría heredado.

—Dejemos esto muy claro —masculló Leda—. Si estás aquí es por un solo motivo: para conseguir que mi madre deje de darme la paliza ayudándome a superar este estúpido periodo de rehabilitación, preferiblemente con la menor cantidad de terapia posible. Les dije que eras mi novio para que me pudieras acompañar en calidad de persona de confianza en vez de mi madre.

Watt se preguntó a qué vendría semejante oposición por parte de Leda a la presencia de Elizabeth en aquel sitio, pero decidió que la respuesta iba a ser demasiado complicada. Prefería seguir dinamitando los cimientos de su compostura.

—¿Seguro que no me has traído hasta aquí para echar un polvo en plena naturaleza?

—Lo que pasó el otro día fue un error motivado por el alcohol que no se va a repetir y del que no volveremos a hablar. Este fin de semana estás de servicio, ¿entendido? No te lo tomes como unas putas vacaciones.

La voz de Leda crepitaba de la tensión acumulada.

Watt sonrió.

—Pues claro que estoy de vacaciones. No todos los días me coaccionan para volar a Nevada.

Nadia le llamó la atención sobre el calendario de actividades proyectado en una de las paredes de la cabaña. «Es una apasionada del yoga», le recordó, probablemente

en un intento por proporcionarle algo de información útil. Pero Watt sabía exactamente cuál sería la reacción de Leda como a él se le ocurriera infiltrarse en su adorada clase de yoga.

—Y ahora, con tu permiso —dijo inclinando la cabeza en dirección al programa—, me gustaría disfrutar de esta tarde haciendo un poco de yoga.

—Ni se te ocurra venir a yoga conmigo —le amenazó ella.

Cuanto más protestara, sin embargo, mayor sería el empeño de Watt por estar allí.

La diversión no había hecho más que empezar.

Algo más tarde, tras una hora de yoga en el tipi de meditación (tiempo que Watt había empleado básicamente en quedarse sentado con las piernas cruzadas, viendo cómo Leda ejecutaba con fluidez y sin esfuerzo una postura tras otra pese a todos los intentos del muchacho por distraerla haciendo ruiditos), los dos se encontraban en la sala de espera del edificio principal. Watt apoyó un tobillo en la rodilla de la pierna contraria y comenzó a sacudir el pie con impaciencia. Puesto que Leda no paraba de lanzarle fulminantes miraditas de reojo, visiblemente irritada, el muchacho no se detuvo.

—Déjame hablar a mí —dijo Leda rompiendo por fin el silencio—. Tú no hace falta que abras la boca. Límitate



a sonreír, asentir con la cabeza y responder a cualquier pregunta directa lo más deprisa posible. Recuerda que eres mi novio, que me quiere mucho y me apoya, eso es todo. Ah, y que tu hermana mayor murió trágicamente por culpa de la adicción —añadió, casi como si se le acabara de ocurrir.

Watt fingió quedarse sin aliento, horrorizado.

—¿Primero te inventas que tengo una hermana y después la asesinas? ¿Cómo has podido?

Leda puso los ojos en blanco.

—No hagas que me arrepienta de haberte traído.

—No te preocupes, ya me arrepiento yo por los dos —replicó jovialmente él mientras una mujer pelirroja y esbelta que llevaba puesta una bata de médico abría la puerta.

—Leda, me alegra verte de nuevo.

La doctora le tendió la mano. No lucía ninguna placa con su nombre, pero eso no amilanó a Watt, porque ya lo sabía todo acerca de ella.

«Comienza el juego», pensó mientras daba un paso al frente.

—Doctora Reasoner, Watt Bakradi. El novio de Leda.

Esbozó una sonrisa seductora y le estrechó la mano mientras todos tomaban asiento.

—Watt está aquí en calidad de persona de confianza

—se apresuró a explicar Leda.

La doctora Reasoner arrugó el entrecejo.

—Leda, en tu historial no constaba que tuvieras pareja.

—Empezamos a salir en otoño, a su regreso.

Watt puso una mano sobre la de Leda, apoyada a su vez en el brazo de la silla, y entrelazó los dedos con los suyos. La muchacha le lanzó una mirada asesina.

La doctora Reasoner se inclinó hacia delante, observándolos a ambos con creciente curiosidad.

—Y ¿cómo empezasteis a salir?

—Lo cierto es que al principio a Watt le gustaba una amiga mía, pero cuando me conoció se dio cuenta de que él y yo teníamos muchas más cosas en común —recitó Leda con voz tensa, clavándole las uñas a Watt.

Se las apañó para convertir su mueca de dolor en otra sonrisa.

—Sí, me pesa reconocer que, al igual que Leda, soy una persona totalmente insegura y absorta en sí misma. Es algo en lo que estoy trabajando —declaró Watt, tan vehemente que la doctora Reasoner parpadeó varias veces seguidas, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Junto a él, Leda irradiaba abrasadoras oleadas de rabia.

—Y, Watt, ¿eres consciente de lo que significa ser la

persona de confianza de alguien? —preguntó la doctora transcurridos unos instantes, visiblemente decidida a pasar por alto aquella última observación—. Tu cometido consiste en allanarle el terreno a Leda para que esta siga tomando las decisiones más acertadas en cada momento.

—Por supuesto que soy consciente de ello, doctora Reasoner —replicó Watt, más comedido—. Aunque en realidad es Leda la que está ayudándome a mí. No se imagina cuánto le sirvió de inspiración a mi hermana. Verá, mi hermana sufrió una adicción incapacitante durante años...

—Sí, pobre Nadia —apuntó Leda enfatizando el nombre del cuant, pero Watt hizo oídos sordos a su amenaza velada.

—... estaba enganchada al xemperheidreno, el alcohol, la atención de los demás, todo lo que se le pueda ocurrir. Leda supuso para ella un modelo a seguir increíble porque, claro está, ella misma había estado enganchada a todas esas cosas.

—Y ¿cómo se encuentra ahora tu hermana? —preguntó la doctora Reasoner, que tenía las facciones surcadas de arrugas de bienintencionada preocupación.

—Bueno, está muerta —respondió Watt como si aquel nimio detalle no tuviera la menor importancia mientras le lanzaba a Leda una miradita de satisfacción, invitándola a

sentirse orgullosa de él por haberse acordado.

La muchacha parecía arder en deseos de estrangularlo con las manos desnudas.

—Lamento mucho escuchar eso. Ojalá hubiéramos podido tratarla aquí —consiguió articular la doctora, visiblemente consternada. Carraspeó, incómoda, y se volvió hacia la muchacha—. ¿Has notado alguna tendencia adictiva en los últimos meses?

—No —respondió Leda sin pensárselo dos veces.

—Relacionadas con las drogas o el alcohol no, por lo menos —matizó Watt guiñándole un ojo de forma exagerada.

—Bueno. Me gustaría repasar con vosotros el tratamiento de seguimiento recomendado. —Las pupilas de la doctora se dilataron y contrajeron rápidamente mientras consultaba dos versiones distintas de algún tipo de documento—. Supongo que utilizaremos el plan diseñado para las personas de confianza en vez del parental..., aunque, Leda, sigo pensando que tu madre querrá ver...

—Por supuesto que deberíamos utilizar el plan para las personas de confianza. No pienso irme a ninguna parte —les prometió Watt, observando a Leda con indisimulado deleite mientras ella rechinaba los dientes y asentía con la cabeza.

Ya por la noche, Watt estaba tumbado en la gigantesca cama de matrimonio de su casita de inspiración mexicana, con un exagerado surtido de almohadones apilados a su alrededor como una montaña de nata montada. Lo cierto era que le desconcertaba encontrarse solo en la habitación. Ni que quisiera enrollarse con Leda, se recordó. Pero ¿por qué no habría querido enrollarse ella con él?

Estaba seguro de que iban a terminar juntos esta noche. Tras aquella hilarante farsa de evaluación, la cual Leda le había acusado de sabotear («¿Me tomas el pelo? Pero si salvamos la situación gracias a mí»), se había jactado él), habían declinado participar en el opcional pero visiblemente recomendado círculo de compartición y se fueron a cenar a la cafetería. Después, ya en el cuarto de Watt, se habían dedicado a ver un absurdo holo para críos protagonizado por un burro de dibujos animados. Sentados en el diván, no en la cama, con distancia de sobra entre ambos; se habían reído con tanta naturalidad, sin embargo, que Leda le dio la impresión de sentirse genuinamente relajada.

Por eso se había sorprendido tanto cuando, al finalizar el holo, Leda le dio las buenas noches, se levantó y salió por la puerta. Y allí estaba él ahora, a solas en el dormitorio más lujoso que hubiera pisado en su vida, completamente desconcertado.

—Nadia —musitó en voz alta—. ¿Qué crees tú que se proponía Leda en realidad, trayéndome aquí?

—Yo lo calificaría de anomalía estadística —replicó el cuant—, de no ser porque dicha estadística nunca ha existido. Celebro que, por lo menos, te lo estés pasando tan bien.

Aquello último lo dijo casi a regañadientes, como si este no fuese el momento más indicado para divertirse.

Un alarido desgarrador atravesó la pared de improviso, procedente de la habitación de Leda.

—Nadia, ¿está bien? —exclamó Watt mientras se levantaba de la cama de un salto, tambaleándose.

—No encuentro ninguna cámara en su cuarto —respondió el cuant, pero Watt, que ya había llegado corriendo hasta la puerta de la muchacha, empezó a aporrearla.

Un instante después, Nadia consiguió infiltrarse en el sistema del centro de rehabilitación y la cerradura se abrió, franqueándole el paso.

Leda, enredada en un revoltijo de sábanas, tenía los ojos cerrados y la boca contorsionada en una mueca. Estaba gritando, un chillido primitivo y aterrador que hizo que Watt quisiera taparse las orejas y alejarse lo más deprisa posible. En vez de eso, acudió junto a Leda para sujetarle las manos, transformadas en garras crispadas con

las que la muchacha estaba arañando las sábanas.

—Leda, no pasa nada, estás a salvo. Estoy aquí — empezó a repetir una y otra vez, masajeándole el dorso de las muñecas con los pulgares.

Los alaridos se convirtieron en gemidos de forma gradual, hasta apagarse del todo, y la muchacha se quedó inmóvil. Sus párpados batieron muy despacio, densas y húmedas las pestañas contra sus mejillas.

—¿Watt? —preguntó, adormilada, como si no entendiera qué hacía él allí.

Watt tampoco lo tenía muy claro. Se apresuró a soltarle las manos.

—Estabas gritando —dijo, todavía desconcertado—. Hacías un ruido espantoso, como si te estuvieran torturando. Solo... solo quería asegurarme de que no te pasaba nada.

—Ya, claro —repuso Leda con voz pastosa—. Te encantaría que me torturasen.

Se sentó y se recogió el cabello detrás de las orejas con un gesto rápido. Watt vio que llevaba puesto un camisón blanco de seda. Le habría parecido casi infantil, de no ser por el modo tan sugerente en que se ceñía a los contornos de su cuerpo. Apartó la mirada.

—En otras circunstancias, sí, pero mañana tengo que coger ese avión que me llevará a casa, y no creo que

pueda regresar sin ti. —El muchacho se dio cuenta de que estaba desvariando. Sentía una extraña opresión en el pecho. Dio otro paso atrás—. Perdona, te dejaré que descanses un poco.

—No te marches, por favor —dijo Leda con los ojos abiertos de par en par. Tragó saliva con dificultad—. Las pesadillas... Quédate hasta que me duerma.

En ese momento no se parecía en nada a la adversaria de Watt, aquella amargada insensible que se dedicaba a amenazarlo y coaccionarlo. La chica que estaba ahora en la cama era una desconocida, joven, sin rumbo y desgarradoramente desamparada.

Watt empezó a acercar una silla a la cama, pero titubeó. Le parecía extraño sentarse así, a su vera, como si Leda estuviera convaleciente en una habitación de hospital. Lo cual, comprendió, debía de haber sido justo lo que pasó originalmente para que la ingresaran en ese lugar.

Miró a Leda a los ojos. Tras ladear la cabeza en un sutil gesto de complicidad, sin mediar palabra, la muchacha se apartó un poco para hacerle sitio.

Se quedó muy quieta, como un ovillo diminuto, mientras Watt se metía en la cama para acurrucarse a su lado. El muchacho se quedó escuchando su respiración entrecortada. Una corriente de nerviosismo recorría todo



su cuerpo, de la cabeza a los pies, y Watt no solo sabía que él era el causante, sino que se alegraba de ello.

Leda se giró para mirarlo a la cara. Así tendidos, de lado, formaban siluetas gemelas en la oscuridad. Lo único que los separaba era el rayo solitario de luz de luna que entraba por la ventana abierta como la hoja de un cuchillo brillante. Pese a todo, Watt esperó. Se negaría a hacer nada a menos que ella diera el primer paso, daba igual lo disparatada que fuese la situación, lo mucho que ardiera en deseos de que ocurriera.

Leda levantó la barbilla y depositó un beso en sus labios, tentativo, tan ligero como una pluma.

Después se apartó.

—Esto sigue sin significar nada, ¿de acuerdo? — susurró.

Aunque no podía distinguir su expresión, Watt se la imaginaba con el ceño fruncido en un gesto de obstinada determinación, ferozmente orgullosa.

—Por supuesto. No significa nada —convino el muchacho, a sabiendas de que solo estaban intercambiando mentiras.

# CALLIOPE

Calliope estaba al pie de la famosa pared de escalada de la Torre, una gigantesca estructura vertical que comenzaba en la planta 620 y se extendía casi treinta plantas hacia arriba, a lo largo del interior septentrional de la Torre. Consultó de reojo el reloj que relucía constantemente en la esquina superior izquierda de su campo visual: no lo apagaba nunca, pues prefería reducir al mínimo indispensable las órdenes verbales que les daba a sus lentes de contacto. No había nada menos romántico que murmurar «reloj» cuando se estaba coqueteando.

Ya eran casi las cinco cuando empezó a resignarse a la idea de que Atlas no iba a acudir a su cita. Unas horas antes, al enviarle un parpadeo espontáneo para informarle de que se iba a pasar la tarde haciendo escalada, creía haber ideado un plan brillante.

Recordaba lo mucho que le gustaba escalar a Atlas; o le solía gustar, al menos. Pero empezaba a darse cuenta de

que el Atlas de Nueva York y el «Travis» de Tanzania tenían menos cosas en común de lo que esperaba.

Se ajustó los aeroarneses y se frotó las manos antes de agarrarse al primer asidero, y después al segundo. Pasar un rato escalando a solas quizá sirviera para despejarle la cabeza.

—¿Has empezado sin mí, Callie?

Calliope cerró los ojos, concediéndose una breve sonrisita de satisfacción. Se quedó aferrada a la pared, tan solo unos metros por encima de Atlas, arqueando la espalda para poder mirarlo desde las alturas.

—¡Me alegra que hayas conseguido venir!

Atlas esbozó una de sus características sonrisas ladeadas, levantando tan solo una comisura de los labios, como si la decisión de manifestar su alegría no lo convenciera del todo. Se colocó otro aeroarnés y se pasó una correa por uno de sus fuertes hombros.

—Lo siento, no ha sido fácil escapar del trabajo.

Calliope se soltó de la pared y el aeroarnés la atrapó a los pocos centímetros de caída, dejándola en suspensión en el aire. Empujó contra la pared con la suela de los zapatos y empezó a dar vueltas lánguidamente; los pantalones de tecnotextil de color negro que llevaba puestos realzaban sus piernas, largas y bien torneadas.

—Tu jefe me da la impresión de ser innecesariamente

estricto, habida cuenta de que también es tu padre — señaló.

Atlas respondió con una carcajada mientras agarraba un par de guantes. Se sujetó la correa del segundo con los dientes, pese a estar programados para ajustarse de forma automática.

—Te daré un consejo: si tu madre te ofrece empleo algún día, no lo aceptes. Trabajar para los padres es una lata.

«Te sorprenderías». Calliope se preguntó qué diría Atlas si supiera la eficiencia con la que trabajaban juntas ella y Elise.

El muchacho pulsó unos cuantos botones en una pantalla, programando sus asideros para que se pusieran de color naranja (los de ella relucían ya con su característico color fucsia) e inició el ascenso. Calliope aguardó hasta que se hubo acercado antes de girarse de nuevo, retomar sus asideros y reunirse con él.

La pared estaba vacía casi por completo en esos momentos. Había un trío de escaladores a lo lejos, pero Calliope casi no podía ni oírlos, y verlos mucho menos. Era como si Atlas y ella estuvieran solos en alguna cima desierta y remota. El sol entraba a raudales por las gigantescas ventanas que se alzaban a sus espaldas.

Qué relajante era escalar, pensó Calliope mientras

ascendían como insectos por la expuesta pared vertical. Buscar donde agarrarse con la mano, buscar donde apoyarse con el pie, impulsarse hacia arriba, repetir. Los movimientos eran limpios y sin complicaciones, pero exigían concentración y no dejaban que sus pensamientos divagaran. Le encantaba el torrente de adrenalina que cosquilleaba en su estómago a medida que subía; el temor instintivo a caerse provocaba que todo su cuerpo se contrajera un poco, en tensión. Los aeroarneses, por supuesto, jamás permitirían que ocurriera tal cosa. Unos placenteros alfilerazos de dolor comenzaron a instalarse en sus hombros. Definitivamente, esa noche tendría que usar una de las almohadas de masaje del hotel.

Junto a ella, Atlas se balanceaba como una criatura escapada del averno. No dejaba de encadenar un salto gigantesco tras otro, fallaba al intentar agarrarse a los asideros y gesticulaba desesperado por encontrar algún punto de apoyo. Calliope lo vio caer más de una vez, tan solo para frenar en seco en el aire. Después apretaba los dientes y reanudaba el ascenso aún con más ímpetu que antes.

—¿Sabías que el aeroarnés no es un juguete, sino un instrumento de seguridad? —preguntó Calliope—. No estamos echando ninguna carrera.

Su tono era engañosamente despreocupado. ¿Por qué

estaba Atlas tan alterado?

—Lo dices tan solo porque vas a perder —replicó Atlas desde arriba, varios metros por encima de su cabeza.

Calliope reprimió una sonrisa e intentó apretar el paso, ligeramente menos seguros sus pies en los puntos de apoyo, extenuadas sus manos bajo los guantes de supersujeción de alta tecnología. A esa altura, la pared de roca estaba cubierta de diminutos cristales de hielo para simular que se estaba escalando el Kilimanjaro o el Everest. Contra aquel escarpado telón de fondo, los asideros rosas de Calliope sobresalían de un modo especialmente ridículo. La maravillaba el modo en que la luz teñía el hielo de azul; cada vez que lo rozaba brotaban de él pequeños remolinos de color, como chispas.

Una vez en lo alto, Atlas le tendió una mano para tirar de ella y ayudarle a coronar la cima. Calliope dejó reposar la palma en la de él un momento, absorbiendo la desconocida pero agradable calidez que la envolvía. Sintió una inesperada punzada de desilusión cuando el muchacho la soltó.

Sobre sus cabezas se extendía ahora la inmensa bóveda del techo, tachonado de paneles solares cuyo intenso color azul recordaba al de los huevos de petirrojo, entreverados de vaporosos jirones de nubes. A pesar de los cristales de hielo, la temperatura era agradable allí

arriba. Calliope se sentó de golpe en la áspera superficie y bebió un trago de agua de la botella que llevaba en la mochila, con las piernas estiradas frente a ella.

—Bueno, ¿qué te parece nuestra montaña construida por la mano del hombre? —preguntó Atlas.

—El ascenso es mejor que el de la Torre de Singapur, y la vista supera con creces a la de Río —respondió la muchacha, tan solo para recordarle lo mucho que había viajado y los lugares que conocía—. Pero se puede comparar con el original. Al fin y al cabo, no estamos en África.

Atlas, que se había reclinado con los codos apoyados en el suelo, tenía la camiseta gris empapada de sudor. Una rápida sucesión de expresiones distintas recorrió sus facciones, tan deprisa que a Calliope no le dio tiempo a interpretarlas bien todas. Deseó ser capaz de capturar sus pensamientos al vuelo para llevárselos a algún laboratorio y pedir que los analizaran. ¿Qué pensaría de ella realmente? ¿Que era una desconocida, una compañera de viajes, un error? ¿O alguien a quien le apetecería conocer un poco mejor?

«Solo es un objetivo», se reconvino. Lo que pensara de ella carecía de importancia, siempre y cuando averiguase la manera de obtener algo valioso de él.

—No, esto no es África —convino Atlas con una nota

de algo parecido a la derrota en la voz—. Nada lo es.

—¿No te gustaría volver allí?

—¿Y a ti?

Calliope titubeó. Un mes antes habría respondido «tal vez algún día», como hacía siempre que hablaba de los sitios en los que ya había estado. El problema era que había demasiados lugares en el mundo, demasiados rincones que aún no había visto, y Calliope sentía un ansia primigenia y voraz por paladearlos todos. Motivo por el cual siempre se refería con un dejo de impaciencia a lo que ya conocía.

Nueva York, sin embargo, era distinta. Quizá tuviera algo que ver con la energía que palpitaba justo por debajo de su superficie, como los latidos de un corazón o el son de un tambor. Especialmente ahora, con la ciudad bañada por aquel resplandor dorado que presagiaba el inminente periodo vacacional, flotaba una magia tangible en el aire.

Últimamente Calliope veía a las personas con las que se cruzaba camino del ascensor (personas de las que se compadecía, por lo general, tan rutinarias y monótonas eran sus vidas) con una ternura impropia de ella. Como la chica que trabajaba en la floristería que había frente al Nuage, donde Calliope se detenía siempre para aspirar la fragancia de las fresias; o el vejete apergaminado de Poilâne, la panadería en la que compraba un cruasán casi



todas las mañanas porque, a diferencia de las demás chicas de su edad, ella nunca se había tomado la molestia de contar las calorías que consumía. Le había cogido una especie de extraño cariño incluso a esa gente de pelo alborotado que se dedicaba a berrear canciones en el ascensor.

Nueva York tenía algo que apelaba al espíritu de Calliope. Sentía afinidad por aquella ciudad, pensó, debido tal vez a que ambas habían experimentado una drástica reconstrucción desde sus respectivas encarnaciones previas, transformándose en algo deslumbrante, exquisito e incomparable.

Frente a eso: el canto de sirena de todos los sitios nuevos que le quedaban todavía por explorar, las aventuras que aún la aguardaban.

—No estoy segura —admitió.

Atlas asintió con la cabeza.

—Escucha —habló de nuevo él tras unos instantes de silencio—. Quería decirte que siento lo del fin de semana pasado.

—No hace falta que te disculpes por nada —protestó ella.

Intentaba imprimirles un toque de coquetería a sus palabras, pero estas terminaron sonando más tensas de lo que pretendía. La tarde no estaba desarrollándose en

absoluto como esperaba.

—Aquella noche acabé hecho polvo, la verdad. Supongo que lo que intento es pedirte perdón así, en general, por si acaso hice algo de lo que tenga que arrepentirme —le explicó Atlas.

Así que no se acordaba de nada. Estaba tan borracho que seguramente ni siquiera había querido llevársela a casa. Después de lo orgullosa que se había sentido Calliope, creyendo que su relación con Atlas por fin empezaba a conducir a alguna parte, lo cierto era que para él no había significado absolutamente nada.

Había algo que necesitaba preguntarle, sin embargo, mientras Atlas y ella siguieran disfrutando tanto de su mutua compañía como de aquella agradable conversación a la luz del atardecer.

—Atlas, siento curiosidad... ¿Para qué fuiste a África?

Era una pregunta que no le había planteado nunca, en todos los meses que pasaron juntos. Y, si respondía a ella con franqueza, quizá le ofreciese alguna pista sobre la razón de que, al menos en apariencia, no la deseara.

El muchacho sopesó la pregunta con detenimiento.

—Me había metido en un lío —confesó al cabo—. Es muy largo de explicar. Había más gente implicada.

Ese «más gente» sonaba a «otra chica». Lo cual

explicaba muchas cosas.

—Aquí no te comportas igual —murmuró ella, consciente del riesgo que corría pero deseosa de expresarlo en voz alta de todas maneras—. Echo de menos a tu antiguo yo.

Atlas la observó con curiosidad, de reojo, aunque no daba la impresión de haberse molestado con ella por su observación.

—¿Y tú? —preguntó él a su vez—. ¿Qué hacías en Tanzania?

«Nunca hagas ninguna pregunta a la que tú no quieras responder»: esa era otra de las reglas cardinales de Elise, y Calliope sabía que debería haber estado preparada para contestar con cualquier evasiva rápida e inofensiva. Por algún motivo, sin embargo, solo podía pensar en la India: en aquella familia devastada, con el anciano en su lecho de muerte y Calliope allí plantada, testigo impotente de toda la situación, incapaz de hacer nada. Se sintió de repente como si la verdad intentase escapar por sus poros, perlándole la piel como gotas de sudor, escurriéndose por todo su cuerpo en feos regueros ante los ojos de Atlas.

—Sufrí una ruptura desagradable —dijo Calliope.

Era una excusa endeble, pero no se le ocurría ninguna mejor.

Guardaron silencio un momento. El sol continuaba

hundiéndose en el cielo artificial. La mano de Atlas reposaba en el suelo allí mismo, junto a ella, atrayendo toda la atención de Calliope como un imán. Necesitaba volver a sentirla en la suya.

En un arrebato de atrevimiento, estiró el brazo y apoyó una mano sobre la de él. El muchacho se sobresaltó con el gesto, pero no se apartó. Calliope decidió tomárselo como una buena señal.

—¿Cuándo te vas a Dubái? —preguntó.

Necesitaba saber de cuánto tiempo disponía para dar ese golpe. El reloj continuaba desgranando cada segundo, implacable.

—Probablemente me quede allí a tiempo completo después de la fiesta. Eso es lo que quiere mi padre, al menos.

Atlas no parecía entusiasmado ante la perspectiva. Calliope se preguntó hasta qué punto habría contado con él para tomar la decisión de enviarlo tan lejos.

—Atlas... ¿Tú quieres irte a Dubái?

El muchacho se encogió de hombros.

—¿Habrá alguien que sepa realmente lo que quiere?  
¿Qué me dices de ti?

—Sí —respondió Calliope de forma automática.

La mirada de Atlas se posó sobre ella de golpe.

—Y ¿de qué se trata?

Calliope abrió la boca para ofrecerle otra respuesta desenfadada e inane (algo en plan «¿qué podría querer yo, si mi vida es perfecta?»), pero las palabras se redujeron a cenizas en su garganta. Estaba harta de decirles a todos exactamente lo que ella pensaba que querían escuchar.

—Quiero que me quieran —respondió simplemente.

Debía de ser lo más sincero que había dicho en su vida.

—Te quiere mucha gente.

Calliope exhaló un suspiro.

—Mi madre, claro.

—Y todos tus amigos, en casa —añadió Atlas.

Calliope volvió a pensar en Daera, la única amiga de verdad que había tenido nunca, de quien se había alejado sin despedirse siquiera.

—Lo cierto es que no tengo muchos amigos —confesó—. Es solo que... Me cuesta abrirme a los demás, supongo.

—Me tienes a mí.

Atlas giró la mano para entrelazar los dedos con los de ella. Su mano irradiaba calidez y firmeza.

Calliope se giró hacia él, pero el muchacho tenía la mirada perdida en la ventana, donde el sol, una llamarada carmesí, comenzaba a ocultarse tras el aserrado horizonte de

azoteas y agujas. «Amigos», había dicho, pero amigos que se sostenían la mano.

Atlas se percató de que lo estaba observando y se volvió hacia ella con una sonrisa radiante en los labios. Por ahora tendría que conformarse con eso, pensó Calliope, aunque habría preferido que también sonrieran sus ojos.

# AVERY

Avery se apoyó en la recia puerta de su dormitorio, armándose de valor para cruzar el pasillo. En el transcurso de la última semana, ese paseo (dieciséis pasos, los había contado el otro día) se había convertido en un verdadero suplicio. En su cuarto estaba a salvo, pero en cuanto abría esa puerta se arriesgaba a ver a Atlas.

Perder a la persona que amabas ya era suficiente tortura, reflexionó Avery, sin la crueldad añadida de tropezarte constantemente con ella.

Una parte de ella se negaba a creer que todo esto no fuese más que un sueño espantoso; seguro que, tarde o temprano, despertaría y todo volvería a ser como antes. Eris aún seguiría con vida, Atlas aún sería suyo y Calliope Brown estaría en África, el lugar que le correspondía. Habría dado cualquier cosa con tal de volver a aquella noche fatídica, solo que esta vez dejaría la trampilla de la azotea firmemente cerrada.

Ese no era el mundo en el que vivía, sin embargo, y el tiempo que Avery podía pasarse de espaldas a la realidad tenía un límite. Se colgó al hombro la bolsa roja del gimnasio y salió al pasillo... justo cuando Atlas doblaba la esquina de su dormitorio, dirigiéndose en la misma dirección que ella, con un séquito de cajas rodantes pisándole los talones.

Fue como si alguien acabase de sumergir el cuerpo de Avery en un baño de nitrocriogel. No podía mover una sola célula, ni respirar siquiera.

—Te vas —dijo rompiendo el incómodo silencio.

Por alguna razón había pensado que Atlas no se iba a marchar todavía, al menos no hasta después de la fiesta del próximo fin de semana. Verlo en el pasillo del recibidor (rodeado de todas sus cosas, rehuyendo su mirada, vestido con el jersey de color marrón claro que a ella tanto le había gustado siempre) supuso para Avery un irrefutable mazazo de realidad. Había llegado el momento, pensó, aturdida. Atlas se iba, y ni siquiera había pensado despedirse de ella.

—En realidad solo voy a enviar unas cuantas cosas de antemano —le explicó el muchacho, y Avery sintió que el pánico que le oprimía el pecho se apaciguaba—. Papá me ha dejado elegir un apartamento en la torre nueva. Me gustaría tener algo allí esperándome cuando llegue, ya



sabes.

Su voz sonaba envarada y mecánica.

—Me parece lógico.

No se le ocurría qué más podría decir. ¿Cuándo dejaría de dolerle ver a Atlas? Quizá nunca. Sería como una de esas personas a las que les amputaban alguna extremidad antes de que se descubriera cómo regenerar las partes del cuerpo; su relación con Atlas se vería reducida a una mano o un pie fantasma que ella seguiría intentando mover, aunque ya no estuviera allí.

Daba igual que fuese mañana o dentro de un mes: tarde o temprano, se iría. Avery se quedó plantada en el sitio, observándolo, pensando en todo lo que habían significado el uno para el otro, todos los chistes que se habían contado de pequeños, todos los secretos que habían intercambiado; Atlas siempre había molado como hermano mayor, ayudándola a salir adelante en el instituto. Y después estaban, naturalmente, todos los besos furtivos y los «te quiero» susurrados del último año.

Pero aquí estaban ahora, sin saber qué decirse.

—Perdona, llego tarde a clase de *aquaspinning*.

Avery se afianzó la mochila en el hombro y se dirigió al ascensor. El aire estaba tan cargado de tensión que le pareció incluso verla, flotando ante ella como gotitas de vapor condensadas, empañándole la vista.

Cuando llegó por fin al estudio de *aquaspinning*, en el Altitude, exhaló un sonoro suspiro de alivio mientras se quitaba la ropa. Se puso el viejo bañador de una pieza de su equipo de natación y enseguida se metió en la piscina, llena de agua salobre recién importada del Himalaya.

Aunque la clase de hoy parecía estar casi completamente llena, todavía quedaba una bici vacía en la esquina de la primera fila. Avery, sumergida en el agua hasta la cintura, vadeó el agua hasta ella y levantó el sillín para ajustarlo a sus largas piernas. Sus ojos aún no habían terminado de acostumbrarse a la penumbra del estudio, iluminado tan solo por las flotantes lamparitas de colores que danzaban sobre la superficie del agua. De los altavoces emanaba una relajante melodía de *spa* que generaba la ilusión de estar en la cueva de una sirena.

El desasosiego que atenazaba a Avery, sin embargo, era inmune a la música. No dejaba de repasar mentalmente la conversación con Atlas, deseando haberle dicho algo más que aquel insulso «me parece lógico». Se arrepintió casi de no haberle gritado o golpeado, incluso, cualquier cosa con tal de aliviar la presión de aquella vorágine de emociones que rugía en su seno. Se sentía como si su sangre se hubiera transmutado en combustible para reactores y estuviese hirviendo al rojo vivo a flor de piel, abrasándola desde dentro.

Sonó el gong que señalaba el comienzo de la clase, y en la pared de ladrillos que tenían delante se materializó el holograma de una mujer, bronceada y esbelta, montada en bicicleta. Algunos de los miembros de la clase murmuraron para sus lentes de contacto, dándoles la orden de apuntarlos al panel de competición. Avery no lo había hecho nunca, pero ¿por qué no?

—Prueba de velocidad —dijo en voz alta.

Un icono plateado con el número de su máquina apareció de inmediato en la pared junto a otra decena de bicis, todas ellas disputando una carrera holográfica por ver quién cruzaba primero la línea de meta. Los ecos de un tonante pitido electrónico comenzaron a resonar por todo el estudio.

Avery aceleró, impulsando los pedales con sus piernas como pistones mientras luchaba contra la inagotable y poderosa resistencia del agua salada. Intentó abstraerse en el movimiento, esforzarse hasta cortar el acceso del oxígeno a su maldito cerebro; así, al menos durante unos gloriosos minutos, dejaría de torturarse pensando en Atlas.

El sudor le resbalaba a chorros por su espalda. Empezaron a formársele ampollas en las palmas, allí donde estas presionaban contra los manillares. Avery se percató de que estaba disputándose la primera posición en

reñida lid con quienquiera que fuese el que estaba pedaleando en la bicicleta número dieciocho, en la fila del fondo. Ignoraba de quién se trataba y saberlo tampoco habría cambiado las cosas; de repente la poseía un deseo irrefrenable de alzarse con la victoria. Era como si todos los problemas y errores que había cometido en su vida hubieran cristalizado en esta carrera, y, como no ganara, Avery estaría condenada a ser así de desgraciada durante toda la eternidad. Empezó a pedalear como si aquel simple hecho pudiera cambiar las cosas; como si la felicidad estuviese allí mismo, al alcance de la mano, y, si corría lo suficiente, pudiera ser capaz de atraparla. Notó algo salado en la boca; no estaba segura de si era el agua, o sudor, o tal vez sus lágrimas.

Todo acabó de repente, levantó la cabeza y a punto estuvo de proferir un grito de alivio, porque había ganado; se había impuesto a la bici número dieciocho, aunque por los pelos. Desmontó y metió la cabeza en el agua, sin importarle lo estropajoso que el salitre pudiera dejarle el cabello. Le sobrevino el extraño e inoportuno impulso de echarse a llorar. «Estoy fatal de la cabeza», se reconvino, ominosa, antes de impulsarse para salir de la piscina.

—Tenía el presentimiento de que eras tú. ¿La de la bici número siete?

Leda se había subido a uno de los bancos de listones

de madera que había contra la pared del estudio, con las manos apoyadas en sus huesudas caderas.

—¿Estabas tú en la dieciocho?

Por supuesto que tenía que ser Leda, pensó Avery, sin sorprenderse.

Leda asintió con la cabeza.

Se quedaron donde estaban, tan inmóviles como estatuas, mientras el resto de la clase desfilaba en dirección a la dorada claridad del pasillo. Ninguna de las dos parecía estar dispuesta a dar el primer paso. Leda se enrolló una toalla a la cintura, doblando una esquina para sujetársela a modo de sarong improvisado, y de repente Avery se fijó en el brillante estampado azul que ribeteaba la prenda.

—Eso es de Maine —se oyó articular.

Leda bajó la mirada, como si necesitase comprobarlo, y se encogió de hombros.

—Supongo que sí. —Deslizó los dedos por el dibujo un momento antes de volver a mirar a Avery. Sus ojos relucían en la penumbra—. ¿Te acuerdas de la vez que salimos a buscar trocitos de vidrio marino para dárselos a tu abuela? ¿Y del revolcón que me pegó aquella ola gigante?

—Me metí en el agua corriendo detrás de ti —dijo Avery.

—Con aquel vestidito blanco de tirantes, recién estrenado. —Leda exhaló un suspiro que podría haberse confundido con una risa—. Cómo se cabreó tu madre.

Avery asintió en silencio, debatiéndose entre el desconcierto y una mezcla de nostalgia y gratitud por el recuerdo. Había perdido a tanta gente en su vida últimamente... Eris, Leda y ahora Atlas. De pronto, lo único que deseaba era que el ciclo aquel terminara de una vez.

—¿Cabe alguna posibilidad de que te apetezca tomarte un batido conmigo? —preguntó Leda en voz muy baja, como si estuviera leyéndole el pensamiento.

El silencio que reinaba en el estudio de *aquaspinning* se había vuelto ensordecedor de repente. Se habían marchado todos, dejando nada más que el discreto chapoteo de la piscina de agua salobre y el destello intermitente de las bombillas de colores. El holo proyectado sobre la pared de ladrillos se desvaneció ante sus ojos con un parpadeo.

—¿Mejor unos tacos?

Avery aún tenía el pulso acelerado después de la clase, sonrosadas sus mejillas por el esfuerzo. Cayó en la cuenta de que, por primera vez en una semana, sentía algo más aparte de una pena desgarradora; o peor aún, aquel entumecimiento terrible, tan doloroso. Quería

desesperadamente conservar este frágil remedo de calidez antes de volver a estamparse de bruces contra la inevitable realidad.

Leda sonrió a modo de respuesta.

—¿En la Cantina?

—¿Dónde si no?

Avery no estaba convencida de que eso fuese una buena idea. Ya no estaba segura de cómo debía tratar a Leda, después de todo lo que había pasado entre ambas. ¿Eran buenas amigas? ¿Rivales? ¿Desconocidas?

Deslizó los pies en sus sandalias, estampadas con flores, decidida a salir de dudas de una vez por todas.

# LEDA

La Cantina estaba igual que siempre, tan sofisticada que impresionaba; sus prístinas superficies, de un blanco refulgente, conseguían que a Leda casi le diese reparo tocarlas. Recordó la fascinación con la que había entrado allí por primera vez, en octavo, con Avery y sus padres. Todos los comensales se veían tan delgados y elegantemente arreglados que, para su mente de trece años, parecían modelos. Por otra parte, algunos lo eran.

Ahora, una vez en lo alto de la ostentosa escalinata blanca, flanqueada por espinosos agaves azules, Avery y ella se instalaron en uno de los acogedores reservados para dos personas de la planta de arriba. Las dos se habían duchado y utilizado los multimoldeadores antes de salir del Altitude, y ahora que ya no estaban inmersas en el surrealista silencio del estudio de *aquaspinning*, ahora que habían recuperado su inmaculada normalidad, Leda no pudo por menos de preguntarse si esto habría sido buena



idea.

Avery la salvó al ser la primera en hablar.

—¿Cómo estás?

Por alguna razón, la absurda formalidad de su pregunta hizo que a Leda le dieran ganas de carcajearse. Después de las innumerables horas que habían pasado juntas en este mismo restaurante, aquí estaban ahora, comportándose como una pareja en la primera cita más desastrosa de todos los tiempos. Supo lo que tenía que decir de inmediato.

—Lo siento —se disculpó, aunque las palabras brotaron con torpeza de entre sus labios; nunca se le habían dado bien las disculpas—. Siento todo lo que hice y dije aquella noche, en el tejado. Sabes que nunca fue mi intención. —No había ninguna necesidad de especificar a qué se refería; las dos lo sabían—. Te juro que fue un accidente. Jamás se me...

—Ya lo sé —la interrumpió Avery, desabrida, apretando ligeramente los puños bajo la mesa—. Pero no hacía falta que después te pusieras como una loca y empezaras a repartir amenazas a diestro y siniestro, Leda. Si le hubieras echado valor y hubieses confesado la verdad, no te habría ocurrido nada.

Leda se quedó mirándola fijamente, sin parpadear. El mundo de fantasía en el que vivía Avery nunca dejaba de

sorprenderla. Claro, si hubiera sido Avery Fuller la que empujó a Eris desde la azotea de la Torre, todo se habría saldado con una amonestación. Pero la familia de Leda distaba de ser tan poderosa y de poseer tantos contactos como la de los Fuller, por mucho dinero que tuviesen ahora. Si Leda confesaba, se abriría una investigación, probablemente incluso la llevarían a juicio. Y Leda sabía en qué lugar la dejarían las pruebas.

Cualquier jurado estaría encantado de condenarla por homicidio involuntario, en el mejor de los casos. Al contrario que a Avery, la cual era inherentemente inimputable. A nadie se le ocurriría nunca contemplar siquiera la posibilidad de enviarla a prisión. Era demasiado guapa, así de sencillo.

—Tal vez —replicó con cautela, sabiendo que con eso sería suficiente—. También me disculpo por eso. Me arrepiento de todo lo que dije esa noche.

Avery asintió con la cabeza, despacio, pero no dijo nada.

Leda tragó saliva con dificultad.

—Eris había hecho cosas que me dolieron, cosas muy graves. Yo ni siquiera quería hablar con ella, pero no paraba de buscarme, aunque le había dicho que se alejara de mí... De todas formas, nunca quise...

—¿Qué te hizo Eris? —preguntó Avery.

Leda se recogió el cabello detrás de las orejas, nerviosa.

—Estaba acostándose con mi padre —susurró.

—¿¡Cómo!?

—Sé que parece una locura, pero los vi juntos... ¡Los vi besándose!

La voz de Leda se disparó, descontrolada, tal era su desesperación por que Avery la creyera. Respiró hondo y empezó a desgranar la historia al completo, sin omitir ni uno solo de sus escabrosos detalles: el modo tan extraño en que se comportaba su padre, como si estuviese ocultando algo. El pañuelo para el cuello de Calvadour que había encontrado Leda, antes de ver cómo su padre se lo regalaba a Eris. Cómo él había mentado, diciendo que iba a reunirse con un cliente, pero después ella lo había descubierto cenando con Eris, haciendo manitas y besándose por encima de la mesa.

Avery había enmudecido de asombro.

—¿Estás segura? —preguntó, consternada, transcurridos unos instantes.

—Te entiendo. Al principio yo tampoco me creí que Eris pudiera hacer algo así, y mucho menos mi padre. — Leda ni siquiera podía mirar a Avery a los ojos en esos momentos, no se sentía capaz de hacer frente a la incredulidad y la repugnancia que sin duda vería

plasmadas en ellos, so pena de romper a llorar, desconsolada. Intentó distraerse tecleando en la superficie de la mesa para encargarse el menú—. El guacamole, ¿medio o picante?

—Picante. Y con queso —añadió Avery—. Dios, Leda... Lo siento muchísimo. ¿Lo sabe tu madre?

Leda negó con la cabeza.

—No le he contado nada.

Avery debía de comprender mejor que nadie lo doloroso que había sido para ella ocultarle algo así a su familia, la tensión a la que se veía sometida Leda por culpa de ese secreto que la atormentaba de forma gradual e inexorable, sin concederle ni un segundo de tregua.

—Lo siento. Es terrible. —Avery dibujó un círculo con el dedo sobre la prístina superficie de la mesa. Tampoco ella parecía capaz de establecer contacto visual con su amiga—. ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó, al cabo, levantando la cabeza.

Tenía los ojos anegados de lágrimas.

Típico de Avery, creerse capaz de resolver todos los problemas del mundo.

—No puedes arreglarlo todo, ¿sabes? —repuso Leda mientras una aerobandeja se acercaba a su mesa con un discreto zumbido para depositar el guacamole que habían pedido.

Estaba recién hecho, tan fresco y natural que se distinguían incluso algunos trocitos, en las antípodas de aquella pasta confeccionada con cubitos de proteínas de algas enriquecidas que, una vez machacados, vendían como guacamole en el Cinturón de la Torre.

—Ya lo sé. Esa ha sido siempre tu especialidad. — Avery se secó los ojos y suspiró—. Dios. Ojalá no nos hubiéramos enfadado nunca.

—¡Yo pienso lo mismo! —convino Leda—. Atlas no merecía la pena. Quiero decir... para mí, no merecía la pena para mí —farfulló atropelladamente en un intento por explicarse.

Al otro lado de la mesa, los ojos azules de Avery se habían vuelto intensamente serios.

—Nunca estuve enamorada de él —continuó Leda haciendo de tripas corazón—. Ahora me doy cuenta de ello.

Sabía que no era eso de lo que Avery quería hablar, que lo más aconsejable sería rehuir por completo ese asunto. Pero hablar era la única forma de arreglar las cosas. Leda se imaginó que sus palabras salvaban la distancia que la separaba de su amiga, como aquellos puentes de eterio que se construían por sí solos, molécula a molécula.

—Creía que lo amaba, pero solo era un... capricho.

Amaba la idea de enamorarme de él. O quizá debería decir que quería amarlo, pero no lo conseguí nunca.

Parecía que hiciera una eternidad de aquella noche en los Andes, cuando Leda creyó haber caído rendida a los pies de Atlas. Pero todo había sido fruto de la emoción del momento y las hormonas, tan solo eso.

«¿Igual que te ocurre ahora con Watt?», susurró una voz dentro de su cabeza, una voz que se esforzó desesperadamente por silenciar. No le había contado a nadie que Watt y ella habían empezado a enrollarse. Dios, pero si incluso ellos mismos evitaban el tema. Desde que regresaron de Nevada, sin embargo, Watt había ido a su casa todas las noches. Ella nunca se lo pedía; el muchacho sencillamente se presentó sin avisar el primer día, Leda le abrió la puerta de atrás sin decir nada y, acto seguido, los dos estaban revolcándose en su cama, enredados en una madeja muda de necesidad aplastante.

Pese a todo, Leda no había dejado que Watt llegara demasiado lejos. Aquella era una lección que le había tocado aprender por las malas. Su instinto de conservación la urgía a guardarse un as en la manga.

Porque estaba empezando a sentir algo por él, y ese giro de los acontecimientos no había entrado nunca en sus planes.

Comparado con Watt, lo que alguna vez había sentido

por Atlas se le antojaba infantil y lejano. Se dio cuenta de que ya ni siquiera le importaba que Avery saliera con él. Diablos, ¿por qué no? No era más descabellado que todas las demás perversiones que tenían lugar a diario en aquel mundo tan jodido que les había tocado vivir.

—Pero tú sí que lo quieres, ¿verdad? —preguntó a sabiendas de cuál iba a ser la respuesta.

—Sí —dijo Avery tras pensárselo más de lo que Leda se había esperado. Exhaló un hondo suspiro—. Aunque me ha hecho mucho daño.

—¿Por haberse dado el lote conmigo? —Leda hizo una mueca de inmediato ante la vulgaridad de sus palabras—. Hace mucho de eso, ya es agua pasada —añadió con más tacto.

Avery no dio muestras de haberse ofendido ante su salida de tono.

—No, no es eso. Es que... ha estado con otra. Hace poco. —Apuntó la mirada hacia abajo—. Estoy segura de que lo nuestro ha terminado, para siempre.

—¿No te referirás a la chica esa de la gala, la del vestido aquel, tan hortera, con acento británico? ¿Cómo se llamaba... Catástrofe?

—Calliope —la corrigió Avery, con el fantasma de una sonrisa en los labios—. Se conocieron en África, durante uno de los viajes de Atlas. Acaba de mudarse aquí

con su madre.

—No me digas. Conoció a Atlas en la otra punta del mundo y ahora resulta que está en Nueva York. Qué puñetera casualidad. —El instinto de Leda se puso en alerta con una sacudida—. Y ¿cuál es la historia de esta muchacha? ¿De dónde sale?

—Ni idea. Estudió en Inglaterra, creo, en un colegio privado.

—¿No tiene una página en los agregadores?

—Pues no lo he mirado, la verdad —respondió Avery a la defensiva.

Leda la entendía muy bien: no quería consultar esa página porque, en cuanto lo hiciera, Calliope se convertiría en una persona de carne y hueso.

Gracias a Dios que Avery era tan mona, pensó Leda, porque, de lo contrario, el mundo se la comería con voracidad. Y gracias también a Dios que Avery la tenía a ella, para protegerla.

—Espera, ya lo miro yo —se ofreció, y murmuró la orden pertinente a sus lentes de contacto—: Calliope Brown, buscar en los agregadores.

Cuando hubo encontrado la cuenta indicada, al pie de la página, se le cortó la respiración.

—¿Qué ocurre? —preguntó Avery.

—Enviar enlace a Avery —dijo Leda, y vio que la



página aparecía también en las lentes de su amiga.

La página de Calliope se remontaba tan solo a un par de meses atrás. Contenía fotos de Nueva York, unas pocas de África, y antes de eso... nada.

—A lo mejor es que todavía no sabe muy bien cómo funcionan los agregadores —murmuró Avery, pero incluso ella se mostraba dubitativa.

Leda puso los ojos en blanco.

—Hasta el último mocoso de diez años del planeta tiene una cuenta. Esto es de lo más sospechoso. Es como si no hubiera existido en absoluto antes de conocer a Atlas el verano pasado.

No podía tratarse de una coincidencia, de ninguna manera. Allí pasaba algo raro y, fuera lo que fuese, Leda estaba decidida a averiguar la verdad.

Tomar esa decisión generó una oleada de energía que la bañó de la cabeza a los pies, imbuyéndola de confianza renovada en sí misma y de una feroz determinación por solucionar este problema por el bien de Avery. Volvían a ser amigas y, por consiguiente, cualquier adversaria de Avery lo era ahora también de ella. Seguía siendo Leda Cole, maldita sea, y nadie le hacía daño a la gente que le importaba.

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? —A Avery le temblaba la voz.

Leda asintió con la cabeza, aparcando momentáneamente su misión de venganza.

—¿De qué, por ejemplo?

—Por ejemplo, de lo que sea que te tiene tan animada y de buen humor. ¿Algún chico?

—A lo mejor. —Leda se ruborizó al pensar en Watt.

Les trajeron el queso fundido, una sartén recubierta de cebolletas troceadas, y Leda aprovechó la ocasión para cambiar de tema.

—Bueno, pero tú primero. ¿Qué más me he perdido?

Avery utilizó un nacho de quinoa a modo de cuchara para echarse un poco de queso en el plato.

—Todo. Esta fiesta de Dubái es una lata, la verdad. Tendrías que ver a mi madre, está que se sube por las paredes.

Leda se quedó allí sentada, escuchando mientras Avery volcaba en sus oídos todas las emociones que le oprimían el alma. Sintió que se le henchía el corazón en el pecho. Había recuperado a su mejor amiga. Y, además, un chico nuevo había entrado en su vida; un chico tan desconcertante como peligrosamente adictivo.

Por fin las aguas comenzaban a volver a su cauce.

# RYLIN

Rylin se paseaba por la fiesta de despedida de *Salve, regina* tras el último día de rodaje, sintiéndose rebosante de glamur con su ceñido vestido rojo y sus zapatos de tacón con tachuelas, sonriendo con tanta intensidad que temía que de un momento a otro se le pudiera caer la cara a pedazos.

Habían alquilado un bar en un ático para la ocasión, en la última planta de un rascacielos..., o lo que entendían por rascacielos en Los Ángeles, puesto que el edificio solo se elevaba unos miserables 104 pisos del suelo. Sin embargo, dado que allí ninguna construcción era excesivamente alta, gozaba de unas vistas fabulosas de toda la ciudad. Incluso se divisaba el letrero luminoso de Hollywood a lo lejos. El lugar, salpicado de plantas exuberantes y tenuemente iluminado, era todo curvas, superficies doradas y espejos desperdigados.

Rylin deambulaba complacida entre la multitud. Los

miembros del equipo inclinaban la cabeza a su paso y la saludaban, lo cual no hacía sino ampliar su sonrisa. Se había llevado una agradable sorpresa cuando tanto los técnicos como los actores la acogieron tan de buen grado en su seno. Nunca había sospechado que aquella vida pudiera fomentar la creación de unos lazos tan intensos y espontáneos, pero trabajar tantas horas seguidas en un entorno tan reducido hacía que todo el grupo se esforzara por construir algo juntos.

Había sido una semana increíble, reflexionó mientras se deslizaba en un banco junto a Seagren y otros miembros del equipo. Se había esforzado mucho durante las sesiones de rodaje, y todavía dedicaba mucho tiempo a acompañar a Xiayne en la cabina de montaje, hasta altas horas de la madrugada, seleccionando los trocitos de holo que querían y plegando los fragmentos unos encima de otros, como delicadas capas de encaje transparente. Se habían pasado toda la noche en vela en dos ocasiones, recurriendo a los parches de cafeína y a raciones de patatas fritas a las cuatro de la madrugada para seguir aguantando; volviendo al hotel al amanecer para darse una ducha rápida antes de regresar corriendo otra vez al plató, donde el proceso comenzaba de nuevo. Pero había valido la pena. Rylin sabía que había aprendido más en esta semana de trabajo intensivo que en todo un año de

clases en la escuela.

Las carcajadas estaban volviéndose más desenfrenadas a su alrededor, a medida que la noche seguía su curso y todos consumían un cóctel recién preparado tras otro. Rylin vio a uno de los actores secundarios, el primo de la reina, enrollándose con la primera ministra en un rincón. La tiara que lucía Perrie, la actriz que representaba a la reina, llevaba toda la noche cambiando de manos; eran muchos los que, achispados, querían ponérsela para sacarse una foto con ella. Incluso Rylin le había enviado a Chrissa una instantánea con ella puesta, por diversión. Ahora Perrie estaba en el centro de la sala, luciendo resueltamente el corpiño de su disfraz, aunque lo conjuntaba con unos pantalones negros de cuero. Intentaba animar a la gente a participar en un juego para beber, en el que ella leía unas líneas de diálogo y los demás tenían que adivinar a qué miembro del reparto estaba imitando. El bullicio era ensordecedor, y resultaba imposible enterarse de nada.

Rylin se reclinó en el banco, riéndose, mientras Xiayne se acercaba a la mesa.

—A ver, vosotras dos, hacedme un hueco.

Llevaba puesta una camiseta de color azul marino y unos vaqueros, y, como de costumbre, su sonrisa era contagiosa. Tenía el pelo alborotado, como si acabase de

entrar de la calle, pero estaban a demasiada altura para eso.

Obedientes, Rylin y Seagren se apretujaron para hacerle sitio. Xiayne cogió dos cócteles de pomelo de una bandeja que pasaba por su lado y le dio una de las copas a Rylin, la cual ni siquiera se inmutó ante el hecho de que su profesor estuviera invitándola a consumir alcohol.

—Vale, confesad. ¿Cuál de las dos odiaba más a la otra?

El tono de Xiayne era desenfadado y provocador.

Seagren resopló con la nariz metida en su copa. No era la primera que se tomaba esa noche, y saltaba a la vista que ya estaba empezando a desinhibirse.

—Rylin me odiaba.

—¡Qué va! ¡Has sido una jefa estupenda! —protestó Rylin, lo que hizo que Seagren se riera aún con más ganas.

—Te he tratado fatal —replicó la otra con una sonrisa, arrastrando las palabras—. Pero así se portó conmigo mi primer jefe, de modo que me parece justo. El ciclo de la vida y todo eso.

Uno de los directores de escena se acercó y le tendió una mano a Seagren.

—¿Bailas? —preguntó inclinando la cabeza en dirección al centro de la sala, el cual estaba degenerando

en una pista repleta de borrachos desenfrenados.

—¿Por qué no? —Seagren aceptó la mano del tipo.

Rylin observó de reojo a Xiayne, cuya mirada se paseaba traviesa sobre el gentío. Era evidente que se estaba divirtiendo con el caos y el bullicio de la pista de baile. Parecía un estudiante de instituto, orgulloso de que todo el mundo hubiera acudido a su fiesta.

—Bueno, Rylin. ¿Sigues alegrándote de haber venido hasta aquí? —le preguntó de repente, girándose hacia ella.

Uno de los diminutos zarcillos de su tintuaje sobresalía bajo el cuello de la camisa y ascendía sinuoso por su cuello, como una lengua de fuego. Rylin se obligó a mirarlo a la cara.

—Ha sido increíble. Gracias por hacerlo posible.

—Gracias a ti, por todo lo que me has ayudado en la cabina de montaje. Posees un don innato asombroso.

Un coro de grititos llegó de repente hasta sus oídos, procedente de la otra punta de la habitación. Todo el mundo se había apiñado contra las ventanas y parecía muy emocionado por algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rylin, pero Xiayne ya se había levantado.

—El primer cartel publicitario de *Salve, regina*, proyectado sobre la Burbuja. ¡Pensaba que tardarían por lo menos otra semana! ¡Ven! —Xiayne la agarró de la

mano, provocándole un escalofrío que se extendió por todo su brazo. Rylin lo siguió a trompicones, doblaron una esquina y entraron en uno de los reservados. Una atmósfera de apacible intimidad los envolvió de inmediato —. Mira.

Xiayne apuntó con el dedo al rostro de Perrie, proyectado sobre la Burbuja; glamurosa y radiante, la actriz sacudió su larga cabellera morena. «La corona tiene un precio», rezaba el eslogan, impreso en caracteres caligrafiados sobre su tiara. A Rylin le impresionó pensar que ella misma se había puesto esa tiara hacía apenas media hora; que había ayudado a editar esa imagen de Perrie, y allí estaba ahora, flotando sobre una ciudad entera repleta de gente.

—Es asombroso —exhaló.

Xiayne intentó restarle importancia al cumplido, pero Rylin sabía que estaba emocionado.

—No son más que unas cuantas tomas de producción, nada del otro mundo —murmuró él mientras se acercaba a la ventana.

Rylin lo siguió, pegándose tanto al flexiglás que a punto estuvo de aplastar la nariz contra él. Y pensar que cada una de aquellas motitas de luz era una persona, todas ellas absortas en sus propias vidas dentro de este cómico mundo envuelto en plástico de burbujas. ¿Cuántas



estarían mirando hacia arriba en esos momentos, admirando el anuncio de un holo que Rylin había ayudado a crear?

Xiayne y ella se reflejaban en el flexiglás, tenue el contorno de sus siluetas contra el resplandor. Eran como espíritus olvidados, contemplando la ciudad cuajada de estrellas que se extendía a sus pies.

—¿Te gusta la vista? —preguntó Xiayne. Rylin asintió con la cabeza, sin atreverse a expresar lo que sentía de viva voz, y la sonrisa de él se ensanchó—. Me lo imaginaba. Este es el punto más alto de Los Ángeles, ¿lo sabías?

—No tenía ni idea. —El corazón de Rylin latía desbocado en su pecho. Le sobrevino el deseo de volver a sumergirse en la sobrecarga sensorial de la fiesta, pero se sentía extrañamente incapaz de moverse.

—Rylin —dijo Xiayne en voz baja, apoyándole las manos tímidamente en los hombros.

Como una espectadora lejana, la muchacha lo vio inclinarse sobre ella y presionar con los labios contra los suyos.

No había vuelto a besarla nadie desde la última vez que lo hiciera Cord (nunca la había besado nadie, en realidad, aparte de Cord y su antiguo novio, Hiral), por lo que, al principio, reaccionó tentativamente al gesto de

Xiayne con una mezcla de halago y curiosidad. Le había gustado pasar tiempo con él. Y había visto cómo se lo comían con los ojos todas aquellas chicas del último curso, lanzándole miraditas cargadas de segundas intenciones mientras ponían cara de cordero degollado. Una parte de ella se sintió halagada al saber que, de todas las chicas de Berkeley, Xiayne la había elegido a ella, Rylin Myers, la estudiante con beca y talento del piso 32.

Pero entonces recordó lo que le había dicho Cord, su insinuación del interés que sentía Xiayne por ella, y de repente aquello le pareció mal. Muy mal. Quizá Cord estuviera en lo cierto y esto fuese lo que siempre había querido Xiayne: pillarla a solas, en la oscuridad.

Se apartó de él y dio un paso atrás, vacilante.

El rostro de Xiayne era una máscara de perplejidad y consternación.

—Rylin —tartamudeó—, perdona. Yo nunca...

—¿De verdad crees que tengo talento? —lo interrumpió la muchacha.

Xiayne parpadeó sorprendido.

—Por supuesto que sí —le aseguró, pero ella ya no sabía si podía seguir creyéndose lo que le dijera.

—Entonces —replicó Rylin despacio—, para ti esto no ha sido un simple juego. Traerme a Los Ángeles, dejarme que te ayudara en la cabina de montaje... Todo

eso no ha sido únicamente para esto.

Xiayne se pasó una mano por el cabello.

—Mierda, Rylin. ¿Me crees capaz de contratar a mis ayudantes de cámara tan solo por su cara bonita? Que no es que no me parezcas muy guapa —se apresuró a añadir—, porque lo eres. Quiero decir..., mierda —tartamudeó de nuevo, mirándola con algo parecido al pánico—. Lo siento si me he pasado. Pensaba, no sé... ya eres mayor de edad, y...

Rylin retrocedió un paso más. Una parte de ella seguía escuchando lo que decía Xiayne, pero las palabras de Cord no dejaban de repetirse en su mente. Sin poder evitarlo, se sintió utilizada y dolida. Al mirar ahora a Xiayne, solo podía pensar en que parecía un adolescente inmaduro. Un adolescente con mucho talento, cierto, pero, al fin y al cabo, lo poseía el deseo de convertirlo todo en una gran fiesta, a ser posible con él como protagonista.

En ese momento, Rylin perdió todo el respeto que sentía por él. Y también por sí misma, por haber dejado que la situación se hubiera desarrollado de aquella manera.

—Lo siento —repitió Xiayne, pero Rylin continuaba alejándose de él. Tenía las mejillas encendidas por la vergüenza. Necesitaba salir de allí.

Se abrió paso ciegamente hacia un grupo de gente que había junto a la puerta. Seagren y algunos de los técnicos estaban hablando con Perrie, que parecía una diosa moderna con sus pantalones de cuero, sus zapatos de tacón y aquella enorme tiara de atrezo.

—¡Rylin! —la llamó Seagren, pero Rylin no le hizo caso y siguió avanzando.

—Pobrecita —oyó que murmuraba Perrie en voz baja cuando ya casi había doblado la esquina—. Tenía pinta de ir a vomitar. ¿Se le habrá ido la mano con la bebida?

Rylin apretó el paso antes de poder oír nada más.

# CALLIOPE

Calliope había estado en más mercados navideños de los que podía contar, en Bruselas, en Copenhague e incluso en Mumbai, pero ninguno de ellos podía compararse con este, el de Elon Park, en la planta 853. Aunque tenía que reconocer que su atractivo se debía, en gran parte, al hecho de estar visitándolo en compañía de Atlas.

No dejaba de observarlo con disimulo, preguntándose exactamente por qué le habría pedido que lo acompañara hoy: si esto era una cita o si Atlas tan solo necesitaba refuerzos para hacer las compras de Navidad. Calliope no tenía ni idea de cómo estaban las cosas entre ellos después de aquel momento que habían compartido la semana pasada, cuando Atlas había declarado ser su amigo, vehemente, mientras hacían manitas en lo alto de la pared de escalada.

Se habían pasado toda la semana intercambiando parpadeos afectuosos, pero sin coquetear. Hasta que, esa

mañana, Calliope se había despertado con el siguiente mensaje de Atlas: «Callie, tengo que comprar un montón de regalos y tú eres la mayor experta en tiendas que conozco. ¿Puedes echarme una mano?».

Cómo negarse. Le quedaban menos de dos semanas para dar el golpe antes de que Atlas se mudara a Dubái; a menos que estuviese dispuesta a seguirlo hasta allí, algo por lo cual no sentía ningún interés especial.

Calliope había sugerido visitar las *boutiques* de los pisos superiores, pero Atlas insistió en venir aquí. La muchacha tenía que reconocer que el ambiente era más festivo, sin duda. Un enjambre de luces rojas y verdes flotaba sobre sus cabezas como luciérnagas danzarinas. El parque entero estaba abarrotado de puestos callejeros en los que se vendía de todo, desde cascanueces de baratillo y juguetes de baja tecnología a joyas carísimas y bolsos de Senreve, cuyos últimos modelos se encogían y expandían en función de lo que necesitaras guardar en ellos. Calliope llevaba su propio bolso de Senreve de color fucsia abrazado contra el pecho. Sus botas aplastaban la nieve que se extendía bajo sus pies, hecha de velerio congelado en vez de agua para que no se derritiera ni se ensuciara. En varios rincones la sustancia intentaba adoptar la forma de pequeños muñecos de nieve, autogenerados en montoncitos de bolas con sus

botones y todo.

Atlas y ella habían acumulado un montón de regalos, transportados por los bots de carga flotantes que los precedían: el mercadillo era sofisticado, pero no tanto como para ofrecerles a sus clientes la posibilidad de enviar las compras a casa sin costes adicionales, como sí hacían las *boutiques*. Calliope descubrió que no le importaba. Había algo de entrañable en el hecho de ver sus compras meciéndose unos pasos por delante de ella, como si su propio materialismo desatado estuviera remolcándola, tirando de ella con un cordón invisible, como esos niños a los que sus padres sujetaban con correas proxy cuando salían a pasear.

—Me parece que he descubierto la manera de conseguir que Callie Brown vaya a cualquier parte. Solo hay que programar un bot cargado con bolsas para que se mueva delante de ti, y lo seguirás sin poder evitarlo — dijo Atlas, como si estuviera leyéndole el pensamiento.

Calliope se sintió tan flagrantemente pillada en falta que no pudo por menos de carcajearse.

—Me alegra que me hayas arrastrado hasta aquí — repuso recompensándolo con toda la fuerza de su sonrisa.

—Lo mismo digo —replicó Atlas con delicadeza.

Doblaron una esquina y se encontraron rodeados por una muchedumbre tremenda que empujaba en dirección a

uno de los tenderetes. Calliope dio un paso adelante, curiosa (nunca había podido resistirse a estar en el centro de la acción), pero los gañidos animales y los gritos de los niños le indicaron de qué se trataba antes incluso de ver el cartel holográfico.

La caseta estaba repleta de perritos que ladraban y brincaban sin cesar, todos ellos con navideños collares de color rojo y verde. Se trataba de cachorros imperecederos, animales cuyo ADN se había modificado para que no envejecieran jamás. Siempre habían estado rodeados por la polémica: había quienes sostenían que su existencia era antinatural, que era una crueldad evitar que los seres vivos gozasen de una vida plena y normal. Calliope, por su parte, no entendía qué podía tener de malo ser eternamente joven y adorable.

De inmediato le llamó la atención uno de ellos, un delgadito cachorro de terrier con la lengua sonrosada y brillante. Por un momento se permitió imaginar que se lo llevaba a casa. Lo llamaría Gatsby, en honor a aquel libro que se había leído cuando estudiaba en el internado de Singapur; la única lectura obligatoria que había llegado a terminar en su vida. Lo llevaría en el bolso, lo atiborraría de golosinas y...

Se le escapó un jadeo involuntario. Una niña pequeña acababa de coger a Gatsby y se lo estaba dando a su



padre. Calliope sintió la inexplicable necesidad de gritarles que se estuvieran quietos, que soltasen a su perro, pero reprimió el impulso. En su vida, tan nómada y glamurosa, no había cabida para ningún cachorrito.

—¿Estás bien? —preguntó Atlas al fijarse en su cara.

—Claro que sí. Sigamos. —Esperaba que el muchacho no se hubiera dado cuenta de cómo le temblaba la voz.

Atlas asintió con la cabeza.

—No sé tú, pero yo necesito repostar azúcar — declaró elevando la mirada hacia el techo abovedado que se curvaba sobre sus cabezas, de un gris plomizo—. La próxima nevada programada ya debe de estar al caer. ¿Te apetece tomar una buena taza de chocolate caliente?

—Música para mis oídos —convino Calliope sorprendida aún por aquella inusitada punzada de añoranza.

Se dirigieron a la chocolatería que había bajo la pista de patinaje sobre hielo, la célebre joya de la corona del parque, suspendida a diez metros del suelo. La zona se encontraba llena a rebosar, abarrotada de turistas y compradores cuyas botas estaban dejando marcas de nieve a lo largo y ancho de la gigantesca alfombra persa que se extendía a sus pies. La barra estaba jalonada de flores de Pascua de un rojo intenso, espaciadas entre sí

cada pocos metros.

—Dos tazas grandes, con extra de nubes y nata montada —le pidió Atlas al bot de servicio antes de apoyarse en los talones con un suspiro de satisfacción. La luz que provenía de arriba era tenue y delicada, filtrada por el grueso filtro que formaban la pista de hielo y los cuerpos de los patinadores.

Calliope se rio de buen grado.

—Tú no haces las cosas a medias, ¿verdad?

Llegó el chocolate, y los dos espolvorearon sendas pizcas de copos de menta sobre la bebida.

—Gracias de nuevo por haber venido de compras conmigo. No sé qué habría hecho sin tu ayuda.

Atlas probó un sorbo de chocolate, dejándose el labio superior recubierto por un cómico bigotito de nata montada. Calliope decidió no decirle nada. Quería ver cuánto tardaba en darse cuenta él solito.

—Habrías escogido unos regalos mucho peores, eso seguro —declaró, antes de llevarse una mano a la boca al comprender que se habían olvidado de alguien crucial—. ¡Atlas! ¡No le hemos comprado nada a Avery!

Le había ayudado a elegir obsequios para distintos familiares y amigos: unos jerséis de punto preciosos, jabón perfumado para las manos e incluso un nuevo abrillantador láser, fabuloso, para esa tía suya que vivía en

California. ¿Cómo diablos habían dejado fuera a su hermana, sobre todo teniendo en cuenta que Avery era la mejor oportunidad de Calliope para lucirse? Se devanó los sesos sopesando distintas ideas, intentando determinar qué sería lo bastante exótico y refinado como para impresionar a una chica que lo tenía literalmente todo.

—No te preocupes. Ya tengo algo para Avery.

Calliope juraría que una nube de azoramiento acababa de ensombrecer fugazmente las facciones de Atlas.

—¿Qué es? —preguntó con genuina curiosidad.

Los regalos que compraba un chico para su familia podían aportar mucha información sobre él.

—Una antigua ilustración histórica de Nueva York tal y como era hace trescientos años.

—¿Una ilustración?

Calliope arrugó la nariz desconcertada.

—Tinta sobre papel —le explicó Atlas—. Para colgar en la pared. Es como una instantánea, solo que no se mueve.

«Papel», pensó Calliope, perdiendo rápidamente cualquier posible interés. La verdad, si Avery Fuller no fuese tan rica y hermosa nadie querría pasar ni un momento con ella, con lo aburrida que era.

El grupo que estaba al otro lado de la barra de la caseta prorrumpió en vítores de repente. Calliope vio que

todos lucían la misma sudadera amarilla, feísima. Debían de ser hinchas de fútbol americano que estarían viendo algún partido en sus lentes de contacto, y su equipo probablemente acaba de marcar un tanto.

—Vendrás a la fiesta de inauguración en Dubái, ¿no?  
—preguntó Atlas cuando se hubo reducido el tumulto.

Calliope bebió un trago de chocolate para ganar tiempo. Estaba caliente y espeso, y parecía explotar en diminutas chispas de azúcar al contacto con la lengua.

Nada le gustaría más que asistir. Los acontecimientos de ese tipo eran el escenario perfecto para orquestar algún golpe, abarrotados de desconocidos como solían estar, y todo el mundo bajaba la guardia cuando bebía.

Además, prometía ser un fiestón de la leche.

—No he recibido ninguna invitación —admitió, atenta a la reacción del muchacho.

—¿En serio? Pues deberías ser mi acompañante.

Calliope notó una opresión en el pecho, fruto de la expectación que sentía. ¿Qué habría querido decir con eso? ¿Estaba pidiéndole que lo acompañara en calidad de amiga o invitándola a tener una cita? Los oscuros ojos castaños de Atlas, sin embargo, se mostraban igual de inescrutables que siempre.

—Me encantaría —le dijo.

Mientras salían de debajo de la pista de patinaje sobre

hielo, Calliope descubrió que estaban cayendo diminutos copos plateados de las alturas; se adherían al pelo de Atlas y se acumulaban en las mangas oscuras de su jersey. La nieve artificial. Sacó la lengua y dejó que los copos se posaran en ella, fríos y crujientes, como hacía en Londres cuando era pequeña.

Atlas giró la cabeza por casualidad y, al ver lo que estaba haciendo, dijo mientras se aguantaba la risa:

—¿Sabes que eso está hecho de velerio? No deberías comértelo.

—No me preocupa —decidió Calliope.

Tras haber recibido la invitación de Atlas, se sentía invencible. Como si un poquito de velerio pudiese hacerle algún daño, cuando era evidente que tenía la suerte de cara.

—Calliope Brown —dijo Atlas, divertido, meneando aún la cabeza—, no te pareces en nada a ninguna de las otras chicas que conozco.

Calliope decidió tomárselo como un cumplido.

Cuando llegó a casa esa noche, Calliope oyó una serie de golpes procedentes de la habitación de su madre, en la otra punta de la *suite*. Al asomar la cabeza descubrió a Elise sentada en el suelo con las piernas cruzadas, guardando un montón de vaporosos vestidos de seda, primorosamente plegados, en una bolsa hermética.

—¡Has vuelto! ¿Dónde te habías metido? —preguntó Elise observándola de reojo, aunque Calliope se dio cuenta de que tenía la cabeza en otra parte.

—Estaba con Atlas. Me ha invitado a la fiesta de inauguración en Dubái, de hecho. —La mirada de Calliope aún seguía fija en la ropa desperdigada por todo el suelo—. ¿Qué haces?

—Nada, reorganizar mis cosas. Pronto nos iremos de aquí —anunció Elise, con la misma despreocupación que si estuvieran hablando del tiempo.

—¿Cómo de pronto?

Su madre adoptó una expresión calculadora.

—Esto marcha más deprisa de lo que esperaba. Creo que Nadav va a pedirme que me case con él. ¿Te lo puedes creer? Otro anillo de compromiso... ¡y de los gordos!

—Oh. —Calliope pensó en Atlas, y en la fiesta, y no supo cómo reaccionar.

Elise la miraba fijamente, con curiosidad.

—No pareces emocionada. ¡Vamos, tesoro! —Con una risita, se levantó y cogió la mano de su hija para darle una vuelta, como si estuvieran bailando. Calliope no se rio—. Pero ¡si eres tú la que siempre está deseando que volvamos a ponernos en marcha! Estoy dispuesta incluso a dejar que seas tú la que elija nuestro próximo destino.

¿Qué te parecería ir a Goa? O al Mediterráneo... No me vendría mal pisar la playa en esta época del año.

—No sé. —Calliope se encogió de hombros, no muy convencida—. ¿Y si no nos marcháramos de inmediato?

Elise retrocedió un paso, mucho más graves sus movimientos de repente, al igual que su voz.

—Sabes mejor que nadie que no nos podemos permitir ese lujo, cariño. No podemos costearnos el tren de vida que llevamos. El hotel está a punto de darnos la patada, nos estamos quedando sin crédito en todas las *boutiques* y ya sabes a cuánto asciende la suma de nuestra criptocuenta bancaria.

Calliope lo sabía de sobra. El mismo día antes había consultado el estado de todas las criptocuentas que tenían repartidas por el mundo. Nunca dejaba de sorprenderla el poco dinero en efectivo del que disponían. Por otra parte, pensó mientras observaba el armario de su madre con los párpados entornados, lo habían invertido todo en ropa, joyas y complementos.

—Dentro de unos días nos habremos largado de aquí —concluyó Elise—, tanto si Nadav me pide la mano como si no.

Llevaban años viviendo así, y sin embargo a Calliope nunca la había molestado realmente hasta ahora.

—Es solo que desearía que nos pudiéramos quedar en

alguna parte, para variar. Siquiera una temporada —dijo casi en tono lastimero.

—Quedarse conllevaría estrechar lazos con otras personas, otro lujo que no nos podemos permitir, como este hotel.

Calliope no respondió. Su madre bajó la voz.

—Se trata de Atlas, ¿verdad? Mira, no pasa nada por que no le puedas sacar nada de valor. Has hecho todo lo que estaba en tu mano, eso es lo que cuenta...

—¡Ay, cielos! ¡Déjalo ya! —exclamó Calliope.

Elise se calló de golpe. La sonrisa se le había quedado congelada de un modo extraño en los labios, desvaneciéndose de su rostro pedazo a pedazo, casi como si se estuviera derritiendo.

—Solo te pido que me des un respiro, ¿vale? Eres la mayor experta del mundo en contar mentiras, pero nunca has llevado ni una sola relación a buen puerto. —Sus palabras habían sonado más críticas de lo que Calliope pretendía.

Pensó en Atlas (el modo en que sonreía, la franca calidez de sus ojos castaños, el aura de melancolía que lo envolvía siempre, sin importar lo que ella dijera) y le sobrevino el extraño deseo de proteger su relación, o su amistad, o lo que fuese aquello que los unía. Descubrió que la idea de robarle ya no le parecía igual de atractiva



que antes. «Seguro que no se da ni cuenta», se recordó, pero ese no era el quid de la cuestión.

—Ya no quiero seguir hablando de este golpe contigo —añadió bajando la voz.

Elise dio un paso atrás, con cara de espanto. La misma cara ovalada que Calliope, la misma frente alta y los mismos pómulos fuertes, solo que suavizados por la edad y todas las operaciones de cirugía estética a las que se había sometido. Calliope experimentó la curiosa sensación de estar mirándose en un espejo deformante, como los que había en las ferias, de traspasar el tejido del universo para contemplar una versión de sí misma dentro de veinte años. No le gustó lo que vio.

—Perdona —dijo Elise después de un momento con voz tirante—. No volveré a sacar ese tema.

Calliope intentó asentir con la cabeza. No recordaba haberle hablado así nunca a su madre; ni siquiera podía recordar haberle llevado la contraria antes, en nada.

—Es solo que no me quiero marchar todavía, justo cuando la cosa empieza a animarse. Me apetece ir a esa fiesta con Atlas. Después él se quedará en Dubái, de todas formas. Es mi última oportunidad de sacarle algo realmente importante.

—Por supuesto —le concedió Elise—. Si eso es lo que quieres, nos quedaremos hasta que haya terminado

esa fiesta. Oye —aventuró, como si empezara a acostumbrarse a la idea—, a lo mejor yo también podría ir. ¡Sería divertido!

—Me parece estupendo. —Calliope giró sobre los talones y cruzó la *suite* en dirección a su cuarto, tan sobrio y carente de personalidad, con sus frías ventanas, sus recargadas almohadas con bordados y aquella colcha blanca como la espuma que parecía sacada de una revista.

Era Calliope Brown, se recordó, y también en esta ocasión se iba a salir con la suya. Solo que, por primera vez, su triunfo no venía acompañado de ninguna sensación de victoria.

# RYLIN

La granja entera está diseñada como una gigantesca espiral de Fibonacci —estaba recitando con voz monótona el guía turístico—. Al asomarse y mirar hacia abajo desde el pináculo, se pueden ver todos los niveles y admirar la espectacular simetría de cada plano...

Era lunes por la mañana. A Rylin se le había olvidado por completo que ese era el día de la excursión con la clase de biología; solo se dio cuenta al presentarse en la escuela, momento en el que su tableta la urgió a montar de inmediato en el autobús lanzadera que la estaba esperando. Nunca le había importado tener que cursar esa asignatura, pero al verse allí, rodeada por toda la clase de novatos, le sobrevino una abrumadora sensación de injusticia. Esos críos tenían la edad de Chrissa.

¿Por qué no podía dejar el centro que se saltase esa clase, como a ella le gustaría?

Después del fin de semana que había tenido, aquella

excursión era lo que menos le apetecía del mundo. Había regresado de Los Ángeles a primera hora del día anterior, tras cambiar su billete de vuelta para coger el tren que salía hacia Nueva York a las cinco de la madrugada, sin tomarse la molestia de informar a Xiayne de sus planes. Sabía que, de todos modos, recibiría una notificación automática de la empresa de transportes y, evidentemente, se imaginaría qué era lo que había motivado aquel regreso tan precipitado.

Todavía no le había contado a Chrissa lo que había ocurrido. Chrissa, que tan fervientemente creía en ella, que le había regalado una maleta nueva que no se podían permitir y le había dicho que persiguiera sus sueños. ¿Cómo podía confesarle a su hermana que se había equivocado, que su profesor era un individuo tan irreflexivo como corto de miras y que todo había sido una farsa?

El mero hecho de pensar en ello hacía que Rylin sintiera deseos de que la devorase un agujero negro. Debería haber llamado para decir que estaba enferma y pasarse el día entero acurrucada en la cama, aislada del mundo.

Sin embargo, ahí estaba, en la entrada principal de la Granja de la planta 700. Al igual que la Torre misma, la Granja era un lugar único en su especie; solo había una

granja en todo Manhattan, porque no había espacio para más. Ocupaba una generosa porción de la Torre, elevándose en espiral por el centro del edificio desde la planta 700 casi hasta la 980. Cada una de las tres mil parcelas agrícolas que la formaban estaba cubierta de paneles solares y espejos inteligentes, los cuales se volvían reflectantes u opacos según la estación o la hora del día, controlando hasta el último fotón la cantidad de luz que recibían las plantas. Se regía por un sistema de recolección constante, lo cual significaba que daba igual en qué mes se encontraran, siempre había algún cultivo listo para ser cosechado. Rylin escuchó sin demasiado interés cómo el guía les explicaba que los cultivos más próximos a lo alto del edificio estaban experimentando el otoño en esos momentos, mientras que, más abajo, las condiciones climatológicas se correspondían con las de la primavera; los bots roturadores recorrían los surcos de un extremo a otro, plantando las nuevas semillas. Era el mayor ejemplo de cultivo de interior del planeta, declaró el guía, orgulloso.

—Las de Japón son mejores, claro, pero eso no lo va a reconocer nadie —dijo una voz junto a ella, e instintivamente Rylin enderezó un poco la espalda con el pulso acelerado. Cord era la última persona en el mundo con la que esperaba encontrarse en aquellos precisos

instantes.

—¿Tenías antojo de colarte en una excursión de primero? —replicó desabrida. Ignoraba por qué, pero la presencia de Cord la irritaba, como si se hubiera presentado allí con el expreso motivo de estropearle a ella el día.

—Parece que tú has tenido la misma idea brillante.

Cord se meció sobre los talones. La comisura de sus labios se elevó como si estuviese intentando reprimir una sonrisa. Rylin no le devolvió el gesto.

—Desafortunadamente para mí, esta es mi clase. En mi antigua escuela no di biología. ¿Cuál es tu excusa?

—Soy el ayudante del profesor, claro. Estoy en la sección del profesor Norris. Lástima que no me hayan asignado a la tuya..., me lo habría pasado bomba corrigiéndote las redacciones.

—¿Ayudante del profesor, tú? —repitió Rylin sorprendida.

Su sección de la clase tenía uno, pero se trataba de una muchachita muy callada cuyo nombre no conseguía memorizar. Ni en un millón de años habría adivinado que el otro era Cord.

—Lo sé, soy tan devastadoramente apuesto que nadie sospecharía jamás que también soy muy inteligente. Pero obtuve la puntuación más alta en el examen de colocación

avanzada. —La sonrisa de Cord se ensanchó—. Además, Rylin, tú mejor que nadie deberías saber que la biología es mi especialidad.

Rylin puso los ojos en blanco y se apartó de Cord, como si estuviera escuchando al guía turístico. No le apetecía que le tomaran el pelo en esos momentos.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó Cord situándose delante de ella.

Ante la preocupación que denotaba su voz, Rylin sintió que se desmoronaba.

—La verdad, no. Ha sido una semana muy larga, y bastante ajetreada.

—¿Quieres que nos larguemos de aquí?

—¿Podemos?

La idea de escapar era tan dolorosamente seductora que Rylin ni siquiera se planteó lo que podrían pensar los demás si la vieran irse con Cord, sola.

—Mientras no salgamos de la Granja, ¿por qué no? Vamos.

Rylin lo siguió por los túneles de suelo de cultivo, dejando atrás sembrados de espirulina y estanques hidropónicos de frondosas espinacas, hasta llegar a una batería de anodinos ascensores de color gris. Las puertas se abrieron de inmediato. Una vez dentro, Cord pulsó un botón marcado como 880 y pisos superiores: solo para

residentes y personal de mantenimiento. Levantó la cabeza y abrió bien los ojos para permitir que el escáner de retina hiciera su trabajo. Transcurrido un momento, las puertas se cerraron con un chasquido de aprobación y el ascensor se puso en marcha. Rylin enarcó una ceja ante todo eso, pero no dijo nada.

—En mi piso hay un parque privado que forma parte de la Granja. Todos los residentes tenemos acceso —le explicó Cord.

«Cómo no», pensó Rylin limitándose a asentir con la cabeza. Su tableta vibró con un mensaje entrante de Lux, pero oprimió rápidamente un botón para rechazarlo.

El parque al que habían salido le pareció, al principio, abrumadoramente formal y francés, con toda esa hierba esmeralda cortada a ras del suelo y los parterres podados que se extendían como un manto hasta un estrecho canal artificial. Después, Cord la llevó al otro lado de un muro de ladrillos con una anticuada verja de hierro, a una zona del jardín más reciente y menos cuidada. Rylin no sabía muy bien qué esperar, pero eso no.

—Ven —dijo el muchacho sentándose de golpe en el suelo bajo un árbol gigantesco cuyas ramas se desplegaban en todas direcciones.

Después de un momento, Rylin se acomodó junto a él, reclinándose con las palmas de las manos apoyadas en el



césped. Le pareció oír ranas croando en los alrededores, aunque no vio agua por ninguna parte. Sobre sus cabezas, el cielo era de un azul tan hermoso como falso.

Resultaba sencillo olvidar que estabas en una Torre de acero en sitios como ese, llenos de vida, oxígeno y vegetación.

—Vale, Myers. ¿Qué pasa?

—Ejem...

No estaba segura de querer abordar esa cuestión; no con él, al menos. Se pasó las manos por los brazos, aterida de repente por el recuerdo.

Sin decir palabra, Cord se quitó la chaqueta de la escuela y se la ofreció. Rylín la aceptó agradecida. Se acordó de la última vez que se había puesto una chaqueta de Cord: en París, cuando él se la había prestado en un alarde de caballerosidad, acariciándole con las manos los hombros desnudos. Parecía que hiciese una eternidad de aquello.

—Gracias —dijo resguardando las manos dentro de las mangas.

Había un botón suelto en el bolsillo de la pechera. Jugeteó distraídamente con él, frío el plástico contra sus dedos. Era agradable saber que incluso a Cord se le podían caer los botones.

—Siento haber sido tan capullo contigo por lo de ir a

Los Ángeles —volvió él a la carga—. Me pediste que me alegrara por ti, y lo hago. Por no hablar de lo tremendamente orgulloso que me siento de ti.

Rylin agachó la cabeza.

—Pues no lo hagas. Ni siquiera sé si me lo merezco.

—¿A qué viene eso?

—A que tenías razón.

Sintiendo cómo se le encendían las mejillas a causa de la vergüenza, Rylin le contó que Xiayne la había besado la última noche, en la fiesta de celebración del reparto.

—¿Qué narices, Rylin? ¿Lo dices en serio? Deberían despedirlo por eso.

Cord empezó a levantarse, como si quisiera ir a enfrentarse con Xiayne de inmediato. Rylin apoyó una mano en la suya para detenerlo.

—No —le dijo despacio—. No quiero que lo despidan. Se portó mal, pero no fue agresivo ni... ni me obligó a nada. Cometió una estupidez, eso es todo.

Cord la observó fijamente.

—Sigue sin estar bien —habló al cabo.

—Claro que no.

Rylin se esforzó por encontrar la mejor manera de explicarle que no estaba tan enfadada por el beso como dolida por lo que este implicaba. Quería volver a ser la estudiante estrella de holografía, el portento cuyo

oscarizado profesor había invitado a la otra punta del país para que le ayudara porque tenía mucho talento... en vez de ser lo que era ahora: la ayudante cuyo director le había tirado los tejos. Incluso ella sabía que no había un cliché más trillado en todo Hollywood, y solo había pasado allí una semana.

—Pensaba que me quería allí de verdad. Pero, al final, estabas tú en lo cierto —concluyó con desánimo.

Cord se encogió ante aquel recordatorio de sus palabras.

—Lamento muchísimo que tuviera razón.

—Da igual. Voy a dejar la clase.

—¡No puedes renunciar! —exclamó Cord—. ¿No te das cuenta de que, si lo haces, Xiayne se habrá salido con la suya?

—Pero ¿cómo puedo volver a mirarlo después de lo que ha ocurrido?

Cord exhaló un suspiro indescifrable, como si quisiera sentirse frustrado con ella, pero sin estarlo.

—Hay otra clase de holografía..., nivel de introducción, impartida por un profesor que lleva allí toda la vida. Los alumnos son casi todos novatos, y seguramente el ritmo será demasiado lento para ti, pero menos da una piedra. Si no piensas cambiar de opinión, por lo menos te deberías plantear esa opción.

Rylin murmuró unas palabras de agradecimiento, arrancó una brizna de hierba y la acarició con los dedos, contemplativa.

—A veces me pregunto si mi presencia en Berkeley no será nada más que un tremendo error. Por si no lo habías notado, no se puede decir que encaje allí, exactamente.

Se rio, con un sonido tan seco como las hojas que susurraban sobre sus cabezas.

—De error, nada. Tienes talento. No dejes nunca que nadie te diga lo contrario —declaró Cord con una convicción que la sorprendió.

—¿Y a ti qué más te da, de todas formas? —se oyó preguntar la muchacha. «Después de lo que te hice», pensó, pero no hacía falta que lo dijera en voz alta.

Cord tardó un momento en responder.

—Siempre me ha importado lo que sea de ti, Rylin. Incluso después de todo lo que pasó entre nosotros.

«Siempre me ha importado lo que sea de ti». Eso abarcaba hasta el momento presente, ¿verdad? Pero ¿le importaba como amigo... o como algo más?

Cord se sacudió el pantalón del uniforme, de color azul marino, y se puso de pie, y Rylin supo que el momento había pasado.

—Deberíamos ir pensando en volver. No puedo

permitirme el lujo de perder mi puesto como ayudante del profesor. Es la única actividad extracurricular que constará en las solicitudes que envíe a la universidad — dijo risueño el muchacho.

Le tendió una mano para ayudarla a incorporarse. El contacto con su piel generó unos vórtices eléctricos que se propagaron desde las terminaciones nerviosas de Rylin hasta los pies.

—¿Qué, ir a toda pastilla por los Hamptons en coches de conducción manual no cuenta? —bromeó ella, y se vio recompensada por una sonrisa ante aquel recuerdo que compartían.

Durante todo el paseo de vuelta, Rylin notó la presión de una sensación nueva, contenida pero insistente, tan exultante como aterradora; no se atrevía a analizarla con más detenimiento por temor a estar equivocada.

Mientras el guía turístico continuaba desgranando su información sobre la Granja con voz monótona, la muchacha no dejó de lanzar miraditas furtivas a Cord, preguntándose qué querría decir todo aquello.

# AVERY

El lunes por la tarde, Avery se apeó del monorraíl en Nueva Jersey y se arrebujó en el abrigo azul marino que llevaba puesto. Empezó a andar en dirección al cementerio de Cifleur, sin hacer caso del solitario deslizador que, tras detectar sus movimientos, había empezado a flotar junto a ella, indicándole que estaba libre con el esperanzado parpadeo de su luz verde. En esos momentos necesitaba caminar. Se había despertado esa mañana sintiéndose vacía y apática, con la almohada empapada de lágrimas. Daba igual cuánto se esforzase durante el día, todas las noches se le olvidaba que Atlas y ella habían roto, y después tenía que despertar y recordar la fría y amarga verdad desde cero.

Se sentía sola y aislada, y, lo peor de todo, ni siquiera podía hablar con nadie al respecto. Por un instante fugaz había pensado en Leda, pero, aunque parecía que habían hecho las paces, lo ocurrido con Atlas seguía siendo

demasiado doloroso como para que Avery pudiera discutirlo con ella. Echaba mucho de menos a Eris.

Motivo por el cual había acabado allí, en el cementerio, embozada en el más recio de sus abrigo y con los pies embutidos en sus botas de *cowboy*: las marrones con detalles blancos que Eris siempre le había implorado que le prestara. De alguna manera, le parecía apropiado. Cruzó la verja principal, saludando con la cabeza a la cámara de seguridad allí instalada, y giró a la izquierda hacia donde estaba enterrada Eris, en medio del terreno familiar de los Radson. A pesar de todo lo que había pasado con el padre de Eris en vida, este había terminado reclamándola en la muerte, al fin y al cabo.

Avery no había vuelto a ese lugar desde el entierro de Eris, tras las exequias y la aparentemente interminable sesión de condolencias, la cual se había celebrado en un espacio alquilado sin distintivos, puesto que la madre de Eris vivía aún en la Base de la Torre y su padre, en el Nuage. Llegado ese punto, las únicas personas que quedaban eran los padres y la abuela de Eris, los Fuller... y Leda. Avery recordó el fuerte viento que soplaba cuando el sacerdote depositó en el suelo la urna diminuta que contenía las cenizas de Eris, mientras ella pensaba que aquello no podía ser todo lo que quedaba de su amiga, tan extrovertida y rebosante de energía.

Siguió el camino de grava hasta encontrar la lápida de Eris. Lisa por completo, la única inscripción que contenía era su nombre: hasta que se le daba un golpecito en lo alto, momento en el que se materializaba un holograma, con Eris sonriendo y agitando la mano. A Avery le parecía un poco absurdo, pero, por otra parte, Caroline Dodd-Radson siempre se había empeñado en estar a la última. Incluso en cuestión de accesorios funerarios.

Las lágrimas afloraron a los ojos de Avery mientras se quedaba allí plantada, deseando más que nada en el mundo poder hablar con su amiga.

«Pues habla», pensó. No había nadie en los alrededores que pudiese escucharla, y además, ¿qué más daba? Se quitó la bufanda, la extendió sobre la hierba cortada, se sentó y se aclaró la garganta. Se sentía un poco tonta.

—Eris. Soy yo, Avery. —Se imaginó a su amiga sentada allí, con un brillo de diversión iluminándole los ojos moteados de ámbar—. Te he traído unas cosas — continuó tímidamente mientras sacaba los objetos del bolso, uno a uno—. Una lentejuela dorada, del vestido que me prestaste aquel año para la fiesta de Navidad. — La puso con delicadeza junto a la lápida, dejando que capturase la luz del sol de un modo que a Eris le habría encantado—. Tu perfume favorito. —Pulsó el atomizador



de la fragancia de jazmín con la que a Eris siempre le había gustado perfumarse—. Tus bombones de frambuesa preferidos, los de Seraphina's —añadió, desenvolviendo una de las chokolatinas, tersa y oscura, tan solo para quedarse con ella en la mano, vacilante, preguntándose para qué la habría traído.

Titubeó antes de meterse el bombón en la boca. Eris habría querido que se comiera uno aquí, con ella.

Empezó a echarse hacia atrás, pero se detuvo al notar un bulto en su bolso.

—¡Ay, la vela!

Avery rebuscó en el bolso hasta sacar una varita facial, ajustó el regulador al máximo en calor y la sostuvo decididamente al trocito que quedaba de la tripivela que le había robado a Cord. Tardó un rato, pero al final una llama cobró vida en la diminuta mecha dorada, danzando al viento con brío.

Avery se apoyó en los codos y contempló fijamente la vela con los párpados entornados, recordando lo que había dicho Cord, que la idea original de comprar aquella tripivela había sido de Eris. No la sorprendía en absoluto. Eris estaba obsesionada como una polilla por todo lo que brillara o reluciera, por no hablar de todo lo que estuviese siquiera medianamente prohibido, y el riesgo de incendio que representaba la tripivela constituía un ejemplo

perfecto de ambas características. Incluso ahora su movimiento era enérgico y caprichoso, como Eris.

Se elevaron unas pequeñas bolsas de serotonina conforme se derretía la vela. Avery sintió como si su conciencia comenzara a diluirse muy muy despacio.

Y de repente vio a Eris sentada allí mismo, encima de su propia lápida, tan campante. Llevaba puesto un vestidito rosa con mucho vuelo (como el que habría elegido una niña pequeña que quisiera disfrazarse de adulta) y sus facciones, radiantes y tersas, se mostraban desprovistas de maquillaje.

—¿Avery? —preguntó balanceando los pies descalzos.

Tenía las uñas de los pies pintadas de plata con purpurina.

Avery sintió deseos de abrazar a su amiga, pero, de alguna manera, sabía que no le estaba permitido tocarla.

—¡Eris! Te echo tanto de menos —dijo fervientemente—. Todo se está desmoronando sin ti.

—Si es que soy la mejor, ya lo sé. ¿Alguna novedad? —repuso Eris con su habitual desparpajo, regalándole una de aquellas sonrisas que parecían bailar por todo su rostro, tan expresivo. Sus cejas, perfectamente arqueadas, se alisaron al fijarse en la llama—. ¿Has traído la tripivela? ¡Me encanta ese chisme!

Avery se la ofreció, en silencio, y Eris la cogió; sus manos estuvieron a punto de rozarse en el proceso. Aspiró hondo, embelesada, cerrando los ojos.

—Se la has quitado a Cord, ¿verdad?

—Me dijo que yo la necesitaría más que él.

Avery agachó la cabeza, abrumada por un súbito alfilerazo de culpa ante el recuerdo de aquella noche. Ir a casa de Cord había sido un error. A lo mejor, si no se hubiera empeñado en coquetear tan descaradamente con él, Atlas no se habría marchado con Calliope, no habría empezado a cuestionar toda su relación, y no se habrían metido nunca en el tortuoso embrollo en el que estaban ahora.

—Bueno, entonces ¿qué pasa? —preguntó Eris—. ¿Se trata de Leda?

—En realidad, las cosas con Leda marchan mejor —respondió Avery vacilante—. A pesar de lo que hizo, quiero decir...

—No te preocupes. Las dos sabemos que en realidad no quería empujarme —dijo Eris con delicadeza.

Sus cabellos se desparramaban libres sobre sus hombros, rojos y dorados como fuego líquido al sol oblicuo del atardecer.

—No quería empujarte —repitió Avery—. Y se siente fatal al respecto —añadió, aun a sabiendas de que eso no

solucionaba nada, ni lo haría nunca.

Las facciones de Eris se contrajeron en un rictus de dolor.

—Son muchas las cosas que debería haber hecho de otra forma esa noche. Leda no tiene la culpa de nada. Pero, bueno, cambiemos de tema —dijo de pronto—. ¿Qué es lo que tanto te preocupa, Avery?

—Se trata de Atlas, la verdad —confesó Avery.

Su tono estaba cargado de implicaciones, y una nube pasajera de comprensión ensombreció las facciones de su difunta amiga.

—Espera. ¿Tú y Atlas? ¿En serio?

Avery asintió con la cabeza, y Eris soltó un silbido en voz baja.

—Y yo que pensaba que mi vida era un lío —dijo después de un momento, con una mezcla de solidaridad y respeto—. Al final resulta que la que es un desastre es la tuya.

—No me estás ayudando —señaló Avery con una sonrisa.

Eris no había cambiado ni un ápice.

—Vale, así que es un poquitín complicado...

—Un poquitín muy complicado —la corrigió Avery, y Eris sonrió ante lo ridícula que sonaba la frase.

—¿A quién le importa? La vida siempre es

complicada. No dejes que nadie se interponga entre Atlas y tú, si eso es de verdad lo que quieres. Es una lección que yo tuve que aprender por las malas —añadió Eris con un hilo de voz.

—Ay, Eris. —Avery sintió un millón de cosas de golpe: culpa, pérdida y una punzada de pesar por todo lo que podría haber sido—. Lo siento muchísimo. Es que...

—A ver, en realidad no estáis emparentados —continuó Eris con la testarudez que en tantos problemas la había metido—. Que les den a los amargados, vete con Atlas y fin de la historia.

—Solo que Atlas y yo hemos roto. Era lo mejor para todos —dijo Avery no muy convencida.

—¿Seguro? Porque a mí me das la impresión de ser de lo más desdichada. Toma. —Eris le ofreció la vela—. Cord tenía razón. Te hace más falta que a mí.

Avery se dio cuenta de que estaba llorando; gruesos lagrimones que resbalaban por sus mejillas para caer como gotas de agua sobre su jersey.

—Te pido perdón —susurró—. Por todo. Siento no haber estado ahí para ti cuando pasó todo eso con tu familia. Y siento lo de aquella noche...

—Ya te he dicho antes que no fue culpa de nadie, Avery —insistió Eris.

—¡Fue culpa mía! Yo abrí la trampilla... ¡Yo dejé que

todo el mundo subiera al tejado! ¡De no ser por mí, nada de esto habría pasado!

—O a lo mejor no habría pasado si yo no hubiera subido para hablar con Rylin, o si no me hubiera peleado con mi novia, ni hubiera intentado aclarar las cosas con Leda, ni coqueteado con Cord ni llevado mis tacones más altos. Nunca lo sabremos.

—Ojalá...

Ojalá las cosas hubieran sido distintas aquella noche. Ojalá hubiera sabido interpretar las señales de advertencia de Leda. Ojalá nunca se le hubiera ocurrido celebrar esa fiesta.

—¿Quieres hacerme un favor de verdad? —preguntó Eris de improviso, vuelto hacia el sol su rostro adorable. Cerró los ojos. Sus pestañas acariciaron sus mejillas como gruesos pinceles—. Vive, Avery. Con Atlas o sin él, aquí en Nueva York o en la puñetera luna, me trae sin cuidado. Pero vive y sé feliz, porque yo ya no puedo. Prométemelo.

—Por supuesto que sí, Eris. Te quiero —le aseguró Avery con el corazón en un puño. Sus palabras no eran más que un murmullo.

—Y yo a ti.

—¿Avery?

Se despertó con alguien sacudiéndole el hombro.

—¿Estás bien?

—¿Cord? —Se sentó adormilada, restregándose los ojos. La vela se había consumido ya por completo, y el suelo a su alrededor estaba sembrado de envoltorios de bombón de color rosa. Se estremeció y envolvió los brazos con más fuerza a su alrededor. El aire cortaba como un cuchillo ahí fuera, en el auténtico exterior, donde la temperatura no estaba regulada por ningún sistema mecánico—. ¿Qué haces aquí? ¿Tú también has venido a visitar a Eris?

—A mis padres —la corrigió Cord. Por supuesto, pensó torpemente ella, tendría que habérselo imaginado—. ¿Acabo de encontrarte pegando una cabezada en el cementerio?

—¡Ha sido sin querer! Estaba hablando con Eris —protestó Avery, y de inmediato se sintió avergonzada; no pretendía confesar algo así. Era demasiado íntimo. Para su tranquilidad, Cord se limitó a asentir con la cabeza, como si comprendiera exactamente lo que quería decir—. Supongo que me habrá vencido el cansancio —añadió mientras se incorporaba y empezaba a recoger sus cosas.

Debería preocuparla, pensó, que Cord pareciese pillarla siempre en los momentos de mayor debilidad: al borde del llanto en el Baile de la Sociedad Conservadora del Hudson, poniéndose en evidencia con Zay, y justo

ahora, durmiendo sobre la tumba de su difunta mejor amiga. Quizá porque lo conocía desde hacía ya tanto tiempo, sin embargo, porque sabía que él tampoco era perfecto, a Avery en realidad no le importó.

Pensó en el modo en que había reaccionado Eris ante la noticia de su relación con Atlas, como si tampoco fuese algo tan espantoso. Solo había sido un sueño, cierto, pero así y todo... por primera vez, Avery se permitió preguntarse qué ocurriría si se atreviera a compartir su secreto con otra persona. ¿Qué diría Cord, si se lo contara? ¿Se mostraría asqueado o, de alguna manera, lo comprendería?

Sonaron pasos en el sendero, a sus espaldas, y los dos se volvieron de golpe, sobresaltados. Una muchacha aproximadamente de su edad, con el cabello oscuro cortado con flequillo, les devolvió la mirada. Llevaba puesta una gruesa chaqueta acolchada y vaqueros, y en la mano sostenía una rosa blanca. Avery tardó en darse cuenta de que no pasaba por allí camino de ninguna otra parte, sino que se había detenido ante esa entrada a propósito, como si pensara entrar en el terreno reservado a los Radson y solo se lo impidiera la presencia de la pareja.

Antes de que Avery pudiera abrir la boca, la chica giró sobre los talones y se alejó corriendo, desvaneciéndose en el aire como una nube de humo.



Pese a todos sus intentos por atribuir aquel encuentro a la casualidad, Avery no consiguió sacudirse de encima el desasosegante presentimiento de que alguien la seguía de cerca durante todo el camino de regreso a la parada del monorraíl.

# WATT

Aquella misma noche, Watt estaba dando por finalizada la primera reunión del club de matemáticas. A instancias de Nadia, había intentado apuntarse en unos cuantos clubes con la intención de mejorar su currículum, pero el único dispuesto a aceptarlo a esas alturas del curso había resultado ser el de matemáticas..., y únicamente porque Cynthia era la copresidenta. Ojalá hubiera dedicado más tiempo a este tipo de actividades cuando empezó en el instituto, en vez de volcar todos sus esfuerzos en los trabajos de pirateo informático que le encargaban.

Al contrario que los clubes para después de clase, los trabajos de pirateo informático le reportaban algún que otro ingreso, y en su familia el dinero era algo a lo que prácticamente nunca se le podía decir que no.

—Gracias de nuevo por aceptar mi solicitud de ingreso —le dijo a Cynthia mientras salían por la puerta principal de la escuela.

—Deberías haberte apuntado hace siglos. Sabía que se te daban bien las ecuaciones diferenciales, pero no me imaginaba hasta qué punto —replicó Cynthia impresionada.

«No hay de qué», refunfuñó Nadia. Era ella la que había resuelto aquellas ecuaciones en un tiempo récord, aunque Watt no debería haber necesitado su ayuda. Lo cierto era que ambos se habían sorprendido un poco cuando se la pidió.

«Perdona —le dijo ahora Watt—. Necesitaba tiempo para pensar».

«En Leda, ¿verdad?».

«Estaba haciendo planes, eso es todo», fue la evasiva con la que respondió Watt, aunque nunca podía ocultarle nada al cuant durante mucho tiempo. Además, tenía razón.

Mientras participaba en aquella sesión de matemáticas, una parte de su mente (una parte que rayaba peligrosamente en el todo) estaba pensando en Leda, alternando entre imaginarse que sufría un accidente y fantasear con otro tipo de cosas, ya de índole bastante más placenteras. No entendía esta fijación que le había entrado con ella. ¿Cómo podía guardarle rencor, querer que pagara por todo lo que había hecho y, al mismo tiempo, desearla tanto?

Ojalá pudiera ser como Nadia, más racional y menos impulsivo.

«Hablando del rey de Roma», centellearon en su campo de visión las palabras del cuant. Watt levantó la cabeza... y se quedó sin palabras al encontrarse con Leda en persona, tranquilamente apoyada en una pared de ladrillos en el límite de la techorred de la escuela, setecientos pisos por debajo del centro en el que ella estudiaba. Llevaba puestos unos pantalones negros de yoga que dejaban muy poco a la imaginación, y tenía el rostro brillante a causa del ejercicio. Lucía el pelo recogido en una coleta informal, aunque unos cuantos rizos húmedos de sudor se escapaban, rebeldes, a la altura de sus orejas.

—Watt, ahí estás —le saludó, con un dejo de posesividad que lo emocionó al mismo tiempo que lo cabreaba.

Le entraron ganas de plantarle un beso allí mismo, a la vista de todos, pero se contuvo.

—Leda —dijo despacio para disimular la desconcertante combinación de sensaciones que lo atenazaba—. ¿A qué se debe el placer?

Sintió que Cynthia se tensaba junto a él al escuchar aquel nombre, mirándolos alternativamente a los dos, de hito en hito. Watt sabía lo que estaba pensando: así que

esa era Leda, tristemente famosa por conocer demasiados secretos.

—Tenemos que hablar de una cosa. En privado. — Los ojos de Leda se clavaron en Cynthia como una flecha —. Perdona, me parece que no nos han presentado. Soy Leda Cole. Cynthia, ¿verdad? —preguntó tendiéndole la mano.

Cynthia no la aceptó.

¿Cómo sabía Leda quién era Cynthia? Debía de haberla mencionado en alguna ocasión, pensó Watt..., o a lo mejor era que Leda había estado fisgoneando por sus agregadores. Descubrió que la idea le parecía curiosamente halagadora.

—Hola, Leda —dijo Cynthia sin dar ningún paso al frente.

Estaba claro, por su tono, cuál era la opinión que le merecía la otra muchacha. Transcurrido un momento, Leda bajó la mano y se volvió hacia Watt.

—¿Watt? Vamos —ordenó, y se puso en marcha, asumiendo a todas luces que él la iba a seguir.

Watt miró a Cynthia.

—Lo siento, tengo que...

—Responder a la llamada de la reina de las zorras, ya —replicó con brusquedad Cynthia, demasiado bajo para que Leda lo oyera—. Adelante.

Watt no titubeó. Cynthia se lo perdonaría más tarde, pero Leda no lo haría nunca. Se apresuró a darle alcance.

—No hacía falta que montaras esa escenita —la reconvinó, aunque, por alguna razón, pensó que había tenido su gracia. Quizá estuviera acostumbrándose en exceso a la compañía de Leda Cole.

—Lo siento si te he puesto las cosas difíciles con tu novia —dijo Leda con aspereza.

—Que no es mi novia, te lo he dicho ya antes.

—Y yo te he dicho a ti que me trae sin cuidado.

Ni siquiera miró de reojo en su dirección mientras se adentraba en su calle. A Watt le extrañó que quisiera ir a su casa esa noche, y aún más le sorprendió que supiera desenvolverse por esa zona.

—Mira, si querías quedar, bastaba con que me hubieras enviado un mensaje.

Su mente echaba humo, intentando adivinar qué dirían sus padres cuando los vieran aparecer juntos en casa. Aunque ya habían visto antes a Leda; al fin y al cabo, creían que era una compañera de clase.

Leda se carcajeó.

—No he venido hasta aquí para eso —replicó, y a Watt le encantó el modo en que había recalcado aquel «eso», como si quisiera restarle importancia pero no lo consiguiera del todo—. Necesito que me investigues a

una persona —continuó Leda—. Hace tiempo que quería preguntarte por ella, pero, ya sabes... —Se interrumpió azorada.

—Pero no paro de distraerte.

La sonrisa de Watt se ensanchó al verla así, tan incómoda.

—No te pases de listo.

Llegaron a la puerta principal. Watt vaciló y miró a Leda de soslayo.

—¿Te importaría decirles a mis padres que has venido para hacer un proyecto para la escuela y que...?

—Tranquilo, Watt. En peores plazas he toreado.

—Ni siquiera entiendo lo que significa eso —replicó él mientras abría la puerta—. ¿Qué diablos es «torear»?

Leda se encogió de hombros.

—Un antiguo proverbio, no sé —respondió ella quitándole importancia. Mientras lo seguía por el pasillo, su expresión de exasperado sarcasmo dio paso a una sonrisa radiante—. ¡Señora Bakradi! —exclamó, yendo a abrazar a la madre de Watt—. ¿Cómo está usted? Hacía tiempo que le quería traer esto, para Zahra. Lo encontré limpiando entre algunos de mis antiguos juguetes.

Para asombro de Watt, Leda metió la mano en el bolso y sacó un caballito en miniatura. Al pulsar un botón, el animal echó a correr por el suelo.

Maldición, qué buena era, pensó, a regañadientes pero con admiración.

Cuando por fin hubieron llegado a la habitación de Watt, ya con la puerta cerrada, el muchacho la contempló fijamente. Leda se había sentado en su cama, cruzando las piernas con su característica mezcla de imposición y familiaridad.

—¿Cómo sabías que Zahra está pasando por una fase en la que la entusiasman los caballos? —preguntó él suspicaz.

—Me lo contó tu madre la última vez que vine. — Leda puso los ojos en blanco—. En serio, Watt, ese cuant tuyo te ha vuelto imperdonablemente holgazán. ¿No escuchas nunca a la gente?

—Te escucho a ti —replicó él, aunque su agudeza le había pillado desprevenido.

—Permíteme que lo dude —le espetó Leda—. ¿Está Nadia encendida?

Watt se sintió como si estuviera soñando; seguía pareciéndole surrealista hablar de Nadia con otra persona.

—Siempre estoy encendida —contestó Nadia, proyectando su voz por los altavoces. Sonaba ligeramente ofendida.

Leda asintió con la cabeza, como si aquello no la sorprendiera.



—Nadia —dijo en un tono respetuoso que aún no había utilizado nunca con Watt—, ¿serías tan amable de investigar a alguien por mí? Se llama Calliope Brown. Tiene nuestra misma edad, más o menos.

—Buscando —replicó Nadia.

La irritación de Watt iba en aumento. «Se lo estás poniendo demasiado fácil».

«Me lo ha pedido con amabilidad. No como tú».

—¿Y qué es lo que estamos buscando, exactamente?

Watt se arrellanó en la silla de su escritorio y estiró los brazos por encima de la cabeza, procurando no pensar en lo cerca que estaba Leda ni en la indolencia con la que se había sentado en sus sábanas.

—No estoy segura —reconoció la muchacha—. Pero esta chica me da mala espina.

—Entonces ¿la base de todo esto es una corazonada tuya?

—Ríete si quieres, pero mi intuición es infalible. Me avisó de que estabas ocultándome algo, por ejemplo, y acertó, ¿a que sí?

Watt no tenía nada que alegar en su defensa.

Leda se inclinó hacia delante cuando los resultados de la búsqueda de Nadia comenzaron a inundar el monitor. Había una Calliope Brown registrada en la Torre, en la planta 473: una señora mayor con la sonrisa muy fina.

—No, esa no es ella —dijo Leda decepcionada.

Watt frunció el ceño.

—Nadia, ¿puedes ampliar la búsqueda a todo el territorio de Estados Unidos?

Tras revisar decenas de caras expandieron la búsqueda al ámbito internacional, pero Leda no dejaba de sacudir la cabeza ante todas las imágenes que el cuant les estaba enseñando.

—¡Se aloja en el Nuage! ¿No podemos encontrarla así?

Leda se deshizo la coleta de un tirón, impacientándose, y volvió a recomponérsela.

—Voy a reproducir las grabaciones de las cámaras a gran velocidad, entresacando los rostros. Avísame cuando la veas —le ofreció Nadia utilizando fragmentos de los archivos de vídeo para generar una base de datos instantánea con todos los huéspedes del hotel.

Watt se dio cuenta de que el cuant comenzaba a interesarse de verdad por la búsqueda, a su pesar. Nada le gustaba más que un buen puzle.

Tras unos minutos de pasar páginas, Leda pegó un salto de la cama, apuntando con el dedo a la figura que aparecía en la esquina superior derecha de la pantalla.

—¡Ahí está, esa! ¡Es ella!

—Nadia, ¿puedes acceder a sus escáneres de retina?

—preguntó Watt.

El cuant les presentó toda la información momentos después. Las retinas de la muchacha estaban registradas a nombre de Haroi Haniko, una vecina de Kioto que había fallecido siete meses antes.

—Vale, así que su identificación retinal es robada —murmuró Leda visiblemente sorprendida—. Eso la convierte en una delincuente, ¿no?

Ahora Watt sí que sentía curiosidad.

—Nadia, ¿qué me dices de su reconocimiento facial? Analiza todo el espectro internacional.

Podía alterar sus globos oculares, razonó para sus adentros, pero modificar drásticamente el rostro era mucho más complicado.

La pantalla se quedó en blanco.

—No hay coincidencias.

—Prueba otra vez —dijo Leda, pero Watt sacudió la cabeza.

—Leda, esa búsqueda incluía todos los gobiernos del mundo: nacionales, estatales, provinciales y municipales. Si esta chica existiera, ya la habríamos encontrado.

—¿Insinúas que me lo estoy inventando? ¡Está ahí mismo, sale en las cámaras! ¡La puedes ver con tus propios ojos! —se encrespó Leda, exasperada.

—Lo único que digo es que esto es raro de narices. Si

alguna vez hubiera vivido en alguna parte, estaría censada y poseería algún anillo de identificación a su nombre, una tarjeta fiscal o algo.

—Bueno, ahí tienes la respuesta —declaró Leda—. Nunca ha «vivido» en ninguna parte, solo ha estado siempre de visita. No tiene ningún documento que la identifique porque carece de residencia fija.

A Watt jamás se le habría ocurrido algo así, pero tenía sentido.

—¿Por qué querría nadie llevar esa clase de vida?

—Porque, evidentemente, se trae algo turbio entre manos. —Leda entonó esta última frase imprimiéndole un timbre melodramático, como si de una actriz representando una tragedia antigua se tratara. Arrugó el entrecejo—. Pero ¿por qué no ha descubierto nadie que sus retinas no se corresponden con el resto de su cuerpo?

—Porque en realidad nadie verifica los escáneres retinales en los espacios públicos, tan solo se contrastan con las listas de criminales reconocidos. Supongo que no la habrás visto en la casa de ningún particular —aventuró el muchacho.

—Únicamente en la de Avery, pero se celebraba una fiesta y ella estaba invitada —señaló Leda, y Watt asintió con la cabeza.

—Si es cierto que «se trae algo turbio entre manos»

—pronunció la frase como había hecho Leda, lo cual le granjeó una sonrisa—, está claro que es una experta.

Los dos guardaron silencio mientras contemplaban las distintas implicaciones que eso conllevaba.

Leda levantó la cabeza de golpe; se le acababa de ocurrir una idea.

—¿Y las escuelas? ¿Puedes comparar las características de su reconocimiento facial con las redes educativas, en vez de con las gubernamentales? ¿O es demasiado difícil entrar en ellas?

La idea era buena. Watt deseó haber caído antes en esa posibilidad.

—Difícil, sí, pero para Nadia no hay nada imposible —fanfarroneó. No era del todo cierto, pero sonaba guay—. ¿Nadia? —llamó al cuant, pero este ya había encontrado una coincidencia. Clare Dawson, alumna del internado de St. Mary, en Inglaterra, durante un solo curso.

—¡Sí! ¡Esa es! —exclamó Leda alterada.

Apareció otra coincidencia. Cicely Stone, alumna de un colegio americano en Hong Kong. Aliénor LeFavre, en la Provenza francesa. Sophia González, en una escuela de Brasil. Y así un nombre tras otro, hasta que la pantalla de Nadia hubo quedado cubierta por al menos cuarenta alias distintos, todos ellos inconfundiblemente ligados a

imágenes de la supuesta Calliope.

—Guau —murmuró Watt, que se había quedado perplejo.

Esto era mucho más ambicioso que los trabajos de los que solía encargarse para H@cker Haus, consistentes la mayoría de ellos en borrar notas, localizar a maridos infieles y verificar alguna que otra identidad.

—Esto lo demuestra. Es una delincuente —dijo Leda triunfal.

Sus ojos oscuros brillaban con la emoción de la caza.

—O una sociópata, o una agente secreta..., o a lo mejor es que su familia está loca y punto. No deberíamos sacar conclusiones precipitadas.

Leda se acercó a la pantalla y se agachó. Watt se descubrió inesperadamente distraído por su proximidad.

—Nadia —carraspeó el muchacho—, ¿puedes rastrear los archivos de esos centros en busca de algún incidente? Expulsiones, mala conducta, cualquier cosa que se salga de lo normal.

—¿Y contrastar referencias con sus compañeros de clase en esos colegios, a ver qué amigos tenía? A lo mejor ellos nos proporcionan alguna pista —añadió Leda.

A continuación, sin previo aviso, se sentó en el regazo de Watt, enredó los dedos en su pelo y lo atrajo hacia ella. Su boca sobre la de él era cálida e insistente.

Watt fue el primero en apartarse.

—¿No habías dicho que no habías venido para esto?

—bromeó, aunque no pensaba quejarse.

—No solo para esto —lo corrigió Leda.

—¿Y no prefieres que me vaya a...?

—Cállate ya —lo interrumpió Leda con impaciencia antes de volver a besarlo, rodeándole los hombros con los brazos. A Watt no le costó nada ponerse de pie, transportarla hasta la cama (pesaba tan poco) y depositarla encima de ella con delicadeza, sin dejar de besarla. Deslizó las manos por su espalda, por la curva de su cadera..., su piel era tan suave, y Watt ya no sabía si le gustaba o si la detestaba. Quizá las dos cosas al mismo tiempo, lo que explicaría por qué todas sus terminaciones nerviosas estaban comenzando a cortocircuitarse, como si su cuerpo entero fuese a estallar de un momento a otro.

Empezó a pedirle a Nadia que apagase las luces, pero la habitación estaba ya a oscuras. Y la puerta, firmemente cerrada.

# LEDA

Leda parpadeó en la oscuridad.

Estaba enroscada alrededor de la figura durmiente de Watt, acurrucados los dos bajo la cálida manta, tan estrechamente enredados que incluso su respiración se había acompasado: ambos inhalaban y exhalaban al unísono, como los amantes predestinados de algún antiguo poema medieval.

—Reloj —dijo Leda con un volumen de voz tan bajo como le fue posible.

Los números intermitentes de la esquina superior izquierda de su visión le indicaron que era la 1:11 a.m. «Mierda». No pretendía quedarse hasta tan tarde; solo había venido dejándose llevar por un impulso al ver a Calliope con Risha en la clase de yoga antigravitacional y recordar la conversación que había mantenido con Avery. Abrigaba la esperanza de averiguar algo acerca de Calliope, desesperada por compartir la información con



Avery a modo de ofrenda de paz y deshacer todos los males que le había infligido a su amiga.

Y le apetecía aprovechar esa excusa para ver a Watt, reconoció para sus adentros.

Cambió de postura en la cama estrecha, sin sorprenderse especialmente por haberse quedado dormida allí. Con Watt se sentía tan... cómoda que por fin había conseguido conciliar el sueño sin sufrir aquellas pesadillas que la perseguían por los interminables pasillos de su subconsciente, intentando atraparla con sus dedos fantasma.

Gracias a Dios que, por lo menos, había tenido la precaución de contarles a sus padres que iba a quedarse estudiando hasta tarde con unas amigas. Con un poco de suerte, no la descubrirían subiendo por las escaleras de puntillas a esa hora tan intempestiva. Por otra parte, tampoco se habían percatado de que llevaba toda la semana colando a Watt en su cuarto.

Leda se apoyó en un codo para contemplar el cuerpo relajado de Watt, bronceado, estilizado y peligroso. Ejercía sobre ella la fascinación de una llama, atrayéndola pese a saber que podría quemarse con ella.

Dejó que su mirada recorriera sus contornos como no haría jamás estando él despierto, admirando su nariz prominente; su boca, sensual y carnosa; los párpados que

cubrían aquellos relucientes ojos castaños. Ojos que ahora se estremecieron ligeramente, como si estuviera soñando. ¿Con qué soñaría esa mente suya? Tal vez con ella.

Extendió las manos hacia su tupida cabellera morena para jugar con sus rizos, acariciando la tersa superficie del cráneo que se ocultaba debajo. Había tanta inteligencia contenida en aquel cerebro tan brillante, prodigioso y espectacular que él poseía, pensó, tantas cosas que ella no alcanzaba a entender. Watt la fascinaba y la asustaba un poco también, pues no se parecía absolutamente en nada a ninguna otra persona que ella hubiera conocido en su vida.

Se le cortó el aliento cuando sus dedos trazaron el contorno de un bulto que presentaba bajo la oreja derecha. La piel se elevaba formando un círculo perfecto, demasiado regular como para tratarse de algo natural. Era firme al tacto, como si le hubieran implantado un objeto por medios quirúrgicos. Intentó levantarle el pelo para examinar su cuero cabelludo, pero no encontró el menor rastro de cicatrices.

Un feo presentimiento se propagó por su espinazo, provocándole un escalofrío, y retiró la mano de golpe. «No puede ser», pensó Leda en respuesta a la descabellada idea que acababa de surgir de algún lugar recóndito, enterrado en lo más hondo de su ser. Watt no

podía llevar su ordenador incrustado en el cerebro. Era imposible.

Y, sin embargo, aquello explicaría tantas cosas acerca de él: el modo en que se desenvolvía por el mundo con mucho menos esfuerzo que otras personas, sin murmurar nunca para sus lentes de contacto. El hecho de que Leda nunca hubiera podido localizar a Nadia, pese a toda la minuciosidad con la que había registrado su cuarto.

Por imposible que pareciese, si algo había aprendido Leda en sus diecisiete años de existencia era que lo imposible a menudo se convertía en realidad.

Los párpados de Watt aletearon, y el muchacho se revolvió.

—¿Qué hora es?

—Shh, es muy tarde. Sigue durmiendo.

Leda continuaba devanándose los sesos, esforzándose por abarcar todas las implicaciones de su hallazgo.

—No te vayas todavía, Leda —murmuró Watt somnoliento, estirándose para deslizar una mano a lo largo de su brazo desnudo.

El roce le dejó una estela de explosiones diminutas en la piel. Leda ardía en deseos de volver a tumbarse, pegarse a él y olvidar lo que acababa de descubrir por casualidad. Pensó en preguntarle a Watt por aquel bulto extraño que tenía en la cabeza. ¿Cómo había conseguido a

Nadia, para empezar? ¿Le había dolido? ¿Lamentaba ser mitad máquina?

Watt hizo ademán de sentarse. Leda giró la cabeza en todas direcciones, desesperada, para que el muchacho no la pillara mirándolo fijamente, y sus ojos se posaron en algo en lo que no había reparado antes: un casco de realidad virtual que descansaba encima de la mesilla de noche. Parecía un prototipo a medio terminar; incluso Leda podía darse cuenta de que le faltaban varios componentes. Únicamente los aficionados más acérrimos a los videojuegos seguían utilizando aquellos aparatos, puesto que su potencia de renderizado seguía siendo superior incluso a la de las lentes de contacto más sofisticadas.

—¿Esto lo has construido tú solo? —preguntó mientras lo cogía, con la esperanza de desviar la atención del muchacho de los acelerados latidos de su corazón.

Watt se encogió de hombros.

—Es un proyecto al que me dedico en los ratos libres. Quería ver si se podían mejorar las prestaciones del sistema de detección de movimiento con las habilidades computacionales de Nadia.

Leda se puso el casco, pero no pasó nada.

—Todavía no funciona —señaló Watt, aunque parecían divertirse sus esfuerzos.

Leda se dejó el casco puesto un momento. Le gustaba tener la barrera de seguridad de las lentes entre ella y el mundo, le gustaba ocultar sus rasgos a la incisiva mirada de Watt. Se preguntó qué estaría pensando Nadia en esos momentos, agazapada en el cerebro de Watt, observándola. Ay, Dios... ¿Llevaría Nadia espiándolos todo este tiempo a través de los ojos de Watt? La mera idea le ponía los pelos de punta, como si hubieran estado compartiendo la cama con un espíritu.

Se quitó el casco, se levantó y empezó a buscar su ropa, desperdigada en la oscuridad.

—Tengo que irme.

—Vale —dijo Watt.

Parecía decepcionado, aunque quizá fuesen imaginaciones suyas.

Leda se detuvo en la puerta para volver a observarlo. Watt había apartado las sábanas, barriéndolas con los pies, y yacía en la cama como una sombra desdibujada. La suave luz del pasillo se reflejaba en su pelo alborotado y su cautivadora sonrisa. De repente le pareció muy joven, casi añado, en absoluto amenazador. El pulso de Leda se tranquilizó un poco.

Recordó que iba a pasar el fin de semana en Dubái. Sería su primera noche sin Watt desde antes de su paso por la clínica de rehabilitación.

—Oye —murmuró. Watt la miró con atención, expectante—. ¿Te apetece venir conmigo a Dubái, por la fiesta de inauguración de los Espejos?

En los labios de Watt se dibujó una sonrisa.

—Sí. Me encantaría.

Un poco más tarde, mientras se dirigía a casa tras apearse del ascensor, Leda miró a su alrededor, sobresaltada, contemplando aquellas calles tan familiares y, a la vez, inexplicablemente extrañas. Su bloque se veía más simple, más limpio; las farolas proyectaban hermosos charcos de luz en la oscuridad. Todo estaba como siempre y, al mismo tiempo, nada parecía normal; se le ocurrió que quizá fuese ella la que había cambiado. Entre la Leda de ayer y la Leda de hoy mediaba un abismo.

Había descubierto que Watt tenía un ordenador en la cabeza. Bueno, ¿y qué? Cosas más raras se habían visto en los últimos tiempos. Seguía siendo Watt, razonó, e iba a acompañarla a Dubái. A acompañarla de verdad, sin coacciones ni chantajes de por medio, sino porque realmente quería estar allí, a su lado.

Por primera vez en su vida, Leda Cole conocía los trapos sucios de otra persona (trapos lo suficientemente sucios como para alertar a las autoridades, incluso, si se paraba a pensarlo) y no tenía la menor intención de utilizar esa información en su propio provecho.

## RYLIN

Por favor, señora Lane. Es importantísimo que me cambie a la clase de holografía de nivel básico —imploró Rylin, plantada por enésima vez ante la mesa de secretaría.

Era viernes por la mañana, y estaba repitiendo los mismos argumentos que llevaba esgrimiendo toda la semana, sin éxito, suplicándole a la secretaria que la pasara del grupo de Xiayne al de Introducción a la Holografía, tal y como le había sugerido Cord. Impartía esa clase una mujer que se llamaba Elaine Blyson, de pelo blanco y brillante carmín en los labios, la cual daba la impresión de ser una elección perfectamente inofensiva como profesora.

Hasta el momento la señora Lane no se había mostrado nada cooperativa, pero Rylin se resistía a darse por vencida. No soportaba la idea de entrar en el aula esa tarde y ver a Xiayne. Quería pasar página, dejar atrás

aquel feo asunto y seguir con su vida.

—Haré lo que sea —insistió con apremio, apoyando los antebrazos en la mesa de la mujer—. El año que viene me matricularé en el doble de asignaturas de arte. Realizaré más trabajos individuales. Pero no puedo seguir asistiendo a esa clase.

—Señorita Myers, como llevo recordándole ya toda esta semana, el periodo de selección de los cursos se cerró hace mucho. Ahora es demasiado tarde para abandonar una clase. Ya lo era cuando se le permitió ingresar en ella; si se hizo una excepción entonces fue porque se le había permitido matricularse a mediados del semestre. —La señora Lane aspiró con fuerza por la nariz y volvió a concentrarse en su tableta—. Francamente, no entiendo a qué viene tanto empeño por abandonar esa clase. Ya sabe que es nuestra optativa más popular. Y después de ese trabajo individual tan fabuloso en el que acaba de participar... Me sorprende un poco, la verdad.

—¿Va todo bien por aquí?

Rylin se quedó de piedra al ver a Leda Cole en la puerta del despacho de la señora Lane.

—Perdón por la interrupción —añadió Leda con una sonrisa encantadora—. Volvía de una reunión del consejo de estudiantes y quería consultarle una cosa a la señora Lane.



Rylin intentó establecer contacto visual con ella, aturdida, pero Leda estaba decidida a mirar fijamente solo a la secretaria.

—¡Señorita Cole! Quizá usted pueda hacer que la señorita Myers, aquí presente, entre en razón —exclamó la señora Lane—. Pretende rebajar su currículo matriculándose en la clase de holografía para principiantes, y me he pasado toda la semana diciéndole que eso es sencillamente imposible.

—¿Introducción a la Holografía? ¿En serio?

Leda observó a Rylin de soslayo, con expresión inquisitiva. Rylin se mordió la lengua. No le apetecía cabrear a Leda.

Esta, que debía de haber visto algo sospechoso en la conducta de Rylin, se volvió hacia la secretaria.

—Bueno, señora Lane, lo cierto es que, como usted ya bien sabe, nuestra clase padece una masificación espantosa. Quizá no fuese tan inconveniente que Rylin se saliera de ella.

—¡Olvidaba que usted también está en ese curso! —exclamó la señora Lane—. Entenderá, por tanto, lo importante que es mantener un equilibrio homogéneo en las aulas...

—Señora Lane —la interrumpió diplomáticamente Leda—, Rylin es una estudiante asombrosa, pero podría

sacarle partido a la clase de introducción. Debería ver usted los holos que grabó el martes pasado en el hotel Burroughs... El material es «enardecedor», pero la iluminación resulta demasiado estridente y «reveladora». Puede verse hasta el último «sucio» detalle en cada fotograma.

La señora Lane se ruborizó ante las escabrosas connotaciones que denotaba el énfasis sutil con el que Leda había pronunciado aquellas palabras, pero no dijo nada.

—Conozco de sobra cuál es la postura oficial de la escuela, por supuesto —continuó Leda enarcando significativamente una ceja—, pero sospecho que Rylin todavía no está al corriente. Quizá le vendría bien hablar con el decano Moreland para que él le explique los pormenores, así entenderá todas las «implicaciones». Sé que tiene muy buena «mano» para resolver asuntos tan «espinosos» como este que nos ocupa.

La señora Lane se había quedado boquiabierta, absolutamente sin habla. La mirada de Rylin no dejaba de saltar de Leda a la secretaria; desconcertada, no sabía si decir algo o quedarse callada.

—Señora Lane... —replicó por fin, después de un momento, pero la mujer la atajó.

—Sí, señorita Cole, entiendo a qué se refiere —dijo

asintiendo vigorosamente con la cabeza. Su rostro había adoptado una curiosa expresión compungida—. Señorita Myers, voy a matricularla al curso de introducción. El grupo se reúne los martes y los jueves en el pabellón de las artes.

—Vaya, gracias —tartamudeó Rylin, pero Leda ya estaba tirando de ella para sacarla al pasillo, con una sonrisita de satisfacción en los labios.

—De nada —declaró Leda, y se dio la vuelta.

—¡Espera! ¿Qué narices acaba de pasar? ¿Cómo has hecho eso? —«¿Y por qué?».

Leda se encogió de hombros.

—La señora Lane está teniendo una aventura con el decano Moreland, el cual, como es posible que sepas, está casado. Se ven en el hotel Burroughs todos los jueves.

A los oídos de Rylin no había llegado el rumor de ninguna aventura.

—¿Eso lo sabe todo el mundo? —preguntó sorprendida.

—No. Solo yo —fue la misteriosa respuesta de Leda.

—Oh. —Rylin se quedó inmóvil, abrumada por una curiosa mezcla de alivio y resentimiento por deberle ahora un favor a Leda Cole—. Bueno, pues gracias.

—No te preocupes, ya me la devolverás.

—Leda... —la llamó, y la otra chica se volvió hacia

ella, expectante. Rylin tragó saliva con dificultad—. ¿Por qué acabas de ayudarme? Creía que me odiabas.

Una nube pasajera de algo que quizá fuese culpa, o indecisión (o tal vez incluso pesar), ensombreció por un instante fugaz las facciones de Leda.

—A lo mejor es que ya estoy harta de que todo el mundo piense que soy una zorra sin corazón —proclamó con firmeza.

Rylin no supo qué responder a eso.

—¿Puedo preguntarte yo a ti —añadió Leda— por qué querías cambiarte de clase?

Rylin contempló por un momento la posibilidad de mentir, pero, después de lo que acababa de ocurrir, decidió que lo justo sería contarle la verdad a Leda.

—Durante el trabajo individual de la semana pasada, Xiayne me besó. No me apetece volver a verlo, por razones obvias.

—¿Que Xiayne intentó propasarse contigo? —repitió Leda poniendo los ojos en blanco cuando Rylin asintió con la cabeza—. Dios, qué capullo. Lo siento. Y yo que pensaba que podría ser un tío decente.

—Ah, pero ¿esos existen? —replicó Rylin con aspereza; para su sorpresa, Leda se echó a reír.

—Tienes toda la razón. Oye —dijo como si se le acabase de ocurrir una idea—, ¿vas a ir a la fiesta de

inauguración de Dubái? Es este fin de semana.

Rylin había oído algo al respecto; las demás chicas llevaban días sin hablar de otro tema, programando los horarios de sus hidrojets privados y enumerando las características de los vestidos que habían encargado, puesto que el tema de la gala era la combinación del blanco y el negro. Se había dicho a sí misma que todo aquello era ridículo. Estos encumbrados ya no tenían suficiente con las fiestas de Nueva York, ahora había que volar hasta la otra punta del mundo para emborracharse con los mismos de siempre.

Pese a todo, por absurdo que sonara, en parte le apetecía ir, siquiera por verlo.

—No tenía planeado ir —dijo respondiendo a la pregunta de Leda.

—Pues deberías. Te ayudará a despejar la cabeza y dejar de pensar en, no sé..., en profesores de holografía que se creen el ombligo del mundo, por ejemplo.

—Es que tampoco he recibido ninguna invitación —protestó Rylin.

Leda agitó una mano en el aire, como si quisiera restarle importancia a ese pequeño detalle.

—Es la fiesta del padre de Avery, ¿por qué no ibas a poder asistir? Eso no va a ser un problema.

Rylin pestañeó varias veces seguidas, desconcertada.

¿Se trataría de algún tipo de encerrona? ¿Desde cuándo Leda y Avery volvían a ser uña y carne? Rylin no era ninguna experta en círculos de la alta sociedad, pero incluso ella sabía que esas dos no habían vuelto a dirigirse la palabra desde aquella noche en la azotea.

—Gracias. Me lo pensaré —dijo con cautela recelando de los motivos de Leda.

—Bueno, tengo que irme. Una de las dos está a punto de llegar tarde a nuestra clase de artes favorita —dijo Leda con una sonrisa, como si ahora compartiesen algún tipo de broma privada. Se detuvo, no obstante, como si acabase de caer en la cuenta de una última cosa—. Por cierto, los Anderton son grandes accionistas de Fuller Enterprises, lo que significa que Cord seguramente estará allí. Por si te llevara eso a cambiar de opinión o algo.

—¿Cómo...?

¿Qué arma secreta poseía ahora Leda, que parecía saberlo todo acerca de todos?

Sonó el timbre y Rylin se quedó plantada en el sitio, sola y nadando en un mar de dudas, preguntándose exactamente qué significaría lo que acababa de pasar allí.

Esa misma tarde, al salir de clase, Rylin se dirigió directamente al límite de la tecnorred y le dio un toque a Lux. No obtuvo respuesta. Bueno, decidió, iría a verla sin avisar; pero antes debía hacer una parada técnica rápida.

Cuando llamó a la puerta de los Briar, fue Lux la que la abrió, vestida con una sudadera vieja y unos pantalones cortos en los que se veía un agujero. Ese día llevaba el pelo negro como el carbón, con el flequillo cortado a machetazos.

—Hala —dijo Lux sin imprimirle la menor inflexión a la voz. Su mirada saltó del uniforme de Rylin a sus bailarinas de niña bien y a la bolsa con rayas rosas y blancas que acarreaba—. Menuda pinta de cretina.

—Y tú pareces una mendiga —replicó Rylin. Titubeó, sin embargo, al ver que su amiga no la invitaba a pasar—. ¿Podemos hablar? ¿Te pillo en mal momento?

—Tú sabrás, Rylin. Me he pasado la semana entera buscándote y estabas desaparecida en combate. He intentado localizarte un montón de veces, pero no me has devuelto ni una sola llamada. Ni una.

Un destello de animosidad y dolor relampagueó en la mirada de Lux.

Rylin se amilanó, roja de vergüenza. Recordaba haber recibido un toque el lunes pasado, cuando estaba con Cord, y unos cuantos más al día siguiente, pero se le había olvidado por completo intentar devolverle la llamada a Lux.

—Lo siento de veras —se disculpó—. ¿Qué sucede?

—Para empezar, Reed me ha dejado.

—Ay, Lux. —Rylin avanzó un paso para darle un abrazo a su amiga, que, tras quedarse rígida un momento, se lo permitió—. Él se lo pierde, ya sabes —murmuró.

—Gracias. Pero no te buscaba por eso.

—¿De qué se trata?

Lux dio un paso atrás para observarla. La acusación que denotaba su mirada era inconfundible.

—El juicio de Hiral se celebró el otro día. Te di un toque para preguntarte si pensabas asistir. —Se encogió de hombros con indiferencia, pero Rylin se dio cuenta de que estaba molesta, tanto por ella misma como por Hiral—. Acabé yendo con Indigo y Amir.

A Rylin se le había olvidado por completo que el juicio era esa semana. Tampoco es que hubiera estado tachando los días en el calendario, pero eso no impidió que se sintiera culpable por no haber pensado en ello, al menos.

—¿Cómo fue?

—¿No te has enterado? ¿Saliste con él durante tres años y ni siquiera has sido capaz de tomarte la molestia de averiguar si lo han mandado a la cárcel?

—Estaba en Los Ángeles —empezó a explicarse Rylin, pero Lux no la dejó hablar.

—Lo soltaron, aunque te importe una mierda.

La noticia le produjo una punzada de alivio. Aunque



todavía le guardaba rencor a Hiral, después de todo lo que le había hecho pasar, nunca había deseado que su vida acabara a los dieciocho.

Comprendió de repente cómo debía de haberla visto Lux en los últimos tiempos: ausente, indiferente, demasiado obsesionada con su nueva escuela de encumbrada como para acordarse de sus amigos. No era una imagen halagadora.

Pero Lux no conocía toda la historia, y Rylin tenía la culpa por no habérsela contado.

Exhaló un suspiro, despacio.

—¿Me harías el favor de salir a dar un paseo conmigo?

Lux abrió la boca, y Rylin vio de inmediato que pensaba decirle que no; exudaba un aura fría y distante, como si no estuviera realmente allí, tan insustancial como el personaje de un holo. Tomó la mano de Lux entre las suyas. Era tranquilizadoramente sólida.

Un destello de comprensión iluminó los ojos de Lux, que asintió con la cabeza.

—Vale.

Rylin continuó sujetando la mano de su amiga, como hacían cuando eran pequeñas. La condujo hasta el final de la calle y, juntas, doblaron la esquina para acercarse a una diminuta cabina panorámica encajonada entre dos

apartamentos.

Las cabinas panorámicas eran como diminutos parques en miniatura, medio olvidados: fragmentos de mobiliario urbano consistentes en unos bancos metálicos con pantallas que semejaban grandes ventanales, existentes tan solo allí donde los arquitectos de la Torre no habían sabido qué hacer con el espacio sobrante. Esta en particular ofrecía la vista de un amanecer espectacular sobre la línea del horizonte de Nueva York, aunque, por supuesto, se encontraban mucho más cerca del centro de la Torre; las ventanas de verdad, con vistas de verdad, estaban mucho más lejos. Las cabinas panorámicas, en teoría, eran espacios públicos, aunque lo reducido de su tamaño las había dejado obsoletas. La mayor parte del tiempo servían únicamente como lugar de reunión para los grupos de jóvenes que querían fumar o meterse mano a escondidas.

Rylin y Lux se sentaron en el banco vacío y contemplaron aquel amanecer postizo de cómico aspecto, en deslumbrante tecnicolor.

—Ah, se me olvidaba esto.

Rylin le dio la bolsa que llevaba en las manos.

Lux sonrió a regañadientes cuando vio lo que contenía.

—¿Las has comprado de todos los sabores?

Dentro de la bolsa había un impresionante surtido de patatas: extra de cheddar, caramelo al punto de sal, lima y cilantro..., incluso llantén con guindilla. Lux y ella siempre pasaban por delante de la tienda de aperitivos *gourmet* y se preguntaban cómo sería probarlos, pero nunca se habían podido permitir ni una miserable bolsa.

—Los doce. Una cena equilibrada, ¿a que sí? —Rylin dejó escapar un suspiro—. Siento haber sido una amiga tan espantosa últimamente.

—Te echaba de menos —dijo Lux con menos resentimiento que antes. Abrió la bolsa de patatas con caramelo al punto de sal—. Me siento como si no hubiera dejado de perderte desde que empezaste a trabajar para aquel mocosito encumbrado.

«Porque me estaba enrollando con él y no se lo quería contar a nadie», pensó Rylin con una punzada de culpa.

—Hay algo que te he estado ocultando, sobre Cord —confesó Rylin con el corazón martilleando en el pecho—. No quería que me juzgaras... No me enorgullezco precisamente de ello.

Lux le pasó la enorme bolsa de patatas, sin decir nada, y Rylin cogió un puñado de un paquete con extra de cheddar. Las patatas se desmigaron deliciosamente en su lengua. De pronto se sintió muy lejos de los holos cambiantes, del Marsaqua y de las frutas *gourmet* de la

cafetería del nivel superior. Esto era mucho más real.

Empezó por el principio, relatándole a Lux cómo se había enamorado de Cord cuando estaba trabajando para él; cómo había intentado romper con Hiral, antes de que lo detuvieran y la obligara a vender sus drogas para poder pagar la fianza. Cómo estaba saliendo con Cord mientras Hiral seguía siendo su novio, técnicamente, aunque habría deseado que no lo fuera. Cómo el hermano mayor de Cord se había enterado y la había obligado a romper con Cord, a decirle que había estado utilizándolo desde el principio solo por el dinero.

Para cuando Rylin hubo terminado, se habían acabado ya casi todas las bolsas de patatas.

—Perdona —dijo Rylin—. No quería entretenerte tanto tiempo.

—Ry..., no tenía ni idea. —El flequillo irregular de Lux le barrió el ceño cuando la muchacha se inclinó hacia delante. La luz de la pantalla panorámica se reflejaba en sus ojos, volviéndole las pupilas imposiblemente oscuras —. Quiero decir, de nada, pero sobre todo de lo de V e Hiral. Están más metidos hasta el cuello de lo que me imaginaba. Y no estuvo bien que te trataran así.

Meneó la cabeza con enfado y se limpió las manos en el pantalón de deporte, dejándolo pringado de diminutas medialunas de polvo teñido de rosa, naranja y azul.

—Enséñame alguna foto del chaval ese de los Anderton —dijo cambiando de tema.

Rylin buscó el perfil de Cord en los agregadores y le pasó la tableta a Lux, que se quedó sin aliento.

—Joder, Ry... Pero ¡si está cañón! ¿No necesitará otra chica de la limpieza? Porque lo mismo me da por actualizar el currículum —declaró, y Rylin le propinó un empujón de mentirijillas. Lux se rio por lo bajo, desvanecida ya la tensión entre ellas. Rylin sintió como si se hubiera quitado un peso insoportable de encima; como uno de esos globos aerostáticos, amarrados en tierra, al que acabaran de cortarle las cuerdas—. Bueno, ¿qué novedades hay sobre eso? ¿No se ha dado cuenta de que le gustaría que volvieras con él, ahora que tú también eres una encumbrada?

—Yo no soy ninguna encumbrada —protestó Rylin suscitando otra carcajada por parte de Lux.

—En eso tienes razón. Ningún encumbrado que se respetara se dejaría ver ni muerto en una cutre caja panorámica para tortolitos, zampándose en un plis plas las patatas de sabores que deberían haberle durado una semana —convino, pero no había terminado de darle la tabarra con Cord—. En serio, Ry. Nunca averiguarás la verdad a menos que se lo preguntes. ¿Por qué no lo has hecho todavía?

Lux estaba en lo cierto, comprendió Rylin. Tenía que dejar de esforzarse por adivinar cuáles eran los sentimientos de Cord y actuar de una vez. Pensó en lo que le había dicho Leda esa tarde, acerca de la fiesta, y esbozó una sonrisa a regañadientes.

—Tienes toda la razón —claudicó. Sacó la tableta y pronunció una frase que jamás se habría imaginado que podría salir de sus labios—: Toque para Leda Cole.

# WATT

Toma muchos apuntes. Y ándate con cuidado. Estamos muy orgullosos de ti —dijo el padre de Watt, Rashid, mientras le propinaba una sonora palmadita en la espalda.

—Danos un toque si necesitas cualquier cosa. —La madre de Watt, Shirin, se ajustó el pañuelo para el cuello que se había empeñado en ponerse; un gesto ridículo, puesto que la temperatura de la Torre estaba controlada, pero Watt sabía que solo estaba intentando no echarse a llorar. Terminó rindiéndose y estrechó a Watt entre sus brazos, con la voz truncada—. Te queremos muchísimo.

Watt se esforzó por ignorar la sensación de culpa que le producía esta despedida tan ostentosa. Sus padres creían que iba a pasar un fin de semana académico en la Universidad de Albany. Había contemplado la posibilidad de contarles que iba a quedarse en casa de Derrick, la excusa que les dio cuando acompañó a Leda en su paso por la clínica de rehabilitación, pero sospechaba que la

última vez solo le había salido bien por los pelos y no quería tentar a la suerte.

Los Bakradi habían recibido la «noticia» con alborozo. Les quitaba el sueño su obsesión con el MIT (se temían que no lo aceptaran, que el rechazo supusiera un varapalo emocional para él y que, en el proceso, se hubiese quedado sin alternativas donde solicitar el ingreso), y, puesto que Albany era un centro estatal, pagaría la matrícula reducida correspondiente. Estaban demasiado emocionados como para cuestionar siquiera el anuncio, o solicitar ningún tipo de prueba. Watt se sentía fatal, pero ¿qué otra elección tenía? Estaba claro que no se iban a poner a dar saltos de alegría si les contaba que pensaba largarse en *jet* a Dubái con una encumbrada. Y menos después de que ya les hubiese engañado diciéndoles que Leda era una compañera de clase; tendría que explicarles por qué se había inventado algo así.

La verdad, de no ser por Nadia, Watt no sabía cómo podría llevar la cuenta de todos los secretos, las verdades a medias y las mentiras flagrantes que iba sembrando a su paso.

Zahra y Amir aparecieron por el pasillo como dos perdigones, un torbellino de risas estridentes, coletas y faldones de camisas al vuelo. Watt se agachó para abrazarlos a ambos. Luego, tras murmurar un último



adiós, salió por la puerta acarreando la maleta de baja tecnología de su padre, la misma que le había pedido prestada para el fin de semana en la clínica de rehabilitación.

Al doblar la esquina e internarse por la avenida principal, se topó de bruces con Cynthia, la cual se disponía a tomar la calle de Watt; de uno de sus brazos colgaba la enorme bolsa de tela que utilizaba para transportar los libros de la escuela. Apesadumbrado, Watt recordó de repente que hoy había quedado para estudiar con ella y con Derrick.

—Cyn, se me olvidó por completo.

«Nadia, ¿por qué no me has avisado?». Tener un ordenador cuántico en el cerebro debería servir para ir un paso por delante de los acontecimientos, no por detrás.

«Lo siento», replicó Nadia, si bien su disculpa no sonó muy sincera. Watt no pudo por menos de preguntarse si estaría interfiriendo a propósito. Este viaje a Dubái no parecía entusiasmarla especialmente, aunque Watt no entendía a qué podría deberse.

Le dedicó a Cynthia su sonrisa más radiante y carismática, la que siempre había conseguido librarlo de tener que quedarse en casa castigado sin poder salir, de los deberes extra y de las iras de su madre. Con Cyn nunca le había dado demasiado buen resultado, no

obstante.

—Es que me piro de la ciudad —le dijo mientras reanudaba la marcha—. Disculpa que se me haya olvidado avisarte.

—¿Cómo que «te piras de la ciudad»? —repitió Cynthia recalcando la pregunta con sarcasmo ante la elección de palabras de Watt, que hizo una mueca. Cynthia y él no pertenecían a la clase de personas que viajaban fuera de la ciudad sin más, y los dos lo sabían—. ¿Adónde vas?

A diferencia de sus padres, Cynthia no era alguien a quien Watt se atrevería a mentir.

—A Dubái —confesó.

—Con Leda. —No era ninguna pregunta.

Watt asintió con la cabeza.

Un grupo de chicos más jóvenes pasó corriendo por su lado, bulliciosos y alborotadores. Cynthia agarró a Watt por los hombros y lo empujó a un lado, a una pequeña tienda que era mitad McBurger King y mitad farmacia. Watt oyó cómo el bot de comida para llevar le preguntaba a uno de los clientes si quería patatas fritas con su pedido.

—Pero ¿qué narices...? —le dijo Cynthia con brusquedad.

El enfado que sentía crepitaba como un relámpago sobre toda su piel, alterando su habitual estoicismo. Tenía

los ojos abiertos de par en par y las mejillas encendidas. Watt se sobresaltó al darse cuenta, por primera vez en su vida, de que su amiga era muy guapa. ¿Por qué no se habría fijado antes?

—Mira, es una historia muy larga —protestó, pero Cynthia lo interrumpió.

—Llevas semanas comportándote de una forma muy rara, ayer dejaste que te sacara a rastras de la escuela, ¿y ahora esto? ¿Qué os traéis entre manos?

—Ya te lo he dicho, está chantajeándome —se impacientó Watt, aunque sabía que se había convertido en algo más.

Recordó a Leda en su cama esa mañana, apoyada en un codo, observándolo, con sus largos cabellos sueltos alrededor de los hombros. «Si hay algo entre nosotros, es puramente físico», se aseguró con firmeza a sí mismo. Seguía queriendo lo que siempre había querido: ganarse su confianza hasta que le confesara la verdad sobre lo que había ocurrido en la azotea, para poder quitársela de encima de una vez por todas.

Y ahora estaba muy cerca de su objetivo. Pronto todo habría acabado y ya no tendría que seguir pasando más tiempo con Leda; podría enviarla incluso a la cárcel si le apetecía.

Por alguna razón pensó en cómo había sonado esa

mañana, el tono esperanzado que teñía su voz cuando le pidió que la acompañara a Dubái. Desterró aquel recuerdo de su cabeza, negándose a darle más vueltas.

—¿Qué es lo que sabe de ti? No puede ser algo tan grave —inquirió Cynthia.

—Es complicado.

—Sea lo que sea, te ayudaré. ¡Vamos, Watt! ¡Somos dos de las personas más inteligentes que conozco! ¿No crees que, juntos, seríamos capaces de derrotar a Leda Cole?

—Cynthia, no es eso, es que... No quiero que te salpique.

Cynthia suspiró exasperada. Detrás de su cabeza no dejaban de parpadear unos pequeños anuncios holográficos de Happy Meal, provocando que Watt tuviera que aguantarse lo que habría sido una risa de lo más inoportuna.

—¿No te das cuenta de que ya está salpicándome, tanto si te gusta como si no? ¡Watt, no podré ayudarte si tú no me dejas! —exclamó la muchacha—. Ya estoy harta de esta situación. No nos vemos nunca. Te pasas todo el tiempo con Leda.

—Ya te he dicho que es complicado —repitió Watt sintiéndose como un disco rayado.

Cynthia dio un paso al frente, con decisión, y Watt

supo de repente que su amistad había llegado a una encrucijada.

—Te gusta, ¿a que sí? —le preguntó Cynthia.

—No —respondió él de inmediato.

—Pues, si no te gusta, no vayas a Dubái. —El cuerpo de Cynthia estaba crispado, tan en tensión como la cuerda de un arco—. Mantente lejos de ella. Quédate a mi lado.

La última frase la pronunció con un susurro casi inaudible, pero su significado era inconfundible.

En cierto modo, hacía tiempo que Watt sabía que eso iba a pasar. Lo que aún ignoraba era cuál debería ser su reacción.

Se quedó allí plantado, contemplando a su amiga (aquella chica tan brillante, fascinante y asombrosa que vivía en el mismo mundo que él y lo conocía desde sus orígenes, la clase de persona con la que a sus padres les encantaría que saliera), y siguió sin saber qué decir.

—Cynthia... —titubeó.

Quizá porque ya estaba harta de esperar, o quizá porque no quería escuchar lo que se disponía a decirle, la muchacha se puso de puntillas y le dio un beso.

Watt se sorprendió besándola a su vez. Esta nueva versión de Cynthia, que lo abrazaba con más fuerza y lo besaba con más pasión de lo que él jamás habría sospechado, lo dejó sin aliento.

—¿Y bien? —preguntó la muchacha cuando por fin se hubo apartado de él.

Parecía vulnerable y atemorizada; tan familiar como siempre y, al mismo tiempo, desconocida.

Watt sacudió la cabeza. Le habría gustado decirle un millón de cosas distintas, pero no sabía cuál de ellas sería la más acertada. Pensó que hacía tiempo que no sabía nada.

—Lo siento. Me tengo que ir.

—No «tienes» por qué hacer nada —insistió Cynthia—. Si te marchas ahora, estarás escogiéndola a ella.

—Eso no es justo —le espetó Watt—. No tengo elección.

Dicho lo cual, como un cobarde, le volvió la espalda a su amiga para no ver el dolor que le ensombrecía la mirada.

Sin poder evitarlo, no obstante, se preguntó si Cynthia tendría razón.

# CALLIOPE

Calliope se inclinó sobre el tocador abarrotado de relucientes varitas faciales plateadas, aplicadores de colorete y también guantes de manicura, todo un arsenal que se desplegaba meticulosamente ante ella, bruñido y listo para entrar en combate.

Su colección de armas letales particular, las cuales siempre le habían hecho sentir tan bella como peligrosa.

—¿Estás lista? —la llamó su madre desde la otra habitación de la *suite*.

A Calliope no la había sorprendido que Elise decidiera apuntarse a la fiesta de inauguración de los Espejos. Al igual que su hija, adolecía de una incurable debilidad por todo lo que rutilara y brillase (cuanto más extravagante, mejor), y esa noche prometía reunir todas esas características. Calliope y ella llevaban toda la semana comportándose tan animadamente como de costumbre, pero la muchacha presentía que bajo aquella fachada de

aparente normalidad acechaba algún asunto pendiente. Su relación se había vuelto un poco extraña desde aquella discusión que habían tenido.

Allí estaban, en cualquier caso, en la *suite* que Nadav había reservado para ellas en el Fanaa, un espectacular hotel de lujo ubicado en la mitad oscura de los Espejos. Los Fuller se alojaban en la otra torre, pero Calliope había insistido en quedarse aquí; había algo de seductor, casi prohibido, en el hecho de poder decir que una se había «pasado al lado oscuro». Paseó la mirada por las paredes, revestidas por completo de paneles reflectantes como espejos. Calliope podría haberlos vuelto opacos, por supuesto; pero prefería dejarlos así y deleitarse con la imagen de sus múltiples yoos revoloteando por la habitación.

—Ya he terminado. Atlas tendría que estar al caer — replicó Calliope. Como anfitrión, el muchacho debería bajar antes que los demás invitados.

La jornada entera había sido un interminable tributo a los excesos y la indulgencia. Calliope se había desplazado hasta allí con los Fuller, a bordo de su *jet* privado: el cual en realidad tampoco debía de ser tan privado, habida cuenta de las decenas de personas invitadas a viajar en él, todas ellas campando a sus anchas por el interior del avión, conversando con copas de champán en la mano



como si el vuelo mismo fuese una gigantesca fiesta de cóctel, el preludio lógico de la noche que se avecinaba. Quizá fuera ese el objetivo desde el principio.

Elise se asomó a la puerta, exhibiendo su delicado vestido blanco, elegido a propósito para exudar un aura nupcial.

—¿Qué te parece?

—Asombroso. ¿Y yo?

Calliope se giró a uno y otro lado, posando como una modelo. Llevaba la melena recogida en un moño bajo que realzaba la glamurosa esbeltez de su cuello; el rutilante vestido negro que había elegido se ceñía a sus curvas con una confianza escandalosa. Adoraba el tacto de la faya de seda contra su piel, como una voz seductora que estuviese susurrándole al oído lo joven, hermosa e incomparable que era.

Elise se acercó y tomó las manos de su hija en las de ella.

—Sabes que estás espectacular. Que te lo pases de maravilla esta noche, cariño. Te lo mereces. —Sus palabras denotaban un sentimentalismo impropio de ella, y la elusiva sonrisa que aleteaba en sus labios parecía apuntar a algún tipo de decisión que le estuviera costando tomar—. Te gusta este chico, ¿verdad? No solo para estafarlo, sino de verdad.

Había pillado desprevenida a Calliope.

—No me cae mal —respondió esta, al cabo, reprimiendo el alfilerazo de culpa que le provocaba la idea de robar a Atlas esa noche. Aun atormentado y confuso, en el fondo era buena persona—. No te preocupes, no tengo la menor intención de fugarme con él —añadió en tono de broma.

Elise no se rio.

—¿Y te gusta Nueva York?

Calliope se volvió hacia el espejo y fingió retocarse los labios para no tener que mirar a su madre directamente a los ojos. Mentir resultaba mucho más sencillo cuando no podías verle la cara a tu interlocutor.

—En Nueva York me lo he pasado bien, pero ya va siendo hora de pasar página. Me alegra saber que nos vamos a despedir a lo grande —dijo con firmeza Calliope, ignorando la opresión en el pecho que le producía el pensar en marcharse.

Su madre la miró a los ojos en el espejo, y Calliope sonrió a su reflejo.

Llamaron a la puerta.

—Ese debe de ser Atlas —dijo Calliope.

—Que os divirtáis. ¡Y no hagas nada que yo no haría!

—En otras palabras: que me desmelene —replicó Calliope mientras abría la puerta.

Allí estaba Atlas, vestido con un sencillo traje de esmoquin, más elegante y maduro de lo que Calliope lo hubiera visto nunca. Se fijó en que se había cortado el pelo, aunque una sutil sombra de barba todavía le recorría el mentón.

—Estás asombrosa.

Atlas le ofreció el brazo para conducirla al salón.

—Tú tampoco estás nada mal.

El muchacho sonrió, revelando el hoyuelo que se le formaba junto a la comisura de los labios.

—Gracias por acompañarme esta noche, Callie.

Cruzaron un pasillo sin salida hasta la ventana en la que desembocaba, la cual daba directamente a la torre de luz. Las aguas del canal chapaleaban a sus pies, a lo lejos.

—¿Te importa que pasemos primero por la habitación de mis padres? Querían que nos reuniéramos allí para bajar todos juntos.

—Claro que no.

Los padres de Atlas no habían volado con ellos, sino que habían llegado unos días antes para ayudar a organizarlo todo. Calliope tenía que reconocer que sentía curiosidad por conocer por fin a los Fuller.

Esperaba que Atlas se dirigiera a alguno de los ascensores, pero en vez de eso se acercó a la ventana y trazó un círculo sobre ella. El flexiglás fluctuó de

inmediato y proyectó un túnel transparente a través del vacío, como un rayo de luz que atravesara el cielo despejado.

Calliope enmudeció de asombro. Se preguntó por unos instantes si el túnel sería un simple holograma (si no se trataría de algún tipo de juego de realidad virtual, diseñado para poner a prueba su incredulidad), pero una mirada de soslayo a las facciones de Atlas, exultantes de orgullo, bastó para confirmarle que era real.

—Etérium —le explicó.

Calliope había oído hablar de aquel material programable, mezcla de inducción lineal y microfibras de carbono, utilizado por el ejército para construir y desmontar todo tipo de estructuras a gran velocidad, por lo general puentes bajo demanda que solo necesitaban aguantar unos pocos minutos en pie.

—Ya veo —murmuró casi sin inmutarse.

Como si hubiera visto decenas de puentes de elaboración instantánea y uno más ya no pudiera impresionarla.

—Hemos conseguido la primera licencia civil para su uso. No ha sido fácil, créeme.

Atlas parecía muy orgulloso. Sobresaltada, Calliope comprendió de repente que eso era obra suya; él había sido el encargado de hacer todas las llamadas necesarias,

de llevar a buen puerto las negociaciones y convertirlo en realidad.

—Y yo preguntándome qué hacías tantas horas delante del ordenador —bromeó, aunque también ella se sentía inusualmente orgullosa de él.

Avanzó un paso valiente, plantando el tacón con énfasis en el suelo del puente, y se obligó a no mirar abajo, a la finísima y endeble capa de material que separaba su zapato de diseño del inmenso abismo que se abría a sus pies.

—No te asusta —observó con aprobación Atlas.

Calliope se volvió para observarlo de reojo por encima del hombro, redondeado y esbelto, con gesto desafiante.

—A mí no me asusta nada.

Cuando hubieron emergido al otro lado, el túnel se desvaneció con un parpadeo y Calliope sintió un suave escalofrío, fruto de la descarga de adrenalina que acababa de experimentar. Caminar por el cielo envuelta en un túnel temporal se le antojaba un buen presagio, como si todos los astros fueran a alinearse a su favor esa noche.

Llegaron al ático de los Fuller y la puerta se abrió. Al otro lado estaba el padre de Atlas.

—Tú eres Calliope, ¿verdad? Pierson Fuller —se presentó con una sonrisa carismática mientras le

estrechaba la mano.

—Encantada de conocerlo.

Calliope se preguntó exactamente qué les habría contado Atlas acerca de ella. Y, ya que iba a conocer a sus padres, ¿significaba eso que era una cita?

La respuesta seguro que dependería de dónde terminara durmiendo esa noche.

Siguió al señor Fuller hasta la sala de estar, disimuladas con esmero sus relucientes pantallas táctiles tras los muebles de madera labrada y los suntuosos cojines. La lámpara de araña de cristal que colgaba sobre sus cabezas los bañaba con un delicado halo de luz. Todo estaba decorado en tonos blanco y crema, contra los que las pinceladas de negro (los esmóquines de Atlas y su padre y, por supuesto, el vestido de Calliope, del color de la medianoche) destacaban como llamativos signos de exclamación.

Una mujer que debía de ser la madre de Atlas llegó procedente del dormitorio, grácil y resplandeciente con un vestido de tul alabastro recubierto de cristales de Swarovski.

—¿Qué pendientes me pongo?

La pregunta iba dirigida a los tres. Les enseñó las manos, en las que sostenía sendas cajitas de terciopelo oscuro. Una contenía un juego de diamantes incoloros con

forma de lágrima; la otra, un par de diamantes gemelos de color rosa. Las joyas daban la impresión de llamear en contraste con el fondo de terciopelo; la luz que anidaba en su interior centelleaba y se refractaba en un millar de chispas diminutas.

Sin aliento, Calliope se apresuró a sacarles unas cuantas instantáneas sin despertar demasiadas sospechas. Lo que habría dado su madre por admirar esos pendientes... Aunque no era la primera vez que Calliope se encontraba en presencia de semejante despliegue de ostentación y riqueza, todo lo que había visto en los últimos años se le antojó de repente vulgar en comparación. Estas personas prácticamente exudaban dinero. Hasta el último de sus gestos denotaba y dejaba traslucir lo acaudalados que eran.

Se preguntó qué harían con ella si alguna vez se enterasen de quién eran en realidad ella y su madre. Apretó los puños con tanta fuerza sobre su bolso que los nudillos se le pusieron blancos. Conocía muy bien la respuesta: la destruirían con la misma elegancia implacable que caracterizaba el resto de su existencia.

La señora Fuller paseó la mirada por la habitación, distraída, y soltó los estuches al reparar en la presencia de Calliope.

—¡Calliope, querida! Elizabeth Fuller. Cuánto me

alegro de conocerte.

—Muchas gracias por la invitación —dijo Calliope.

La señora Fuller sonrió mientras asentía con la cabeza.

—¿Dónde está Avery? —les preguntó a su marido y su hijo.

El señor Fuller se sentó en el diván y se reclinó, apoyando un tobillo en la rodilla de la otra pierna.

—¿Quién sabe? —musitó aparentemente despreocupado.

Atlas guardó un sospechoso silencio.

—Bueno, ¿cuáles crees tú que debería ponerme? —continuó la señora Fuller mientras regresaba junto al reluciente aparador blanco encima del cual había dejado las dos cajitas de terciopelo, con su contenido de incalculable valor. Calliope tardó un momento en darse cuenta de que estaba preguntádoselo a ella.

Se le quedó la boca seca de repente; su mirada saltó de un espectacular conjunto de gemas al otro. Cualquiera de los dos debería estar en un museo, probablemente, antes que colgando de las orejas de una ricachona de la alta sociedad.

—Los claros —decidió tras meditarlo unos instantes—. Los rosas quedarían un poco recargados con ese vestido.

La señora Fuller giró el rostro, anodino pero



extraordinariamente bien maquillado, a derecha e izquierda, estudiando su reflejo en el espejo instantáneo que acababa de aparecer de la nada.

—Tienes razón —convino—. Pero alguien debería ponerse los rosas. Sería una lástima dejarlos aquí guardados.

Ni en sus fantasías más descabelladas se habría imaginado nunca Calliope lo que ocurrió a continuación. Para su absoluta e indescriptible sorpresa, la señora Fuller le ofreció los diamantes. A ella.

—¿Te importaría probártelos, Calliope? —le preguntó.

La muchacha abrió la boca, pero no consiguió articular ni un sonido.

—Ay, no sé —tartamudeó por fin, con esfuerzo, aunque prácticamente podía escuchar la voz de su madre susurrándole (no, siseándole) al oído que dejase de perder el tiempo y cogiera los dichosos pendientes de una vez. La sorpresa le había impedido reaccionar de la forma más lógica, eso era todo.

La señora Fuller sonrió.

—Combinarían de fábula con tu pelo. Las piedras de este color están hechas para las morenas, ya sabes.

Le guiñó un ojo, como si Calliope y ella fuesen aliadas frente a un ejército de rubias saqueadoras de

diamantes, y dejó caer los pendientes en la palma desnuda de la muchacha con toda naturalidad, como podría haber hecho con un par de caramelitos bañados en chocolate.

Eso no podía ser real. La gente no se comportaba así por voluntad propia, sin motivo. Calliope pensó en todos los regalos caros que le habían hecho en su vida, siempre por parte de chicos que pretendían acostarse con ella y únicamente después de persuadirlos y manipularlos a conciencia, de innumerables indirectas, insinuaciones y agotadoras sesiones de meticulosa planificación. Y aquí estaba la madre de Atlas ahora, ofreciéndole sin ninguna razón aparente la cosa más valiosa y exquisita a la que Calliope le hubiera puesto nunca la vista encima.

No lo entendía. No hacía ni cinco minutos que se conocían. Quizá la opinión de Atlas fuese aval suficiente para la señora Fuller, pensó preocupada. O a lo mejor es que los Fuller realmente eran así de simpáticos.

Se acordó de repente de aquella camarera del Nuage; del anciano de la India; del pobre Tomisen, el entrañable amigo de Brice al que le había pedido un «préstamo» antes de alejarse sin dedicarle siquiera una mirada de soslayo. Todos le habían brindado su confianza, la cual ella se había apresurado a traicionar sin pensarlo dos veces, con toda la indolencia del mundo. A lo mejor eran todos también gente estupenda.

Calliope no tenía forma de saberlo porque nunca había pasado el tiempo suficiente con ellos como para averiguarlo.

Notó un reguero de vergüenza que se deslizaba por su garganta como algo físico, asfixiante y horrible; como aquella vez, con seis años, que había intentado tragarse uno de los anillos de la señora Houghton y estuvo a punto de ahogarse. «Pero ¿en qué estabas pensando?», le había gritado su madre, zarandeándola por los hombros.

Eso, ¿en qué narices habría estado pensando durante todo este tiempo?, pensó Calliope mientras una parte fundamental de su forma de ver el mundo comenzaba a desmoronarse. Se sentía como si estuviera viéndose desde el exterior, a través de las lentes de contacto de otra persona. La impresión era vertiginosa.

De alguna manera, con movimientos mecánicos, se quitó los pequeños pendientes que llevaba puestos y puso en su lugar aquellos espectaculares diamantes de color rosa.

—Son preciosos. Gracias —murmuró acercándose al espejo instantáneo.

Las piedras se veían radiantes contra la delicada curva de su cuello. Los deseaba y se odiaba a sí misma por desearlos y era incapaz de dejar de admirarlos.

Sonó el timbre de repente, y por un momento todos se

olvidaron de Calliope cuando un tropel de personas irrumpió en la habitación. El sonido de las voces se intensificó, todas ellas riendo, saludándose y felicitándose mutuamente.

—Parpadeo para mamá —susurró retirándose a un lado y cerrando los ojos frente al mareo que sentía mientras empezaba a redactar en voz baja—: Mamá, nunca adivinarías qué llevo puesto.

Elise se podía olvidar de Nadav; tendrían que irse en plena fiesta y montar en el primer vuelo que las llevara a Sudamérica. Esos pendientes les permitirían subsistir durante años.

No fue capaz de completar la frase. Calliope sabía que esta era su gran oportunidad, de las que solo se presentaban una vez en la vida; sin embargo, allí estaba, paralizada como una completa novata.

—Callie —dijo Atlas mientras se abría paso hasta Calliope, y ella exhaló un extraño suspiro de alivio. Ya terminaría el mensaje más tarde—. Han venido unos amigos. Me encantaría que los conocieras.

Inclinó la cabeza en dirección al recibidor, que estaba empezando a atestarse, repleto de adolescentes y adultos con sus esmóquines perfectamente planchados y sus elegantes vestidos negros o blancos.

A Calliope siempre le habían encantado estas

ocasiones, glamurosas y rebosantes de lujo. El dinero lo impregnaba todo. Al contemplar a los invitados de los Fuller, sin embargo, se sintió extrañamente a la deriva. Esos no eran sus amigos, esas no eran sus risas ni sus chismorreos, y ese chico que tenía a su lado, sin lugar a dudas, no era su novio. Estaba viviendo toda la escena de prestado; tan de prestado como sus pendientes de diamantes de color rosa.

Y esta vez sabía que, cuando por fin llegara el momento de ajustar cuentas, iba a ser doloroso.

—Por supuesto —dijo para Atlas obligándose a esbozar una sonrisa—. Tú primero.

Irguió ligeramente la cabeza mientras lo seguía, acusando el peso de aquellas alhajas que ya no le apetecía robar.

Prefería prolongar esta fantasía (fingir que era una chica normal y disfrutar de la fiesta en compañía de un chico mono vestido de punta en blanco) un poco más.

# WATT

Watt observaba la fiesta, que fluctuaba y giraba a su alrededor como un torbellino desatado, sin molestarse en disimular la perplejidad que sentía.

La pista de baile, con el suelo de parqué de color blanco y negro, que se extendía a ambos lados del canal le recordaba a un reluciente tablero de ajedrez. Un sinnúmero de idiomas distintos resonaba discordante en sus oídos; había demasiadas personas hablando a la vez como para que Nadia intentase siquiera traducir nada. Sobre él se alzaban las dos gigantescas torres de los Espejos, elevándose en la oscuridad hasta alcanzar cotas inexploradas y vertiginosas.

Por primera vez Watt creyó comprender finalmente por qué les habían puesto ese nombre; esta ciudad era como un sueño, llena de reflejos y espejos. Hasta el último detalle de cada una de las torres (cada arco, cada cuadrado de cristal rutilante, cada curva en la barandilla

de un balcón) se veía ingeniosamente replicado en la otra, ya fuese en carbonita de alabastro o en tersa neopiedra oscura. Incluso los movimientos de la servidumbre parecían coreografiados para imitar los de sus contrapartidas en la margen opuesta del canal.

Mirara donde mirase Watt, solo había mujeres con vestidos blancos o negros y hombres con esmóquines de diseño. No se veía ni una sola hebra de color en toda la fiesta, ni siquiera el rojo brillante de una guinda en el bar. El efecto era tan desconcertante como una obra de arte, como si Watt estuviera atrapado en uno de aquellos antiguos holos en dos dimensiones donde todo se mostraba en tonos de gris.

«Nadia, ¿a qué crees tú que venía todo eso que ha pasado antes con Cynthia?». No había podido dejar de pensar en cómo le había pedido que se quedara... justo antes de besarlo. ¿Qué iba a hacer cuando volvieran a verse? La idea le producía una congoja febril, un remolino de culpa y confusión combinadas.

—Lo sabes perfectamente, Watt —replicó Nadia susurrando las palabras en sus audiorreceptores.

Watt se puso alerta, sobresaltado. Nadia sonaba como si lo estuviera acusando. «¿He hecho algo malo?».

—Lo único que sé es que la situación ha cambiado, y que cada vez me resulta más difícil prever el resultado.

«Las chicas siempre son complicadas», pensó con resentimiento el muchacho.

—Las personas no son como las máquinas, Watt. Son impredecibles y más propensas a portarse de forma errática.

«Eso lo tengo clarísimo».

Cynthia le había dicho que los actos valían más que las palabras, pero ¿cómo interpretar eso cuando los actos de Watt eran más reactivos que proactivos? Hacía mucho tiempo que se sentía como si hubiera perdido el control, y se preguntó de repente si la culpa no sería exclusivamente suya.

Se había reunido con Leda en el aeropuerto, preparado para encontrársela furiosa y calculadora; iban a viajar en el avión de la familia de Avery, y Watt supuso que eso la pondría en tensión. Pero Leda estaba tan relajada que ni siquiera lo reprendió por haber llegado tarde. Tan solo se volvió hacia él en cuanto llegó, le informó de que el vuelo duraría cinco horas y le preguntó qué película le apetecía que vieran juntos. Cuando se pasó todo el viaje acariciándole la mano encima del apoyabrazos, Watt no dijo nada, pero tampoco la apartó.

Aunque apenas si habían visto a Avery ni a nadie más en todo el trayecto, Watt descubrió que en realidad no le importaba.



«Nadia —decidió preguntar—, ¿crees que me habré ganado ya la confianza de Leda?».

—Me resulta difícil evaluar los estados emocionales, excepto los tuyos —replicó Nadia—. Cualquier cosa que dijera sobre los sentimientos de Leda sería pura especulación. Para mí es más fácil analizar tu estado de ánimo, puesto que poseo años de información sobre ti. Por eso sé, por ejemplo, que Leda te gusta.

Era lo último que Watt esperaba oírle decir.

«¡Qué va!». Leda lo había drogado, manipulado y chantajeado, y el hecho de que se lo hubieran pasado bien juntos un par de veces (tan solo porque era divertido enrollarse con ella) no significaba que a Watt le «gustara».

—Todas las pruebas apuntan en esa dirección. Cuando estás con ella, exhibes todos los rasgos físicos típicos de la atracción: se te aceleran las pulsaciones, tu voz se vuelve más grave y, por supuesto, también está...

«Eso no cuenta —pensó furiosamente, interrumpiéndola. Unas chisporroteantes ruedas catalinas salieron volando de una escultura de fuego inmensa y se perdieron de vista en la noche—. Como tú misma has dicho, solo son datos, y además, la atracción física no tiene nada que ver con que te guste alguien o no».

—Has empezado a imitar sus gestos y sus ademanes.

Te ruborizas en presencia de ella, lo que, según más de la mitad de los estudios, se relaciona con la formación de lazos emocionales —continuó Nadia implacable—, y no dejas de preguntarme por ella, lo cual...

«Tú no lo entiendes, ¿vale? —se encrespó Watt—. ¿Cómo podrías entender algo que ni siquiera eres capaz de sentir?».

Nadia guardó silencio.

—¡Watt! —Leda apareció a su lado, despampanante con un vestido blanco de estilo griego—. Estaba buscándote. Calliope está aquí.

Al mirar en la dirección que le señalaba Leda, Watt vio a Atlas acompañado por la chica de las fotos: esbelta, bronceada y de aspecto feroz. Sus cabellos oscuros se desparramaban sobre unos hombros dorados, y el vestido negro que llevaba puesto se ceñía con familiaridad a sus formas. De repente, todas las piezas encajaron en su lugar.

—¿Querías espiar a Calliope porque está saliendo con Atlas? —preguntó Watt muy despacio. ¿Se trataba una vez más de Atlas y Avery? ¿Era él tan solo un suplente, un pasatiempo..., una distracción insignificante mientras Leda intentaba conseguir al chico que realmente le gustaba?

—Sí, claro —dijo ella impacientándose.

A Watt le sorprendió lo enfadado que estaba. Bueno,

tampoco Leda había significado nada para él, se recordó.

—Está matando a Avery —añadió Leda, y había una nota extraña en su voz (un afán de protección visceral, teñido de preocupación por Avery) que acalló el estridente zumbido que atronaba en la cabeza de Watt.

—Espera —dijo el muchacho—. A ver si me aclaro. ¿Estás espiando a Calliope porque está con Atlas... porque quieres que Atlas esté con Avery?

Leda hizo una mueca.

—Sé que te parecerá extraño, pero no soporto ver sufrir a Avery. Además, si esa tal Calliope realmente oculta algo gordo, Atlas tiene derecho a conocer la verdad.

Watt seguía sin entender nada.

—Pensaba que Avery y tú ni siquiera os dirigíais la palabra.

Se sentía como un cretino por escarbar en aquel melodrama entre amigas, pero necesitaba saberlo.

Leda hizo un ademán desdeñoso, todavía más impaciente que antes.

—Eso es agua pasada, ya hemos resuelto nuestras diferencias. —Sonrió de oreja a oreja—. Nadia no está precisamente a la última, por si aún no te habías dado cuenta.

—Pero si hoy hemos evitado a Avery en el avión...

Creía...

Leda se carcajeó, consiguiendo que el muchacho se sintiera todavía más tonto.

—Avery estaba evitándote a ti, Watt. Porque, por el motivo que sea, piensa que estás molesto con ella. Además, se me ocurrió que sería más divertido estar sentados a solas los dos —añadió en un tono ligeramente menos seguro.

—Oh —fue todo lo que acertó a articular el muchacho.

Todavía estaba esforzándose por comprender este nuevo mundo en el que Calliope competía con Avery por Atlas; en el que a Leda le parecía normal que Avery y Atlas salieran juntos y encima intentara mostrar consideración por sus sentimientos. Se preguntó en qué lugar lo dejaba eso a él.

Leda se enganchó de su brazo.

—¿Quién es esa que está con ella?

Watt volvió a fijarse en Calliope. Se había separado de Atlas, casi furtiva, y se dirigía a una mujer que estaba en el borde de la terraza.

Junto a él, Leda murmuró las instrucciones necesarias para que sus lentes de contacto ampliaran la imagen. Watt no tuvo que decir nada porque Nadia ya se había concentrado en la desconocida. Parecía una versión

ligeramente mayor de la misma Calliope (no debía de tener muchos más años que ella, quizá treinta y tantos), similares sus rasgos aunque más acusados, cincelados por el cinismo y el paso del tiempo.

—Avery me contó que Calliope vive con su madre —aventuró Leda—. Debe de tratarse de ella, ¿verdad?

Sus miradas se cruzaron. Era evidente que se les había ocurrido la misma idea a la vez.

—Watt... ¿Puede ejecutar Nadia un reconocimiento facial de la madre? —preguntó Leda.

«Ya está en proceso», replicó el cuant todavía enfurruñado. Había pasado de comunicarse mediante la voz a hacerlo por texto, superponiendo sus palabras al campo visual de Watt como si de un parpadeo entrante se tratara.

«Lo siento de veras».

«No te preocupes. Como tú bien has dicho, carezco de sentimientos que puedas herir».

Watt sabía que aquello era cierto, y sin embargo, por alguna razón que no alcanzaba a entender, las palabras de Nadia le produjeron una inexplicable tristeza.

Vio que Calliope y su madre seguían hablando. Al principio, sus respectivas expresiones eran inconfundiblemente tensas; rígidos y secos sus ademanes, cargados de connotaciones ocultas. Entonces, la madre de

Calliope dijo algo, y la muchacha esbozó una sonrisa dubitativa.

«Nadia, ¿estás captando lo que dicen?».

El cuant le envió una transcripción de la conversación, sin ningún comentario añadido. Cuando la leyó, Watt enarcó las cejas de golpe, sorprendido.

—Leda —empezó a decir, pero ella lo interrumpió con impaciencia.

—¡Estoy escuchando! LabioLector —añadió en respuesta a la pregunta que le formuló él con la mirada.

LabioLector era una aplicación diseñada para las personas con discapacidad auditiva. Watt se preguntó por qué nunca se le habría ocurrido emplearlo para escuchar a nadie a escondidas.

No supo si sentirse impresionado o aterrado por el ingenio de Leda.

Volvió a inclinarse hacia delante para observarlas más de cerca. En ese momento, Nadia le envió los resultados del análisis de reconocimiento facial de la madre de Calliope.

—Leda —dijo Watt con voz ronca, agarrándola por el brazo y alejándola a rastras un poco más, pese a sus protestas—. Esto tienes que verlo.

# AVERY

Avery se encontraba en el ojo de un verdadero huracán de personas, riéndose a mandíbula batiente cada vez que alguien contaba algún chiste, acaparando todas las miradas con el llamativo (y exorbitantemente caro) vestido de novia que había comprado tras encapricharse de él para después cortarlo a la altura de las rodillas. Incluso los bots de hacer retoques se habían negado a operar un cambio tan drástico en aquella prenda exclusiva, por lo que Avery había activado las tijeras de su varita facial y se había encargado de modificarla con sus propias manos; ver cómo las algodonosas capas de tul, cubiertas de aljófares y cristales diminutos cosidos a mano, caían al suelo de su armario le había producido una surrealista sensación de distanciamiento. El vestido era tan recio que había necesitado varios minutos de concentrada determinación. En parte se sentía como si estuviera observándose a sí misma de lejos; la Avery

normal habría puesto el grito en el cielo ante el sacrilegio de mutilar así semejante maravilla de la alta costura. Pero, por otra parte, la Avery normal parecía haberse replegado en el interior de un caparazón, y lo único que quedaba ahora era esta Avery irracional, volátil y sumamente impredecible.

No dejaba de observar de hito en hito a Calliope y a Atlas, el modo en que se tocaban sus cabezas, cómo sonreían y su comportaban con absoluta naturalidad. Verlos así le dolía más de lo que se atrevía a dejar traslucir.

Risha la cogió del brazo por sorpresa.

—Ay, Dios —jadeó sin aliento, mientras su mirada seguía la misma dirección que la de Avery—. ¿Esos no son los pendientes rosas de tu madre?

Avery se sintió conmocionada al ver los icónicos diamantes de su madre en las orejas de Calliope.

—Tienen toda la pinta —respondió esforzándose por aparentar que la pregunta la aburría para que Risha se olvidara del tema.

En la otra punta de la fiesta, Calliope estaba inclinándose hacia delante para susurrar algo, su vestido era tan fino que podría calificarse de inexistente. Avery sintió una oscuridad que crecía dentro de ella; una oscuridad vasta y vacía, como un pozo sin fondo. Se



agachó ligeramente para acariciar el dobladillo irregular de su vestido. Por alguna razón, aquella imperfección deshilachada y defectuosa le pareció reconfortante.

—Atlas y ella deben de ir en serio —señaló Risha—, para que tu madre le haya prestado esos pendientes.

—Ni lo sé ni me importa. —Avery se dio cuenta de que estaba rechinando las muelas, provocándose un dolor sordo que se extendía por su mandíbula. Consiguió obligarse a esbozar una sonrisita tirante—. Voy a buscar una copa.

Giró sobre los talones de pronto, sin invitar a Risha a acompañarla, e intentó abrirse paso hasta la barra. Avery Fuller, sin embargo, no necesitaba sacar los codos ni pegar empujones entre el tumulto como una persona normal. La multitud se apartó instintivamente a su paso, como siempre; como si tuviera un foco apuntándola. Convirtiéndola en el centro de atención.

Todo era siempre lo mismo, ¿verdad? Las mismas mujeres deambulando por las terrazas al compás familiar que marcaban sus tacones; los mismos hombres murmurando entre sí en voz baja, hablando de los mismos temas de siempre, con el ceño fruncido en el mismo gesto arquetípico de preocupación. A Avery se le antojó tan fútil como insignificante. Allí estaban, en la otra punta del mundo, y sin embargo todos seguían atascados en sus

bucles estériles; enfrascados en los mismos coqueteos manidos de siempre, abocados a la inevitable desilusión.

—¡Avery! ¡Te he buscado por todas partes!

Leda llegó corriendo hasta ella. Tenía las mejillas encendidas, y un feroz brillo de determinación le iluminaba los ojos.

—Pues aquí estoy —murmuró Avery, con apatía.

Sacó de su interior la mejor sonrisa que fue capaz de encontrar, pero se quedó en un bosquejo vacilante en sus labios. Al darse cuenta, Leda la observó con los párpados entornados, adoptando una expresión que parecía decir: «A mí no me engañas, que lo sepas».

—Tenemos que hablar. En privado.

Leda atravesó la fiesta remolcando a Avery, hasta cruzar el enorme arco dorado que daba a las obras de un lujoso complejo de viviendas ubicado en la torre oscura. También allí había unos cuantos invitados, paseando por el espacio en construcción; todo se veía prístino y perfecto, bañado por el resplandor propio de las residencias que aún estaban sin estrenar. Avery había visitado muchas de las torres de su padre cuando todavía estaban desocupadas, y siempre la asaltaba el mismo desasosiego. Las ventanas vacías las observaban desde los recibidores de los apartamentos como ojos sin alma.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando Leda se hubo

detenido por fin.

Al acercarse demasiado a una de las viviendas en venta, sus lentes de contacto se poblaron de ventanitas publicitarias flotantes. Se apresuraron a evitarlas dirigiéndose al centro de la calle.

—Tengo noticias sobre Calliope. —Leda respiró hondo y bajó la voz con gesto melodramático—. Es una estafadora profesional.

—¿Qué?

Leda se lo explicó todo con una sonrisita despiadada, cargada de peligro.

La historia que le contó parecía más ficción que realidad. Era la historia de dos mujeres, madre e hija, que conspiraban para pasearse a lo largo y ancho del mundo haciéndose pasar por quienes no eran y viviendo de prestado. Le contó a Avery cómo utilizaban sus artimañas para colarse en los hoteles más lujosos (y comer en los mejores restaurantes, y vestirse con la ropa más cara), esfumándose sin dejar ni rastro antes de tener que pagar nada; que la madre de Calliope se había casado por lo menos una docena de veces, tan solo para limpiar la cuenta corriente conjunta después de cada boda y desaparecer; que ella y su hija se movían constantemente de un sitio a otro, cambiando siempre de nombre, modificando sus huellas dactilares y sus retinas, siempre

en busca de nuevos incautos de los que aprovecharse.

—No puedes hablar en serio —murmuró Avery, con un hilo de voz, cuando el relato de Leda por fin hubo tocado a su fin.

Leda sacó la tableta y le mostró a Avery las pruebas gráficas que corroboraban su historia. Calliope, en decenas de fotografías de los centros en los que había estudiado, con distintos alias. Su madre, detenida por fraude en Marrakech antes de fugarse de la cárcel en circunstancias inusuales. Los registros civiles de la madre de Calliope, con certificados de matrimonio firmados bajo toda una colección de nombres falsos.

—¡Te dije que esa chica me daba mala espina! —exclamó Leda sonando decididamente orgullosa de sí misma ahora que se había descubierto el pastel—. ¿No te das cuenta? ¡Atlas es su siguiente objetivo!

Avery dio un paso atrás, tambaleándose sobre los zapatos de tacón rojo, y los estúpidos anuncios inmobiliarios se volvieron a desplegar por su campo de visión. Zangoloteó la cabeza, furiosa, para eliminarlos.

—¿Cómo has conseguido averiguar todo esto, si siempre están reemplazando sus retinas?

Seguía sin creerse por completo la historia de Leda. Todo aquello sonaba demasiado estrambótico, demasiado imposible.

—Reconocimiento facial. No tiene importancia. — Leda restó importancia a las preocupaciones de Avery con un ademán—. ¿No lo ves? Atlas no tiene la culpa de nada... Está siendo manipulado por una estafadora de altos vuelos.

Una pequeña parte de Avery se maravilló ante el hecho de que fuese Leda, precisamente, la que estuviera intentando animarla a perdonar a Atlas.

—No lo entiendes. Hemos roto para siempre.

—¿Por qué? —preguntó Leda sin andarse por las ramas.

Avery deslizó un zapato sobre la reluciente calle de carbonita de aquella comunidad nueva y perfecta que había construido su padre.

—No quise escaparme con él. Nos fuimos de la fiesta acuática con distintas personas. Me parecía tan descabellado... No sé —suspiró—. Ya no estoy segura de que podamos darnos otra oportunidad.

—Bueno, nunca lo averiguarás si no lo intentas, al menos —señaló Leda en un alarde de pragmatismo inmisericorde. Observó a Avery con curiosidad—. Además, aunque no pase nada entre Atlas y tú, no irás a consentir que esa chica se salga con la suya, lo seduzca y lo estafe, ¿verdad? ¡Tenemos que librarnos de ella!

Avery se mordió el labio, aturdida, mientras todo un

espectro de emociones se agolpaba en su mente.

—Es que me parece tan... increíble.

—Lo sé. —Hasta sus oídos llegaron las notas de un violín que, sin necesidad de nadie que lo tocara, sonaba a lo lejos—. ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Leda un momento después.

—Lo primero, arrancarle los pendientes de mi madre de los lóbulos —respondió Avery, ante lo que Leda reaccionó atragantándose de risa—. Después de eso, no estoy segura.

—Planees lo que planees, avísame si te puedo echar una mano.

Leda le dedicó una sonrisa minúscula, y de golpe y porrazo fue como si hubieran retrocedido en el tiempo y volvieran a ser el mismo dúo que formaban en séptimo, prometiendo velar siempre la una por la otra. Decididas a conquistar el mundo.

Avery la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos.

—Gracias. No sé cómo lo consigues, pero te lo agradezco —murmuró.

—Haría cualquier cosa por ti, Avery. Siempre.

Como si presintiera que su amiga necesitaba estar a solas un momento, Leda se retiró.

Avery se quedó allí un momento, paseando sin prisa por aquella ciudad fantasma de precio prohibitivo, repleta

de casas engalanadas con suntuosos acabados, techos inalcanzables y rejas en los caminos privados de acceso. Necesitaba imponer un poco de orden en sus pensamientos, dolidos y desorientados.

Calliope era una farsante. Pretendía cazar a Atlas desde el principio, probablemente desde que se conocieron en África.

Rememoró la conversación que había mantenido con él después de aquella fiesta bajo el mar, cuando, a la fría luz del día, ambos habían decidido que su relación era demasiado complicada. Que deberían darse un tiempo para reflexionar. Intentó recordar cuál de los dos había sido el primero en decirlo. La atormentaba el desolador e ingrato presentimiento de haber sido ella.

De todas formas, ¿no había sido también ella la culpable de haber puesto el primer obstáculo en su relación al decirle a Atlas que no podían huir juntos pero negándose a explicarle por qué? En retrospectiva, Avery pensó que se había apoyado injustamente en Atlas tras la muerte de Eris; que se había dedicado a exprimirlo, exigiéndole cada vez más y más, sin pararse nunca a preguntarle cómo se sentía él. Aquello y el secretismo (el hecho de estar en vilo constantemente, viviendo con el temor de que sus padres los descubrieran) era más de lo que ninguna relación podría aguantar.

Y entonces había aparecido Calliope (o como leches se llamara realmente esa chica), con su sonrisa y sus palabras vacías, decidida a aprovecharse de Atlas. ¿En serio pensaba que podía entrometerse con toda tranquilidad en sus vidas, coger todo lo que quisiera y largarse de la ciudad como si no hubiera pasado nada? A esa zorra la aguardaba una buena sorpresa.

Avery echaba de menos a Atlas con tanta intensidad que la fuerza de sus sentimientos amenazaba con desgarrarle el pecho. Se enjugó las lágrimas con un brusco ademán. Ni siquiera se había percatado de que estuviese llorando.

El día que Atlas le dijo que la quería había sido el más feliz de su vida. Por primera vez se había sentido realmente viva. Como si el mundo hasta ese momento solo hubiese existido en tonos de blanco y negro, como esta ridícula fiesta, y de pronto hubiera estallado en una explosión de technicolor.

Amaba a Atlas y lo amaría siempre. Ni siquiera tenía elección. Lo llevaba grabado a fuego en su mismo ADN. Y Avery sabía que, en el fondo, aquel era el único amor que su corazón sería capaz de sentir mientras viviera.

Se encaminó de regreso a la fiesta con determinación renovada. No había tiempo que perder.



## CALLIOPE

Calliope cruzó mansamente la terraza tras los pasos de su madre hasta llegar a una zona apartada, ocupada tan solo por unas pocas sillas desperdigadas y una figura solitaria que estaba en pie junto a la barandilla.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras intentaba echarse unos mechones sueltos hacia delante a fin de ocultar sus orejas.

Su madre no parecía haberse fijado en los pendientes de la señora Fuller, lo cual era innegablemente impropio de ella. Elise hacía gala de una memoria obsesiva, casi fotográfica, para todo cuanto poseían ella y Calliope. El hecho de que esta luciera aquellos gigantescos diamantes rosas sin que Elise lo notase indicaba, más que ninguna otra cosa, que allí estaba pasando algo grave.

Calliope ya había saludado a su madre, apenas una hora antes; se habían citado en una de las terrazas inferiores para intercambiar un breve resumen del modo

en que se estaba desarrollando la velada. No esperaba volver a verla tan pronto.

Cuando llegaron a la mesa que parecía ser su objetivo, descubrió que el individuo que merodeaba por los alrededores no era otro que Nadav Mizrahi.

—Hola, señor Mizrahi.

Calliope observó de soslayo a su madre, intrigada, esperando que le diera alguna pista sobre cómo debía actuar, pero Elise se limitó a sonreír con los ojos anegados de lágrimas relucientes.

A Calliope eso de llorar a voluntad nunca se le había dado tan bien como a Elise.

—¿No has conseguido encontrar a Livya? —oyó Calliope que preguntaba su madre, y se le encogió el corazón al percatarse de lo que estaba ocurriendo. Había sido testigo de tantas pedidas de mano que podría reconocer una a kilómetros.

Nadav negó con la cabeza.

—Quería que estuviera presente para la ocasión, pero no importa. Ya no puedo seguir esperando.

Para sorpresa de nadie, el hombre apoyó una rodilla en el suelo. Tras rebuscar en el bolsillo de la chaqueta (era enternecedor; saltaba a la vista que el pobre iluso amaba a la madre de Calliope), sacó una cajita de terciopelo. Una fina pátina de sudor le perlaba la frente.

—Elise —entonó con un timbre de fervor en la voz—. Sé que solo nos conocemos desde hace unas semanas, pero parece que hiciese toda la vida... y para toda la vida me gustaría que fuese. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí —respondió Elise tan sin aliento como una colegiala, extendiendo una mano para que Nadav pudiera ponerle la sortija en el dedo.

El discurso había estado bien, pensó con sangre fría Calliope, aunque prometerse en una fiesta organizada por terceros no fuera el colmo de la inspiración. Por lo menos, Nadav no se había enrollado en exceso ni se había pasado de cursi. Se acordó de que le tocaba ponerse a aplaudir y sonrió al nuevo prometido de su madre: el decimocuarto, si no le fallaba la memoria.

—¡Enhorabuena! Me alegro mucho por los dos —dijo con la cantidad apropiada de entusiasmo y sorpresa.

Había llegado el momento, pensó apenada; su periplo neoyorquino había tocado a su fin. Pronto todo comenzaría de nuevo.

Se agachó para examinar la alianza y se quedó impresionada, a su pesar. Los anillos de compromiso de Elise solían pecar de espantosos y horteras; como cabría esperar, los sujetos que tenían tan pocas luces como para tragarse los embustes de Elise no podían ser ningún dechado de sofisticación. Sin embargo, Calliope

comprobó, sorprendida, que este era precioso: un simple solitario con un maravilloso pavé de diamantes a ambos lados del diamante principal. Calliope sintió una punzada de remordimiento al pensar que tendrían que desmontarlo para vender las piezas en el mercado de segunda mano.

—Calliope, Livya y yo estamos deseando conocerte mejor. Me emociona mucho la idea de unir nuestras familias.

Nadav se embarcó en una descripción de todos aquellos planes condenados al fracaso más absoluto. Creía que Elise y él se casarían en el Museo de Historia Natural porque ambos estaban enamorados de él; la chica estuvo a punto de echarse a reír, porque no se imaginaba a su madre queriendo casarse rodeada de viejos animales disecados cubiertos de polvo. Y ¿qué les parecía ir a visitar Tel Aviv al mes siguiente para que conocieran al resto de su amplia familia?, les preguntó.

—Deberíais mudaros las dos enseguida. Ya no hace falta que sigáis viviendo en el Nuage —añadió Nadav—. Por supuesto, tendremos que empezar a buscar un piso nuevo que sea lo bastante grande para todos.

Por un breve instante, Calliope se imaginó cómo sería probar a llevar una vida normal, una vida estable. Vivir en un hogar, en un lugar que fuera de verdad suyo, con toques únicos y personalizados, en vez de en un hotel

glamuroso pero completamente anónimo. Ser hermanastra de Livya en serio. Dejar de timar a personas inocentes para después abandonarlas a merced de un constante torbellino de extravagancias sin sentido.

Habría sido raro hacer lo que Nadav decía: vivir con aquellos dos desconocidos. Pero, por otro lado, tampoco le disgustaba tanto la idea.

—Oh, es Livya —murmuró Nadav mientras inclinaba la cabeza para recibir un parpadeo entrante—. Voy a buscarla y traerla aquí para contarle la buena nueva.

Le dio un beso en la boca a Elise antes de meterse entre la gente.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó su madre bajando la voz en cuanto el hombre estuvo a una distancia prudencial.

—Es un anillo genial, mamá. Seguro que sacas medio millón por él. Buen trabajo.

—No, me refiero a qué te parece el plan, todo lo que ha dicho Nadav.

A Calliope el corazón le dio un extraño vuelco.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que qué te parece quedarte en Nueva York —respondió Elise sonriendo y cogiéndole las manos a su hija.

La chica no conseguía responder. De repente estaba

irritable y nerviosa, y se veía incapaz de pensar con claridad.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Nos quedamos, cielo —repitió Elise—. Vamos, si quieres.

Calliope se dejó caer en uno de los sillones de Lucite sin decir palabra y contempló la noche. Estaba muy oscuro. Las antorchas titilaban con el viento, que empezaba a arreciar, y por eso supo que se trataba de llamas reales, no holos. Una excéntrica parte de ella quería acercarse y tocar las llamas, solo por estar segura.

—He estado pensando en lo que me dijiste la semana pasada, que desearías que nos quedáramos en alguna parte, por una vez.

Se notaba una curiosa corriente subyacente en la voz de su madre. Era terreno desconocido para ambas. Calliope se quedó muy quieta.

—Me preocupa no haber sido siempre la mejor madre posible, el mejor modelo a seguir. —Elise bajó la vista y se miró los dedos entrelazados mientras jugaba con su nuevo anillo de compromiso—. Últimamente estoy pensando mucho en el día que nos fuimos de Londres.

«Yo también», pensó la chica, aunque no sabía bien cómo expresarlo.

—Creo que fue lo correcto en aquel momento —

continuó su madre vacilante—. Dios, cuando esa mujer te pegó, las cosas que se me pasaron por la cabeza hacerle... Y después de todos los años de sufrir su maltrato... Me parecía justo quitarle algo y huir.

—No pasa nada, mamá.

Calliope oía el iracundo rugido del canal bajo ellas, que reflejaba como un eco la revuelta confusión de sus pensamientos. En ningún momento se había percatado de que su madre se sintiera de ese modo, de que ella también se cuestionara su vida, cuando durante tanto tiempo le había dado la impresión de que se dejaba llevar por ella con despreocupada alegría.

Su madre suspiró.

—Sí, sí que pasa. Yo soy la que te he llevado por este camino, sin un plan real. Yo pude tener una experiencia normal de adolescente, con mi instituto, mis amigos, mis relaciones y demás, pero tú...

—He experimentado esas cosas —repuso la chica, aunque Elise espantó sus palabras con un gesto de la mano.

—No sé adónde ha ido a parar el tiempo. Cuando te miro, es como si fuera ayer cuando huíamos de casa de los Houghton, no hace siete años. No debería haberlo alargado tanto. —Alzó la mirada, y Calliope vio que los ojos le brillaban por reprimir las lágrimas—. Te he

privado de la oportunidad de vivir tu vida, una vida de verdad, y eso no es justo. ¿Dónde demonios acabarás cuando todo esto termine?

A lo lejos, un coro de gritos brotó cuando una enorme tarta salió flotando de las cocinas sobre una reluciente bandeja negra. El glaseado de crema de mantequilla estaba repleto de unos chips LED digeribles y microscópicos, de modo que la tarta entera estaba iluminada como una antorcha.

Calliope no respondió a su madre. Lo cierto es que nunca había pensado tan a largo plazo, probablemente por miedo.

—Estaba pensando que podríamos alargar este timo un poco más, más que nunca —siguió Elise con algo más de compostura—. Podríamos matricularte en el instituto para que pasaras tu último año de secundaria en Nueva York. Por supuesto, si lo odias, podemos largarnos en el siguiente hipercircuito que salga de la ciudad. Pero quizá sea buena idea ver primero cómo nos va. —Se arriesgó a sonreír—. Podría ser divertido.

—¿Harías eso?

Calliope quería lo que su madre le estaba ofreciendo; lo estaba deseando. No obstante, también sabía lo que significaba: que Elise tendría que renunciar a su independencia y vivir con un hombre al que, por muy



amable que fuera, no amaba.

—No hay nada que no hiciera por ti —dijo sin más, como si eso respondiera a cualquier otra pregunta—. Espero que lo sepas.

—¡Mirad lo que he encontrado! —exclamó Nadav, que volvía a la terraza con Livya detrás.

Calliope dio un paso adelante para abrazar a la otra chica, siguiendo un impulso.

—Estás preciosa —le dijo en un estallido de cariño benévolo.

Era cierto; el maquillaje conseguía que incluso las facciones pálidas y diluidas de Livya resultaran interesantes, y su vestido de *cloqué* marfil, con la falda de vuelo, le daba a su delgada figura la forma que tanto necesitaba.

—Gracias —respondió Livya algo seca mientras se deshacía de sus brazos.

No le devolvió el cumplido.

—¡Un brindis por la nueva familia! —exclamó Nadav, que blandía la botella fría de champán como un arma mientras la descorchaba.

El sonido se oyó con claridad por toda la fiesta y atrajo unas cuantas miradas, aunque a Calliope le daba igual.

Se dio cuenta de que Livya apenas le daba un traguito

imperceptible al champán antes de dejar la copa, y que apretaba los labios. Estaba claro que no se alegraba tanto como ella del giro de los acontecimientos.

«Bueno, no puedes ganártelos a todos», pensó con tristeza.

Habían acabado con los timos. No tendrían que engañar ni que mentir, ni que traicionar la confianza de nadie; no tendrían que ponerse nombres y vestidos de alta costura falsos, y empezar de nuevo con el círculo vicioso. El mundo entero parecía más brillante, más ligero y lleno de infinitas posibilidades.

Viviría de verdad en Nueva York, sería ella misma, no un personaje que su madre hubiera creado para representar el papel secundario de su última película. Podría ir a clase, hacer amigos y convertirse en alguien.

Estaba deseando descubrir cómo era de verdad Calliope Brown, neoyorquina.

—Querida —susurró su madre mirándola de soslayo mientras Nadav les entregaba una copad de champán a cada una—. ¿Son nuevos esos pendientes que llevas puestos? Parecen auténticos.

Calliope hizo lo que pudo por no reírse, aunque, a pesar de todo, esbozó una sonrisita.

—Por supuesto que no son auténticos. Pero son preciosos, ¿verdad?

El nuevo y desconocido diamante de Elise brilló a la luz de la luna cuando su madre acercó la copa a la de su hija.

—Un brindis por esta vez.

—Por esta vez —repitió Calliope, y nadie más que su madre habría notado el tono de esperanza y anhelo que enmarcaba la frase que había repetido tantas veces.

# RYLIN

Desde donde estaba, al borde de la pista de baile, Rylin veía el efecto de imitación de los Espejos en todo su esplendor. Tres puentes de piedra salpicados de faroles cruzaban el canal, y estaban tan repletos de gente que resultaba casi imposible avanzar por ellos. Por encima, los puentes de etérium cobraban vida con un estallido de luz para desvanecerse unos segundos después, lo que le recordó a los aviones que Chrissa y ella solían observar desde la estación de monorraíl elevada. Desde tan abajo, los aviones parecían relámpagos que se desvanecían en el cielo en cuanto Rylin los veía.

Había resultado ser un día inesperado. La noche anterior había enviado un parpadeo a Leda desde la cabina panorámica, suponiendo que no le haría ni caso. Le había respondido enseguida. «¿Qué pasa?», le había preguntado como si no fuera nada raro que Rylin Myers la llamara un viernes por la noche.

«Quiero ir a Dubái», le explicó, y desde ese momento había sido todo como un torbellino. Había comprado un vestido nuevo, había volado en el avión familiar de Avery, y allí estaba.

Todavía no había visto a Cord, pero la noche era joven. La emoción de lo que le había dicho la semana anterior, que nunca había dejado de sentir algo por ella, le vibraba en el pecho, cálida y agradable. Estaba decidida a encontrarlo... y a descubrir lo que eso significaba.

Su tableta zumbó con un mensaje entrante. Curiosa, Rylin la miró... y la sorpresa la impulsó a leerlo todo.

De: Xiayne Radimajdi.

Sin asunto.

Rylin, te eché de menos ayer en clase. Y acabo de recibir la notificación de la oficina de que vas a dejar la clase de holografía básica. Espero que no sea cierto, pero, si lo es, lo entiendo.

Por favor, permíteme disculparme por mis acciones en la noche de la fiesta del reparto. Si se cruzó una línea, solo yo tengo la culpa. También quiero que sepas lo agradecido que te estoy por toda tu ayuda con *Salve, regina*.

Tienes un talento increíble, Rylin. Tu forma de ver el

mundo es un don. Siento mucho perderte en clase. Si cambias de idea, sería un honor volver a admitirte cuando quieras.

Estoy deseando seguir tu carrera holográfica.

Xiayne.

Fue como quedarse sin aliento. Necesitaría algo de tiempo para meditarlo, para ordenar sus distintas emociones y tomar una decisión. No obstante, el mero hecho de haber leído aquel correo hizo que se sintiera mejor. Se apoyó en una mesa de metal martillado coloreada con un diseño a cuadros blancos y negros. Tal vez volviera a la clase, al fin y al cabo. Tal vez.

—¡Ahí estás! —exclamó Leda al acercarse sosteniendo las faldas de su vestido blanco con ambas manos para poder moverse mejor. Sonrió, y la sonrisa transformó su rostro: suavizó la angulosidad de sus rasgos y les dio vida a sus ojos. No se parecía en nada a la chica enfadada y drogada que había amenazado a Rylin en la azotea aquella noche. Ahora daba la impresión de ser... feliz.

—Hola, Leda.

La recién llegada se acercó a la barandilla y siguió la mirada de Rylin por encima de la deslumbrante multitud, iluminada por las chispas de las fuentes de fuego. Había

un coro humano que cantaba en directo en otra de las terrazas. Sus voces se desplegaban como cintas entrelazadas en la noche.

—Bueno, ¿te gusta tu primera fiesta? —le preguntó Leda al cabo de un momento.

—No es mi primera fiesta —respondió la otra, poniendo los ojos en blanco para fingir incredulidad.

—Quién lo habría dicho —repuso Leda sin cambiar de tono—. ¿Has venido hasta Dubái solo para quedarte aquí sola, sin hablar con nadie? Venga, Rylin, vas a clase con mucha de esta gente. Seguro que al menos puedes saludar a unos cuantos.

La chica se ruborizó. Leda estaba en lo cierto.

—Solo porque vaya a clase con ellos no quiere decir que me gusten —dijo a la defensiva.

—No veo cuál es el problema. Puede no gustarte alguien y, aun así, mantener una conversación con él. Es de todos sabido que me odias, y mírate, sigues hablando conmigo.

Rylin descubrió, sorprendida, que ya no odiaba a Leda.

—No te entiendo —dijo Rylin en voz baja—. Hace unos meses me amenazabas con destruirme. Ahora me llevas a fiestas y me ayudas a salir de las clases. ¿Qué ha cambiado?

—Yo he cambiado. —Leda dejó escapar un pesado suspiro, aunque no apartó la mirada de Rylin—. Y, para que conste, tú también. Ya no eres la misma chica con la que me metí aquel día, durante la comida.

Una nueva canción había empezado a sonar por los altavoces, pero Rylin oyó hasta la última palabra.

—Tienes razón —dijo, y esbozó una sonrisa que poco a poco se le adueñó del rostro—. Ahora soy demasiado dura para que te atrevas a meterte conmigo.

—Siempre has sido dura —contestó Leda con una expresión extraña—. Pero ahora, además, eres más lista, más observadora y... creo que no tan quisquillosa. Además —añadió sonriendo—, ya no necesito meterme contigo. He pasado a otras víctimas.

Rylin no sabía si la chica hablaba en serio o bromeaba. Quizá un poco de todo.

Un recuerdo acudió a su mente sin pedirlo, de un día en el laboratorio de edición, cuando Xiayne le había dicho que la holografía era cuestión de perspectiva. Que cada persona veía el mundo de un modo distinto. Rylin sabía que había hecho daño a muchas personas... y viceversa: Hiral, Leda, Xiayne y, sobre todo, Cord. Sin embargo, tal vez tuviera que mirarlo desde otro ángulo.

—Dios mío, Rylin, estamos en una fiesta y tú tienes cara de estar intentando resolver los misterios del



universo. —Leda cogió una copa y se la pasó—. Relájate e intenta sonreír, ¿vale?

Rylin le dio un trago a la bebida de la copa blanca escarchada. Sabía amarga y demasiado fuerte.

—No puedo beberme esto con el estómago vacío.

—Lo sé, me muero de hambre. ¿Has visto las bolas de risotto? Tienen una pinta increíble.

Sin más, Leda enganchó del brazo a la otra chica y la arrastró hacia los puestos de comida. Por un momento, Rylin vaciló (todavía deseaba encontrar a Cord), pero entonces recordó que aún quedaban muchas horas de fiesta; además, tenía hambre y era agradable no seguir odiando a Leda.

Qué raro era el mundo, a veces; Rylin Myers y Leda Cole iban juntas a buscar risotto, dándose una extraña especie de tregua bajo aquel suave cielo de purpurina.

# CALLIOPE

Calliope se encontraba sola cerca del arreglo de flores empáticas, que en aquel momento desprendía una suave luz dorada de satisfacción, a juego con su felicidad. Su supuesto sistema de detección de emociones era bastante endeble (tenía en cuenta la frecuencia cardiaca, la temperatura corporal y, en teoría, las feromonas), pero por una vez la chica reconoció que su lectura era muy precisa.

Se había retirado a aquella terraza lateral para recuperar el aliento y esperar a que Atlas la encontrara. Y, efectivamente, empezaba a oír pasos detrás de ella. Se volvió mientras esbozaba el inicio de una sonrisa... y descubrió que no se trataba de Atlas, sino de su hermana.

Avery parecía medio asilvestrada. Llevaba un vestido blanco brillante con un escote ilusión, varias capas de encaje y perlas bordadas. Calliope se dio cuenta de que la falda estaba cortada justo por encima de las rodillas; no con esmero, sino con picos, como si la hubieran rajado

con una navaja. Se le había salido el pelo de las horquillas, y le rodeaba la cara formando una enredada nube rubia.

—Te estaba buscando —le informó Avery en tono amenazador.

—Hola, Avery —repuso Calliope arqueando una ceja con curiosidad. No logró contenerse y preguntó—: ¿Es eso un vestido de novia?

—Lo era, hasta que lo corté y lo convertí en traje de fiesta.

Bueno, sin duda llamaba la atención.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Pues es muy fácil: quiero que te largues ahora mismo de Nueva York.

La chica hablaba dejando claros espacios entre las palabras, como si necesitara que Calliope comprendiera bien la importancia de cada sílaba.

—¿Perdona? —repuso la interpelada, aunque, de repente, tuvo una sensación que le produjo náuseas: Avery lo sabía.

La hermana de Atlas dio un paso adelante.

—Conozco la verdad sobre tu madre y sobre ti. Así que las dos vais a largaros de la ciudad, y no quiero que vuelvas a hablar con Atlas en la vida, puesto que has estado engañándolo desde el principio para sacarle dinero.

Y has jugado con él.

El miedo recorría la piel de Calliope en arremolinadas espirales.

Tomó aire con precaución.

—No es eso, ¿vale?

—Entonces ¿cuál era tu plan para hoy? ¿Estabas a punto de escapar con los pendientes de mi madre?

Calliope sintió una punzada de culpabilidad al escuchar la acusación. Se le había pasado por la cabeza, ¿no? Y, no hacía mucho tiempo, lo habría hecho; sin embargo, algo le había parado los pies. No había querido tratar a los Fuller así. No había querido volver a tratar así a nadie.

Quizá estuviera desarrollando eso que la gente llamaba «conciencia».

Empezó a hablar, pero Avery negaba con la cabeza ante su silencio, con sus facciones perfectas arrugadas de asco.

En silencio, con toda la dignidad que logró reunir, Calliope se llevó las manos a las orejas para desengancharse los magníficos diamantes rosas que todavía lucía en ellas. Se los entregó a la otra chica, que se los arrebató sin miramientos.

—No tienes ni idea de lo que dices —insistió mientras observaba a Avery cambiarse los pendientes que llevaba

puestos por los diamantes rosas—. Ni siquiera me conoces.

Avery levantó la vista, y en aquellos ojos tan azules solo había crueldad.

—Ya te conozco mucho más de lo que me habría gustado.

—¿Cómo lo has descubierto? ¿Ha sido Brice?

Más que nada, Calliope sentía que su madre y ella tuvieran que volver a marcharse. Después de todo el trabajo de Elise (después de que aceptara la proposición de Nadav y de decidir que podían quedarse), se verían obligadas a huir de nuevo con el rabo entre las piernas. A elegir nuevas retinas e identidades, y empezar a engañar a otra pobre persona para que les diera algo. Calliope Brown dejaría de existir, eso estaba más que claro. La idea la hacía sentirse vacía.

Avery levantó la mirada, sorprendida.

—¿Qué tiene que ver Brice con esto? ¿Está involucrado?

—Da igual.

«Diez, nueve, ocho...».

A su alrededor, la fiesta inició una repentina cuenta atrás a la medianoche. La primera ronda de fuegos artificiales estaba a punto de comenzar; seguirían toda la noche, cada hora, hasta que se hiciera de día. A Calliope

la aturdía pensar que seguía siendo tan temprano, cuando en el transcurso de una sola noche todo su mundo se había vuelto del revés. Dos veces.

Sin dejar de mirar a Avery, intentó interpretar el baile de emociones que le surcaba el rostro. A lo largo de su vida había predicho muchas acciones de muchas personas distintas; no obstante, por primera vez, su instinto parecía haberla dejado en la estacada. Entonces, Calliope pensó en algo que una vez había dicho su madre: que, si alguna vez la pillaban en una situación difícil, si sus mentiras no funcionaban, si todo lo demás fallaba..., a veces lo mejor era contar la verdad.

Nunca había pronunciado su nombre real en voz alta. «No se lo cuentes a nadie —le había insistido su madre una y otra vez desde que abandonaran Londres—. Es demasiado peligroso; otorga a los demás poder sobre ti. Dale otro nombre, un nombre divertido, el que tú quieras». Había jugado a aquello (con bastante habilidad) durante muchos años. Se había puesto multitud de nombres y había participado en multitud de timos. Había renunciado a diminutos pedacitos de sí misma con cada una de esas mentiras, y ahora no tenía ni idea de lo que quedaba.

—Calliope no es mi verdadero nombre —dijo en voz baja, tanto que Avery tuvo que inclinarse sobre ella para

oírla por encima del zumbido ebrio de la fiesta—. Me llamo Beth.

La ira de la otra chica pareció mitigarse un poco, como si aquella pizca de verdad la hubiera calmado por un momento.

—No tienes cara de Beth —dijo, lo que era una afirmación curiosa. Entonces estallaron los fuegos artificiales y rompieron el hechizo—. Seas quien seas, me da igual. Tienes que irte antes de que volvamos a Nueva York. Si vuelvo a verte en la Torre, lo pagarás caro. ¿Me entiendes?

Calliope apretó la mandíbula y se quedó mirando a Avery sin pestañear. Un breve destello de su antigua actitud desafiante la abrasó entera.

—Créeme, lo has dejado claro —le soltó, y la otra se alejó hecha una furia.

Así que todo terminaba, de nuevo. Se permitió unos cuantos minutos de melancolía, de contemplar el agua y desear que las cosas fueran distintas, haber jugado sus cartas con más destreza. Después se volvió con un suspiro de derrota y se dirigió a la fiesta.

Pretendía disfrutar del resto de la noche. No con Atlas, dado que Avery seguro que lo estaría observando, pero sí con cualquiera, o incluso sola; no le importaba. Ya nada importaba. A la mañana siguiente le contaría la

verdad a su madre, y tendrían que abandonar la ciudad lo más deprisa y discretamente que pudieran.

A Calliope no le preocupaban demasiado los detalles. Habían huido de muchos sitios en sus tiempos, y en peores circunstancias que aquellas; sabía que lo conseguirían. Sin embargo, tras el anuncio de su madre, se había permitido albergar la esperanza de que esa vez fuera distinto. Era curioso, ahora se sentía a la deriva, como si le hubieran ofrecido algo reluciente y maravilloso, tan solo para arrebatárselo acto seguido.

Le dolía todo el cuerpo cuando pensaba en irse a otra ciudad, hacer el trabajo de reconocimiento, iniciar un nuevo timo y robar a otra persona confiada. Estaba cansada, triste y sola.

Por un momento le pareció oír un ruido lejano, como si alguien gritara y así se hiciera eco del lúgubre gemido de su corazón. Sin embargo, cuando prestó atención por si volvía a oírlo, no se repitió.

Se volvió despacio, acompañada por el ligero susurro de la elegante cola de su vestido. Pensaba ser Calliope Brown una última noche, y al diablo con las consecuencias.



# WATT

Los brazos de Watt rodearon a Leda desde atrás.

—¿Dónde te habías metido? —le murmuró con los labios pegados a su pelo, con aquel perfume a rosas empolvadas al que se había acostumbrado en las últimas semanas.

—Estaba por ahí, entrometiéndome —respondió ella entono travieso.

—¿Ah, sí?

Watt la soltó y le dio la vuelta. Estaba radiante, con el rostro iluminado desde el interior y todo su ser casi flotando sobre la terraza en la que se encontraban.

—Intento que Rylin vuelva con Cord, aunque puede que sea tarde. Los dos están siendo un poco cabezotas.

—Hace unos meses amenazabas a Rylin, ¿y ahora te has convertido en su Emma Woodhouse? —preguntó Watt con sorna.

Leda ladeó la cabeza y lo miró.

—¿Me equivoco o acabas de hacer una referencia a

Jane Austen? Los milagros existen.

—Oye, que sé leer —protestó Watt, aunque lo cierto era que Nadia le había pasado la cita. Decidió cambiar de tema—. En fin, ¿qué te hace pensar que deberías ser quien decida sobre el futuro de Cord y Rylin?

—Que sé lo que me hago —declaró ella, como si resultara obvio.

—Que te gusta jugar a ser la titiritera con las vidas de los demás.

—Venga ya. Como si a ti no te gustara.

—Solo porque yo podría pasarme todo el tiempo espionando a los demás, no significa que decida hacerlo. Al final casi siempre le encargo mi trabajo de vigilancia a Nadia. Te sorprendería lo aburrido que pueda llegar a ser.

—Salvo cuando me espías a mí, por supuesto.

—Claro, por supuesto —repuso él reprimiendo una sonrisa.

Nadia le indicó que se dirigiera a un jardín que había al otro lado de la terraza. Parecía agradable, así que tomó a Leda de la mano y la llevó hasta allí, por un sendero bordeado de árboles y enormes flores.

«Menciona a Eris —le urgió Nadia—. Es el momento adecuado».

«Ahora no, Nadia. ¿Vale?».

«Esta es tu oportunidad —insistió Nadia—. ¿No

querías librarte de Leda?».

La chica le dio un apretón, con la mano todavía en la suya, y Watt dejó de estar seguro de nada.

Miró a Leda, contempló su elegante perfil, la manera impulsiva en la que se movía con su vaporoso vestido blanco, todo en ella (sus ojos, sus manos, su boca), suavizado por la penumbra. Pensó en las distintas facetas de Leda que había llegado a conocer. Su determinación feroz, sin piedad; sus dolorosas vulnerabilidades; sus pesadillas; su asombrosa genialidad. De todo menos insegura.

—De verdad crees que siempre lo sabes todo, ¿no? —masculló.

—No lo creo, lo sé.

—Bueno, vale. Entonces, si lo sabes todo, ¿qué debería cambiar de mí?

Aunque había planteado la pregunta como una broma, de repente sintió curiosidad por la respuesta.

—¿Por dónde empezar? Primero, podrías librarte de esa horrible camiseta de Nerd Nation que siempre te pones.

—La gané en una feria de ciencias... —empezó a explicar Watt, pero Leda siguió hablando sin hacerle caso.

—Podrías prestarle más atención a tu familia. —Su apasionado rostro se tornó serio de repente—. Se

preocupan por ti de verdad, Watt. Se nota. Y, a diferencia de mi familia, ellos nunca te mentirían.

Aquel último comentario lo entristeció sin motivo aparente, aunque, antes de que pudiera insistir en ello, Leda ya había cambiado de tema. El chico decidió lo dejó estar.

—En cuanto a ahora mismo, podrías empezar por besarme —concluyó.

No había modo de desobedecer una orden directa.

Al final, se apartaron y se internaron en el jardín. Todo estaba en silencio. A Watt le daba la impresión de que eran las dos únicas personas que habitaban el mundo. Leda parecía satisfecha sin decir nada, con la cara algo levantada hacia el cielo y la respiración en calma.

—Te mentí —dijo de repente, con voz casi inaudible. Watt la miró, desconcertado—. No siempre lo sé todo. Sobre todo en lo que a mí respecta. Hay muchas cosas que me habría gustado hacer de otro modo.

—Leda, todos cometemos errores —empezó a decir el chico.

Ella retrocedió un paso y negó con la cabeza. Watt se percató de que su mano estaba fría sin la de Leda. Se sorprendió al ver que unas lagrimitas se agolpaban en las pestañas de la chica y se le deslizaban por las mejillas.

—Viste lo que hice, Watt. Sabes que mis errores son

los peores de todos. Solo desearía...

«Allá va», comentó Nadia, impaciente, mientras Watt tiraba de Leda hacia él y la abrazaba. Era raro, pero estaba nervioso y, a la vez, aliviado de que la chica por fin hablase de aquella noche, después de tanto tiempo.

—Shh, no pasa nada —murmuró acariciándole la espalda con delicadeza—. Todo irá bien, no te preocupes.

—No quería hacerlo. Ya lo sabes —dijo Leda en voz baja, tanto que no estaba seguro de haberla oído bien. El corazón le dio un brinco.

«Que te lo aclare —le urgió Nadia—. Con esta prueba no basta. Que te diga la frase completa».

—¿Que no querías hacer el qué? —preguntó Watt de todos modos, por mucho que se odiara por hacerlo, porque las palabras estaban escritas allí mismo, cortesía de Nadia, y estaba demasiado conmocionado para formular las suyas propias.

Leda lo miró con los ojos muy abiertos, confiados, rebosantes de lágrimas.

—Eris —dijo simplemente—. Ya sabes que no quería empujarla. Solo quería que retrocediera. Ella no dejaba de intentar abrazarme, y después de todo lo que me había hecho... Solo quería que me dejara en paz. —Su mano se aferró a la de Watt tan fuerte que le cortó la circulación—. Fue un accidente. No pretendía que cayera. Jamás lo

pretendí.

«Lo tengo», anunció Nadia con evidente satisfacción.

Sin embargo, la mente humana de Watt se había quedado atascada en las palabras de Leda.

—¿A qué te refieres con eso de después de todo lo que te hizo?

—¿No lo sabías? —preguntó Leda. Watt sacudió la cabeza como un tonto—. Creía que lo sabías todo. —Esta vez no había ningún sarcasmo en sus palabras.

—Nunca le presté demasiada atención a Eris —respondió, lo que era cierto. Él estaba más interesado en Avery.

Leda asintió, como si lo entendiera.

—Estaba liada con mi padre cuando murió.

—¿Qué?

«Nadia, ¿cómo se nos ha podido escapar eso?».

Watt tenía la horrible sensación de estar atrapado en algo mucho más grande que él. Se había sumergido demasiado, y ahora estaba al fondo de un agujero negro insondable y no lograba subir a por aire.

Sobre todo, se odiaba profundamente. Había engañado a Leda para que le mostrara su lado más íntimo y vulnerable... solo para poder destruirla.

La chica le tomó la mano mientras dejaba escapar un aliento tembloroso.

—No sé por qué he sacado el tema. Volvamos a la fiesta.

—Lo siento, es que...

Watt apartó la mano sin hacer caso de la cara de sorpresa de Leda.

«No envíes esa grabación a ninguna parte, Nadia. No se te ocurra hacer nada con respecto a Leda sin mi aprobación, ¿de acuerdo?».

—¿Watt? ¿Qué pasa? —preguntó Leda frunciendo el ceño, desconcertada e incluso preocupada por él.

Lo destrozaba darse cuenta de que ella pensaba en él después de lo que él acababa de hacerle.

Dio un paso atrás mientras se pasaba una mano por el pelo. No podía pensar, no con Leda tan cerca, mirándolo con aquellos ojos tan grandes y heridos. Estaba mareado y tembloroso.

¿Qué le había sucedido? ¿Cuándo se había convertido en una persona capaz de engañar a los demás para que le revelaran sus más oscuros secretos?

—Ahora mismo no puedo. Tengo que... Lo siento —masculló, y salió corriendo, armándose de valor para enfrentarse al sufrimiento que se hizo patente al instante en el rostro de Leda.

# LEDA

Leda se quedó donde estaba, conmocionada, mientras la figura de Watt se perdía en el punto álgido de la noche.

¿Qué acababa de suceder? Le había ofrecido sus verdades más íntimas y peligrosas (le había contado la fealdad que se ocultaba en su familia, en ella misma), y él había huido.

Se dejó caer en un banco flotante y lo impulsó con los talones para columpiarse en él. Estaba lejos de la fiesta, en una especie de jardín botánico con varios niveles. Al doblar la esquina había parejas paseando por los senderos en sombras, las oía susurrar y robarse besos furtivos. Los faroles de colores se mecían tras ellos. Era como si se encontrara muy lejos de todo.

¿Se había ido Watt por lo que le había hecho a Eris? Pero él ya lo sabía... Ella pensaba que eso era lo mejor de estar con él, que se comprendían tal como eran, secretos incluidos.



Quizá Watt no lo había asimilado del todo hasta ese momento. Quizá, al desnudar su alma, él se había dado cuenta de la oscuridad que se escondía debajo, de que no quería formar parte de ella.

Leda se mordió el labio y volvió a repasar mentalmente la conversación para intentar determinar en qué se había equivocado. Estaba de los nervios y no sabía bien por qué. Le daba la sensación de que había algo... ¿No le había parecido ver algo extraño en la cara de Watt, en sus ojos...?

No había parpadeado. Se dio cuenta de repente, con una certeza animal: la había estado observando sin pestañear ni una vez, como un gato que espera con paciencia a un ratón.

¿Había estado grabando su conversación?, pensó desesperada.

Seguro que no; el racional cerebro de Leda se apresuró a recordarle que se habría dado cuenta, que habría oído a Watt decir «grabar vídeo»; así funcionaban las lentes, al fin y al cabo. Cerró los ojos, algo aliviada.

Salvo por el hecho de que el chico llevaba a Nadia en el cerebro.

Con la emoción de estar en la fiesta con Watt, le había resultado sencillo olvidarse de la presencia de Nadia; pero, por supuesto, había estado con él en todo momento,

escuchando, grabando, transmitiendo y sabe Dios qué más. Leda no tenía ni idea de lo que Watt era capaz de hacer con Nadia dentro de su mente.

Apretó el puño con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en la palma de la mano y se hizo daño, aunque el dolor era bueno: la ayudaba a concentrarse.

Recordó las ocasiones en las que Watt había parecido observarla con demasiada intensidad, siempre que alguien mencionaba a Eris. Y había aceptado muy deprisa ser su pareja para la fiesta Bajo el mar y para la rehabilitación. Entonces no le había llamado demasiado la atención, aunque era raro que no se hubiese resistido, ¿no? ¿Habría estado engañándola desde el principio? ¿Acercándose a ella con la esperanza de que sucediera algo como lo que acababa de pasar? ¿Que Leda al final se emborrachara y, confiando en él, reconociera la verdad?

La chica alzó una mano para secarse una lágrima. En realidad, no debería sorprenderse. Sin embargo, darse cuenta de que el tiempo que habían pasado juntos era una mentira le dolía más de lo que cabría esperar.

Qué estúpida había sido al creer que Watt se preocupaba de verdad por ella. Ni siquiera lo culpaba por querer venganza: ella habría hecho lo mismo, de haber sido a la inversa. ¿No le había dicho al chico más de una vez que estaban cortados por el mismo patrón?

El viejo instinto de conservación que tan bien conocía empezaba a despertarse, a urgirle a combatir el fuego con fuego (a usar todas las armas de su arsenal para destruir a Watt antes de que él la destruyera a ella). Sin embargo, Leda descubrió que no tenía fuerzas para hacerlo. Además, con el cuant en el cerebro, era probable que ya hubiera enviado el vídeo de su confesión a la policía. Puede que estuvieran ya de camino a detenerla.

Sintió que se entumecía, que el cuerpo se le volvía de plomo. Quizá fuera resignación. O desesperación. Leda Cole jamás se había resignado a nada antes, pero lo cierto era que tampoco había conocido nunca a nadie capaz de vencerla como había hecho Watt.

Pensar que había encontrado al único chico del mundo que estaba a su altura, que se había enamorado de él... y que, sin embargo, al más puro estilo Leda Cole, había conseguido convertirlo en su enemigo mortal.

Se levantó y avanzó arrastrando los pies hasta el bar más cercano: una mesa solitaria colocada entre los limoneros que bordeaban el sendero del jardín. Estaba tan alejado de la fiesta que era como si alguien, quizá la providencia, se lo hubiera puesto allí cuando más lo necesitaba. Al fin y al cabo, al día siguiente podía estar en la cárcel. Mejor disfrutar de sus últimas horas de libertad.

—Whisky con soda —pidió automáticamente al

acercarse—. Y otro en cuanto lo acabe.

La camarera levantó la mirada y, por algún motivo, una bombillita se encendió en el cerebro de Leda.

—¿Te conozco? —le preguntó.

La chica se encogió de hombros.

—Trabajo en el Altitude. Me llamo Mariel.

Empezó a mezclar el cóctel con movimientos rápidos y expertos.

—¿Y ahora estás aquí? —preguntó Leda todavía desconcertada.

—Los Fuller han contratado a parte del personal del Altitude para la fiesta. Les gustan los excesos, ¿verdad?

—Oh.

Leda no se había enterado, pero sonaba típico de los Fuller.

—¿Estás sola? —le preguntó la otra chica mientras le acercaba la bebida y arqueaba una ceja.

—Por ahora, sí —respondió Leda mientras contemplaba el recipiente, que era negro y opaco, con el ceño fruncido—. Esta copa es macabra de verdad —comentó.

Era como el cáliz del que beberían las almas perdidas en el infierno. Tan oscura como sus secretos, pensó al darle un trago. El whisky tenía un regusto ácido que no reconocía.

—Lo siento. Todo lo que me han dado es blanco o negro. —Mariel sacó una copa blanca, pero Leda negó con la cabeza: no merecía la pena la molestia—. Bueno, Leda, nadie debería beber sola en una fiesta como esta — insistió, y se preparó una copa para ella.

¿Le había dicho su nombre a la chica?, se preguntó con un sobresalto, algo perpleja. El whisky le estaba haciendo efecto antes de lo que pensaba. Se sentía algo mareada, aunque no sabía si era por el alcohol o por la idea de que su confesión en vídeo se viera en todos los agregadores de noticias del mundo.

Por un momento le pareció distinguir en la mirada de Mariel un ansia, un propósito. La desconcertaba. Dejó la copa medio vacía para mirar al cielo, donde relucían las estrellas, repartidas por él como diminutos puntitos de algo ardiente y luminoso. Esperanza, puede.

Sin embargo, Leda sabía que no había esperanza para ella. Cogió la copa negra y se preparó para otro trago de aquel whisky tan fuerte, con la ilusión de que quizá lograra borrar el dolor de lo que le había hecho Watt.

# AVERY

Avery corría, sin aliento, hacia la estrella que latía en su campo visual y que la conducía hasta Atlas. Gracias a Dios no había apagado el localizador de ubicación, ni siquiera después de todo lo que se habían dicho. Se abrió camino a través de la gente vestida de blanco y negro; los únicos puntos de color eran sus rostros maquillados, un borrón discordante sobre el fondo oscuro. Avery lo dejó todo atrás en dirección a la luz intermitente, como si su propia Estrella Polar la llevase a casa.

Dobló la esquina y comprobó con alivio que, efectivamente, allí estaba él, bajo la reluciente estrella amarilla inscrita en sus lentes de contacto. Tenía el ceño un poco fruncido, y estaba absorto en la conversación con su padre y un grupo de inversores. La chica levantó una mano para alisarse el pelo y recolocarse el delicado encaje del cuello antes de acercarse.

—Atlas, tengo que hablar contigo.

Vio que su padre daba un respingo al oírlo, pero daba igual. Todo le daba igual siempre que Atlas y ella se tuvieran el uno al otro.

Él la barrió con la mirada un instante antes de apartar la vista.

—Ahora mismo estamos ocupados.

Aquello dolía, pero lo dejó pasar.

—Por favor.

Atlas vaciló un instante, después puso alguna excusa para ausentarse del grupo y la siguió a cierta distancia.

—¿Qué ocurre? —susurró entre dientes, aunque Avery no respondió, sino que se limitó a conducirlo con decisión hacia abajo, una terraza tras otra, hasta que llegaron a una puerta que decía: «Prohibido el paso».

La abrió y arrastró a Atlas al interior del pequeño balcón mugriento del otro lado, atestado de maquinaria y con vistas al canal. El agua rugía bajo ellos.

—¿Crees que ya estamos lo bastante lejos? —preguntó Atlas en tono sarcástico.

Avery odiaba lo hostil que sonaba, algo tan poco característico de él, como si un desconocido ocupase su cuerpo. Sin prestar atención a la pregunta, lo agarró por el cuello de la camisa y tiró de él para besarlo.

Comprobó con alivio que seguía siendo su Atlas: la misma boca, las mismas manos, los mismos hombros de

siempre. Deslizó los dedos por encima de aquellos hombros para entrelazarlos sobre la nuca, donde el pelo se le rizaba un poquito. «Te quiero muchísimo, y lo siento».

Atlas se apartó, sacudiendo la cabeza.

—Esto no es justo —dijo con la voz algo temblorosa—. No puedes pasarte varias semanas furiosa conmigo y, de repente, decidir besarme aquí, en la fiesta más concurrida de todas en las que hemos estado.

—Lo siento —susurró ella.

—¿Qué pasa contigo, Avery? ¿Qué te ha impulsado a... esto?

Atlas hizo un gesto impaciente que abarcaba su vestido mutilado y el enredo de su pelo. El beso.

La había llamado Avery y no Aves, pero se dijo que no debía dejarse llevar por el pánico.

—Tienes que saber una cosa sobre Calliope. No es lo que parece. —Sonaba melodramático, así que volvió a intentarlo—. Es una farsante, Atlas... Te ha estado mintiendo desde el principio, jugando contigo. Ni siquiera le gustas.

—¿De qué estás hablando?

—Su madre y ella son... —Le costaba encontrar la palabra adecuada. Artistas del timo sonaba como una frase sacada de un mal holo—. Timadoras. Usan a la gente para sacarle el dinero y después se mudan a otro



lugar, con una identidad nueva.

Despacio, con cuidado, Avery se lo explicó todo. Le contó lo de los distintos alias de Calliope y el historial de detenciones de su madre; le envió las fotografías que había encontrado Leda de las distintas identidades de las dos mujeres. Durante toda la explicación, él se limitó a asentir en silencio, sin apenas parpadear.

—Mierda —masculló cuando Avery por fin terminó de hablar. Sacudía la cabeza, sin poder creérselo, con los ojos vidriosos.

—Lo sé. Lo siento mucho.

Aunque, en realidad, no lo sentía nada. Quería que Calliope desapareciera, recuperar a Atlas y que el mundo volviera a su orden natural.

—¿Cómo has descubierto todo esto?

Avery le cogió la mano y entrelazó los dedos con los de él.

—Acabo de enterarme. No te lo puedo contar, pero te prometo que es cierto.

De la multitud que había por encima de ellos surgió un grito ahogado cuando empezaron a lanzar otra ronda de fuegos artificiales. Avery no apartó la vista del rostro de Atlas. Estaba muy callado, rumiando la información. Parecía perdido en su propio mundo.

—No te preocupes —le dijo ella en voz baja, un poco

preocupada por su silencio—. Ya le he dicho que se vaya. Y, si no lo hace, la obligaremos. Juntos podemos hacer lo que queramos.

Atlas retiró la mano de repente, brusco.

—Juntos no vamos a hacer nada. Yo me encargo solo.

—Atlas...

—No, por favor. Ya es difícil de sobra sin que lo empeores.

Estaba mirando hacia el agua con decisión, lo que la ponía nerviosa, puesto que significaba que ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos. Los fuegos artificiales iluminaron el cielo con sus estallidos en blanco y negro, proyectando sombras de otro mundo que le bailaban por la cara.

—Estoy un poco aturdido, si te soy sincero. Y cabreado. Aunque entre Calliope y yo no haya pasado nada —añadió, lo que hizo que el corazón de Avery diera un brinco—. Pero estoy muy cansado —siguió, como si le pesaran las palabras—. Tengo que alejarme de esto..., de todo esto.

—Exacto. ¡Podemos irnos juntos, tú y yo, como planeábamos! —exclamó Avery.

Ahora que Leda volvía a estar de su lado y quería ayudarla, no había ya nada que los separara.

Sin embargo, Atlas negó con la cabeza.

—Hicimos bien en romper como rompimos. Lo intentamos, pero, por mucho que nos esforzamos, no hemos sido capaces de conseguir que funcionara. —Le echó a Avery una mirada que la aterró—. ¿Sabes cómo ha llamado papá al hotel de la Torre oscura?

—Fanaa —respondió ella, y el pánico le puso el vello de punta.

—Significa destruirte por la persona a la que amas —dijo Atlas en tono urgente—. Esos somos nosotros, Avery, ¿no te das cuenta? Nos estamos destruyendo el uno al otro, literalmente. Es demasiado complicado y haríamos daño a demasiadas personas. Sobre todo, a ti y a mí.

—Así que ya no me amas.

Era la única explicación que tenía sentido. ¿Cómo podía amarla y, aun así, no querer estar con ella?

—Por supuesto que te amo —insistió Atlas—. Siempre te amaré. Pero el amor no tiene por qué ser suficiente. No puedes construir una vida sobre esa base.

—¡Claro que puedes! —gritó ella; la voz se le había vuelto aguda por la desesperación.

—Solo intento ser realista —repuso el chico, y al oírlo hablar de esa forma tan razonable, a Avery le entraron ganas de sacudirle los hombros y gritar—. ¿Qué crees que vamos a hacer, en realidad? ¿Irnos a vivir a esa isla

remota, los dos solos?

—¡Sí, eso mismo!

—¿Y qué pasará cuando te hartes de ella? ¿Cuando dedicarte a pasear por esa islita, a leer libros y comer pescado ya no te baste? —preguntó Atlas en voz baja.

—Te tendré a ti. Y me bastará contigo.

—No estoy seguro de eso.

Al chico se le rompió la voz, aunque ella fingió no darse cuenta.

—En serio, estoy asustado. Me da miedo perderte. Pero me da más miedo aún obligarte a seguir un camino que no deseas seguir.

—¡No me estás obligando a nada! —protestó ella, pero fue como si no la escuchara.

—Eres increíble, Aves —dijo él en voz baja—. Eres extraordinaria, demasiado inteligente y válida como para pasarte la vida aislada. Tu sitio está en el mundo, riéndote, viajando y disfrutando de tus amigos. Te mereces ver todo lo que el mundo tiene que ofrecerte, y yo no puedo darte nada de eso.

—Tú y yo podemos tener todo eso. Haremos amigos y viajaremos —empezó a decir Avery; él negaba con la cabeza.

—Y estar siempre mirando por encima del hombro por si alguien nos reconoce, con el miedo constante a que

nos descubran. No, Vermont me demostró que es prácticamente imposible.

La voz de Avery era poco más que un susurro.

—Me da igual. Renunciaría a todo por estar contigo.

Atlas la sorprendió tomándole las manos y juntándoselas para después envolverlas con las suyas.

—Sé que lo dices en serio, pero me aterra el momento, dentro de cinco años, en que me mires y te arrepientas de la decisión que tomaste. Cuando ya sea demasiado tarde para dar marcha atrás.

El chico tenía la respiración entrecortada. Parecía a punto de echarse a llorar. Avery, por instinto, sabía que no podía dejarle llorar delante de ella, por su propio bien, así que dio un paso atrás, con los ojos rebosantes de tristeza, y esperó.

—¿Es que no lo ves? No funcionará nunca. Nos estoy ahorrando el dolor futuro —dijo Atlas al fin.

«Ya está», pensó Avery con una terrible certeza. Aquel era el final, el final definitivo.

No podía soportarlo más; se lanzó a los brazos de Atlas y lo besó una y otra vez, y esta vez el chico le devolvió los besos con locura y pasión, y el corazón de Avery se rompió un poco más porque, en el fondo, sabía que eran besos de despedida. Se aferró a él con más fuerza, apretando su cuerpo contra el suyo, intentando

pegarse a su piel de tal modo que no pudiera abandonarla, como si fuese posible anclarlo allí por su mera fuerza de voluntad. Deseaba ser capaz de robar cada beso del aire y guardarlo en un lugar seguro, porque cada beso era un beso más que la acercaba al último beso de todos.

Cuando por fin se separaron, ninguno de los dos habló. El río rugía bajo ellos. Los ruidos de la fiesta bajaban flotando como si procedieran de otro mundo.

—Vale —dijo ella al fin en voz baja, porque le daba la impresión de que uno de los dos debía decir algo.

—Vale —repitió Atlas.

Las lágrimas se agolpaban en los ojos de la chica, pero se las tragó. Necesitaba ser fuerte, por Atlas. Así que reprimió las lágrimas y asintió con la cabeza, temblorosa, aunque le costó más de lo que Atlas sabría nunca; aunque era como si alguien le infligiera un millón de cortes diminutos por toda la piel con una cuchilla.

Atlas empezó a volverse para marcharse, pero se detuvo, como si se lo pensara mejor, y alargó una mano para tocar a Avery por última vez. Le metió un mechón de pelo detrás de la oreja, recorrió la línea de su mandíbula y le acarició suavemente el labio inferior. Como si fuera ciego e intentara reconocerla a través de las puntas de sus dedos.

Avery cerró los ojos. Se concentró en memorizar su

tacto, aunque lo que deseaba era parar el tiempo y el mundo, y aferrarse a aquel momento para siempre; mientras mantuviera los ojos cerrados, podía creer que Atlas seguía allí. Que seguía siendo suyo.

—Lo siento, Aves; te prometo que es mejor así —le aseguró, y se marchó.

La chica se quedó allí un rato, con los ojos bien cerrados, solo ella con sus secretos y su corazón roto, en la oscuridad.

# CALLIOPE

Calliope llevaba varias horas bailando y riendo con una intensidad frenética, vigilando a menudo a los hermanos Fuller, aunque llevaba ya un rato sin verlos. De vez en cuando bebía de una copa de champán. El vino le sabía agrio.

La noche no tardaría en tocar a su fin, y Calliope tendría que confesarle la verdad a su madre: que lo había fastidiado todo y que debían marcharse porque Avery Fuller las había descubierto. Aun así, se mezclaba con la multitud con una inflexible sonrisa pintada en sus relucientes labios rojos.

Sabía que estaba retrasando lo inevitable, pero quería posponer la conversación con su madre todo lo que pudiera. Porque, una vez que lo dijera, una vez que pronunciara las palabras en voz alta, Calliope Brown estaría muerta. «Aquí yace Calliope Brown, tan bella como cruel. Murió sin que nadie llegara a conocerla de



verdad», pensó con amargura.

Por una vez, inventarse el epitafio de su alias perdido no le hizo ninguna gracia.

Rodeó en un amplio círculo la pista de baile, preguntándose si Elise estaría ya dormida, cuando vio a una pareja en una terraza más abajo. Tenían algo que le resultaba familiar, aunque estaban demasiado lejos para distinguirlos. Se encontraban agazapados bajo un cartel de «Prohibido el paso», donde probablemente creían tener algo de intimidad... Y así habría sido, si ella no los hubiera visto. Nadie más miraba en aquella dirección.

Como no tenía nada mejor que hacer, Calliope estiró el cuello y activó el zoom de las lentes. Se sorprendió al darse cuenta de que se trataba de Avery y Atlas Fuller.

Avery había levantado la cabeza y hablaba con mucho énfasis. Era probable que le estuviera contando a su hermano la verdad sobre Calliope y Elise.

Impulsada por una curiosidad morbosa, Calliope aumentó el zoom... y se percató de que algo muy raro sucedía entre los hermanos. Las expresiones de ambos, la actitud posesiva con la que se le acercaba Avery, le erizaron el vello de la nuca.

Y entonces, conmocionada, vio cómo se abrazaban y besaban.

Al principio, la chica supuso que se equivocaba, pero,

cuanto más ampliaba la imagen, más segura estaba de que se trataba de Avery y Atlas, sin lugar a dudas. Se quedó observándolos con fascinado horror mientras el beso se alargaba, Avery de puntillas y con las manos en el pelo de su hermano.

Parpadeó para devolver su visión al estado normal y apartó la mirada. Respiró hondo un par de veces; un sordo rugido le retumbaba en el cerebro abrasado. Todo cobraba sentido, por retorcido que fuera.

Recordaba que Atlas le había contado que su huida a África se debía a que se había metido en un «lío». Recordaba el amargo rencor que le había demostrado Avery aquella mañana, después de la fiesta Bajo el mar, cuando se dio cuenta de que Calliope había pasado allí la noche. Incluso la forma en que Avery y Atlas hablaban el uno del otro, la forma en que siempre parecían tener un radar que los informaba de lo que hacía el otro hermano; Calliope había supuesto que era un cariño fraternal excesivo, pero estaba claro que era mucho más. Todas las piezas encajaban para dar forma a la verdad, como los fragmentos de un retorcido espejo roto que reflejaba una realidad imposible. Salvo que no lo era.

Se quedó allí un rato, escuchando el silbido del viento que rodeaba las esquinas de aquella extravagante torre; apenas se podía oír con la música, el cotilleo y las risas,

pero ahí estaba. Calliope se imaginaba al viento enfadado porque nadie le hacía caso. Comprendía la sensación.

Se inclinó sobre la barandilla pensando en Avery y en todas las amenazas que le había soltado antes, y sonrió. No había nada dulce en aquella expresión; era una sonrisa fría y calculadora, una sonrisa triunfal. Porque Calliope se había hartado de que los Fuller la mangonearan.

Así que a Avery Fuller le gustaba jugar. Bueno, a Calliope también. Había jugado con los mejores, por todo el mundo, y no tenía ninguna intención de perder ahora que contaba con algo con lo que atacar a Avery, algo tan peligroso como lo que Avery sabía de ella. Era consciente de lo que había presenciado y de cómo usarlo en beneficio propio.

Por mucho que la otra chica protestara, no pensaba irse a ningún sitio. Había llegado a Nueva York para quedarse.

# LEDA

«Me cago en la puta», pensó Leda aturdida. ¿Qué le estaba pasando?

Iba de paseo con la camarera del Altitude... Miriam... Mariane... No, Mariel, recordó, eso era. La otra chica rodeaba con una mano la cintura de Leda y, con la otra, le sujetaba el antebrazo con fuerza. De algún modo habían recorrido una carretera de servicio río arriba de los Espejos y ahora se encontraban junto al mar. Las aguas oscuras del Golfo Pérsico estaban a su derecha, frías e implacables. Leda miró a su alrededor; no vio a nadie.

—Quiero volver a la fiesta.

Intentó zafarse del brazo de Mariel, pero la otra chica la arrastraba con decisión. Leda se miró los pies y vio que iba descalza.

—¿Qué les ha pasado a mis zapatos?

—Te los quitamos porque no podías caminar con ellos por la arena —respondió Mariel con paciencia.

—Pero no quiero estar en la arena. Quiero volver a la fiesta.

—Vamos a sentarnos un momento —sugirió Mariel en un tono suave y tranquilizador—. Estabas demasiado borracha para volver a la fiesta.

Era cierto. Leda se sentía somnolienta y desorientada, con todas las neuronas trabajando a un cuarto de su velocidad normal. Los pies se le tropezaban, indolentes, por la playa, camino del agua. El viento las azotaba, y sus dedos se entremetían en el cabello de Leda y le soltaban los rizos, aunque ella apenas lo notaba. ¿Cómo había pillado semejante pedo? Lo último que recordaba era la copa que se había tomado con Mariel... Seguro que había sido más de una; de lo contrario, no se encontraría así...

—Aquí —le dijo la otra chica mientras la guiaba por una pronunciada pendiente hacia la orilla.

Leda sacudió la cabeza para expresar una muda protesta: no quería acercarse tanto al agua. Su negra superficie atrapaba la luz de la luna y la reflejaba hacia ella, reluciente y opaca, lo que le impedía averiguar su profundidad.

—Vamos, Leda —insistió Mariel en un tono que no admitía oposición antes de pellizcarla en el costado a través de su vaporoso vestido.

—Eh —protestó ella.

El movimiento la hizo medio resbalar, medio caer en una duna de arena, donde aterrizó de costado. Intentó levantarse, pero no era lo bastante fuerte. Apretó los dientes y logró, al menos, sentarse.

Unos cuantos edificios se alzaban en la oscuridad como monstruos primigenios, rebosantes de maquinaria e hidrojets de aspecto amenazador. De repente, Leda echó de menos la vida y las risas de la fiesta. No le gustaba aquello. ¿Qué le había pasado a Watt? ¿Sabía dónde estaba ella?

—Allá vamos —dijo Mariel mientras intentaba acercarla más al agua.

Leda, incómoda, se resistió, pero la otra chica era mucho más fuerte. Uno de los dedos descalzos tocó por accidente una ola, y dejó escapar un grito: estaba helada. ¿No era un océano tropical? ¿O estaba tan borracha que ni siquiera le funcionaban bien los sentidos?

—Tenemos que hablar. Es sobre Eris —dijo Mariel clavando la mirada en los ojos de Leda.

Algo iba mal. El instinto de la chica le gritaba que huyera, que saliera de allí; sin embargo, no podía moverse, estaba atrapada en aquel extraño lugar, con Mariel acuclillada a su lado.

—¿De qué conoces a Eris? —preguntó, y una chispa de amenaza se encendió en los ojos de la otra chica.

—Era amiga mía —respondió, despacio.

—Y mía —repuso Leda, arrastrando las sílabas. A su boca le costaba formar frases.

—Pero ¿qué sucedió la noche de su muerte? —insistió Mariel—. Sé que no se cayó. Ni siquiera estaba borracha. ¿Qué le pasó que no me estás contando?

De repente, Leda se echó a llorar: unos feos sollozos de enfado que le sacudieron todo el cuerpo. Se maravillaba ante la claridad de su propia emoción. ¿Qué le estaba ocurriendo? Era más que una borrachera; puede que estuviera drogada, aunque no se parecía a ninguna droga que hubiera probado. Se sentía separada de su cuerpo, flotando sobre él. Empezó a asustarse de verdad. El rostro de Watt no dejaba de aparecérselle; su espeluznante comportamiento mientras escuchaba la confesión, sin parpadear. No había vacilado en hacerle daño. Leda no le importaba. No le importaba a nadie. No se merecía importarle a nadie.

—No pasa nada, Leda, estoy aquí —decía Mariel una y otra vez, y la repetición la calmaba un poco—. Te escucho. No pasa nada.

—Quiero ver a mi madre —se oyó decir.

Quería llorar en brazos de Ilara, como cuando era pequeña, y reconocer lo que había hecho. «Mi dulce Leda —le decía siempre su madre mientras le metía un mechón

de pelo detrás de la oreja—, ser tan cabezota te dará problemas. ¿No entiendes que las cosas no pueden salir siempre como tú quieres?». Y después la castigaba, aunque Leda siempre lo aceptaba porque sabía que la castigaba con amor.

—No fue culpa mía —susurró, como si su madre estuviera allí para escucharla. Tenía los ojos cerrados.

—¿A qué te refieres?

—Estaban todos allí: Watt, Avery y Rylin. Sabían que era peligroso. Tendrían que haberme apartado del borde, no deberían haber permitido que Eris se acercara tanto. ¡No pretendía empujarla!

—¿Tiraste a Eris de la azotea?

—¡Te he dicho que fue un accidente! —gritó Leda con voz ronca.

Era como si un fuego le prendiera en la cabeza y las llamas le lamieran el cerebro por dentro, donde Watt llevaba su ordenador. Se imaginó que el incendio lo consumía todo y no dejaba más que cenizas a su paso.

—¿Cómo conseguiste que los demás no informaran a la policía, si estaban allí arriba? —preguntó Mariel, que se estremecía de indignación.

—Sabía cosas sobre ellos. Les dije que tenían que guardar mi secreto si no querían que contara los suyos.

Horrorizada, Leda se oyó contárselo todo a Mariel: lo



de Avery y Atlas, lo del robo de Rylín a Cord... y, lo peor de todo, el secreto de Watt, que tenía un ordenador cuántico ilegal incrustado en el cerebro.

Una parte de Leda, aturdida, sabía que no debía contar aquellas cosas; pero, no podía evitarlo, era como si otra persona dijera las palabras, como si salieran de ella por voluntad propia.

—Sois peores de lo que pensaba —dijo por fin Mariel, cuando acabó.

—Sí —gimió Leda, porque sabía que se lo merecía; agradecía la condena.

—No deberías haber metido a Eris en todo esto. No fue justo —siseó Mariel, y Leda oyó el odio descarnado que dejaban traslucir sus palabras: aquella chica la despreciaba.

Una tozudez herida se abrió paso hasta el frente de la mente de Leda.

—Sí, bueno, Eris también formaba parte de ello —protestó—. Al fin y al cabo, se estaba tirando a mi padre.

Se hizo un silencio sepulcral.

Leda intentó ponerse de pie, pero no le respondía bien el cuerpo y se estrelló contra el suelo. Tenía las piernas dobladas en un ángulo extraño. Notaba la arena basta contra la mejilla. Cerró los ojos, hizo una mueca de dolor, y las lágrimas le enturbiaron la vista, aunque ya veía

borroso antes.

—Por favor, ayúdame a levantarme —graznó. Todavía no comprendía cómo se había emborrachado tanto—. ¿Cuántas copas me he tomado?

La otra chica se inclinó sobre ella con expresión inflexible, como si la hubieran cincelado en piedra.

—Solo una. Pero te drogué.

«¿Qué? ¿Por qué?», quería preguntar Leda, aunque apartó el pensamiento para dar prioridad a un problema más inmediato.

—Por favor, ayúdame a volver.

El agua estaba muy cerca, y la marea subía y empezaba a acariciarla con dedos helados. La veía como si se tratara de un peligroso espejo negro tan lleno de secretos como su propio corazón oscuro.

«No», pensó, ya no tenía secretos, los había revelado todos. Incluso los que no tenía derecho a revelar.

Mariel se rio, una risa mordaz sin alegría. El sonido era como un millón de pequeñas bofetadas en la cara de Leda.

—Leda Cole. ¿De verdad crees que te voy a ayudar para que sigas jodiéndole la vida a la gente? Mataste a la chica que amaba.

—No quería... —intentó decir ella, pero no sabía si lo había dicho de verdad o solo lo había pensado.

Le pesaban demasiado los párpados para mantenerlos abiertos. Su mano tocaba el agua, aunque no lograba moverla. Sintió una distante punzaba de pánico al imaginarse el agua cubriéndole el cuerpo, su oscuridad tirando con insistencia de ella hacia la oscuridad gemela que albergaba en su interior.

—Antes de irme, quiero que sepas una cosa: Eris no tenía una aventura con tu padre. —Mariel hablaba despacio, pronunciando cada palabra con gélida claridad —. Se veía con él, sí, pero no por la razón que crees. Lo que demuestra lo mala persona que eres al suponer lo peor de los demás.

Las palabras parecían llegar de muy lejos, y Leda caía, pero con un último esfuerzo escuchó, se alzó para oír lo que Mariel decía porque la asustaba; y porque era capaz de distinguir la verdad que se ocultaba detrás del odio y sonaba con la fuerza de un gong.

—Tu padre también era el padre de Eris. Mataste a tu hermana, Leda —le escupió Mariel.

Y entonces Leda se sumergió en la oscuridad, y ya no hubo nada más.

# WATT

Watt llevaba una hora buscando a Leda.

Había rodeado la fiesta al menos tres veces, recorriendo con torpeza la abarrotada pista de baile y atravesando los jardines que circundaban la Torre para comprobar si Leda seguía allí. Había subido a mirar en la habitación del hotel, pero estaba vacía. Desesperado, incluso había parpadeado a Avery para preguntarle si la había visto, pero Avery no respondía.

En circunstancias normales habría pedido a Nadia que hackeara las lentes de Leda y determinara así su ubicación. Sin embargo, no llegaba ninguna información de sus lentes de contacto, lo que significaba que, estuviera donde estuviera, estaba dormida o inconsciente. «O muerta», le susurró una voz horrible en su interior, de la que él procuró hacer diligente caso omiso.

«¿Alguna novedad, Nadia?». El ordenador buscaba tenazmente entre las imágenes de las lentes de todos los

asistentes a la fiesta, por si lograba averiguar alguna pista sobre el paradero de Leda.

Todo era culpa suya. De no haber salido corriendo cuando ella se le abrió, nada de aquello habría sucedido. Ni se imaginaba lo rechazada que debía de sentirse: confiar en Watt para que él se diera media vuelta y desapareciera.

—En realidad, creo que sí —contestó Nadia, y Watt se concentró en ella.

—No estoy segura de que sea Leda —se apresuró a asegurarle el ordenador—, pero hay una chica desmayada en la playa, a un par de kilómetros al norte de la fiesta. Alguien acaba de enviar un aviso anónimo a seguridad en el que dice que esa persona es una amenaza.

«¿Una amenaza? —¿Quién podría haber informado de algo así sobre Leda? Watt ya corría hacia la salida del norte—. ¿Cuándo llegarán los bots de seguridad?».

—Todavía no se han puesto en movimiento. He interceptado el informe antes de que llegue a sus monitores. ¿Quieres que lo borre del registro?

Watt cerró los ojos para protegerse del viento mientras un sudor frío empezaba a empaparle el cuero cabelludo. Tenía la horrible sensación de que había sucedido algo, algo horrible que Leda no querría que vieran los de seguridad. Recordaba su visita a rehabilitación, lo bien

que se estaba recuperando. Si había vuelto a tomar drogas esa noche y el equipo de seguridad de Dubái de los Fuller la encontraba, seguro que sus padres la enviaban de vuelta a rehabilitación..., y esta vez sería a un lugar más intenso. Un lugar en el que Watt no podría verla.

Y, si de verdad había hecho algo que supusiera una amenaza, necesitaría su ayuda.

De repente, se sintió egoísta. ¿Y si Leda corría peligro real y, al retener a los bots, arriesgaba su vida?

—¿Watt? —preguntó Nadia.

«Por ahora, ocúltaselo a seguridad —le pidió con la esperanza de no arrepentirse después—. ¿Cuál es la forma más rápida de llegar hasta la chica?».

Nadia dirigió su mirada hacia un aeropatín abandonado al borde de la fiesta. Nunca había usado uno (era un juguete caro de los encumbrados), pero tampoco podía ser tan difícil. Agarró el patín. El cacharro pitó un momento para expresar su protesta, puesto que estaba registrado con unas huellas dactilares y un reconocimiento de voz distinto, pero Nadia lo hackeó a toda prisa, y los diminutos micromotores cobraron vida con un zumbido. Unas flechas fantasmales se superpusieron a su campo visual, como una especie de videojuego en el mundo real.

Inclinó el peso hacia los dedos de los pies, y la tabla

dio un salto hacia delante, respondiendo a la orden. Intentó que acelerara, pero corcoveó. Soltó una palabrota entre dientes.

«Nadia, ¿puedes conducir esto?», le preguntó, y ella, obediente, tomó el mando del sistema de dirección del aeropatín, aceleró al máximo y salió flotando a pocos centímetros de la irregular superficie del terreno.

El viento le tiraba del pelo y de la tela del esmoquin, y le picaban tanto los ojos que se vio obligado a cerrarlos, confiando por completo en Nadia, aunque tampoco era la primera vez. Contuvo el aliento y se agachó un poco sobre el patín mientras sus dedos recorrían a ciegas la superficie aerodinámica.

Por fin se paró, y Watt bajó dando tumbos. Allí estaba: Leda, como una versión extraña de sí misma, hecha un antinatural ovillo sobre la arena. Su vestido blanco aleteaba a su alrededor como las alas de un ángel, en marcado contraste con su suave piel oscura. Tenía las piernas medio sumergidas en la pleamar.

«Dios mío, Dios mío», pensó mientras bajaba a toda prisa para cogerla en brazos, y entonces el corazón le dio un vuelco de alegría, porque Leda temblaba, y eso al menos quería decir que seguía viva.

—¿Por qué se está congelando? —preguntó en voz alta mientras le restregaba los hombros descubiertos para

crear fricción, aunque la cabeza de la chica se cayó hacia atrás de un modo alarmante y lo obligó a sostenérsela con una mano—. ¿Es por el mar?

Metió una mano en el agua, que tenía una agradable temperatura tropical, como suponía.

—Creo que ha tomado alguna droga —decía Nadia—. Para saberlo con certeza necesito que un bot médico le haga un examen completo, aunque, sea lo que sea, le ha constreñido las arterias. No le llega sangre a las extremidades.

Watt se quitó la chaqueta y la usó para envolver a Leda. Después la cogió en brazos y la llevó de vuelta al aeropatín, con una mano todavía sosteniéndole con cuidado el cuello y la otra bajo las rodillas. Consiguió colocarla con torpeza en la tabla, colocarla de lado y sujetarla con la correa de seguridad para emergencias.

—Nadia —dijo con voz ronca—, ¿cómo vamos a llevarla de vuelta?

—La meteremos en el hotel a escondidas, en el patín. Déjame a mí.

De repente, Watt se dio cuenta de que Nadia y él se habían equivocado en todo. Había acudido a Leda con la intención de que cambiara de opinión sobre él, y, sin embargo, había sido él el que había cambiado de opinión sobre ella.



¿Qué era lo que le había dicho Leda hacía ya tantas semanas?: «Tú y yo, Watt, somos iguales». Y había estado en lo cierto. Conocía a Leda, no solo física, sino también mental y emocionalmente... Mierda, quizá la conociera mejor de lo que había conocido nunca a nadie. Era una persona exasperante, cabezota, atormentada y muy imperfecta, igual que él. Y quizá lo más importante no fuera encontrar a alguien sin fallos, sino a alguien cuyos fallos complementaran los tuyos.

El aeropatín empezó a moverse hacia el hotel más despacio que antes para evitar que Leda cayera. Watt corría detrás.

—Te importa de verdad, ¿no? —le preguntó Nadia en un tono curiosamente apagado.

«Sí». No podía creerse que hubiera tenido que llegar a una situación de vida o muerte para darse cuenta, pero, sí, le importaba de verdad.

# AVERY

Avery había abandonado la fiesta. Había regresado al hotel, aunque una vez en la enorme entrada, toda curvas, piedra tallada y azulejos relucientes, había descubierto que no estaba preparada para subir. No quería enfrentarse a su fría cama solitaria; una cama en la que jamás volvería a tener a Atlas. La perspectiva de una vida sin él se presentaba ante ella, vacía, inhóspita y tortuosamente interminable.

Se había acercado a las espectaculares ventanas del vestíbulo del hotel y se había quedado allí un rato, contemplando la infinita oscuridad del cielo. Las estrellas brillaban mucho en aquel lugar. Se preguntó cuándo empezaría la siguiente ronda de fuegos artificiales.

Un centro de flores empáticas que había sobre una mesa cercana empezó a brillar; aquellas estupideces nunca funcionaban, pensó Avery, porque se habían vuelto rojo chillón, cuando ella se sentía completamente hueca.

Siguió bebiendo sin percatarse de lo que bebía. Detrás de ella oía algunas voces de vez en cuando, taconeos sobre el suelo pulido cuando la gente cruzaba el vestíbulo de camino a sus habitaciones.

Todo lo que había sucedido esa noche (conocer la verdad sobre Calliope, enfrentarse a ella, y después, lo peor de todo, la despedida de Atlas y la dolorosa rotundidad de su voz) la había dejado con un curioso vacío en su interior. Su mente se había convertido en un agitado torbellino sin fondo. Le dio otro trago a la bebida con la esperanza de que rellenara el hueco que amenazaba con partirla por la mitad.

—¿Avery?

—Hola —respondió sin tan siquiera volverse al oír a Cord.

Se limitó a seguir contemplando la oscuridad del agua que se extendía bajo ellos, los puentes que atravesaban el espacio, salpicados de luces. Los asistentes a la fiesta iban de un lado a otro en un baile de sombras desperdigadas. Se preguntó cuántos de ellos estaban con la persona a la que amaban... y cuántos estaban solos, como ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Cord.

Ella sabía a qué se refería: ¿qué hacía allí sola, a la tenue luz que entraba por la ventana?

—¿Dónde has estado tú toda la noche? —preguntó

ella, puesto que apenas lo había visto.

Cord se encogió de hombros.

—Acabo de llegar. Supongo que llego un poco tarde para la fiesta. Es una larga historia —añadió al ver que ella lo miraba con curiosidad—, pero estaba con Brice.

Avery asintió. Ambos guardaron silencio un rato, acompañados por el ocasional murmullo de los huéspedes del hotel y el lejano compás de la música.

No podía dejar de pensar en Atlas, en su cara cuando le dijo que rompía con ella. Quería ahogar aquel recuerdo, aplastarlo hasta condenarlo al olvido, hasta que no quedara nada de él. Creía que el alcohol la ayudaría, pero lo único que había conseguido era aumentar su melancolía. Se preguntó si alguna vez sería capaz de olvidar.

—Avery, ¿estás bien? —preguntó Cord.

Sobresaltada, se volvió para mirarlo..., para mirarlo de verdad.

Siguiendo un extraño impulso, se puso de puntillas para besarle.

Cord se tensó un instante, sorprendido, sin devolverle el beso. Entonces sus manos le rodearon la cintura, y la sensación era abrasadora y agradable sobre la piel entumecida y fría. El beso era duro e insistente, algo frenético.

—Avery, ¿qué ha sido eso? —preguntó al fin Cord dando un paso atrás.

—Lo siento...

Avery intentó no dejarse llevar por el pánico, aunque, en cuanto los labios de Cord abandonaron los suyos, la oscuridad volvió peor que nunca..., tirando de los resquicios de su mente y arrastrándola a unas profundidades terribles y eternas.

No estaba segura de por qué lo había besado. Su lado lógico sabía que existían muchas razones para mantenerse alejada de él. Era su amigo, y eso destrozaría su amistad; y, por supuesto, la mejor razón de todas: amaba a Atlas. No obstante, Atlas ya no la quería, y ese era el único motivo por el que estaba allí, con Cord, en vez de entre sus brazos.

Daba igual lo que hiciera ahora, Atlas seguiría lejos.

Se inclinó de nuevo sobre él, sabiendo que se arrepentiría, sabiendo que estaba jugando con fuego, justo cuando un mensaje de Leda empezó a bailarle detrás de los párpados cerrados.

«¿Dónde estás?».

Avery vaciló. No sabía a qué venía el mensaje, pero bastó para que diera un paso atrás, como un giro cósmico del destino que la protegía de hacer con Cord algo de lo que después no podría dar marcha atrás.

Cord parecía sorprendido. La conocía muy bien. Avery se preguntó si era capaz de interpretarla en aquel momento, si podía ver su dolor, lo cerca que había estado de besarlo de nuevo.

—Lo siento, pero tengo que irme —susurró, y corrió hacia los ascensores sin mirar atrás.

# RYLIN

Rylin reflexionaba sobre lo fantástica que había sido la noche mientras cruzaba la enorme entrada del vestíbulo del hotel. No tenía claro cuál era su parte favorita. Había pasado un rato escuchando la música y después había paseado por los preciosos puentes. Leda y ella se habían encaramado a una mesa para comerse tres copas de martini enteras llenas de risotto de beicon. Incluso había bailado con algunas de sus compañeras de clase, las chicas de lengua con las que a veces comía. Lo cierto era que toda la noche había sido perfecta, salvo por el detalle de no haber encontrado a Cord. Se preguntaba si, por el motivo que fuera, no habría asistido.

De todos modos, tampoco se sentía demasiado decepcionada, puesto que sabía que se verían pronto, cuando ambos regresaran a la Torre.

Iba de camino a la zona privada de ascensores del hotel cuando vio una sombra moverse por el rabillo del

ojo y se detuvo.

Era Cord. Estaba junto a las ventanas, con Avery Fuller; los dos solos en el vestíbulo vacío y en penumbra. Como siempre, veía a Cord cuando menos se lo esperaba. Se columpió sobre los talones, intentando decidir si debía acercarse a saludar o no...

Y entonces se quedó helada al ver que Avery se inclinaba para besarla.

Se quedaron allí, con los rostros pegados, aferrándose el uno al otro. Rylín estaba desesperada por apartar la vista, pero no podía; un cruel instinto masoquista la obligaba a mirar. La sangre le palpitaba por el cuerpo, cerca de la superficie de la piel, como fuego líquido. O tal vez dolor líquido.

Entonces Rylín se percató del aspecto que tenía allí arriba, observándolos como una completa idiota; ¿y si alzaban la cabeza y la veían? Tuvo la serenidad suficiente para correr a los ascensores, donde empezó a pulsar con rabia el botón mientras reprimía las lágrimas.

Qué curiosos eran los corazones, pensó; porque, aunque ya no saliera con Cord ni pudiera reclamarlo de ningún modo, aquello dolía tanto como siempre. O incluso más, ya que ahora conocía a la chica a la que prefería.

Había sido una estúpida al pensar que de verdad podía



pertenecer a aquel mundo. Oh, sí, la dejaban asistir a su escuela y que apareciese en las fiestas, pero no era uno de ellos. Se dio cuenta con sorprendente claridad de que nunca lo sería, por mucho que lo intentara.

¿Por qué iba un chico como Cord a elegir a una chica como Rylin si podía tener a Avery Fuller?

# LEDA

Leda gritó y siguió corriendo por el pasillo, que no se acababa nunca y no tenía puertas por ninguna parte, solo el suelo irregular bajo sus pies y las sombras que la perseguían y agitaban sus enormes alas polvorientas sobre su cara. Parecían arpías que la arañaban con sus uñas mientras soltaban carcajadas maliciosas. Leda sabía lo que eran.

Eran todos sus secretos.

Su crueldad con Avery, el rencor hacia su padre, lo que le había hecho a Watt... Todas y cada una de sus fechorías, de sus muchos años de entrometerse, espiar y tramar, habían regresado por fin para vengarse... Y la primera era lo sucedido con Eris.

Las arpías se habían acercado más y le arañaban la cara. Le hacían sangre. Leda cayó de rodillas, gimiendo, y levantó las manos.

Algo húmedo en el rostro la despertó de golpe. Se

restregó los ojos. Le picaban un poco. Se llevó las manos bajo ella y palpó la superficie desconocida y llena de bultos: estaba en un sofá, en alguna parte.

—¡Leda! ¡Por fin despiertas!

El rostro de Watt apareció ante ella, su fuerte mandíbula salpicada de una barba incipiente.

—Llevas varias horas inconsciente. ¿Qué te ha pasado? Nadia hackeó un bot médico, le pidió que te inyectara adrenalina, y te la hemos estado suministrando en pequeñas dosis. Le ha parecido que estabas a punto de despertarte ahora mismo, por eso te he echado agua encima...

«Pobre Watt —pensó Leda medio dormida—, que siempre divaga cuando está nervioso». Era adorable.

Entonces su mente se activó de repente, alerta, al recordarlo: no podía confiar en Watt; Watt era el enemigo.

—¡Déjame salir de aquí! —gritó, aunque le salió la voz ronca y rota. Intentó levantarse, pero acabó tirada en el suelo. Watt se inclinó sobre ella y la recogió.

—Shh, Leda, no pasa nada —murmuró mientras la dejaba de nuevo sobre los cojines, aunque no antes de que la chica hubiera podido echar un buen vistazo a lo que la rodeaba.

Estaban en su habitación de hotel de la Torre Luna. Se

arrepentía de no haberle reservado a Watt una para él solo, como había hecho en rehabilitación. ¿Adónde iba a escapar ahora?

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntarle él.

Leda buscó en su interior y reunió hasta el último gramo de fuerza que le quedaba. No era mucha, porque se sentía como si la Torre entera la hubiese aplastado. Sin embargo, consiguió echarse atrás con los ojos cerrados; y entonces, con un movimiento rápido y brusco, disparó el puño contra la cabeza de Watt.

Conectó con su cráneo con un satisfactorio crujido, justo en el punto al que apuntaba: el lugar en el que llevaba implantada a Nadia.

Watt chilló, cegado momentáneamente por el dolor. Leda aprovechó su confusión para levantarse e intentar salir corriendo; trastabilló unos cuantos pasos, pero el mundo empezó a darle vueltas, el suelo se inclinó hacia arriba, y ella cayó de nuevo sobre la alfombra.

—¡Joder, Leda! ¿Y si la próxima vez te golpeas la cabeza contra una mesa? Ten cuidado.

En esta ocasión, Watt mantuvo las distancias, agachado a unos cuantos metros de donde ella estaba tumbada de lado. Fue lo bastante listo como para no intentar ayudarla.

Leda se sentó poco a poco. Le palpitaba la cabeza y

tenía la boca seca. La luz le hacía daño en los ojos, y levantó una mano para protegérselos, aunque la habitación ya empezaba a oscurecerse. Le lanzó una mirada penetrante a Watt (no lo había visto hacerle ningún gesto al ordenador de sala), hasta que se dio cuenta de que lo había hecho su puñetero ordenador.

—Te odio —consiguió decir a pesar del dolor y de una tristeza violenta y desgarradora—. Vete al infierno, Watt.

—Sea lo que sea lo que te haya pasado, no he sido yo. ¿Qué recuerdas? —le preguntó con urgencia.

La chica se pegó las rodillas al cuerpo. Le daba igual que su maravilloso vestido blanco estuviera hecho trizas, con el dobladillo desgarrado, y manchado de tierra y sangre. Daba igual. Lo único que importaba era que estaba allí, que todavía respiraba, que seguía viva. Aquella zorra la había dado por muerta, quería que se cayera al mar y se ahogara, pero había sobrevivido.

—¿Me has enviado ya a la cárcel o estabas esperando a que me despertara? —le soltó—. No me mientas más, Watt. Sé que llevas tu ordenador en el cerebro. Me estabas grabando antes, cuando te conté lo de Eris, ¿verdad?

Watt se quedó mirándola con evidente sorpresa y empalideció. Sin darse cuenta, se llevó la mano al mismo

punto de su cabeza, como si quisiera comprobar que Nadia seguía allí.

—¿Cómo lo has sabido?

—Entonces ¿no lo niegas?

—No. Quiero decir, sí, te estaba grabando — tartamudeó—, pero no te voy a enviar a la cárcel, Leda. Nunca te haría algo así.

—¿Por qué narices iba a creerte, cuando te has pasado todo este tiempo fingiendo que sentías algo por mí?

—Porque siento algo por ti.

Ella entornó los ojos, no muy convencida.

—Leda, ¿esto es tuyo? —preguntó él mientras sacaba algo de debajo de la mesa que tenía detrás.

Sostuvo en alto un puñado de frascos de drogas baratas, de esas que la gente se inyectaba con jeringuillas intravenosas.

Leda negó con la cabeza.

—Nunca he tomado nada parecido.

—Los llevabas en el bolsillo cuando te encontramos —dijo Watt, despacio. Leda se fijó en que usaba el plural, y se dio cuenta de que se refería a Nadia y a él, y de nuevo se enfadó—. Si no te tomaste esto, ¿qué fue lo que tomaste anoche?

—No pretendía tomar nada —protestó Leda—. Fue una chica llamada Mariel. Me drogó...

Recordaba que Mariel había presumido de haberle echado droga en la bebida. Seguro que era el suero de la verdad que ella le había suministrado a Watt cuando lo convenció para que le hablara de Atlas y Avery, hacía una eternidad. Dios, eso sí que era justicia kármica. Leda le había contado todos sus secretos a Mariel como si charlara sobre el tiempo, los secretos que llevaba tanto tiempo protegiendo a buen recaudo. Se estremeció al recordar los ojos de la chica cuando la abandonó a su suerte. Y sus palabras de despedida, aquel detalle horrible sobre Eris, que era su hermanastra, ¿podría ser cierto?

Leda quería explicarlo, pero, por algún motivo, se echó a llorar. Se abrazó para intentar volverse lo más pequeña posible, para contener toda aquella sobrecogedora tristeza.

Lamentaba todo lo que había hecho y todo lo que había perdido. Lloraba por la Leda que era antes, en el pasado, antes de las drogas, de Atlas y de la muerte de Eris. Quería volver atrás en el tiempo, sacudir a esa Leda hasta que entrara en razón, advertirla. Sin embargo, aquella Leda había desaparecido hacía mucho.

Los brazos de Watt la rodearon, y el chico la empujó contra su cuerpo y le apoyó la cabeza en el hombro.

—No pasa nada, lo solucionaremos —le aseguró.

Leda cerró los ojos y disfrutó de la sensación de

seguridad, aunque sabía que era temporal.

—¿No me vas a enviar a la cárcel? —preguntó con voz ahogada.

—Leda, todo lo que he dicho iba en serio. Nunca te haría algo así. Me estoy... —Watt tragó saliva—. Me estoy enamorando de ti.

—Y yo de ti —respondió ella en voz baja.

Watt se inclinó sobre ella, con cuidado, como si temiera que volviera a golpearlo, y la besó.

Cuando se apartaron, el viento de la tormenta de hielo que sacudía la mente de Leda se había transformado en una gélida claridad prístina. Sabía lo que debía hacer.

—Necesitamos a Rylin y Avery —dijo.

—En realidad ya le había pedido a Nadia que le enviara un mensaje a Avery de tu parte, porque estaba muy preocupado —respondió el chico, que parecía algo avergonzado por haber vuelto a *hackear* sus lentes—. No ha venido.

—Entonces está claro que no era lo bastante urgente —repuso Leda, asintiendo mientras hablaba en voz alta para enviar un parpadeo—: Para Avery y Rylin. SOS. Habitación 175.

Después miró a Watt.

—Tenemos que contarles lo que ha sucedido. Mariel lo sabe.



—¿Qué sabe, exactamente? —preguntó él en voz baja.

Por mucho que odiara la respuesta, Leda no tuvo más remedio que dársela:

—Todo.

# WATT

Watt miró a su alrededor. Estaba en la sala de su habitación de hotel, llena de immaculados muebles blancos, mullidas alfombras blancas, delicadas mesitas auxiliares blancas y cegadores sofás blancos en los que casi le daba miedo sentarse. En aquel momento, Leda estaba acurrucada en la esquina del sofá vestida con un jersey extragrande y con los pies descalzos sobre los cojines que tenía al lado. Nadia seguía vigilando sus constantes vitales, controlándole el pulso en la curva del cuello y comprobando la temperatura que irradiaba de su delgada figura.

Acababa de ver cómo enviaba un mensaje de SOS a Avery y Rylin.

—¿Qué está pasando? —había preguntado Watt, pero ella negó con la cabeza e insistió en que tenían que esperar a las otras dos.

—Tienen que escuchar esto. Están involucradas, lo

quieran o no.

Nadia le envió un mensaje a los ojos, y Watt miró a Leda.

—Nadia dice que después te puedes tomar una pastilla para dormir, si quieres. Tu ritmo cardiaco se ha estabilizado lo suficiente, así que es seguro.

—Ya no tomo pastillas. No me he tomado ni una desde aquella noche —contestó la chica mientras se llevaba al pecho un cojín de borlas blancas. Miró el punto en la oreja de Watt en el que este se había implantado a Nadia—. Nadia, puedes hablar directamente conmigo, ¿sabes? No tienes por qué pasar por Watt.

—De acuerdo —respondió Nadia a través del sistema de altavoces interno de la habitación.

Watt dio un respingo. Leda se percató del movimiento y se encogió de hombros para disculparse.

—Lo siento, pero prefiero que Nadia hable en voz alta cuando estoy presente, si no te importa. Ahora sé que, si salgo contigo, también salgo con ella.

«Salir», pensó Watt, probando a ver cómo sonaba. Nunca había salido con nadie. Ni siquiera sabía cómo empezar. Con suerte, Leda necesitaría una curva de aprendizaje muy parecida a la suya.

Antes de poder responder nada, sonó el timbre. Leda asintió, y el ordenador de sala permitió que la puerta se

abriera hacia dentro.

—¿Qué ha pasado, Leda? —preguntó Rylin sin más preámbulos. Llevaba un sencillo vestido negro, y parecía muy demacrada y pálida.

—Es una larga historia. Te la contaré cuando llegue Avery —le prometió Leda a la otra chica mientras se enderezaba un poco.

—Pues vamos a tener que esperar un rato —repuso Rylin al sentarse en el sillón de la esquina, justo en el borde, como si en cualquier momento fuera a cambiar de idea y salir corriendo.

Era tan tarde que casi había amanecido. El cielo que se veía a través de la ventana curva de flexiglás seguía oscuro, aunque en el horizonte, a lo lejos, Watt distinguía el primer rubor vacilante del alba: cuarzo, rosa y el suave dorado del champán de calidad.

Volvió a sonar el timbre. Watt hizo ademán de acercarse para abrir, pero de nuevo se le adelantó Leda con un gesto de cabeza, así que Avery entró corriendo en el cuarto. Llevaba la melena alborotada sobre los hombros y caminaba descalza sobre la peluda alfombra blanca, con los delicados zapatos de cuentas en una mano. Parecía desorientada.

Watt vio que Rylin le lanzaba una mirada cargada de resentimiento, pero Avery no se dio cuenta. Se limitó a ir

directa hacia Leda y abrazarla.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Estoy bien, Avery —le aseguró Leda, zafándose con amabilidad de su amiga—. Gracias a Watt. Me ha salvado.

Avery volvió su mirada azul claro hacia el chico, sorprendida, y esbozó una sonrisa incierta. «No la he salvado por ti», pensó Watt, aunque ya no sentía rencor hacia ella, así que asintió en silencio. Al fin y al cabo, los dos se preocupaban por Leda.

Rylin seguía mirando a Avery con descaro, su rostro convertido en la viva imagen del dolor y el orgullo herido. El chico se preguntó qué habría sucedido entre ellas.

—Siento haberos pedido que vengáis tan tarde, pero tenéis que saber lo que ha pasado, no puede esperar — empezó Leda. Seguía con el cojín en el regazo; no dejaba de jugar con los flecos, tirando de ellos hasta que las piezas empezaron a deshilacharse—. Esta noche se me ha encarado una chica llamada Mariel. Va a por nosotros. A por todos nosotros.

—¿Quién es? —preguntó Avery, frunciendo sus perfectas facciones.

Leda hizo una mueca.

—Creo que era la novia de Eris. Trabaja de camarera en el Altitude Club, y esta noche ha venido como parte

del equipo de *catering*. Al parecer, se ha embarcado en una especie de misión justiciera para descubrir lo que sucedió la noche en que murió Eris. Y le he dado justo lo que quería.

Nadia ya estaba trabajando a toda velocidad para intentar unir todas las piezas del puzle en un informe completo para Watt. «Que os lo cuente todo, sin ahorrarse detalles», le pidió al chico, hablando directamente en su cabeza ahora que había otras personas presentes. Watt asintió.

—Cuéntanoslo desde el principio —le dijo a Leda—. Todo lo que recuerdes.

Poco a poco, Leda explicó que Mariel había estado allí esa noche, detrás de la barra justo cuando Leda se encontraba sola y triste. Watt sabía por qué (porque él la había abandonado), y darse cuenta de ello lo hizo sentirse aún más abatido.

Leda les contó que solo se había tomado una copa, pero que lo siguiente que recordaba era que las dos estaban en la playa y que Mariel la acibillaba a preguntas sobre Eris.

«La encontré», dijo Nadia, y una foto de Mariel (la oficial, la de su anillo de identificación) apareció detrás de los párpados de Watt.

Al chico le resultaba familiar, aunque no sabía por

qué.

«Nadia, ¿la hemos visto antes?».

«Le pediste que te sirviera una bebida en el Baile de la Sociedad Conservadora del Hudson», le recordó ella.

Gracias a Dios, Nadia tenía memoria fotográfica.

«Puede que entonces también estuviera espiándonos».

—¿Es esta? —preguntó en voz alta, fingiendo usar sus lentes para enviarle la foto a Leda, por disimular delante de Avery y Rylin.

Leda apretó la mandíbula al reconocerla.

—Es ella.

Hizo un gesto con la muñeca, y la imagen se proyectó en una de las enormes paredes de pantalla completa de la habitación.

Avery ahogó un grito.

—¡Me la encontré junto a la tumba de Eris! Se me quedó mirando como si me odiara.

Leda bajó la vista.

—Después de que Mariel me drogara y me secuestrara, me preguntó cómo había conseguido que no contarais la verdad. Y yo le confesé todos vuestros secretos. —A pesar de que le temblaba la voz, siguió adelante con valentía—. Le conté lo que le hiciste a Cord, Rylin. Y, Avery, lo siento mucho, también le conté tu secreto.

Watt miró a Avery a la espera de una expresión de dolor ante la mención de Atlas, pero se limitó a fruncir los labios y no comentó nada.

Por último, Leda se volvió hacia Watt.

—Y, Watt, le conté lo de Nadia...

«No pasa nada —se apresuró él a garantizarle a Nadia—, lo solucionaremos...».

—Incluso le conté dónde está —concluyó Leda.

Watt se tragó con decisión el horror que amenazaba con atenazarle la garganta. Si Mariel le contaba a alguien que Nadia estaba dentro de su cerebro, supondría el final para ambos.

—No ha sido culpa tuya, Leda —le aseguró él.

Leda miró a su alrededor; era evidente que esperaba que los demás saltaran sobre ella y la culparan, pero ni Avery ni Rylin hablaron. Watt estaba tan sorprendido como contento: quizá no fuera el único con el que Leda había hecho las paces últimamente.

La chica tomó aire, aunque con la respiración entrecortada.

—Ahora Mariel cree que todos merecéis pagar por la muerte de Eris, puesto que me ayudasteis a encubriarla. Quería advertiroslo porque busca venganza y no tiene límites. Me dio por muerta.

—A ver si lo entiendo bien —intervino Rylin—: esta



chica, Mariel, cree que todos estamos involucrados en la muerte de su exnovia, y ahora conoce todos nuestros secretos y está decidida a hacérselo pagar, ¿no?

Al oírlo decir así, una horrible desesperación sobrecogió a Watt. En cierto modo, era como revivir aquella terrible noche en la azotea, como si no hubiera cambiado nada en los últimos meses; sin embargo, eso no era cierto. Todo había cambiado. Esta vez iban a trabajar juntos, en vez de atacarse entre ellos.

Todos se miraron con pavor. Watt seguía esperando que Nadia aportara alguna solución, pero el ordenador había guardado un inquietante silencio. No era buena señal.

—Tenemos que hacer algo —concluyó al fin Leda en aquel silencio roto—. Tenemos que librarnos de ella de algún modo.

—¿Librarnos de ella? No querrás decir matarla, ¿no? —exclamó Rylin.

—Claro que no quiere decirlo —la interrumpió Avery, y después miró a Leda, vacilante—. ¿Verdad?

—He visto lo que Mariel le hizo a Leda —dijo Watt—. Sé de lo que es capaz. Tenemos que hacer algo antes de que ella nos lo haga a nosotros. Debemos evitar que nos arruine la vida.

Todos miraron a su alrededor mientras asimilaban

aquellas palabras. A través de la ventana, Watt vio los fuegos artificiales que estallaban en la noche, los últimos antes del alba, iluminados de un feroz rojo abrasador contra el cielo negro.

«¿Nadia?», preguntó, pero ella no respondió nada, y él supo, con el corazón encogido, lo que eso significaba.

Por primera vez en su vida, Watt la había enfrentado a un problema que no era capaz de solucionar.

# MARIEL

Mariel se abrazó con más fuerza e inclinó la cabeza para protegerse de los embates del viento mientras caminaba con decisión a casa, de vuelta de otra de las fiestas de su primo Jose. Para empezar, no debería haber salido; debería haber sabido que todo aquello le recordaría a Eris. Recuerdos recientes que dolían como un moratón, pero que no dejaba de presionar porque era mejor sentir dolor que no sentir nada.

A pesar de que podría haber ido en monorraíl, el caso era que le gustaba aquella zona del East River, sobre todo cuando se disfrazaba bajo las negras sombras líquidas de la noche. Era agradable disfrutar de un momento para ella, en el que estar a solas con sus pensamientos en la cándida oscuridad.

Seguía sin entender qué había salido mal en Dubái. Después de descubrir que Leda había matado a Eris, lo único que deseaba era dejar su vida hecha trizas. La

muerte era demasiado buena para ella: Mariel quería ver cómo se derrumbaba todo su mundo, cómo perdía a la gente que amaba, cómo la encerraban entre rejas en algún lugar infernal y solitario.

La chica había escondido drogas en la ropa de Leda y la había abandonado en la playa, en un lugar que solo conocían los trabajadores de mantenimiento y las bandas de traficantes de droga. Después había enviado una denuncia anónima; esperaba que fuera a la cárcel por posesión... o, al menos, a un centro de rehabilitación tan horrible que pareciera una cárcel. Se había quedado pasmada cuando Leda llegó sana y salva a Nueva York y volvió a su antigua vida como si nada hubiera sucedido.

De nuevo, el mundo de los pisos superiores había levantado un muro invisible e impenetrable. Habían barrido la muerte de Eris bajo una alfombra, igual que el hecho de que Leda se hubiera desmayado, drogada, en una playa de Dubái.

El viento siguió rugiendo, y sonaba casi hueco y triste mientras se deslizaba sobre el agua para azotar inútilmente la Torre. Empezó a llover. Mariel no se había percatado de que fuera un día de lluvia; rara vez veía ya los agregadores, salvo para espiar a Leda y los otros. Se subió la cremallera de la chaqueta hasta el cuello y mantuvo la cabeza agachada, aunque ya estaba empapada

hasta los huesos.

Mientras daba tumbos por la calle, no dejaba de pensar en la última conversación que mantuvo con Leda. Casi deseaba no recordarla, aunque estaba segura de que nunca la olvidaría: llevaba grabada aquella conmoción en su mente para siempre. ¿Leda creía que Eris tenía una aventura con su padre? ¿Cómo había podido estar tan ciega a la verdad?

Eran increíbles las cosas que aquellos encumbrados se hacían los unos a los otros. Su mundo era un torbellino deslumbrante, pero debajo de las luces y la fachada, todo era duro y despiadado: un mundo de hipocresía, frialdad y codicia desalmada. Leda había pensado lo peor de Eris sin hacer preguntas. Y después la había empujado, por accidente o no, y los demás no habían hecho nada para evitarlo.

Mariel se sintió reivindicada al conocer por fin la verdad sobre aquella noche. Llevaba mucho tiempo loca de pena, inventándose una teoría de la conspiración tras otra, intentando forzar las piezas del puzle para que formaran una historia con sentido.

Al ver a Leda y a Watt juntos en la fiesta Bajo el mar, había oído al chico mencionar la azotea y «aquella noche», y entonces le quedó claro que encubrían algo. Había aceptado el trabajo de *catering* en Dubái (metiendo

de contrabando las drogas y el caro suero de la verdad) solo para demostrar que estaba en lo cierto.

Quizá no hubiera obtenido su venganza, pero al menos por fin conocía la verdad. Ahora sabía a quién culpar.

«No volveré a fallarte, Eris». De acuerdo, había fracasado en Dubái. Daba igual: si Mariel destacaba por algo era por su tozudez. Por supuesto, tendría que andarse con más cuidado, puesto que Leda la reconocería. Ya había dejado su trabajo en Altitude y había empezado a planear algo nuevo.

Le daba igual cuánto tardase, conseguiría que los cuatro pagaran por lo que habían hecho, uno a uno.

Un relámpago de luz estalló en el cielo, y la sorpresa la detuvo. ¿Relámpagos? No era tan solo un día de lluvia, sino de tormenta. La lluvia empezó a caer con más fuerza, como si cada gota se lanzara contra ella con malas intenciones. Se estrellaban contra la acera como pequeñas explosiones, y, cuando le acertaban en el cuerpo, la pinchaban a través de su ligera chaqueta como si de afiladas piedras se tratara.

Había una caseta cerca del agua, con una luz diminuta que alumbraba sin rendirse a través de una ventanita. A Mariel le pareció oír una voz dentro. Seguro que quien fuera no le negaría que esperase allí a que pasara la

tormenta.

Dio un paso adelante, limpiándose el agua de los ojos, justo cuando un enorme trueno retumbó en el cielo.

—¡Hola! —intentó gritar, pero era un trueno iracundo y potente, y la chica sintió que un terror animal le brotaba del pecho.

Ya casi había llegado a la caseta...

Algo la golpeó con fuerza, por detrás.

Se tambaleó hasta caer de rodillas, en la acera, cerca del agua. Veía estrellas justo delante de los ojos, y se le escapó un grito. Sin embargo, quien (o lo que) la hubiera golpeado lo hizo de nuevo, sin piedad. Intentó agarrarse al suelo, pero ya no lo había: caía al agua dando tumbos. Estaba fría como el hielo.

Mariel no sabía nadar.

Intentó hacer pie, pero el río era demasiado profundo. La lluvia no dejaba de caer a su alrededor, siseando su rabia contra la turbulenta superficie del agua, y ella se hundía en la resbaladiza oscuridad discordante. El cielo estaba mojado y negro, y no había modo de saber qué estaba arriba y qué abajo.

Mariel intentó gritar de nuevo, pero el sonido se perdió. El agua le tiraba de las extremidades con unos fríos dedos muertos que jamás la soltarían.

Y ya no hubo nada más.

# AGRADECIMIENTOS

A pesar de mis expectativas, escribir una segunda novela no resultó menos aterrador, maravilloso, estresante y emocionante que escribir la primera. Agradezco el apoyo y los consejos de muchas personas increíbles que han hecho posible este libro.

No podría pedir un equipo editorial mejor que el de HarperCollins. Emilia Rhodes, mi editora sin miedo: gracias por tus agudas notas, tan atentas, y por tu paciencia y por creer en la serie desde el principio. Jen Klonsky: tu entusiasmo siempre me inspira. Gracias por ser la mejor animadora de *Vértigo*. Alice Jerman: no sabes cuánto agradezco tu apoyo editorial.

Jenna Stempel: de nuevo has creado una cubierta perfecta. ¡Gracias, gracias por conseguir que este libro sea tan asombrosamente precioso! Gina Rizzo: me asombra tu don para la publicidad y tu habilidad para mantener el orden en medio del caos. Gracias por ayudarme a conocer



a tantos lectores y por todas las ideas creativas con las que has hecho correr la voz sobre esta serie. Elizabeth Ward: eres deslumbrante, sin más. Gracias por tu energía sin límites y tu astucia para el *marketing* (y siento mucho haber matado a tu personaje favorito, ¡prometo compensártelo de algún modo!). Un agradecimiento enorme a Kate Jackson, Suzanne Murphy, Sabrina Abballe, Margot Wood y Maggie Searcy.

También debo darle las gracias de corazón a todo el equipo de Alloy Entertainment. Joelle Hobeika: no habría llegado a ninguna parte sin tu cariño, tu entusiasmo y tus feroces habilidades editoriales. Gracias por acompañarme en cada paso de este viaje. Josh Bank: agradezco enormemente tus conocimientos, tu sinceridad y tu sentido del humor. Las mejores partes de este libro surgen de las risas en nuestras reuniones para analizar la trama. Sara Shandler: como siempre, eres la reina indiscutible del romance; gracias por ayudarme a profundizar en todas las relaciones que aparecen en estas páginas. Les Morgenstein y Gina Girolamo: gracias por todos vuestros esfuerzos para que *El piso mil* se convierta en serie de televisión. Romy Golan: todos estaríamos perdidos sin tus atentas notas y tus mágicas habilidades para organizar agendas. Gracias también a Stephanie Abrams por gestionar las finanzas, a Matt Bloomgarden por su

asesoría legal y a Laura Barbiea por conseguir que todo se ponga en marcha.

Al equipo de derechos (Alexandra Devlin, Allison Hellegers, Caroline Hill-Trevor, Rachel Richardson, Alex Webb, Harim Yin y Charles Nettleton): gracias por seguir llevando *El piso mil* por el mundo. A todos mis editores internacionales: gracias por creer en esta serie y por compartirla con tantos lectores en tantos idiomas. Es un sueño hecho realidad.

Gracias también a mi primo, Chris Bailey, por mi retrato; a Oka Tai-Lee y Zachary Fetters por crear una página web impresionante; y a Alyssa Sheedy por los maravillosos diseños en papel.

A mis amigos y a mi familia, gracias por todo lo que habéis hecho para apoyar esta serie. Mamá y papá, sé que no ha sido el año más fácil entre la planificación de la boda, la graduación de la universidad y escribir un libro, todo a la vez. No podría haberlo conseguido sin vuestra ayuda. Gracias por vuestro apoyo incondicional, tanto emocional como logístico. Lizzy y John Ed, gracias por seguir siendo mis mayores defensores y mis primeros lectores. Y, sobre todo, a Alex: gracias por los innumerables *smoothies*, por aliviarme con sentido del humor y por ayudarme a salir de varios callejones argumentales sin salida. No sé cómo, pero me has

ayudado a mantenerme (casi siempre) dentro de los plazos y (casi siempre) cuerda durante todo el proceso, ¡y aun así hemos conseguido casarnos!

Finalmente, a todos los lectores de *El piso mil*: no sabéis cuánto os agradezco vuestra emoción, vuestras ideas y vuestra pasión por la historia. Si la serie ha cobrado vida, ha sido solo gracias a vosotros.

